José Javier Fernández Soriano

# Estudio psicoanalítico de la paranoia

## El caso de la madre asesina de Hildegart



*Psicoanálisis*

APM
BIBLIOTECA NUEVA

José Javier Fernández Soriano

# Estudio psicoanalítico de la paranoia

## El caso de la madre asesina de Hildegart



*Psicoanálisis*

APM
BIBLIOTECA NUEVA

# ESTUDIO PSICOANALÍTICO DE LA PARANOIA

El caso de la madre asesina de Hildegart

Colección Psicoanálisis Editorial Biblioteca Nueva y Asociación Psicoanalítica de Madrid

Comité editorial: Manuela Utrilla, Martina Burdet, Begoña Gállego, Juan Hernández, María Herrero, Benigno Prado y Javier Ugarte

José Javier Fernández Soriano

# ESTUDIO PSICOANALÍTICO DE LA PARANOIA

El caso de la madre asesina de Hildegart

Asociación Psicoanalítica de Madrid
BIBLIOTECA NUEVA

grupo editorial siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www sigloxxieditores com mx

salto de página, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www saltodepagina com

editorial anthropos / nariño, s. l.
DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www anthropos editorial com

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www sigloxxieditores com ar

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www bibliotecanueva es

Cubierta: A. Imbert

© José Javier Fernández Soriano, 2013
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2013
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-899-6

Edición en formato digital: mayo 2013
Conversión a formato digital: Disegraf Soluciones Gráficas, S. L.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

# Índice

CAPÍTULO I.-La noticia

CAPÍTULO 11.-Aurora

- Genética poco favorable
- Ambiente problemático
- Recuerdo traumático
- En el despacho paterno
- Identificación masónica
- Los santos laicos
- Difícil identificación femenina
- La reformadora y su muñeco de carne
- Muere la madre

CAPÍTULO 111.-La eugenesia

CAPÍTULO IV.-Personalidad de Aurora

CAPÍTULO V.-Doble biografía

- Los primeros años
- El instituto y las primeras publicaciones
- La universidad y los peligros
- El ambiente intelectual de Madrid

CAPÍTULO VI.-¿Locura compartida?

Una relación peculiar

La vida pública de Hildegart

El cambio de estilo

La República y la frustración de Aurora

Deriva sexológica

La Reina de la Noche

La Liga Mundial para la Reforma Sexual

Annus horribilis

CAPÍTULO VIL-La primavera trágica

Freya y la «doctora»

Caín y Abel

CAPÍTULO VIII.-La cárcel

Aurora en estado puro

CAPÍTULO IX.-El juicio

CAPÍTULO X.-Paranoia 1

La respuesta de Lafora

CAPÍTULO XI.-Paranoia 11

Generalidades y aproximación histórica

CAPÍTULO XI I.-Paranoia 111

Aportaciones del psicoanálisis I

Aportaciones del psicoanálisis II

CAPÍTULO XIII.-Paranoia IV

El paranoico y el deseo

CAPÍTULO XIV.-La cárcel, de nuevo

CAPÍTULO XV.-El manicomio

El delirio de reforma y de persecución

El fantasma de la melancolía

El retorno de lo renegado -- - -- - - ----- ----------

La derrota final

CAPÍTULO XVI.-Una fantasía psicoanalítica

Apuntes

La fantasía

BIBLIOGRAFÍA

A Charo y a toda la familia. Especialmente a Alejandro y a los que, como él, estrenarán el mundo

Deseo expresar mi gratitud a todas las personas que han hecho posible este libro.

A don Guillermo Morena y a don Miguel Ángel Pradera les quiero agradecer su generosa aportación de documentos imprescindibles.

I

# La noticia

Las piedras milenarias del Teatro romano de Mérida parecían temblar ante la inminencia de la tragedia. En junio de 1933, la gran actriz Margarita Xirgu ensayaba la representación de Medea; la madre mítica que, por despecho, fue capaz de matar a sus hijos.

Pocos días antes de que tuviera lugar el gran acontecimiento teatral, la sociedad española, especialmente la madrileña, quedó conmocionada por el crimen horrendo cometido por una Medea real. En la madrugada del día 9 de junio, mientras dormía, Hildegart había sido asesinada por su propia madre.

Aurora Rodríguez Carbal eira había resuelto poner fin a su obra eugenésica, eliminando a su hija. Había matado a la que fuera una niña prodigio, a la adolescente políglota, a la joven que, después de terminar a los 17 años la carrera de Derecho, quería estudiar medicina. Aurora segó la vida de la brillante propagandista política y escritora de éxito, de la única española que, en la época, había traducido y entablado amistad con figuras de la talla del sexólogo Havelock Ellis y el escritor H.G.Wells. La madre decidió dar muerte a la mujer que, antes de cumplir 18 años, fundó y desempeñó las funciones de secretaria de la Liga Española para la Reforma Sexual sobre Bases Científicas; una organización filial de la Weltliga, que presidía el eminente Gregorio Marañón.

Hildegart había nacido el 9 de diciembre de 1914; por tanto, su creadora no permitió que viviera 19 años. Todos los periódicos de Madrid dieron la noticia, que nadie podía creer. Cuatro disparos de un antiguo revólver Velodog, acabaron con el sueño de redención de la Humanidad y, también, con la pesadilla en que se había convertido la relación de Aurora Rodríguez con su hija Hildegart.

Como ocurre en estos casos, el asesinato dio lugar a múltiples especulaciones sobre el móvil del crimen. La Tierra, periódico de inspiración libertaria en el que colaboraba Hildegart, al día siguiente del asesinato publicaba un artículo titulado La prensa derechista pretende empañar, inútilmente, la memoria de Hildegart, en el que su autor se quejaba, sin dar datos concretos, de «los periódicos reaccionarios sustentadores del clericalismo». La mayoría de los diarios daban la noticia de forma semejante y atribuían el crimen a la imposibilidad, por parte de la madre, de soportar la separación de una hija que «amenazaba» con llevar una vida independiente de ella. También consideraban que había podido influir en el asesinato la posibilidad de que

la joven se hubiera enamorado de un concejal barcelonés, llamado Abel Velilla; algo que tampoco aprobaba la madre. Sin embargo, La Tierra, el 10 de junio, se apresuraba a publicar la siguiente nota, remitida por el concejal:

> Ruégole, querido Cánovas, desmienta versión folletinesca irrespetuosa para la ilustre muerta y para mí. Jamás hablé de amores con Hildegart ni pedí su mano, ni visité en su casa ni tuve para ella otros sentimientos sino los de admiración a su enorme talento y gratitud por su colaboración política, cuya pérdida llorará mucho tiempo partido federal. Salúdole, Abel Velilla.

A pesar de los esfuerzos de los redactores de La Tierra, la extraña relación entre las dos mujeres y las características del crimen dieron lugar a especulaciones sobre posibles connotaciones sexuales en el asesinato. Los periódicos Ahora y La Libertad publicaban, al día siguiente, el supuesto diálogo entre un interlocutor y la filicida, a la entrada del juzgado de Guardia, en estos términos:

> -Por qué ha matado usted a su hija?
>
> Y doña Aurora contestó, como hablando consigo misma:
>
> -Porque era tan hermosa....

En el periódico católico tradicionalista El Siglo Futuro podía leerse el mismo día del suceso, en referencia a las declaraciones de los vecinos: «También se han referido a las posibles causas del crimen, desbordándose con este motivo la fantasía popular en hipótesis que por no considerarlas exactas nos abstenemos de publicar».

Eduardo de Guzmán (1977), redactor de La Tierra y compañero de la víctima, recogía estas frases publicadas en algunos medios: «El crimen no puede tener otro móvil que uno de claro origen sexual. La madre estaba enamorada de la hija con una pasión tan violenta como antinatural y morbosa. Otros hablan de los complejos a lo Mesalina y a lo Lucrecia Borgia. Varios más especulan con desviaciones lesbianas y repiten una y otra vez el nombre de Safo. No falta quien aluda a las hijas de Lot e incluso al drama rural La malquerida benaventina».

Ciertamente, debieron existir numerosas especulaciones acerca de las posibles motivaciones sexuales del parricidio; Sinclair (2003) ha descubierto que, en una carta del 16 de junio de 1933, Norman Haire le contaba a Havelock Ellis una versión de la muerte de Hildegart que, según él, no había sido ampliamente publicitada. La fuente, en palabras de Haire, fue un estudiante del último curso de medicina, que se ocupaba de trabajos postmortem. El estudiante decía que «Había dos agujeros de bala en la

cabeza, uno en el pecho izquierdo y uno en el sexo», de lo que sacaba la siguiente conclusión: «Por eso, evidentemente, fue un crimen sexual».

A la enorme confusión acerca del crimen y sus móviles se añadió la publicación, el 2 de julio de 1933 de una entrevista realizada a Vicente Alaban, secretario de Izquierda Republicana en Castellón, que Antonio G. de Linares firmó en Crónica. Alaban declaró que doña Aurora se oponía rigurosamente a que su hija tuviera novio y que Hildegart le había confesado que no se podía imaginar lo que le hacía sufrir aquella mujer a quien no consideraba su madre, porque pensaba que su verdadera madre la había entregado a Aurora cuando tenía ocho meses.

Hoy, cuando han pasado casi ochenta años, permanece en el entorno del lugar de los hechos una versión de los mismos que se ha ido transmitiendo verbalmente desde las personas que convivieron con las dos mujeres hasta algunos de los actuales inquilinos de la casa. Recientemente, doña Carmen Adán González, actual encargada de la portería de la finca donde tuvo lugar el filicidio, que hoy corresponde al número 51 de la Calle de Galileo de Madrid, ha tenido la amabilidad de concederme una entrevista. La referida señora me ha contado la versión del crimen que, a ella misma, le dio el hijo de la vecina que vivía en la sexta planta, cuando tuvo lugar el asesinato en el piso contiguo al que compartían Aurora y Hildegart. Además de esta información, tengo que agradecer a Carmen que me haya puesto al corriente de los elementos de la casa que hoy, en 2010, se conservan sin modificación desde 1933. A pesar de la abundante luz que penetra en la escalera resulta, en cierto modo, sobrecogedor realizar el mismo recorrido que hiciera Aurora después de asesinar a su hija. Hoy permanecen las puertas de entrada a los pisos que vieran ellas, excepto las del suyo, el sexto, que, aunque mantienen el diseño original, se han acortado ligeramente. También quedan algunos timbres originales, embutidos en los cercos de las puertas. Los peldaños de mármol, algo desgastados por el uso, son los mismos que bajó Aurora, con aparente serenidad. Permanece la barandilla original de la primitiva escalera aunque, posteriormente, se utilizó el hueco de la misma para instalar el ascensor que hoy existe. Sin embargo, tanto la terraza, donde escribía Hildegart, como su balaustrada original han sido modificadas. La versión de los móviles del crimen que me dio Carmen es la siguiente: «la madre la mató por celos, la chica era muy inteligente y la madre no consentía que se fuera con nadie, la quería egoístamente solo para ella; por eso la mató». Probablemente, esta versión del motivo del parricidio sería la más extendida, durante muchos años, entre los vecinos de las dos mujeres.

Dejemos, por el momento, las especulaciones sobre los móviles del filicidio y retrocedamos, en el tiempo, hasta el lugar de los hechos, situándonos inmediatamente

después de la muerte de Hildegart.

Consumado el asesinato, Aurora, cubierta con un abrigo negro y llevando un paquete, bajó apresuradamente la escalera de mármol en la que se cruzó con algunos vecinos que, al parecer, no habían oído nada ni sospecharon lo ocurrido. Parece extraño que nadie oyera los cuatro disparos. La explicación más verosímil quizá pueda encontrarse - además del discreto ruido que debieron hacer los disparos, dado el pequeño calibre del revólver - en que, ese día, en vez de bajar los perros atados para que no ladrasen, como hacían habitualmente, Aurora los soltó desde la puerta de su casa, en el sexto piso, obligando a Julia, la criada, a bajar precipitadamente tras los alborozados canes que celebraban su libertad con imponentes ladridos. Las voces de Julia y los ladridos de los perros, quizá pudieron disimular el ruido de los disparos. La parricida, al llegar al bajo, habló con la portera, Laura García Cornejo, quien declaró a la revista Crónica (18 de junio de 1933): «Serían las ocho y media cuando la señora bajó llevando un paquete bajo el brazo. Me chocó que se había puesto el abrigo. Le pregunté que si iba de viaje y me respondió que no, que salía a cumplir un encargo y que volvería pronto. También me dijo que Julia, la criada, había ido a llevar los perros a casa de Benigna, la vecina que vive en el solar inmediato. Dígale a Julia, cuando venga que suba enseguida para atender a la señorita, añadió. Y se fue sin que nadie sospechara lo que había hecho».

Aurora, una vez en la calle, tomó un taxi y se dirigió al número 20 de la avenida de Pi y Margall, domicilio del influyente abogado, diputado y futuro ministro de justicia, don Juan Botella Asensi, al que sacó de la cama para decirle «He matado a mi hija». Minutos después y acompañada del abogado, la parricida se presentó en las dependencias judiciales. Mientras tanto, Julia Sanz, la criada que había estado paseando a los perros por orden de doña Aurora, volvió a la casa de la calle de Galileo, acompañada de Benigna Carballo, una vecina que estaba encargada de recoger un gato. Julia, enterada por la portera de que la señora había salido, abrió la puerta del piso sexto derecha y llamó a la señorita sin obtener respuesta. Al llegar al dormitorio, Julia y Benigna encontraron el cuerpo ensangrentado de la joven. Las dos mujeres, aterrorizadas, pidieron auxilio a los vecinos, que acudieron con presteza. Entre ellos se encontraba D.Víctor Gerardo Soto, agente de Policía quien, al ver que Hildegart estaba muerta, avisó a la Comisaría del distrito, desde donde comunicaron el crimen a la autoridad judicial; también avisaron al médico de guardia de una clínica situada en la cercana calle de Fernández de los Ríos, núm. 53, desde la que se desplazó el facultativo D.Valentín Caminos que solo pudo certificar la defunción, a consecuencia de cuatro heridas producidas por arma de fuego. «Las cuatro mortales de necesidad».

El juzgado practicó una inspección ocular del lugar del crimen y recogió los fragmentos de una carta y el arma homicida; se trataba de un pequeño revolver Velodog; un tipo de arma que, curiosamente, había sido diseñado en Bélgica para que los ciclistas se defendieran de los perros que les pudieran atacar. El juez ordenó el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito judicial.

El día 9 de junio de 1933 estaba de guardia el juzgado número 13; constituido por el juez don Antonio Domínguez, el secretario señor Pérez Herrero, el oficial señor Álvarez y el agente judicial señor Romero. Según la prensa de la época, Aurora, muy nerviosa y llorando con frecuencia, manifestó al juez que había matado a Hildegart desesperada por el temor que le producía la posibilidad de separarse de ella. Dijo que, en el último Congreso del Partido Federal, habían designado a su hija para que hiciera una gira de propaganda política por provincias. Como esto implicaba una separación, se opuso a ello ofreciéndole, a cambio, llevarla una temporada al extranjero. También declaró que Hildegart se había enamorado de un teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona llamado don Abel Velilla, y que ella no veía bien las relaciones con el citado concejal. Así mismo afirmó haberse enterado de que determinadas personalidades del partido aconsejaron a su hija que la abandonase, para llevar una vida propia, y que llegaron a convencerla. Añadió que la noche anterior había discutido con su hija y parecían haber llegado al acuerdo de vivir, cada una de ellas, en casas distintas. Esa misma mañana, según Aurora, volvió a hablar del mismo tema con Hildegart y como esta adoptara una actitud de desobediencia violenta, ella, sin saber lo que hacía y en un momento de arrebato, disparó repetidamente el arma contra su hija. Recordemos esta versión de los hechos dada, en el juzgado de Guardia por la madre asesina, para poder analizar, posteriormente, el sistema delirante de Aurora.

El juez, ante el relato del parricidio y a la vista de las pruebas recogidas en el lugar del crimen, decretó la prisión incomunicada y, en consecuencia, Aurora fue trasladada a la Prisión de Mujeres de Madrid, un sórdido edificio situado en la calle de Quiñones del barrio de Noviciado. Por una curiosa coincidencia del destino, es el mismo entorno, con su cárcel de mujeres, que había sido elegido por don Benito Pérez Galdós como escenario de la dramática novela Miau. Recordemos que el protagonista infantil de la historia, Luisito Cadalso, vivía en la «calle de Quiñones, frente a la cárcel de mujeres». El pobre Luisito era un niño a quien su madre, una mujer histérica, había querido matar para no hacerse cargo de su sexualidad, haciendo desaparecer la consecuencia de sus relaciones, su hijo. Por si fuera poco dramática la determinación de su madre, Luisito, en dos ocasiones, estuvo a punto de ser asesinado por su tía.

Una vez practicada la autopsia de la infortunada Hildegart - por los doctores José Alberich y Cipriano Rodrigo, con Felipe Martín como ayudante-, los restos mortales de la joven, acompañados por el doctor Orive, presidente del Partido Federal, por los señores López y Soriano, y por un redactor de La Tierra, fueron trasladados al Centro Federal, situado en la calle de Echegaray, de Madrid.

Él cadáver de Hildegart fue expuesto en el salón de actos del referido Centro Federal. Nos dará una idea de la popularidad que había conseguido la joven en tan pocos años, recordar que rodeaban el féretro estandartes de Fraternidad Cívica y El Libre Pensamiento. Coronas y ramos de flores enviados por Unión Republicana Femenina y los correligionarios de Valencia. También de periódicos e instituciones como: La Tierra, La Lucha, Obreras de la Aguja, FUE, Instituto de San Isidro, Mujeres Federales, y de la famosa abogada socialista Concha Peña, entre otros. Además, los restos de Hildegart recibieron el homenaje de representaciones de Magisterio, Facultad de Derecho, Sociedad Económica Matritense, Casa de la República, Sección Femenina del partido federal, Asociación Femenina Astoria, Vanguardia Republicana y numerosos admiradores.

El entierro tuvo lugar a las seis de la tarde, constituyendo, según La Tierra, «una conmovedora e imponente manifestación de duelo». Estuvo presidido por diputados, como Pi y Arsuaga, Soriano, Barriobero, o Sediles; concejales, como Talanquer y Cantos, además de la dirección y redactores de La Tierra, entre otros. Asistieron personalidades de relieve, como Clara Campoamor, una de las tres primeras abogadas españolas, diputada y defensora del sufragio femenino; Matilde Huici, compañera de Campoamor y socia fundadora del Lyceum Club; o Juan Botella Asensi, el abogado al que había recurrido su madre asesina, que sería el futuro ministro de Justicia. La tarde del 10 de junio de 1933, en el cementerio civil de Madrid, después de escuchar las emocionadas palabras de Eduardo Barriobero, la multitud despidió, con el paradójico grito de ¡Viva Hildegart!, los restos de la criatura eugenésica que había sido destruida por su propia creadora. El eco de la tragedia fue de tal magnitud que durante muchos días se estuvieron recibiendo testimonios de pésame desde todos los puntos de España, algunos de los cuales fueron publicados en el diario La Tierra con el título genérico de Después de la muerte de Hildegart.

Enterrado el cadáver de la joven, es el momento de volver los ojos hacia su madre, a quien dejamos internada, por orden judicial, en la Prisión de Quiñones. Sin salir del asombro, nos preguntaremos qué habría ocurrido en la mente de tan singular mujer para que hubiera tomado la decisión de matar a la hija que, según sus palabras, concibió, exclusivamente, para que fuera la redentora de la Humanidad.

La personalidad de Aurora, la madre filicida, así como las peculiaridades de la

relación entre las dos mujeres, es del máximo interés para la investigación psicoanalítica. Gonzalo Rodríguez Lafora, el psiquiatra de más renombre en la época, lamentaba, en un artículo en el diario Luz escrito en el verano de 1934, que la situación de Aurora impidiera un estudio psicoanalítico de la misma. Hoy, más de setenta años después, y gracias a la documentación existente podemos iniciar una aproximación, desde el punto de vista del psicoanálisis, a la personalidad de doña Aurora Rodríguez Carballeira y a la psicodinámica de las relaciones entre esta singular mujer y su hija, la no menos singular, Hildegart.

II

# Aurora

Aurora Rodríguez Carballeira, sin duda, fue víctima de alteraciones del desarrollo psicosexual, causadas por la convergencia en su persona - series complementarias de Freud (1917, a) - de factores negativos, tanto de naturaleza genética como ambiental. También en ella se habría cumplido la vieja ecuación que hace al fenotipo (la enfermedad mental) el resultado de la suma del genotipo (la herencia) más el ambiente que ha rodeado al ser humano en desarrollo.

## Genética poco favorable

En lo que respecta a los factores genéticos, recordemos que Lafora, en los artículos en el diario Luz, que siguieron al juicio, señalaba los antecedentes familiares por línea materna «sobrecargados de enfermos mentales y psicópatas», especialmente de descompensaciones climatéricas de las mujeres. Según Lafora y Sacristán, tanto la bisabuela materna como la abuela enfermaron de locura en la edad crítica, hasta el punto de que la abuela se hizo agresiva con sus nietos. Un hermano del abuelo materno era un psicópata litigante pleitista que gozaba de hacer daño y dejar una estela de dolor, frío y calculador. Del abuelo materno, se sabe que murió a los cincuenta años de reblandecimiento cerebral. Figura en la historia clínica de Aurora, encontrada en el manicomio de Ciempozuelos (Rendueles, 1989), que dicho abuelo era: «Mujeriego; aficionado a la vida política. Sabe que tuvo una intervención directa en una revolución. Escondió en su casa a algunos sublevados, murió a los cincuenta y tantos de reblandecimiento cerebral». También figura en dicha historia que una prima carnal de Aurora «padeció de los nervios. Lo que lo atribuye a un disgusto que tuvo con la mujer de su amante. Sufrió un trauma psíquico. Estuvo una temporada sin querer comer, gritaba. Cuando iba a tener el periodo se ponía peor. Cuando se ponía peor no conocía a las personas que estaban a su alrededor (...) después ha sabido que ha estado recluida en el Hospital General».

Curiosamente, Aurora diría a los peritos del juez instructor, Vallejo-Nájera y Piga Pascual (en sustitución de Lafora), que en su familia no se había dado ningún caso de enfermedad mental o nerviosa, toxicomanía o alcoholismo. Buscaba, probablemente, ser considerada plenamente responsable de la muerte de su hija y no una enferma mental, irresponsable de sus actos y, por tanto en una situación de debilidad semejante a la de otras mujeres de su familia.

## Ambiente problemático

En lo que se refiere a la posible influencia de los factores ambientales en el estado mental de Aurora; para aproximarnos lo más posible a la realidad, tenemos que basarnos en sus propias palabras, complementadas con las investigaciones que, acerca del entorno familiar, ha realizado Rosa Cal (1991).

Aurora Rodríguez Carballeira había nacido en El Ferrol, una ciudad portuaria del noroeste de España. La niña era la segunda hija de un matrimonio, al parecer de conveniencia, entre Francisco Rodríguez Arriola, un abogado que, años atrás, había quedado viudo, y Aurora Andrea Carballeira López, 18 años menor que su marido, con estudios de magisterio y gran afición a la música.

La primera hija del matrimonio fue Josefina, nacida en 1873, y la segunda Aurora, la protagonista de esta historia. Aunque se habla de diferentes fechas - ella misma se quitaba años-, lo más verosímil, es que Aurora naciera el día 23 de abril de 1879. Según los datos disponibles, la niña fue amamantada por una nodriza. Después de Aurora y hasta el año 1884, también nació Francis co, el único varón; luego otra niña, Francisca, que murió a los seis años, sin que Aurora recordara la causa, por último, nació otra niña, Dolores, que murió a los pocos días por culpa de una malformación cardiaca congénita. Aurora, cuando murió Dolores, contaba cinco años.

En esa primerísima infancia, en la que la niña era amamantada por una nodriza, seguramente, comenzaron las tribulaciones de Aurora en un mundo que siempre le resultaría demasiado hostil. Más de cincuenta años después diría: «Mi madre no fue capaz de darme el pecho porque estaba muy orgullosa de sí misma y el sacrificio por los hijos le era ajeno (...) como madre dejaba mucho que desear, no se sacrificaba por los hijos, era una mujer como tantas, mejor dicho una paridora y no una madre... Dejaba la educación en manos de criadas, olvidando la responsabilidad de traer hijos al mundo» (Rendueles, 1989).

El psicoanálisis nos enseña que en el caso de la paranoia, habría una excesiva fijación de la energía psíquica - con un alto componente de naturaleza sexual-, que conocemos como libido, en el estadio narcisista del desarrollo psicosexual; es decir, en las primeras etapas de la vida, entre una fase más primitiva o autoerótica y otra de mayor madurez que se denomina de amor al objeto. Entendemos por objeto a una persona del entorno del niño a la que éste reconoce como distinta de sí mismo y en la que pueden apreciarse, y tolerarse, elementos tanto positivos como negativos. En los paranoicos habría una patología de déficit, consecuencia de una falta de las imprescindibles buenas relaciones con las personas del entorno, sobre todo la madre, que resulten estructurante para la mente. En edades posteriores, la paranoia se caracteriza por intentos de compensación y restitución de los déficits psíquicos que, vistos desde el exterior, se expresan como componentes de los síntomas de la

enfermedad. Moore y Fine (1997), ponen de manifiesto que los trabajos sobre la psicopatología del narcisismo han contribuido a esclarecer los efectos de la agresión y los sentimientos de vergüenza reactivos a las heridas narcisistas, lo que incide directamente sobre la comprensión de la paranoia y, en consecuencia, aporta datos para intentar entender la mente de nuestra protagonista. Entendemos por heridas narcisistas las vivencias de daño que sufre la personalidad en desarrollo que tienen su origen en las faltas de cuidado o agresiones que provienen del entorno que rodea al niño, y quedan grabadas en la mente de éste, dificultando su evolución psicológica normal.

La psicoanalista M.Mahler ha estudiado los procesos de separación-individuación; es decir, las vicisitudes del camino que deben transitar los seres humanos para lograr una adecuada separación psicológica de la madre, algo indispensable para constituirse como individuo. Estos estudios han arrojado luz sobre los conflictos de identidad de género; aquellos que aumentan la predisposición del hombre a sentir una mayor vulnerabilidad y feminidad primaria (Mahler, 1990). Este tipo de sentimientos pueden ser más primitivos -y, quizá, más decisivos en la paranoia - que el conflicto homosexual, que pusiera de manifiesto Freud. La frase «conflictos de identidad de género», puede ser traducida por inmadurez y dificultades en la adquisición de la identidad como adulto, incluyendo la sexualidad, y puede aplicarse tanto a los hombres como a las mujeres.

Aurora, según algunas versiones dadas por ella misma, fue unos años al colegio; según otras, era prácticamente autodidacta. En cualquier caso, si tenemos en cuenta sus propias palabras, la educación infantil que recibió dejaba bastante que desear. No supo, o solo pudo experimentar escasamente, lo que era jugar con los demás niños; es decir, la podemos imaginar como una niña solitaria y aislada. También aseguraba que nadie la enseñó a leer ni a escribir y que había pasado la infancia en el despacho del padre. Recordó que jugaba, pero siempre sola, puesto que no tenía trato alguno con sus hermanos. También afirmaba que no tuvo apenas relación con la madre, a la que solo veía en las horas de las comidas.

Kernberg (1984, 1989) ha señalado la existencia de patología del juego en los niños con trastornos narcisistas de la personalidad y que los pequeños con más vulnerabilidad a la paranoia establecen una relación característica con lo que se denomina un «objeto inestable». Es decir, una relación con la madre o persona significativa que no proporciona un mínimo soporte psíquico para el desarrollo de la personalidad. Este tipo de relación implicaría un aumento de la ansiedad de separación y un temor constante a la traición o a la pérdida que ya se manifiesta en la primera infancia y será una constante en la vida del paranoico (Blum, 1981).

Evidentemente, a juzgar por lo que decía de ella, su madre debió ser vivida por Aurora como un «objeto inestable». Con esta afirmación no quiero decir que tome como la verdad histórica todo lo que dijo nuestra protagonista sobre su madre, pero parece cierto que así la veía ella; es decir, la figura materna que nuestra protagonista tenía en la mente, su realidad psíquica, correspondía a las características de un objeto inestable y, por tanto, poco fiable, cuando no persecutorio.

Aurora recordaba que si, de niña, se aproximaba a su madre, esta la golpeaba, por lo que la tomó antipatía y asco «Me trataba como sin darme importancia, como si nada significase (...) A mí me baldaba a golpes. Así aprendí a odiar a la mujer, de una parte por el trato de mi padre, por otra el trato de mi madre y por último, porque en las conversaciones entre mi padre y sus amigos sacaba deducciones poco favorables para estas» (Rendueles, 1989). Con independencia del rigor histórico de estos recuerdos, lo que parece innegable es la dificultad que la niña tendría para hacer un buen proceso de identificación con esa figura materna temida y odiada. Muchos años más tarde, Aurora dio un ejemplo más de estas dificultades infantiles, tanto en el juicio como en las entrevistas con su médico del sanatorio de Ciempozuelos, al recordar que su madre la llamaba Rebeldía, mientras que, para su padre, la niña era Ilusión.

Recuerdo traumático

Aurora niña debió sentir, al menos inconscientemente, que su sexualidad no iba a poder discurrir por cauces normales; que su desarrollo psicosexual estaba, en algún punto, bloqueado. El odio a la madre y, muy probablemente, una complicada relación con su hermana mayor, le dificultaban el camino para ser mujer; al menos, para ser una mujer como ellas. Veamos, como ejemplo, un recuerdo infantil de Aurora que pudiera ser, un recuerdo-encubridor tal como lo conocemos en psicoanálisis, es decir, un recuerdo vívido aunque neutro en su significado que enmascara elementos importantes de la vida pulsional. Sin embargo, creo que, con mayor probabilidad, podría tratarse del recuerdo crudo de una experiencia traumática. Intentaré explicar mejor el concepto de recuerdo encubridor relatando lo ocurrido a un paciente que, hace bastantes años, estaba analizándose conmigo. El paciente en cuestión, un hombre de unos cuarenta años, recordaba, muy nítidamente, una escena de la película Los Vikingos, que vio cuando era niño. El recuerdo consistía, exclusivamente, en la imagen de un vigía que hacía sonar un gran cuerno; él no podía explicarse por qué, de toda la película, solo conservaba, aunque de manera muy nítida, esa imagen. Decidió volver a ver Los Vikingos para intentar aclarar el enigma. Al hacerlo, apareció ante sus ojos, claramente explicado, lo que significa el concepto recuerdo encubridor. La escena completa consistía en que el vigía daba la alarma ante la inminencia de un

ataque de los enemigos y el sonido del cuerno sorprendía a los protagonistas de la película haciendo el amor. El niño había reprimido la parte más impactante del recuerdo, pero había conservado, muy viva, una parte tolerable del mismo. Veamos ahora el recuerdo de Aurora: aproximadamente a los 3 años de edad, sorprendió a su madre besándose con un amigo de la casa; «Lo tengo tan grabado que recuerdo la escena perfectamente, cierro los ojos y todo lo veo exactamente igual, hasta el vestido que llevaba mi madre. Noté un vacío, algo especial como de ahogo y después rompí en llanto» (Rendueles, 1989). Para analizar el recuerdo de nuestra protagonista debemos tener en cuenta algo muy importante; el paciente del que he hablado tenía a su disposición un mecanismo psíquico de defensa, bastante evolucionado, que se llama represión. En el caso de Aurora, el hecho de haber sorprendido a su madre, la intensidad de lo traumático y, probablemente, su incipiente patología le impidieron utilizar más ampliamente la represión. Evidentemente podemos suponer una deformación en el recuerdo de Aurora por la necesidad de defenderse ante una fantasía de escena primaria (la relación sexual entre los padres); es decir que, en realidad, el amigo fuera el padre de la niña. Así lo entiende Rendueles (1989), pero no me parece un tratamiento muy riguroso del recuerdo. Efectivamente esto pudo ser así, pero lo más probable es que la niña sorprendiera - o espiara - la relación extramatrimonial de su madre. Su excitación, y consiguiente angustia, se pudo transformar en síntomas corporales de vacío y ahogo, hasta que la descarga, en forma de llanto, hizo más soportable la situación. Como antes decía, el relato, más que de un recuerdo encubridor, parece la huella de una vivencia traumática enquistada en la mente por un mecanismo de escisión. Solo el psicoanálisis de Aurora podría dar luz sobre esta experiencia infantil.

## En el despacho paterno

Ante la imposibilidad de tener un sitio entre las mujeres de la casa, sintiéndose odiada por su madre y odiando, desde la infancia, la sexualidad femenina, parece que la niña no tuvo otra opción que refugiarse en el despacho de su padre. Un lugar ve dado para la madre, donde escuchaba las conversaciones de los adultos y donde tuvo lugar un episodio que reforzó la imagen de la mujer que Aurora tuvo durante toda su vida. Recordaba, casi sexagenaria, que, alrededor de los cuatro años, recibió un regalo que la dejó fascinada: se trataba de una preciosa muñeca filipina con mecanismos que le daban una cierta apariencia de vida. Como tantas veces le ocurriría a lo largo de su tortuosa existencia, pronto llegó la desilusión. La niña comprobó las limitaciones de la muñeca mecánica y pidió a su padre que le regalara una muñeca de carne; una petición que ha dado lugar a fáciles interpretaciones edípicas. El padre, con una actitud adecuada a la situación y poniendo límites a la fantasía de la niña, le contestó que tendría una muñeca de carne, cuando se casara.

Aurora recordaba en su madurez que se horrorizó ante la respuesta paterna. Así nos lo cuentan Endériz y de Guzmán, los periodistas de La Tierra que la entrevistaron en la cárcel, el 2 de agosto de 1933: «Pues yo no quiero casarme, no quiero compartir con nadie la muñeca de carne. ¡Ha de ser para mí sola!», dijo Aurora. Evidentemente la niña sabía lo que significaba el matrimonio: sexualidad, esa sexualidad que, en algún registro, intuía que le estaba prácticamente prohibida. Así, en el recuerdo de esta escena en el despacho paterno aparecen prefiguradas las dificultades que tendría Aurora durante toda su vida, en lo referente a su desarrollo sexual; la niña contestó a su padre: «Regálame una nueva de carne y hueso, porque yo no me casaré» (Rendueles, 1989). Muchos años después de este episodio, Aurora pudo tener, en Hildegart, una muñeca de carne y hueso sin necesidad de casarse, para lo que fue necesaria la confluencia de diversos factores que le permitieran ser madre, sin renunciar a sus inhibiciones y rivalidades.

Para entender un poco mejor las influencias que Aurora recibiría, al oír las conversaciones de su padre con los contertulios del despacho, debemos situarnos en el ambiente de la bella ciudad coruñesa en las postrimerías del siglo xix. Parece que El Ferrol, en aquella época, vivía en un ambiente prerrevolucionario. En 1868, la ciudad fue la primera población de Galicia que secundó el pronunciamiento de la escuadra en Cádiz. Cuatro años más tarde, en octubre de 1872, el propio arsenal ferrolano fue protagonista de una sublevación. El ambiente revolucionario no solo quedaba extramuros; sabemos por las declaraciones de Aurora, cuando era casi anciana, que su abuelo materno Diego María Carballeira y González tuvo una intervención directa en una revolución; por tanto, es posible que el referido abuelo participara activamente en alguno de estos hechos. Estos recuerdos, en caso de ser fidedignos, tendrían que ser compatibles con que el abuelo, maestro tallista de profesión, se hiciera cargo, desde 1865, de una plaza en el Museo Naval de Madrid. También sabemos que el abuelo, a partir del año 1871, obtuvo varias licencias por enfermedad y que desde octubre de 1872, el mes de la sublevación del arsenal ferrolano, padeció una parálisis parcial que le impidió todo tipo de ejercicios. Nos queda la duda de si la parálisis parcial pudiera tener relación con los incidentes revolucionarios aunque, en cualquier caso, el abuelo conservó la titularidad de su cargo en el Museo Naval de Madrid hasta su muerte en marzo de 1873 (Cal, 1991).

## Identificación masónica

En los dominios paternos, la zona vedada a la madre, tenían lugar charlas y discusiones políticas y sociales, en un ambiente republicano y, probablemente masón, próximo a las posiciones del que fuera presidente de la primera República Española Francisco Pi y Margall. Muchos años más tarde Aurora se autodenominó masónica,

como su padre y otros miembros de su familia. Revisemos, someramente, la posible veracidad de esta afirmación, teniendo en cuenta la importancia que tienen los espejismos del recuerdo en los paranoicos. Parece ser que el personaje masónico más famoso del Ferrol decimonónico fue Francisco Suarez García, alcalde republicano de la ciudad y cofundador de la logia Luz de Finisterre. Entre los fundadores de la citada logia solo hay, en 1870, uno apellidado como Aurora, se trata de don José Rodríguez Alvarez, que figura como dueño de café y que no parece tener ninguna relación con la familia. En 1881, pertenece a la logia Manuel Rodríguez Mosquera, que tampoco parece tener relación. El 14 de febrero de 1881, entre los firmantes de una carta de felicitación a don Práxedes Mateo Sagasta, por haber sido nombrado Presidente del Gobierno, aparece un Segundo Vigilante, de grado 14° con el nombre de Manuel Rodríguez. En 1889, José Rodríguez Álvarez (Riego 1o), autor de un panfleto virulentamente anticlerical, pronunció una conferencia en la logia Luz de Finisterre, a la que tuvieron acceso las mujeres. Aurora tendría diez años en esas fechas y su hermana dieciséis, pero no podemos saber si asistieron a la conferencia. Las mujeres de la familia tampoco aparecen, claramente, como miembros de la masonería ferrolana del xix, a pesar de que a Luz de Finisterre pertenecieron nueve francmasonas. Sin embargo, en 1890 está registrada una mujer llamada Josefa Rodríguez (Sara), cuyo nombre y primer apellido coinciden con los de la hermana mayor de Aurora que, en ese momento, tendría 17 años. Lamentablemente, no podemos asegurar que se tratase de ella. En el Capítulo de Platón, núm. 16, tampoco está registrado ningún posible familiar. En Asilo de la Virtud, núm. 68/ núm. 82, aparecen: Miguel Rodríguez, herrero; Rufo Rodríguez, maestro de obras; Nicolás Rodríguez Cobos, contramaestre; Enrique Rodríguez Gómez, escribiente de la Armada; Manuel Rodríguez Mosquera, sastre; y Enrique Rodríguez Núñez, retirado. Ninguno de ellos parece ser familiar directo de Aurora. En esta misma logia, en 1884, está registrado un procurador (recordemos que el padre de Aurora lo era), que ostentaba el grado 3° y del que aparece solo el sobrenombre Lanuza. No podemos saber si se trataba de don Francisco Rodríguez Arriola, pero es la única posibilidad, medianamente razonable, unida a que la referida Josefa Rodríguez fuera la hermana, de que algún familiar directo de Aurora perteneciera a la masonería ferrolana. También aparecen, en la misma logia, Lía (1881-1884), lobetona; Raquel (1881-1884), lobetona y Sara (1881-1884), también lobetona; de las que no sabemos nada sobre su identidad. A pesar de las declaraciones de Aurora, como vemos, no es seguro que ella o alguno de sus familiares directos perteneciera a la masonería; sin embargo, es indudable que el Ferrol finisecular era una ciudad de muy intensa actividad masónica y la influencia en el círculo del padre de Aurora parece indudable. Además de las logias y talleres citados, existieron también Virtud y Trabajo, la Unión Masónica, núm. 219/núm. 26, en la que están registrados con el primer apellido de Aurora: Francisco Rodríguez Montero, José Rodríguez Álvarez, José Rodríguez

Castro y José Rodríguez Ferreira, ninguno de los cuales parecen familiares directos. También existieron en Ferrol los talleres Regeneración 2a, de origen coruñés, Vicetto, núm. 42 y Voltaire núm. 45, además delAreópago Regional de Galicia, núm. 4, Esperanza, núm. 40, Francisco Arouet de Voltaire, núm. 118 y el triángulo cartagenero Colónúm. 29, sin que, entre los miembros de los mismos aparezca el apellido Rodríguez ni Carballeira; tampoco está relacionado ningún familiar cercano en la lista de masones ferrolanos «en sueños» de 1892. Solo puede encontrarse en la Galicia finisecular un masón con el apellido de la madre de Aurora; se trata de José Carballeira de la logia Paso a la Verdad, núm. 81, pero no estaba en Ferrol sino en Santiago de Compostela (Valín Fernández, 1991). Según las investigaciones de Rosa Cal (1991), los amigos de Aurora Matías Usero, ex sacerdote, José Cohucelo y el político del Partido Federal Pi y Arsuaga, pertenecían a la masonería. La autora encuentra en el boletín trimestral del Supremo Consejo del Grado 33, publicado en Madrid, tres colaboraciones firmadas por Ilusión (el mismo apodo con el que llamaba su padre a Aurora cuando era niña), que no puede asegurarse que fueran escritos por Aurora Rodríguez Carballeira. Por otra parte, Clara Campoamor, amiga de Hildegart y aborrecida por Aurora, sí era masona y pertenecía a la Logia Reivindicación, de la que Luz Fernández Barbiela era, en 1933, Gran Maestra. En cualquier caso, las simpatías de Aurora por la masonería y los masones eran evidentes y, como veremos más adelante, es muy probable que su hija llegase a ser miembro de una logia.

## Los santos laicos

Aurora, con toda seguridad, tuvo a su disposición en el despacho de su padre el semanario El Nuevo Régimen, un periódico de inspiración federalista fundado por Pi y Margall en 1890, que propugnaba la independencia de las colonias, se oponía a la guerra de Cuba y contra los Estados Unidos, un país al que consideraba un modelo de democracia republicana y federal (Huertas, 2008). Es lógico que, en ese ambiente de idealización de los héroes independentistas, aparecieran como mártires a los ojos de la joven, las figuras de Maceo y Rizal.

Antonio Maceo (1848-1896), apodado el Titán de Bronce, fue el vencedor de algunas batallas contra las tropas españolas en Cuba, pero murió en combate el 7 de diciembre de 1896. José Rizal (1861-1896) fue un médico y patriota filipino que, en 1886, se ofreció voluntario para servir en el Ejército Español de Cuba. Cuando venía a España, fue detenido y reenviado a Filipinas donde fue condenado por sedición y fusilado el día 30 de diciembre de 1896. Podemos imaginar el impacto de tales his torias de mártires y víctimas de la opresión de España sobre sus colonias, pudo causar en la mente de la sensible Aurora; muchos años más tarde recordará su devoción a los santos laicos Maceo y Rizal. No debemos olvidar que, cuando sus héroes de ultramar

murieron, Aurora ya tenía diecisiete años. Las muertes de Maceo y, sobre todo, de Rizal fueron consideradas una gran injusticia por muchos intelectuales de la época, destacando, entre ellos, Miguel de Unamuno. Una sensación semejante debió permanecer en determinados círculos políticos españoles, porque, en los años noventa del pasado siglo xx, se erigió, en la avenida de las Islas Filipinas de Madrid, un importante monumento dedicado a José Rizal.

Cualquiera que fuera el impacto de las muertes de los independentistas en la mente de la joven, lo que parece indudable es que Aurora era especialmente sensible a las situaciones injustas, como ella misma se encargó de demostrar durante las sesiones que tuvo con su psiquiatra en el sanatorio de Ciempozuelos. Le explicaba que, desde niña, había tenido ideas reformistas y ponía en relación dichas ideas con su sensibilidad ante la injusticia; podemos leer en su historia clínica: «Tendría unos 6 ó 7 años, vio golpear a un caballo, se soltó de las manos de su padre, se cogió a los pantalones del hombre y gritó pidiendo que el alcalde le devolviese los palos a éste».

Esta actitud perduró durante toda su vida, como demuestra el hecho de que a los sesenta años, en el manicomio, no pudo soportar ver pegar a una mula e intentó agredir al insensible labriego que se servía del pobre animal para arar la tierra (Rendueles, 1989).

Podemos entender estos episodios como un tipo de identificación con los que padecen un trato injusto. La causa estaría, con toda probabilidad, en que ella misma se habría sentido, en otros momentos, tan maltratada como el caballo de El Ferrol o la mula de Ciempozuelos. También podemos intuir, en el relato de infancia, el germen de su rechazo a los sentimientos de inferioridad que, mucho más tarde, podemos descubrir en su conducta de mujer adulta, en forma de de miedo o rechazo ante situaciones que pudieran implicar vivencias de debilidad. Recordaremos su negativa a arrodillarse en la iglesia, porque hacerlo implicaría aceptar una actitud de inferioridad con respecto a Dios, o un sometimiento a los dictados del clero, algo que Aurora no podía soportar en ella ni en su hija. La frase «ningún hombre me ha hecho gozar de cintura para abajo», que pronunció en el juicio por el asesinato de su hija, indicaría, además de una importante rivalidad con el hombre, un desprecio a la sexualidad femenina, el rechazo de lo femenino, y la incapacidad para recibir y aceptar algo bueno de parte del varón; una actitud que, para su mente, la dejaría en una posición de desventaja.

Quizá la demostración más impresionante de su terror a los sentimientos de inferioridad es la afirmación que recogiera Eduardo de Guzmán (1977): «No estoy loca, maldita paranoia; quiero ser vituperada pero no compadecida», que indica, de nuevo, que prefería ser tratada como una asesina, algo terrible pero que implica poder

y fortaleza, antes que soportar la vergüenza que, sin duda, significaba para ella ser una enferma mental.

Difícil identificación femenina

Mientras los ideales de justicia y reforma no parecían tener obstáculo para prosperar en la mente de Aurora, otra cosa bien diferente parecía ocurrir en lo que se refiere a su evolución psicosexual. La niña y, luego, la joven, refugiada en el despacho de su padre y rodeada de hombres maduros de los que, con toda seguridad, solo recibiría elogios y parabienes, tenía a su disposición unos modelos de identificación coincidentes con lo que se conocía en la época como valores masculinos. Por otro lado, sabemos que la relación de Aurora con la sexualidad femenina, según los modelos de su madre y su hermana mayor, era muy problemática. Además, su idea de maternidad, un reflejo más que probable del difícil vínculo que tuvo con su propia madre, siempre fue muy complicada. Uno de sus insultos preferidos a las mujeres era «vientre paridor», mientras que, para agredir a un hombre le llamaba «hijo de vientre paridor», seguramente esas palabras de desprecio eran consecuencia del odio y la envidia que nuestra protagonista manifestó, durante toda su vida, contra su madre, «vientre paridor» por excelencia, y contra la otra mujer viva en la familia, su hermana mayor, que quedó embarazada y se convirtió en otro «vientre paridor», cuando Aurora era adolescente. Esta situación hace recordar el trabajo de Ruth Mack Brunswick (1928), en el que se observa la sustitución de la ligazón preedípica, es decir muy temprana, con la madre por la correspondiente con una hermana como fundamental en el origen de la paranoia. Las características delirantes de la rivalidad que Aurora mantuvo con su hermana Josefina, hasta el final de sus días, nos hacen pensar que, muy probablemente, hubo un estrecho vínculo infantil; me atrevería a decir que un inocente enamoramiento de Aurora por su hermana que era seis años mayor que ella. No es descabellado pensar que Aurora sufriera una brusca decepción, en la relación con su hermana, una frustración que transformase su amor en odio y rivalidad, y que esa brusca decepción estuviera relacionada con la sexualidad.

La identificación femenina de Aurora con su madre, o con su hermana mayor, debía ser cada día más difícil. La opinión sobre la hermana no superaba a la que tenía de su madre, llegando incluso a la convicción de que las dos mujeres tenían el mismo amante. Nunca pudo hacerse cargo de lo que tanto odiaba, la condición femenina y su sexualidad, lo que expresaría muchos años más tarde con frases como las recogidas en su historia clínica del sanatorio de Ciempozuelos (Madrid): «La mujer, en general, carece de alma, tiene alma motora y una psiquis rudimentaria. Hay animales con un alma mucho más exquisita que la mujer (...) El hombre puede ser sensible, puede

sentir. La mujer es sensiblera pero no sensible» (Rendueles, 1989). Probablemente este odio a la mujer inspiraría lo manifestado por su hija, escritora precoz, en el capítulo titulado El hambre sexual de las mujeres, incluido en su libro La rebeldía sexual de la juventud. Las raíces del odio hacia lo femenino, como antes decía, debemos buscarlas en su infancia. Sin duda influyó en dicho odio el doloroso sentimiento de exclusión que tuvo que padecer de niña.

Leemos en su historia clínica que, «(Su madre), tenía más sexo que seso. Sentía adoración y un cariño exagerado por la hermana mayor de la paciente. Ella era como un quiste de la madre. Se servían de tapadillo una de la otra. Llegaron hasta enamorarse las dos del mismo hombre (El padre de Pepito Arriola que, por conseguir a la hija enamoró a la madre). Cuando se convenció de que este individuo tenía relaciones con su hija sufrió un desequilibrio grandísimo como madre y como hembra que le produjo la muerte. A los tres años de enterarse de esto, sorprendió a su hija con este señor y en el momento le dio una hemorragia cerebral. Estuvo paralítica del lado derecho. Estuvo así unos dos años antes de morir» (Rendueles, 1989). Una truculenta historia cuya veracidad no podemos comprobar pero que podría estar avalada por un dato que recoge Cal (1991): al parecer la madre se alejó de la familia y murió sola en Madrid, en el año 1902.

Si volviéramos a El Ferrol, a finales del siglo xix encontraríamos a una Aurora adolescente, que despreciaba profundamente y estaba en permanente rivalidad con su madre y su hermana mayor, las hembras de la casa cuya sexualidad era manifiesta. Pensemos en una chica sin amistades y devorando libros en su refugio del despacho paterno, el Sancta sanctorum donde era «Ilusión», y haciendo gala, probablemente porque no era consciente de ello, de la única identificación con su madre que se podía permitir. Sabemos que doña Aurora Andrea Carballeira era muy aficionada a la música y que su hija Aurora, también con afición y cualidades musicales, tocaba el piano.

## La reformadora y su muñeco de carne

Como consecuencia de las lecturas en el despacho del padre y, seguramente influida por las conversaciones con los amigos de éste, iba tomando cuerpo en la joven el deseo de llevar a cabo los planes de Furrier y los socialistas utópicos sobre la creación de colonias y falansterios, donde se materializasen planes de vida ideales para la mejora de la Humanidad. Uno de estos falansterios había sido creado en El Tempul, en las cercanías de Jerez de la Frontera (Huertas, 2008) y, con toda probabilidad, Aurora conocería este hecho. Además, es muy probable que se sintiera impactada por los ideales de educación que habría leído en las obras de los grandes reformadores, como el famoso J.J.Rousseau, un paranoico a decir de Tarelho (2004),

que pretendía, con su Emilio, ser guía de educadores, mientras enviaba sistemáticamente al hospicio, a los hijos que le iban naciendo.

1 En aquella situación, que podemos considerar como difícil adolescencia, un acontecimiento imprevisto le permitió cambiar su vida y tener, a los 16 años, su deseada muñeca (en este caso muñeco) de carne y hueso. Su hermana Josefina había quedado embarazada, según contaba la propia Aurora, del mismo amante que tenía su madre. Este incidente fue la causa, siempre según la versión de nuestra protagonista, de que la madre sufriera un ataque cuyas secuelas la llevarían a la muerte. Con independencia de que fuera o no el amante de la madre y de la hija, el presunto padre de Pepito Arriola pudo ser un teniente vicario, según se decía en El Ferrol (Cal, 1991).

Josefa dio a luz un niño, al parecer en la villa de Betanzos, que luego dejo en la casa paterna; al menos esa era la interpretación de Aurora de lo que ocurrió. Según Josefina, ella nunca se separó de su hijo, dando así una versión de los hechos que coincidía con lo manifestado, en una entrevista concedida a Rosa Cal, por doña Carmen Osorio Rodríguez, hermana de Pepito, e hija de Josefina y de don Amadeo Osorio Zabala, un médico y explorador 22 años mayor que Josefina, con el que se había casado en 1906.

Un ejemplo más de modificación del pasado - espejismos del recuerdo - lo encontramos en la versión recogida por de Guzmán (1977) de las declaraciones de Aurora en la cárcel. Decía concretamente: «Después, no sé bien cómo, la madre, ya casada se fue a Madrid, más lejos quizá, y el niño vino a casa de los abuelos». Es evidente que los recuerdos de Aurora eran deformaciones de la realidad porque, en caso de haberse hecho cargo de su sobrino después de casarse su hermana, el niño habría tenido, en aquel momento, al menos 11 años, algo incompatible con la precocidad de la carrera musical de Pepito.

Como antes decía, Aurora, inspirada en las lecturas de Rousseau y los socialistas utópicos, parece que desarrolló una gran capacidad pedagógica. A sus dieciocho o diecinueve años fue capaz de enseñar a su sobrino Pepito, nacido en 1895, a tocar el piano con tal éxito que, cuando el niño tenía cuatro años, llegó a dar un concierto en el Palacio Real de Madrid y a suscitar la admiración de la reina María Cristina, madre de Alfonso XIII. Tan grande debió ser la fascinación de la regente por las aptitudes de Pepito, que se ofreció a costear los estudios de música al jovencísimo artista. Josefina, al ver las posibilidades del niño, quiso hacerse cargo, personalmente, de la carrera musical de su hijo; una carrera tan fructífera que llevó a Pepito Arriola a ser considerado «El Mozart español».

Aurora fue, desde este momento, una víctima de su propio éxito. El bebé que, según sus recuerdos, había sido cedido a la casa paterna por su madre biológica; el niño a quien la joven pedagoga había convertido en admirado pianista; su primer «muñeco» de carne y hueso, le era arrebatado por la codicia de su odiada hermana, sin que ella pudiera impedirlo, porque la maternidad fisiológica, el «vientre paridor» tenia derecho preferente frente a la «maternidad» intelectual. La hermana mayor, la preferida de la madre, la que, a su vez, había podido ser madre, arrancó al niño de los brazos de la frustrada pedagoga. La odiosa hembra había vencido, aquella mujer que, para Aurora, era «Muy mala persona, rencillosa, mala madre y mala esposa» (Rendueles, 1989) era, una vez más, la preferida del destino y, en consecuencia, se volvía a repetir el drama infantil: Aurora, a pesar de sus méritos, quedaba marginada. El desgarrador episodio, con el consiguiente sentimiento de impotencia frente a lo que ella consideraría una injusticia, pudo reabrir una herida en el maltratado narcisismo de la joven; una herida que influyera decisivamente, aunque muchos años más tarde, en el desenlace que tuvo el intento de Hildegart de independizarse de ella.

Muere la madre

Según la investigación de Cal (1991), el 30 de septiembre de 1902, cuando Aurora tenía 23 años, su madre, que llevaba algún tiempo viviendo sola en Madrid, aunque en el mismo barrio en el que había vivido su hija Josefa, falleció. La muerte, según la versión de la propia Aurora, le sobrevino por las secuelas de la hemorragia cerebral que sufrió cuando supo que compartía amante con su hija, la madre de Pepito Arriola. En aquellos momentos, la hija mayor, Josefina se encontraba, con Pepito, en Alemania y el único hijo de doña Aurora Andrea Carballeira, Francisco, llevaba mucho tiempo fuera de casa. En consecuencia, fue nuestra protagonista quien se quedó en El Ferrol al cuidado de su padre y como administradora del patrimonio familiar.

A principios de siglo, cuando murió la madre, los rasgos caracteriales de Aurora, ya en la veintena, se habían consolidado en forma de contradicción inconciliable. Por un lado persistía en la joven el odio a las mujeres, odio y desprecio por las simples «paradoras», como había sido para ella su madre, ya muerta, y lo era su hermana, con quien había roto toda relación a consecuencia del reparto de la herencia. Por otro lado, estaba su propio deseo de ser madre, un deseo que parecía imposible de cumplir, ya que implicaría sometimiento al hombre y, probablemente, traición a su venerado padre. La joven continuaba nutriéndose de las lecturas de Furrier y los utópicos, a la vez que iba quedando cada vez más fascinada por las teorías eugenésicas surgidas a partir de la obra de Ch. Darwin (1871) La ascendencia del hombre y la selección en relación al sexo y ordenadas en forma de cuerpo doctrinal

por Sir Francis Galton, primo del creador de la Teoría de la Evolución.

Aurora se quedó con su padre en Ferrol desde los 23 años hasta la muerte de éste, acaecida el día 15 de enero de 1914, cuando ella tenía 35 años. Estos doce años que podemos llamar de «triunfo edípico» - dado que su hermana estaba en Alemania y su hermano en América-, debieron ser de una gran actividad mental para nuestra protagonista, porque decidió llevar a la práctica las ideas de los grandes reformadores, de las que se había impregnado en los libros del despacho paterno.

Cuando Aurora quedó sola al cuidado de su padre halló una salida - desplazada - a su vida pulsional, probablemente inspirada en la lectura del doctor Madrazo y los, cada vez más numerosos, epígonos de Galton. El deseo de maternidad, sin goce sexual, podría realizarse de forma simbólica creando una colonia eugenésica, un falansterio según el modelo de Fourrier. La tenaz gallega quería fundar su colonia para, en el futuro, regenerar la raza distribuyendo los seleccionados por toda España. Designaría una edad de procreación (25 años en la mujer y 35 en el hombre) y, para evitar desviaciones de este patrón, proponía realizar la vasectomía en los varones a partir de la pubertad - lo que les permitiría tener relaciones sexuales pero no procrear - para que a los 35 años, una edad considerada de suficiente madurez, les fueran recanalizados los conductos deferentes y pudieran ser padres. Así formaría un linaje especial distinto, y superior, al resto de los españoles (Cal, 1991).

Es verdaderamente fascinante imaginar la intensidad del deseo de la joven ferrolana. Su afán por controlar, de manera omnipotente, la vida de los supuestos privilegiados que fueran elegidos para crear una raza superior. Hoy nos pueden parecer cercanas al delirio semejantes ideas, sobre todo teniendo en cuenta que, en la paranoia, puede existir una primera fase de exaltación grandiosa y que los paranoicos reformadores suelen apoyar su sistema delirante sobre elementos de la realidad. Sin duda la base sobre la que Aurora construiría los principales elementos de su sistema delirante se la proporcionó la eugenesia, una corriente de pensamiento que se gestó, principalmente, como resultado de la influencia de los trabajos de Malthus, Darwin y Mendel y que sedujo, profundamente, a las mentes más esclarecidas de la época.

III

# La eugenesia

Como antes decía, las teorías eugenésicas surgieron, entre otras fuentes, del libro de C.Darwin (1871) La ascendencia del hombre y la selección en relación al sexo. De esta obra fundamental podemos extraer, a modo de ilustración, unas palabras: «Entre los salvajes, los débiles de cuerpo o mente son pronto eliminados y los que sobreviven muestran, por lo general un vigoroso estado de salud. Por el contrario, nosotros, gente civilizada, hacemos todo lo posible para limitar el proceso de eliminación: construimos asilos para el imbécil, el tullido y el enfermo, instituimos leyes para los pobres; y nuestros médicos se esfuerzan para salvar las vidas de todos hasta el último momento. Hay razones para creer que la vacunación ha salvado a miles que debido a su débil constitución hubieran sucumbido a la viruela». Después de leer este texto nos parece lógico que los padres fundadores de la doctrina eugenésica surgieran de la familia Darwin. Sir Francis Galton, primo de Charles Darwin, fue el creador de la Eugenics Education Society y Leonard Darwin, el hijo menor del autor de La ascendencia del hombre y sobrino de Galton le sucedió como principal referente de la eugenesia en Inglaterra, desde donde se extendió por numerosos países, entre ellos el nuestro.

En España, a finales del siglo xix, confluían dos corrientes de pensamiento que resultaron ser fruto de la angustia de los intelectuales por el porvenir y la necesidad urgente de poner remedio a lo que consideraban la degeneración de la raza; eran el Regeneracionismo y la eugenesia. En las primeras décadas del siglo xx cobraban cada vez más importancia la teoría de la Evolución, la genética mendeliana y los estudios sobre la sexualidad humana; los tres pilares fundamentales sobre los que se apoyaba la eugenesia. Los intelectuales españoles de la época, sumidos en el desasosiego producido por el desastre del 98, vieron en las teorías eugenésicas la explicación a la hecatombe sufrida que, según pensaban, había sido causada por la degeneración de la raza. También creyeron contar con el instrumento científico que impediría que, en España, se volviera a repetir una tragedia semejante a la sufrida con la pérdida de Cuba y Filipinas. Como ejemplo de aquellos intelectuales cautivados por las teorías de Galton citaré algunos nombres ilustres. Al doctor Enrique Diego Madrazo, autor de obras como El cultivo de la especie humana, Herencia y educación y Fin de una raza; a Ignacio Valentí y Vivó, autor, en 1907, de Herencia y trabajo, que participó en el Primer Congreso de Eugenesia, celebrado en Londres en 1912, con una ponencia sobre la salud y longevidad de las familias en Cataluña; y a Nicolás Amador, miembro de la English Eugenics Society, desde 1912 hasta 1915. También era un

ferviente eugenista Gregorio Marañón y Posadillo, el clínico de más renombre en la época, autor de Amor, conveniencia y eugenesia. El doctor Marañón desempeñaría, ya en la República, la presidencia de la Liga española para la Reforma Sexual so bre Bases Científicas, una organización cuya secretaria sería Hildegart, la hija de Aurora. Otros discípulos de Galton eran Jaime Torrubiano Ripoll, teólogo, estudioso del incumplimiento del celibato por parte de los sacerdotes y de las relaciones entre el matrimonio y la eugenesia, que publicó, en 1929, el libro Teología y eugenesia; también el profesor Luis Huerta, autor de libros como Eugénica y La Vida, o el eminente jurista Luis Jiménez de Asúa, que fue vicepresidente del Parlamento español y llegó a ser, en 1962, presidente de la República de España en el exilio. Otro destacado eugenista fue Enrique Noguera, redactor jefe y director de Gaceta Médica Española, importante medio de difusión del pensamiento médico. Uno de los difusores de la nueva doctrina, más prolíficos, fue el eminente psiquiatra Gonzalo Rodríguez Lafora, autor de trabajos y artículos de prensa sobre eugenesia, tales como Eugenesia, la ciencia de la herencia (España Médica, mayo-junio, 1912); La herencia y sus leyes, (El Sol, 26 de febrero de 1918) o ¿Es curable la locura? (El Sol, 16 de abril de 1918) y, en 1930, de una trilogía de la que hablaré luego. El neuropsiquiatra Salas Vaca, escribió Los degenerados en sociedad; el doctor Vital Aza quien, finalizada la Guerra Civil, formó parte de la junta directiva de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas, fue otro seguidor de la doctrina de la aplicación de la genética a la mejora de la especie humana. Antonio Vallejo Nájera fue autor, en 1937, de Eugenesia de la Hispanidad y Regeneración de la Raza y, en 1938, de Eugenesia. Selección de novios. También encontramos eugenistas entre médicos divulgadores de ideología anarquista como Isaac Puente Amestoy, creador de un consultorio sexológico por correspondencia en la revista libertaria Generación consciente, o Félix Martí Ibáñez, médico psiquiatra e historiador de la ciencia, director general de Sanidad en la Consejería catalana, organizada por la CNT, y autor de diferentes trabajos sobre eugenesia y neomalthusianismo (Alvarez Peláez, 1988); (Vázquez García, 2006). Incluso el gran pintor Sorolla, cuando diseñó su cuadro Triste herencia, pudo haberlo hecho bajo la impronta de las doctrinas eugenésicas.

Como vemos, el ambiente intelectual de la España en las primeras décadas del siglo xx, estaba marcadamente influenciado por los discípulos de Malthus, de Darwin y de Galton. En plena dictadura del general Primo de Rivera se organizó el Primer Curso Eugénico Español, promovido por la Gaceta Médica Española, que tuvo lugar en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina de San Carlos, en Madrid. El Curso Eugénico contó con el respaldo del Colegio de Doctores, la Sociedad de Historia Natural, la Sociedad Española de Antropología y la Sociedad de Biología. El gran histólogo Santiago Ramón y Cajal, premio Nobel de Medicina, también manifestó su apoyo a las jornadas, aunque excusó su asistencia a ellas por motivos de salud. El

presidente del comité organizador fue el ilustre antropólogo y profesor Luís de Hoyos Sainz y el curso contaba con conferenciantes de gran prestigio, como Sebastián Recasens, decano de la Facultad de Medicina, el jurista Jiménez de Asúa, el propio Hoyos Sainz, Marañón, Sanchís Banús, Estella, los sacerdotes Sureda y Laburu y el político conservador Osorio y Gallardo. Comenzó el curso el 2 de febrero de 1928, con la asistencia de numeroso público, entre el que suponemos que se encontraba Hildegart con su inseparable madre. A diario aparecían los resúmenes de las conferencias en los periódicos y en la radio pero, la segunda conferencia, pronunciada por Jiménez de Asúa despertó una durísima reacción en El Debate, con la que se inició una polémica que solo concluiría con la Real Orden de 22 de marzo de 1928 que prohibía la celebración de nuevas conferencias del Curso Eugénico, en locales públicos.

La solución eugenésica para los males de la humanidad fue cobrando tanto relieve en la mente de los dirigentes de diferentes países, que se llegaron a poner en práctica leyes para su desarrollo en algunos de ellos, sobre todo, en Estados Unidos. El contenido de la legislación eugenésica, entonces respaldada por la ciencia, hoy nos sorprendería extraordinariamente. Gonzalo Rodríguez Lafora escribió sobre la aplicación de estas leyes estadounidenses en diferentes artículos de prensa. El 5 de junio de 1930 publicaba Lafora en El Sol, en un artículo titulado La esterilización para el mejoramiento de la raza humana, en el que explicaba que, en el estado de California, desde la aprobación, en 1909, de la primera ley de esterilización, se habían practicado a lo largo de veinte años 6255 operaciones de esterilización en «locos incurables, degenerativos y en deficientes mentales». Dos días después, en el mismo diario, D.Gonzalo escribía La esterilización eugenésica de los degenerados, artículo en el que puede leerse: «Solo el estado de Ohio gasta 5.000.000 de dólares anualmente en sus deficientes y anormales. En la familia Kallikak, un padre normal se casó con una mujer normal y en seis generaciones, con 496 descendientes, solo hubo un individuo ligeramente anormal; pero, por otro lado, el mismo padre tuvo un hijo ilegítimo con una mujer imbécil y anormal, y de los 480 descendientes, en cinco generaciones, todos menos 46 resultaron anormales (psicopáticos, idiotas, etcétera). Imagínese el gasto de esta rama anormal para el Estado y se verá justificada la preocupación económica de las naciones civilizadas». El último artículo de la serie lo publica Lafora, con el mismo título, La esterilización eugenésica de los degenerados, el 12 de junio de 1930 y en sus párrafos finales nos dice: «Un motivo nuevo de discusión desde la sentencia del Supremo en el caso de Buck es que la esterilización estatal solo se efectúa sobre los individuos degenerados recogidos en instituciones públicas y deja libres para propagar la raza degenerada a los que están fuera de estas instituciones. En realidad, para que sea eficaz una medida del Estado debe generalizarse su carácter obligatorio, como es la vacunación. Pero ¿cómo conseguirlo

en este caso? El futuro lo dirá». Creo que estas palabras del más eminente psiquiatra español de la época, publicadas en la prensa diaria, nos dan una idea del interés que despertaba, en los países más avanzados, la posibilidad de aplicar los conocimientos científicos derivados del darwinismo y la genética mendeliana a la mejora de la raza. Evidentemente, detrás de los planes eugenésicos podían, fácilmente, esconderse o presentarse con un cierto barniz científico, sentimientos de grandiosidad y omnipotencia por parte de personas como la protagonista de nuestra historia, la mujer cuyos recuerdos infantiles estaban impregnados por la marginación y el mal trato, que dijo haber sufrido, por parte de su madre. Si Aurora no hubiera sido suficientemente influenciada por los socialistas utópicos europeos y los eugenistas españoles, no le habrían faltado otras fuentes de inspiración. El premio Nobel Alexis Carrel era otro de los autores admirados por ella; sus ideas eugenésicas quedan esquematizadas en frases como esta: «ningún crimen causa tanta miseria en un grupo humano como la tendencia a la demencia» o esta otra que tiene un macabro tinte programático: «En consecuencia, la eugenesia exige el sacrificio de muchos individuos». Probablemente, frases como las anteriores fueron tomadas por Aurora como dogmas de fe.

Con toda seguridad, la joven leyó, durante su estancia en El Ferrol, las obras del Dr. Enrique Madrazo; además debió entablar algún tipo de relación personal con el ilustre médico cántabro; de no haber sido así, el Dr. Madrazo no habría sido citado como testigo en el juicio por el asesinato de Hildegart. El autor de Fin de una raza, ya anciano, declaró por escrito dando muestras de que conocía a las dos mujeres. Su testimonio fue una carta, fechada el 12 de mayo de 1934 y remitida desde el Sanatorio Madrazo de Santander, en la que decía que sus 85 años le impedían manifestar personalmente su convencimiento de aquel momento, que resultaba ser el mismo que espontáneamente ofreció al juez con ocasión de semejante causa. Aurora debió leer, sobre todo, Cultivo de la especie humana. Herenciay educación, publicado en 1904 y, probablemente, estaría de acuerdo con la propuesta de Madrazo de crear un Centro para la Promoción de la Raza con el objetivo de regenerar el patrimonio genético español. A juzgar por escritos de Hildegart, como Maltusianismo o neomaltusianismo, es probable que Aurora, además, pudiera haber sido influenciada por los seguidores de la doctrina neomalthusiana, a través de las publicaciones del grupo editorial Salud y Fuerza, de Barcelona, seguidores de la Liga de Regeneración Humana.

'Como creo que queda suficientemente claro, los «dogmas» eugenésicos impregnaban el pensamiento de la intelectualidad española del primer tercio del siglo xx. Aurora estaba inmersa en este ambiente desde su juventud y, como era de esperar, el tema surgió en el juicio por el asesinato de Hildegart. Recordemos unas palabras del fiscal durante la vista: «porque la vasectomía es doctrina aceptada para impedir la

procreación de psicópatas en la legislación vigente de uno de los países mejor preparado científica y mentalmente. Me refiero a Alemania. También se practica en Norteamérica, Suiza y algunos otros países del norte de Europa»; a lo que, posteriormente, añadió: «Las doctrinas eugenésicas han merecido una general aceptación y en España se constituyó una liga para la reforma sexual sobre bases científicas de la que yo formé parte esto, mi pertenencia a la liga, lo citaba la procesada en su declaración ante vosotros y naturalmente no tengo por qué silenciarlo - cuando dicho organismo era presidido por una personalidad destacadísima, excelsa de nuestra patria; por un hombre bueno, profundamente bueno y eminentemente sabio que es figura gloriosa de la España contemporánea: estoy nombrando al doctor Gregorio Marañón. A la liga pertenecieron personalidades relevantes de la Medicina, del Derecho, de la Pedagogía, de la literatura, de todo cuanto en España es símbolo de sensibilidad y cultura» (Valenzuela, 1934).

Finalizaremos estas referencias con unas frases del eminente Dr. Marañón, escritas en 1927 y pertenecientes a su texto titulado Amor, conveniencia y eugenesia, que han sido recogidas por Álvarez y Huertas (1987):

> La hora actual del mundo - ha dicho un pensador contemporáneo formado del lado de allá de la biología, y por tanto, nada sospechoso (se refiere a Keyserling) - es la hora de la eugenesia; y cuantos tienen una voz, aun cuando sea tan modesta como la mía, deben ponerla al servicio de este magnífico ideal de nuestros tiempos.

Volvamos a El Ferrol y a los sueños eugenésicos de nuestra protagonista. Sueños que no llegó a cumplir en forma de falansterio porque, al parecer, su padre logró que renunciase a llevar a cabo la idea de crear, en una finca de Alcalá de Henares, una colonia eugenésica. A pesar de haber hecho desistir a su hija de la creación de la colonia; lógicamente, don Francisco Rodríguez Arriola no pudo impedir que persistiera, en la exaltada mente de Aurora, la idea de ser la nueva redentora de la Humanidad.

IV

# Personalidad de Aurora

Entendemos por personalidad el conjunto de caracteres psíquicos que, por la interacción entre la genética y el ambiente, se han ido grabando a fuego en la mente, sobre todo en lo inconsciente. Los rasgos de la personalidad determinan el modo de sentir, de pensar, y relacionarse de cada ser humano; su forma de estar en el mundo.

Nuestra premisa fundamental es que Aurora debía padecer un trastorno narcisista de la personalidad, como consecuencia de déficits muy tempranos en la constitución del psiquismo. Algo muy grave debió de ocurrir entre la niña y su madre para que el resultado de la relación fuera la pésima opinión que tenía de la misma y el odio y desprecio que sentía hacia la mujer, en general. Tenemos datos a favor de que la niña sufrió malos tratos por parte de la madre; por un lado, contamos con su propio testimonio recogido por el psiquiatra en Ciempozuelos; por el otro, las declaraciones de su vecina, y madre de una compañera de colegio de Hildegart, a la revista Crónica, en las que la mujer relataba que la propia Aurora maltrataba a su hija, a la menor falta cometida en el colegio; probablemente repetía así, tomando como víctima a la niña, el mal trato que ella misma había sufrido en su infancia. Una leve muestra de la agresividad que tuvo que soportar Hildegart queda de manifiesto en las palabras pronunciadas por su madre muchos años más tarde: «debía estar loca, yo creo, en aquella época para tolerar aquel engendro» (Rendueles, 1989). A ninguno de los anteriores testimonios les podemos conceder una absoluta fiabilidad, pero son indicativos de lo que suponemos pudieron ser los primeros años de su vida en El Ferrol. Además, contamos con otro dato, también significativo, que es su identificación con las víctimas de injusticias, ya fueran humanos o animales. Su sensibilidad extrema ante los abusos de poder, también apunta a que ella pudo haberse sentido víctima de parecidos abusos en su infancia. Por alguna razón, su madre la llamaba Rebeldía y ella mantuvo toda su vida, e inculcó a su hija, una actitud rebelde ante los abusos e injusticias.

Tanto si seguimos a Freud, como si tomamos como referencia a Kohut, estaremos inclinados a pensar que Aurora no pudo configurar en su mente una estructura narcisista suficientemente protectora; es decir, una estructura psíquica provisora de suficientes dosis de autoestima que le permitieran llevar una vida normal. El resultado bien pudo ser un sentimiento permanente de amenaza, muchas veces inconsciente, que permaneció semioculto para ella misma durante gran parte de su vida gracias a sus estructuras defensivas. Cuando estas defensas sufrieron una

importantísima quiebra, la amenaza de derrumbe pudo atenuarse mediante la proyección en los demás, en sus presuntos «perseguidores», los sentimientos destructivos que ella misma tenía. El resultado del difícil equilibrio psíquico entre el terror, la destructividad y las defensas primitivas, debió manifestarse clínicamente como una paranoia; la enfermedad, también con una función defensiva, pudo significar un precario refugio que le sirvió para evitar, durante sus años de cárcel y manicomio, la terrible caída en la desestructuración psíquica, que la amenazaba desde niña. Cuando ya no pudo disponer de defensas útiles, su estructura psicosomática se desmoronó, y murió psicótica e invadida por un cáncer, habiendo rechazado todo tipo de ayuda médica.

Revisten particular interés los modelos defensivos que Aurora fue utilizando a lo largo de su vida. La defensa que considero más importante fue la creación de lo que Kohut (1971) denominó objetos-self que le sirvieran de apuntalamiento para su supervivencia psíquica. El concepto objeto-self se refiere a una persona significativa que es vivida, inconscientemente, como parte del sí mismo y que sirve para reforzar la autoestima y evitar la angustia de desestructuración. Aquellas personas que son necesarias para reforzar la identidad de un determinado sujeto, mediante la implícita o explícita confirmación de su valía, aunque son objetos externos al self, se sienten como elementos de la propia identidad, por lo que, su pérdida o amenaza de pérdida, se vive como catástrofe. Entiendo, con Kohut, que los objeto-self, en alguna medida, pueden ser considerados como una necesidad universal, pero es en los individuos con severa patología narcisista, entre los que se encuentran los paranoicos, donde la presencia de objetos-se lf se hace indispensable. Estas personas, prácticamente, no pueden establecer relaciones diferentes.

A mi juicio, el primer objeto-self de Aurora fue su padre, que la cobijó en su despacho donde la niña era Ilusión; con él estaba a salvo de la amenaza que suponía la madre, a costa de perderla como modelo de identificación. En el despacho paterno, la pequeña Aurora debía ser un personaje importante y, muy probablemente, allí se forjó su admiración e interés por los hombres mayores y cultivados, prácticamente las únicas personas con las que se sintió a gusto durante toda su vida. A cambio de estos indudables beneficios, debieron sentirse gravemente perjudicadas sus identificaciones femeninas. Sus modelos de identificación eran, únicamente, masculinos: tanto su padre y sus amigos como los héroes idealizados, mártires a manos del poder establecido, tales como los paladines de la independencia de las colonias, Maceo y Rizal.

El segundo objeto-self significativo, con el que Aurora sustituyó temporalmente al padre como dador de autoestima, fue su sobrino Pepito Arriola. El niño, con su

talento musical, estimulado por las innegables dotes pedagógicas de la joven Aurora, le hacía sentirse a ella muy importante, casi imprescindible, para que brotara el genio del «Mozart español». Pero su odiada hermana, por el poder que le confería la condición de vientre paridor, le arrebató a Pepito y Aurora sufrió una grave herida narcisista de la que nunca se recuperaría totalmente. Se salvó de la amenaza de derrumbe volviendo al despacho paterno y, un tiempo después, libre ya de la madre, porque había muerto y de los hermanos, porque vivían lejos, se quedó, en exclusiva, al cuidado de su padre, a la vez que administraba, con gran éxito económico, el patrimonio familiar. Así pasó Aurora desde los 23 a los 35 años, época en la que, según comunicó a Eduardo de Guzmán, tuvo algunos pretendientes a los que, por unas razones u otras, acabó rechazando.

Después de más de una década como dueña y señora de la casa familiar, la estabilidad emocional de Aurora se vería nuevamente amenazada. Su padre enfermó y, finalmente, falleció a principios del año 1914. Ante una pérdida tan importante, su mente, al menos en lo inconsciente, necesitaría urgentemente reponer un objeto-self dador de autoestima; necesitaba un hijo que continuase la labor de apuntalamiento de su psiquismo, la misma función que, anteriormente, habían realizado su padre y su sobrino. Solo un obstáculo impedía la realización de su deseo, el rechazo de lo femenino, simbolizado en el odio a la sexualidad de su madre y su hermana.

Evidentemente, Aurora no había logrado una identidad femenina normal; no había encontrado, en su madre ni en su hermana mayor, un modelo de identificación como mujer; tampoco tenemos noticias de que ninguna otra mujer del entorno hubiera cumplido esa función. De lo que no cabe ninguna duda es de que nuestra protagonista consideraba la sexualidad, en general, y la femenina, en particular, algo sucio y humillante. Sabemos que la contaminación de la sexualidad genital o adulta, por elementos característicos de etapas sexuales infantiles, aquellas que el psicoanálisis denomina pregenitales, como el erotismo anal (Freud, 1908), lleva a identificar lo sexual con lo sucio, y es una de las causas de frigidez en la mujer (Shaeffer, 2000).

Resulta evidente que Aurora, además de sentir odio y desprecio por la hembra, mantenía una importante rivalidad con el varón. Creía humillante la relación sexual, a la que llamaba «afrenta carnal»; probablemente, por considerar que la mujer quedaba en una posición de inferioridad, si aceptaba el placer que el hombre le podía proporcionar; además, debía estar muy lejos de poder permitirse una actitud de generosidad sexual con el hombre, una actitud que le permitiera disfrutar de hacer gozar sexualmente al varón. Desde el punto de vista caracterológico, podemos encuadrar a Aurora dentro de lo que Reich (1933) denominó carácter fálico narcisista. La sexualidad fálico-narcisista implica, inconscientemente, la negación de la

existencia de lo masculino y lo femenino como diferentes y complementarios. La vivencia psíquica más evolucionada, la que permite reconocer la diferencia entre los sexos, no puede ser alcanzada por la mente de estas personas y es sustituida, en lo inconsciente, por el binomio arcaico fálico-castrado; es decir, divide a los seres humanos en dos tipos, los poderosos, capaces de gozar (fálicos) y los que, por carecer de algo importante, siempre están en déficit (castrados). Esta fijación a la etapa del desarrollo psicosexual, que Freud (1923, b) denominó fase fálica, impide la progresión de la sexualidad hacia su meta adulta. Aurora no pudo lograr acceder a dicha meta por sí misma; tampoco los hombres con los que se relacionó tuvieron la suficiente capacidad para colaborar con ella en la consecución de tal objetivo. La función masculina adulta implicaría la colaboración con la mujer para que ésta pudiera adoptar, sin la vivencia de excesivo riesgo, una posición receptiva que le permitiera aceptar tanto su deseo como la posibilidad de verlo satisfecho con la colaboración del hombre; además, facilitaría a la mujer la vivencia de orgullo por ser generosa con el otro complementario. La enigmática contradicción permanente en que viven este tipo de mujeres, quedaría sintetizada en la pregunta de la psicoanalista Shaeffer (2000): «¿Cómo hacer de una esfinge amenazadora anal, una mujer libidinal cuyo sexo es un alma en pena que exige ser vencida, poseída, pero cuyo yo, el narcisismo anal odia la destrucción. Un sexo que dice ¡ábreme! Mientras que el yo dice no me arrancarás nada o nada de lo quiero yo no quiero darte».

Resulta obvio que la potencia negadora y el sado-masoquismo inconsciente de Aurora resultaron ser más eficaces que la capacidad de evolución de su propia mente y que los recursos que tuvieron sus pretendientes, y el padre de su hija, para ayudarla a defenderse de sí misma y facilitar el camino de su evolución psicosexual. Los elementos fálicos de su sexualidad se verían enormemente complicados y reforzados en una personalidad que, como corresponde al registro paranoide, denominamos narcisista. La lucha entre el yo, como instancia psíquica represora apoyada en el carácter, y los impulsos sexuales de nuestra protagonista estaba claramente decantada a favor del yo, en lo que se refiere al control de la sexualidad manifiesta. A juzgar por lo que conocemos de su vida, no ocurría lo mismo con las pulsiones agresivas.

Quizá sea este el momento de recordar que, según nos contaban Endériz y de Guzmán en La Tierra, el día 3 de agosto de 1933, Aurora había sido una mujer atractiva y, en consecuencia, había tenido varios pretendientes; al parecer tuvo cuatro aunque, según sus propias palabras, solo se sintió verdaderamente enamorada de uno de ellos, un capitán de Artillería por quien estuvo a punto de renunciar a sus ideales de redención de la Humanidad. Dijo a los periodistas que deseaba ganar al capitán para su causa y, al no poder conseguirlo; al ver que aparecía, oculto por el vistoso uniforme, «el animal sensual y astuto que espera solo que caiga en sus manos la presa

del vicio», la joven no pudo hacerse cargo de la intensidad creciente de su propio deseo. Sus ideales le sirvieron, también, para ahogar la pulsión amorosa y sexual que pugnaba por encontrar su expresión. El odio a la pulsión no puede hacer concesiones y necesita, imperiosamente, que el deseo sea frustrado. Aurora no pudo manejar los impulsos que amenazaban con desbordar sus defensas y no tuvo otra alternativa que apartarse del deseado capitán, «el animal sensual y astuto». Sin embargo, como bien sabemos, lo sepultado en lo inconsciente retorna de mil maneras y, como es lógico, Aurora siguió soñando con cumplir el único deseo que podía permitirse; aquel que, al contrario que su propia realización sexual, le resultaba egosintónico: la redención de la Humanidad mediante la eugenesia. Vemos en este caso un curioso desplazamiento, incluso podría considerarse, por algunos, una sublimación de la pulsión sexual hacia metas más elevadas. En realidad, parece una solución de compromiso entre las exigencias de la sexualidad y las insalvables dificultades para dar cumplimiento a las mismas.

En consecuencia, la joven Aurora decidió no casarse. También rehuía el trato con las mujeres, a quienes consideraba inferiores y por las que, en el fondo, sentía repugnancia. Prefería tratar con hombres maduros, su principales modelos de identificación, los únicos seres por los que creía sentirse comprendida y entre los que, más tarde, encontraría al padre de su hija. Mientras tanto seguía consagrada al cuidado de su padre y del patrimonio familiar, llenando las horas de ocio con la lectura de los socialistas utópicos y de los apóstoles de la eugenesia.

El tiempo fue pasando y llegó 1914, el año de la Gran Guerra. Francisco Rodríguez Arriola, el padre de la joven, como queriendo evitar los horrores del terrible conflicto, murió el 15 de enero. Aurora, en consonancia con su carácter, decidió que no se recibiría duelo. Con el padre quedarían enterradas muchas de las ataduras que, hasta aquel momento, habían unido a nuestra protagonista a su tierra natal y al modo de vida de la ciudad gallega.

Pocas semanas después del entierro del padre, Aurora empezó a poner en práctica la alternativa a la colonia eugenésica que tampoco había podido materializar. Mientras vivía su padre, la joven ferrolana, en forma más o menos inconsciente, parecía haberse prohibido la maternidad. Muy probablemente, el ser madre lo habrá sentido, internamente, como una forma de traición edípica a don Francisco. También le resultaría muy difícil la identificación, en la maternidad, con una madre y una hermana a quienes tanto despreciaba y odiaba, aunque, en algún registro profundo de su mente, seguramente también envidiaba. La muerte del padre facilitó las cosas, ya no existía el anciano a quien la joven había estado estrechamente apegada durante toda su existencia; además, la odiada madre había muerto doce años antes, en Madrid,

sola y alejada de la familia; Aurora tenía más fácil ser madre, pero seguía sintiendo la sexualidad como algo repugnante.

Seguiremos la historia de la maternidad de Aurora basándonos en la versión de los hechos que ella misma proporcionó, a sabiendas de que, con toda probabilidad, sus recuerdos y la comunicación de los mismos tendría mucho de reconstrucción egosintónica de los hechos, algo especialmente necesario para los paranoicos. La decisión de ser madre, lógicamente, estaría multideterminada; ella nos hablaba, exclusivamente, de motivos racionales pero, como bien sabemos, nadie puede escapar a su condición biológica y, mucho menos, cuando los impulsos de la naturaleza son inconscientes. No sería ilógico pensar que, también, pudo actuar en la mente de la joven a la hora de decidir ser madre, un curioso mecanismo psicológico que, quizá por tener sus raíces en impulsos biológicos que permanecen inconscientes, es más frecuente de lo que pudiera parecer, aunque suele quedar oculto entre la compleja nebulosa de la sexualidad humana. El mecanismo al que me refiero se pone en marcha ante la pérdida de un ser querido por el que no se puede realizar, adecuadamente, el necesario duelo. En ese caso la biología impulsa a sustituir el familiar perdido creando un nuevo ser, a veces, de manera compulsiva. Como ejemplo de este mecanismo citaré el caso de una mujer que, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, corrió, literalmente, para quedarse embarazada y, de esta forma, atenuar el dolor por la pérdida con la fantasía inconsciente de que su padre, de alguna forma, viviría en el nuevo ser. Por este mismo mecanismo psicológico tuvo lugar, con toda probabilidad, la gestación del segundo Salvador Dalí, el famoso pintor ampurdanés, que nació nueve meses y diez días después de la muerte de su hermanito, el primer Salvador Dalí.

Volvamos a la versión de la concepción de Hildegart, dada por su madre: Aurora inspirada por Nietzsche, Galton y sus discípulos eugenistas, sería la creadora de un ser superior que redimiría a la humanidad, una especie de nuevo Mesías. La empresa de quedar embarazada no resultaba fácil. Ante la imposibilidad de ser fecundada artificialmente, como ella misma lamentaría años más tarde, era imprescindible realizar el sacrificio de sufrir lo que denominaba la «afrenta carnal» - lo más parecido, dentro de lo posible en la época, a una inmaculada concepción-. Se dejaría afrentar sexualmente por un hombre para quedar fecundada, a condición de no experimentar ningún tipo de goce sexual; sufriría tamaña humillación por una elevada causa, la salvación de la Humanidad. Al menos esa es la versión que dio doña Aurora Rodríguez Carballeira del modus operandi por el que consiguió engendrar a su hija Hildegart. Por las vicisitudes del inconsciente humano, concretamente por esa capacidad que tiene lo reprimido para retornar convenientemente disfrazado, Aurora, a quien la muerte de su padre facilitaba la maternidad sin traición edípica, quedaría

embarazada de un hombre mayor que ella y cargado de resonancias paternas. Repitió lo mismo que habían hecho su odiada madre (su marido era 18 años mayor que ella) y su despreciada hermana Josefina (un teniente vicario era el posible padre de Pepito Arriola y, como sabemos, el hombre con el que se casó después, tenía 22 años más que ella). Estos son los trucos de los que se sirve nuestro inconsciente para que, por un lado, evitemos lo prohibido porque genera angustia y, por otro, realicemos nuestros deseos, aunque de manera casi irreconocible.

Si en vida de su padre Aurora había abortado todas las relaciones con hombres, porque creía que la sexualidad esclavizaba a las mujeres. Al morir don Francisco, precisamente cuando podía disponer del dinero para fundar una colonia eugenésica, la joven ferrolana, que ya contaba 35 años, quiso ser madre. Necesitaba, para serlo, un colaborador fisiológico dado que, como lamentó en el juicio, no podía fecundarse artificialmente. El colaborador debería ser física y psíquicamente adecuado para poder fecundarla y engendrar al ser que salvaría a la Humanidad pero, a la vez, Aurora necesitaba alimentar la ilusión omnipotente de ser la única creadora-propietaria de la proyectada redentora. Era imprescindible que el colaborador fisiológico no pudiera reclamar la paternidad del nuevo ser, porque la madre lo quería para ella sola. El recuerdo infantil de una escena vivida en el despacho de su padre, la dolorosa imagen de una mujer que tuvo que volver con su odiado marido, para no perder a su hija, estaba muy presente en ella. Por otra parte, no podía arriesgarse a sufrir, por segunda vez, lo que sintió cuando le arrebataron a su sobrino, Pepito Arriola. En efecto, Aurora, ante los periodistas Endériz y de Guzmán, racionalizaría su deseo de no compartir su «muñeca de carne» asociándolo a un recuerdo «imborrable, obsesionante», de la vivencia infantil, antes citada, en el despacho paterno. Un matrimonio en trance de separación fue a consultar a Francisco; según Aurora «La mujer, no sé por qué, sentía asco y repugnancia de su marido». Los dos querían separarse pero ambos deseaban quedarse con la única hija que tenían en común. Como la Ley protegía al marido, la mujer, antes de separarse de su hija, tuvo que ceder y volver «al lado del hombre cuya proximidad física le horrorizaba». Ella no sufriría algo así.

Ellcandidato idóneo para que la fecundación de la virgen ferrolana resultó ser el Capellán de la Marina don Alberto Pallás y Monseny (Cal, 1991). Las negociaciones con el colaborador no debieron ser muy difíciles. Si el padre de Aurora moría el 15 de enero de 1914, ella daba a luz a Hildegart el 9 de diciembre del mismo año. Según sus declaraciones, había sufrido por tres veces la imprescindible afrenta carnal pero, manteniéndose fiel a la idea de eliminar el placer sexual, no había gozado en absoluto. Si insultaba a las mujeres con epítetos como «gozadoras» o «paridoras», ella no estaba dispuesta a caer en semejantes vulgaridades. Si para su proyecto de

colonia eugenésica no había tenido en cuenta el placer, que era sustituido por la aplicación científica de la genética mendeliana y el darwinismo, a ella tampoco le estaba permitido gozar del sexo. Con orgullo declararía en el juicio: «ningún hombre me ha hecho gozar de cintura para abajo».

Confesaría Aurora a Ezequiel Éndériz y Eduardo de Guzmán, los periodistas amigos, que necesitó una adecuada preparación mental para quedarse embarazada. Solo afrontó el trance decisivo, la afrenta carnal, cuando tuvo el convencimiento de ser dueña de sus reacciones y de que la carne no podía traicionarla. Resulta patética la descripción de sus relaciones sexuales, en forma de pelea, entre el hombre presuntuoso, que necesitaba afirmarse despertando el deseo de la hembra, y la mujer fálica, que lo castraba con su frigidez. Podemos leer en La Tierra, del 5 de agosto de 1933: «No les sorprenda a ustedes esto. Yo había preparado mi ánimo de tal forma, en un proceso tan lento y metódico, que todas las debilidades de mi carne estaban ya adormecidas. Fui a ese momento precisamente cuando me noté dueña de esas debilidades, cuado la carne no podía traicionarme ni en los momentos de mayor excitación. Es más, todo cuanto el hombre, mímico al fin, hacía por buscar vanidosamente el fracaso de mi método, servía para robus tecerlo. Al hombre aquel lo veía tan pequeño, tan despreciable, sirviendo de instrumento tan inferior a mi ideal incomprendido que no podía sentir más que repulsión. No quise sentirla tampoco. Mi deseo era mostrarme indiferente ante lo que tenía que ocurrir e indiferente me sentí». Sirvan como comentario a estas frases, monumento a la rivalidad fálica, las palabras de Shaeffer (2000), cuando afirma que si el rechazo de lo femenino es radical y absoluto, fundado en el odio a toda costa de la pulsión, puede llevar a la frigidez o a la paranoia.

Como vemos, aunque Aurora no había podido fundar una colonia eugenésica y repoblar España con seres superiores, no por ello renunciaba a salvar el mundo. Vencería a su hermana y a su madre porque tendría un hijo, preferiblemente una hija, sin el vergonzoso y humillante placer sexual, característico de las simples paridoras y, además, salvaría a la Humanidad a través de su vástago. La hija eugenésica debería seguir escrupulosamente sus dictados para redimir al mundo, mediante la redención previa de la mujer. Aparentemente, quería que el fruto de su embarazo fuera una niña porque, según recordaba el periodista Eduardo de Guzmán (1977), de sus entrevistas en la cárcel, ella creía que «Nadie precisaba y precisa con mayor urgencia ser redimida que la mujer en general. Es, por doloroso que resulte confesarlo, lo peor de la especie humana. Veinte veces más egoísta, astuta y malintencionada que el hombre. La maldad del hombre tiene muchas veces un fondo de grandeza y de posterior arrepentimiento; la de la mujer no. Se mueve por impulsos mezquinos y únicamente se arrepiente de sus fracasos. En el eje de sus preocupaciones está

siempre el sexo. Pero no son mujeres ni madres, sino simples paridoras, vientres que vomitan niños. Mujeres y madres en el sentido más amplio y excelso de la palabra, existen muy pocas. De ahí se deriva que el ideal soñado por mí necesitase un agente hembra para poder realizarse. Una mujer que fuera ejemplo y lección de mujeres, porque la Humanidad no se redimirá mientras no se redima la mujer».

A pesar de las declaraciones de Aurora, resulta difícil creer - dada la pésima opinión que tenía del sexo femenino - que, en un principio, quisiera redimir al mundo a través de una mujer. Es muy importante descubrir, en la compleja mente paranoica, la gran farsa bajo la que se oculta la red defensiva. Como sabemos, que una de las principales características de los paranoicos es la adecuación de la realidad a la fantasía, especialmente en lo que al pasado se refiere, por causa de la imperiosa necesidad de sepultar la angustia a cualquier precio y mediante cualquier tipo de defensa psíquica. Estas deformaciones del pasado fueron denominadas por Freud (1901) «espejismos del recuerdo» y por Lacan (1931) «ilusiones de la memoria», usando la terminología kraepeliniana. Además de tener en cuenta estas consideraciones teóricas, para no perdernos en el laberinto de la paranoia, contamos con un dato revelado por ella misma: durante el embarazo, por resentimiento contra su colaborador fisiológico, parece que quiso cambiar el sexo de su hija, lo que, lógicamente, le resultó imposible. Leemos en La Tierra, de 9 de agosto de 1933, en el reportaje de Endériz y de Guzmán: «Yo había soñado que la obra grande y gigantesca que bullía en mi mente fuera realizada por una mujer, por una hija continuación de mi vida y superación de mi espíritu. Pero mi ilusión se desvanecía al conocer toda la historia del hombre que la engendró. Temí su influencia malsana sobre el ser que había de nacer. Sería imperfecto, sería débil, sería malo quizá. Y yo entonces deseé que fuera varón. Un muchacho a quien cuidar como madre. Pero a quien educar, no para que realizase ninguna tarea excepcional, sino para que fuera uno más, ni mejor ni peor que los demás hombres...». Parecen demasiadas racionalizaciones, teñidas de convicción delirante porque, muchos años después, en el manicomio de Ciempozuelos le decía a su psiquiatra que, en aquella época, ella sabía «las medidas a seguir para que el feto fuese hembra o macho» (Rendueles, 1989).

Eduardo de Guzmán, el periodista que fue amigo de ambas mujeres dice, refiriéndose al nacimiento de Hildegart, en el prólogo de la reedición por Anagrama, en 1977, de La rebeldía sexual de la juventud, el libro que escribiera, en 1931, la propia Hildegart: «Cuando este se produce, en lugar del hijo aguardado nace una hija. Aurora no lo lamenta. Por el contrario, se alegra sinceramente pensando que una mujer puede hacer una labor más fructífera que un hombre, precisamente por ser la mujer quien está más necesitada de liberarse de esclavitudes, tabúes y falsos complejos de inferioridad». No sabemos por qué escribió esto Eduardo de Guzmán,

pero debemos reconocer que es una de nuestras fuentes principales de información; fue uno de los seres humanos que más habló con la protagonista de esta historia, entre los años 1932 y 1934.

El fiscal Valenzuela puede encuadrarse entre los más escépticos con respecto a los grandiosos planes de nuestra protagonista para la redención de la Humanidad. Afirmaba en el juicio: «Por eso la procesada finge una perturbación mental que solo empieza a notarse con posterioridad al crimen. Porque a raíz de cometido declara ante el juez y la explicación que da no tiene nada de anormal. Es posteriormente cuando construye su teoría de que queriendo redimir a la humanidad pensó tener una hija, la tuvo con solo tres conocimientos sexuales, y como su hija se apartara de la obra que ella le trazó, la-mató» (Valenzuela, 1934).

En realidad, nunca podremos saber la verdad sobre los motivos que tuvo Aurora para quedar embarazada. Quizá ni ella misma los tenía claros, al menos, cuando hizo las declaraciones posteriores al asesinato de su hija. Nunca podremos conocer si el deseo de redención de la Humanidad hizo que la mujer se sometiese a la «afrenta carnal» o, simplemente, actuó la Naturaleza conforme a sus leyes y la mujer, al sentirse embarazada, decidió que sería la madre de un ser excepcional. En todo caso, debió vencer un importante obstáculo, porque sabemos las enormes dificultades que tenía Aurora en relación con la sexualidad. Tendría grabadas a fuego, en su mente, las odiadas imágenes de la madre quien, para ella, según quedó recogido en su historia clínica de Ciempozuelos, «tenía más sexo que seso», o de su hermana, de quien dijo que era «mala madre y mala esposa», «homosexual» y que, con los hombres, «era un pingo». Sobre ella tenía «la seguridad absoluta de que en las relaciones sexuales era una depravada, una viciosa». Lo que sabía «por algo que ha oído y por deducción de su depravación en todo» (Rendueles, 1989).

V

# Doble biografía

## Los primeros años

Cuando Aurora, a sus 35 años, se sintió embarazada, decidió instalarse en Madrid, ciudad que había visitado el año anterior para dar una conferencia en el Ateneo Teosófico; un acto en elque fue presentada por su amigo el Sr. Cohucelo. En la capital, muy lejos de El Ferrol, la joven podría proporcionar a su hija una vida intrauterina digna de la redentora de la Humanidad. Seguiría las indicaciones de Lady Barret, Arabella Kenealy o Marie Stopes, miembros de la English Eugenics Society, que creían fervientemente en la importancia de la influencia prenatal sobre los seres humanos (Capdevila-Argüelles, 2008). La futura madre no quería leer los periódicos para no recibir malas noticias, especialmente de la Gran Guerra, que pudieran alterar el desarrollo de la niña; se bañaba cuidadosamente dos veces al día en agua caliente, y ponía el despertador, cada hora, durante la noche, para cambiar de postura y no dañar a la futura mesías.

Después de un embarazo según las reglas de la más estricta eugenesia, el miércoles 9 de diciembre de 1914, Aurora dio a luz una niña «con conciencia de la importancia para la humanidad de ese acto para el que no precisé gran ayuda». Había nacido la redentora del género humano y, sobre todo, el objeto-selfdefinitivo que necesitaba Aurora para continuar viviendo con un cierto equilibrio.

Parece quelel bebé se desarrolló con toda normalidad, pero la normalidad es, precisamente, lo que menos pueden tolerar los pa ranoicos. Ellos tienen que dar una interpretación que cargue de significado a los hechos irrelevantes. Aquella mujer que, muchos años más tarde, el 3 de octubre de 1936, diría convencida a su médico «Soy un poco más celeste que lo corriente», con una necesidad obsesiva de excluir la sexualidad de los seres puros, describió la lactancia de Hildegart en estos términos: «mi hija; cuando mamaba lo hacía con naturalidad, no con el deleite degenerado de los niños». Sospechosamente, la celeste asexuada parecía vivir más pendiente de la sexualidad que la mayoría de los seres humanos.

Aurora no empadronó a Hildegart ni la inscribió en el Registro Civil, hasta el 29 de abril de 1916; lo hizo con los nombres de Hildegart, Leocadia, Georgina, Hermenegilda, María del Pilar. Según Cal (1991), no se habría puesto a la niña el nombre de Carmen, como la propia Aurora declaría a los periodistas (La Tierra, 16 de agosto de 1933) y puede leerse en algunos escritos. Aurora tampoco bautizó a la niña

hasta el 23 de marzo del mismo año, porque quería que fuese solo de ella. Si bien, en el informe del fiscal puede leerse que en el folio 102 del Sumario figura la partida de bautismo de Hildegart verificado en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, el 24 de marzo de 1916. Curiosamente, la madre se inscribió con el nombre de Georgina Rodríguez Carballeira, utilizando el cuarto de sus nombres de pila, pues se llamaba Aurora Jesualda Josefina Georgina. Además, a pesar de sus manifestaciones de la exclusividad que pretendía sobre su hija, se inscribió como casada y nacida el 23 de abril de 1889, quitándose 10 años de edad. Estos datos erróneos debieron tener, para ella, una función de defensa intrapsíquica; además, pudieron servir para ocultar sus propiedades en El Ferrol, porque declaró que no pagaba contribución ni recibía pensión ni renta alguna. Llama especialmente la atención, que se inscribiera en el Registro como casada; seguramente, así evitaría algún tipo de complicación para ella o para Hildegart aunque esa inscripción tuvo lugar en un momento en el que, al parecer, las relaciones con el padre de su hija eran suficientemente buenas. Según testimonio de Jerónima López, criada de doña Aurora en 1914, «el padre de Hildegart era un extranjero que, de cuando en cuando, pasaba temporadas con la señora» (Valenzuela, 1934); algo que contradice de pleno la versión que Aurora dio a los periodistas en el verano de 1933, poco tiempo después de haber asesinado a ,su hija.

La madre que llegó a quejarse de no haber tenido una auténtica madre y de haber sufrido golpes y palizas, aplicó a la educación de su hija, como suele ser habitual en estos casos, los mismos métodos de tinte sádico, disfrazado de interés y sacrificio por el bien de la niña, que ella misma había sufrido y que resumiría así: «nunca transigí nada con ella en las cosas del trabajo y la instrucción». Por otra parte, el interés obsesivo de la madre y su cruel intransigencia se mostraron útiles para lograr la instrucción de la futura redentora. Los resultados obtenidos constituyen una prueba evidente de la eficacia práctica de los métodos pedagógicos de Aurora. Hildegart, según todos los datos disponibles, jugaba, antes de cumplir un año, con un puzzle de letras que le había fabricado su madre; podía andar y hablaba bastante bien a los 11 meses; leía, escribía y tocaba el piano, a cuatro manos con su madre, a los tres años; y, a esa misma edad, le envió una carta a su padre. Por si todo esto fuera poco, en 1919, a los cuatro años, la niña consiguió un título de mecanógrafa expedido por Underwood, la prestigiosa marca fabricante de máquinas de escribir. Mientras tanto, la afanosa madre, única maestra que tuvo la niña en los primeros años; la mujer que odiaba y despreciaba el sexo, empezó a dar a Hildegart lecciones de sexualidad basándose en la reproducción de las plantas, además de todo tipo de clases sobre lo que podía comprender la niña. Así, con una actitud paradójica, al menos en lo que se refiere a la sexualidad, Aurora preparaba concienzudamente a la futura salvadora de los seres humanos. Por desgracia para las dos mujeres, la educación de Hildegart también quedó marcada, a partir de sus cuatro años, por la lucha de Aurora contra el

enemigo masculino, personalizada en la rivalidad y el odio al padre de la niña; una lucha cercana a lo psicótico, pero racionalizada y revestida de argumentos pseudocientíficos. La madre, según su propio testimonio, se afanó en intentar, - con una base en presupuestos más o menos lamarckianos, incluso con alguna inspiración en la medicina naturista de la época - que se anulara en Hildegart, el efecto de los genes paternos; una herencia que, si antes decía considerar idónea, después de algunos incidentes e informaciones recibidas, llegó a creer que sería nefasta. No se nos puede ocultar que el odio sentido por Aurora contra el padre de Hildegart tendría efecto en el trato dado a la hija. La madre decía que intentó borrar, con la educación y la higiene, la mala influencia genética del padre. Una mala influencia que dedujo, sospechosamente, a partir de una noticia recibida sobre las andanzas sexuales de su colaborador fisiológico.

Si queremos seguir el hilo de los razonamientos defensivos de Aurora, podemos pensar que estaba tan obcecada con la idea de crear una supermujer de tinte nietzscheano, que no tuvo en cuenta, suficientemente, la influencia que, sin duda, tendría la genética paterna sobre su hija. Es decir, estaba tan obsesionada con la idea de ser ella la auténtica supermujer y la verdadera salvadora de la Humanidad, a través de su hija, que, en una especie de orgía narcisista, no pensó en el hombre más que como un objeto del que no podía prescindir para llevar a cabo sus planes. Aurora, muchos años más tarde, necesitó explicar su fracaso y su tragedia, al modo paranoide, por proyección de lo malo, cargando la culpa en los hombros del otro, su colaborador, por no poder hacerse cargo de la angustia que supone la amenaza, inconsciente, del sentimiento de culpa. Todo esto parece, más bien, un mecanismo de restitución. Un proceso, característico de los paranoicos y descrito por Freud (1900), según el cual, se intenta volver a investir afectivamente al objeto, después de una retirada de la libido hacia el yo. La restitución se realiza mediante el mecanismo de la proyección, que permite que lo desagradable y abolido dentro del propio psiquismo, vuelva al sujeto como si viniera desde fuera, desde el mundo externo. La restitución, en palabras de Freud, es un intento de curación de la paranoia que tiene dos ventajas: por un lado se reanuda el contacto con el objeto (que, en este caso, sería el colaborador fisiológico) y, por otro, se libra el sujeto del sentimiento de culpa, porque queda proyectado en el otro. Los paranoicos y paranoides no disponen de un aparato mental suficientemente desarrollado y con recursos que les permita elaborar adecuadamente los sentimientos y, por eso, necesitan expeler lo negativo: «no reparé lo suficiente en el padre», diría en unas entrevistas que concedió a los periodistas, diecinueve años después de que hubiera elegido a su colaborador.

Aurora, a pesar de lo que muchos años más tarde quedaba en su memoria o, al menos, necesitaba creer para recomponer su situación interna de lucha sin desmayo

contra el hombre. A pesar de su necesidad de mantener el odio contra el causante de todos los males, parece ser que la mujer, durante los primeros años de la vida de Hildegart, volvió a ver al padre de su hija, con motivo de las visitas que éste realizaba a la niña; «cortó las relaciones con el hombre pero no la amistad», nos dirá Cal (1991).

La versión de los hechos que daba Aurora no sería compartida, muchos años más tarde, por el fiscal del juicio. Valenzuela expuso con dureza lo que podríamos llamar una versión despojada del halo «científico», que proporcionaba la eugenesia. Estas fueron sus palabras: «No hubo tal colaborador fisiológico, tal individuo con estrictos fines procreativos. Hubo un amante que duró largo tiempo y, el cual, se rumorea que le dura todavía» (...) «Hildegart fue el desliz vulgar de una soltera, caso no nuevo en el hogar de la procesada. En las tertulias políticas de su padre conoció Aurora a un marino inglés con quien entabló relaciones íntimas que florecieron en Hildegart, relaciones amorosas que continuaron largos años y que como yo decía al relatar el hecho criminal es presumible que duren aún». Añadió una referencia a las declaraciones de Jerónima López García, Isabel prado de la Torre y Jesús Burgos Asenjo según las cuales «en el hotel de la Prosperidad, mucho tiempo después del nacimiento de la víctima de este proceso vivía un señor extranjero, al parecer inglés, y no más lejos de ayer pudimos todos ver al señor mediano de estatura, pasada la cincuentena, calvo, con lentes, vestido de caqui y entristecido el gesto, el cual señor fue requerido por la misma defensa de la procesada para que como padre de Hildegart declarara en el juicio oral. Y todos recordamos aquella frase de la procesada cuando declaraba ante vosotros: y si está presente el padre de mi hija, ya lo sabe» (Valenzuela, 1934).

Los lectores de La Libertad, el 10 de agosto de 1933, pudieron encontrar, en un artículo referido a la agresión de Aurora a una vigilante de la prisión donde estaba confinada, una referencia a la relación de nuestra protagonista con su colaborador: «A punto de ser madre, el marino la trajo a Madrid y ambos se instalaron, figurando como matrimonio, en un hotelito de La Guindaleza, donde nació Hildegart». Recordemos que cuando inscribió a Hildegart en el Registro Civil, el 29 de abril de 1916, ella declaró que su estado civil era «casada».

En efecto, parece que la buena relación de Aurora con el padre de su hija duró hasta que Hildegart tuvo 4 años, momento en que surgiría la primera de las tres grandes crisis que tuvieron lugar entre madre e hija. Ni en este caso ni en el siguiente parece que la niña tuviera ninguna participación. Todo ocurrió, como suele ser habitual en estas situaciones, en la mente enferma de Aurora. Consta en la historia clínica del manicomio de Ciempozuelos que, cuando la niña tenía 4 años, con motivo

de una de las visitas que hizo el padre de Hildegart a las dos mujeres, Aurora sorprendió al que llamaba su colaborador fisiológico ha blando mal de ella a su hija. Según sus propias declaraciones, cogió un revólver y amenazó con matar al padre y a la hija, si éste no se marchaba inmediatamente. Quizá para racionalizar el odio contra Hildegart, Aurora parecía quejarse, en el manicomio, de que la niña, en aquella situación, se revolviera contra ella. Con independencia del rigor histórico de este recuerdo, - no parece muy creíble, por ejemplo, que si ya tenía un revólver en aquel momento, comprara otro, catorce años después, cuando Hildegart recibió amenazas del entorno socialista-, de lo que no cabe duda es de la enorme agresividad que tenía Aurora contra el padre y también contra la hija, ya desde sus primeros años de vida. ¿Cómo explicar que la madre albergara deseos, más o menos conscientes, de matar a una criatura de cuatro años que, teóricamente, había concebido para salvar a la Humanidad?, ¿Tanta potencia tenía el odio al hombre que fue capaz de incitar en la madre el deseo de eliminar a éste y a su propia hija?

De nuevo aparece sobre esta historia la sombra de Medea, la mítica hechicera que, para castigar al hombre que la había humillado casándose con otra, fue capaz de matar a los hijos que había tenido con él. No parece disparatado pensar que Aurora pudiera estar muy dolida y celosa y encontrara una forma de manejar su odio proyectándolo en el hombre y en el fruto de la relación con él, su hija; tomando como ataque unas simples palabras del padre a la hija. El motivo de los celos y el odio podría estar en que, precisamente por aquella época, una amiga ferrolana, sin saber que el protagonista era el padre de Hildegart, le contó a Aurora que un conocido sacerdote había sido acusado de aprovechar una estancia en Madrid, en casa de su hermano, para «seducir y corromper a una sobrina carnal de poco más de catorce años» (de Guzmán, 1977), algo que no parece muy difícil de creer, ya que varios testigos afirmaron en El Ferrol a Rosa Cal (1991) que Hildegart tenía un hermano por parte de padre. Cualquiera que fuera la causa, lo que no ofrece ninguna duda es que Aurora cambió de opinión con respecto al que fuera su colaborador. De su inicial idealización, pasó a considerarlo, en el mejor de los casos, un «vago» y «mal amigo». En este momento debemos tener bien presente que, en las declaraciones que Aurora hizo a los periodistas de La Tierra, en el verano de 1933, les dijo que la noticia de que el padre de Hildegart había seducido a una sobrina le había llegado a ella cuando estaba todavía embarazada de Hildegart y, por eso, había deseado cambiar sus planes y tener un hijo varón sin mayores aspiraciones redentoras. ¿Confusión, modificación consciente del relato según su interés o espejismo del recuerdo? En cualquier caso, el efecto de aquellos truculentos episodios sobre la mente de Aurora parece que fue de odio al padre, por traidor y odio a la hija, por ser portadora de su mala semilla ¿Cómo manejaría el psiquismo de aquella desgraciada mujer todos los componentes de aquel drama?

A pesar de los conflictos, la educación de Hildegart fue un modelo de planificación eugenésica y de aplicación de la férrea voluntad de la madre a la consecución de sus objetivos. Lamentablemente, las dos mujeres no pudieron verse libres de vivir la repetición de los aspectos negativos de la relación de Aurora con su propia madre, que se manifestaron en forma de agresividad, más o menos manifiesta, contra la niña. El monumento a la justificación de la agresividad contra los niños que representa el refrán castellano «Quien bien te quiere te hará llorar», más propio de verdugo que de juez - en palabras de Unamuno - debió de tener su máxima expresión en el proceso de educación de Hildegart. Frases como: «Yo le exigía catorce horas de trabajo en intelectual que yo seleccionaba para ella», reflejan el sadismo ejercido sobre la niña con el único objetivo de conseguir el resplandor de la madre, como consecuencia del brillo de una hija a quien, por otra parte, Aurora consideraba inferior a ella. Así lo demuestra su frases: «si parecía más inteligente era porque en ella se reflejaba mi inteligencia». La madre terrible, de forma proyectiva, llegó a decir de aquella hija a quien manipulaba constantemente: «me envidiaba porque sabía lo que yo valía y no podía tolerar que nadie brillase a su lado», y, muy probablemente, alcanzaba la cumbre del mecanismo proyectivo cuando decía: «era hermética y gozaba haciéndome sufrir, nunca me quiso». Otra de las frases pronunciadas por Aurora, en el sanatorio de Ciempozuelos, tiene particular importancia, a la hora de entender que la idea de eliminar a Hildegart rondaba su mente desde bastante tiempo antes de consumar el parricidio: «debía estar loca, yo creo, en aquella época para tolerar aquel engendro» (Rendueles, 1989).

Durante los primeros años de estancia en Madrid, Aurora no se separaba de su hija y, según parece, la presión sobre la pequeña no disminuía en los veranos, que madre e hija pasaban en el hotel Concepción Arenal de El Ferrol. La relación debía ser asfixiante para la niña, como lo muestran las declaraciones que realizaron a Rosa Cal algunas de las personas que trabajaban en el hotel en aquella época. Recordaban que, si la niña bajaba a hablar con las costureras, enseguida su madre la reclamaba; también decían que doña Aurora era muy maniática, y que solo atendía si la llamaban «Sra. Arriola» (el segundo apellido de su padre). Añadieron que nunca iba nadie a visitarla al hotel, que hablaba mucho con su hija y les parecía que se querían mucho (Cal, 1991).

De vuelta a Madrid, la fama de niña prodigio de Hildegart llegó a Palacio y, según la madre, la reina Victoria la llamó para que jugara con las infantas, dado que hablaba inglés perfectamente. Sería muy interesante poder comprobar si este dato pertenece a la realidad o fue una elaboración de Aurora, en la época de Ciempozuelos, basándose en la relación de la reina María Cristina con su sobrino Pepito Arriola. En todo caso, parece que la madre se preocupó de poner en contacto a Hildegart con familias de la

nobleza y la burguesía madrileña, para que exhibiera su talento.

Aunque no puede haber duda sobre las dotes pedagógicas de Aurora, sobradamente demostradas tanto con su sobrino como con Hildegart, otra cosa bien distinta pudo ser el contacto afectivo que esta mujer - que, con toda probabilidad, había sufrido una deprivación infantil en este aspecto - pudo proporcionar a su hija. La madre-pedagoga, para ilustrar su método, llegó a confesar que no hizo una caricia a Hilde hasta los 12 o 13 años porque, según ella, eso la perjudicaba. Una amiga de ambas mujeres, aquien llamaban la abuelita, declaró: «En los doce años que las traté no vi nunca a Hildegart dar un beso a su madre».

El instituto y las primeras publicaciones

Después de los primeros años en los que la niña solo recibió instrucción por parte de su madre, Aurora matriculó a Hildegart en un colegio de monjas, para que preparase el ingreso en el Instituto del Cardenal Cisneros. Las declaraciones de una vecina y madre de compañera de colegio de Hildegart, publicadas en la revista Crónica, el 18 de junio de 1933, serían especialmente demostrativas de la relación entre madre e hija, por aquellos años. La fecha en que fueron realizadas, poco después de conocerse la muerte de Hildegart, quita algo de valor al testimonio, aunque parece difícil que todo fuera producto de la imaginación de la señora. Podemos leer: «La madre iba a llevarla y a recogerla y era raro el día en que, por cualquier motivo, no le impusiera una corrección brutal..., un cuaderno olvidado, un lápiz perdido, una mancha de tinta en el delantal, un error advertido en cualquier ejercicio, bastaban para que aquella mujer - que a todas las demás madres nos era odiosa - cubriera a su hija de improperios y golpes... Y si esto ocurría en el vestíbulo del colegio, ante todos nosotros, en público, ¡figúrese usted lo que sería la existencia de la pobre criatura en la casa, a solas con su madre!».

Podemos imaginar como habrían sido los primeros años de vida de Hildegart, no la infancia, porque - según ella misma confesó a de Guzmán - no había tenido infancia, ya que todo el tiempo lo había necesitado para estudiar. En 1922, cuando la niña tenía siete años, Aurora y su hija se instalaron en la calle de Galileo, 57. Con motivo del traslado de barrio la madre se empadronó con el nombre de Aurora y decidió, curiosamente, que su estado civil era el de viuda.

Situémonos en octubre de 1924; Hildegart, que todavía no había cumplido diez, años comenzó a estudiar el bachillerato, con idioma alemán, en el prestigioso Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid, un centro donde permanecería matriculada hasta 1928. Durante esos escasos cuatro años la niña terminó el bachillerato de letras, con examen final calificado con sobresaliente. Al terminar dominaba francés, inglés y

latín y traducía alemán, portugués e italiano. Sus conocimientos de latín le habrían permitido traducir De naturae Philosophia seu de Platonis et Aristoteles relatione. Además de cursar sus estudios y llevar a cabo trabajos la niña pronunció, en 1925, un discurso en la Sociedad de Protección de Animales y Plantas que había sido escrito por la madre. El discurso, que pudo tener el valor de un preludio para sus posteriores artículos sobre el mismo tema, fue premiado con un diploma (Cal, 1991).

El año 1926, con 12 años y mientras estudiaba el bachillerato, Hildegart comenzó a publicar artículos en la revista Sexualidad. Los temas y el tono empleado en estos artículos nos pueden servir de indicador sobre cual era el estado emocional de la adolescente y, sobre todo, de su madre y cuales eran los temas que le interesaban a Aurora sobre los que, sin duda, le sugeriría que escribiera. Tanto en el artículo publicado en Sexualidad el 22 de agosto de 1926, titulado Instruid cumplidamente a vuestros hijos, como en otros muchos escritos en la misma revista, especialmente los aparecidos hasta el 10 abril de 1927, fecha en el que ve la luz el titulado Ex Oriente lux II, dedicado a la filosofía de Confucio, se advierte en la niña escritora (sin duda por imitación de la madre) una actitud religiosa o, al menos, teosófica que parece inspirada en la maso nería. En Farisaísmo, de 19 de septiembre de 1926, ponía como ejemplo de amor a la Humanidad el esforzarse porque muchos niños pudieran ostentar el apellido paterno, obligando a sus progenitores, con consejos y ayuda pecuniaria, a reconocerlos ante la ley. También se proponía en el artículo el amparo a la mujer soltera que, siendo madre, se veía sola para luchar por la existencia del ser que en sus entrañas vivía. Observemos que en su primer artículo Hildegart habla de lo que era el ideal de educación de su madre. El segundo es un reflejo de su propia situación, como hija no reconocida por su padre y la de su madre, que era soltera, aunque se había empadronado como viuda. Aurora y, sobre todo, su hija podrían experimentar una cierta vivencia de abandono, de la que se defenderían desplazando el sentimiento y fijando su atención en los que estaban peor que ellas. En el mismo artículo la niña hablaba del «Ser todo Amor», algo que, como decía más arriba, denota un sentimiento religioso o teosófico. En el artículo Patria, de 17 de octubre, podemos leer una emocionada defensa de España, que se complementaba con un tinte religioso cuando se refería a la «Esencia del Amor».

En Humanidad, no falsa caridad, publicado por Hildegart el de 13 de febrero de 1927, volvemos a encontrar elementos semejantes a los antes citados, pues la joven escritora hablaba de una ley natural cuya base es «Cree en un ser, sé justo y ama la humanidad». A lo largo del mismo año también podemos encontrar artículos publicados en Sexualidad en los que Hildegart trataba diversos temas aunque con un denominador común: transmitían un estado de ánimo sereno y defendían valores que suponemos eran compartidos, en aquel momento, por las dos mujeres. En Anatema,

de 5 de mayo, llamaba a la maternidad «lo más hermoso que en la vida existe», para instar a las futuras madres a cuidar exquisitamente su cuerpo para que estuviera en condiciones de amamantar a «lo que Natura le ha dado como continuación de su ser», - que es exactamente lo que hizo su madre cuando estaba embarazada de ella-; pero, en caso de no poder hacerlo, la niña proponía recurrir a la «sabia lactancia artificial» antes que a la «maldecida lactancia mercenaria». Tenemos que reaccionar, del 29 de mayo, elogiaba el altruismo de un donante de sangre para el torero Gitanillo, a la par que, como haría en repetidas ocasiones, criticaba la fiesta de los toros.

En Paupera meretrix, de 19 de junio, Hildegart, que contaba doce años y medio de edad, comenzó a escribir sobre uno de los temas que serían recurrentes a lo largo de toda su obra. Expresaba su queja porque la campaña para abolir la regulación de la prostitución, emprendida por «el nobilísimo César Juarros», había tenido que ser suspendida. Evidentemente, el tema debía ser objeto, en aquel momento, de la preocupación de la madre que debió instar a Hildegart a escribir sobre él. Este modo de explotación de la mujer debió hacer mella en el ánimo de la, entonces, niña, porque volvería reiteradamente a tratar el problema hasta los últimos días de su vida, cuando publicó Venus ante el Derecho.

Por aquellos días tuvo lugar un acontecimiento de gran importancia para la mujer española, especialmente en lo relativo a la ruptura del viejo estatus femenino y a la creciente aportación de las mujeres a diversas ramas del saber. Fue la inauguración del Lyceum Club Femenino Español, una institución ligada a otras semejantes que se habían ido creando en Europa. La primera presidenta del Lyceum fue María de Maeztu, figura cumbre del feminismo español de la época, con Isabel Oyarzabal y Victoria Kent como vicepresidentas; Amalia Galarraga como tesorera; Zenobia Camprubí como secretaria y Helen Phipps como vicesecretaria. Personalidades relevantes y socias del Lyceum fueron las famosas abogadas Clara Campoamor y Matilde Huici, ambas amigas de Hildegart. Mangini (2001) afirma que Hildegart frecuentaba el Lyceum y, citando a Concha Fagoaga, refiere que en el homenaje a Clara Campoamor por haber conseguido la aprobación por las Cortes del sufragio femenino estuvieron «Claudina García, Hildegart Rodríguez y Matilde Huici, por el Lyceum Club». Marina y Rodríguez de Castro (2009), también relacionan a la escritora con la institución; sin embargo, Carmen Baroja (1998), en sus recuerdos del Lyceum Club no cita en ningún momento a la joven. Con independencia de cuál fuera el grado de vinculación de Hildegart con el Lyceum, es indudable la relación de Aurora y su hija, al menos, con Clara Campoamor y Matilde Huici, ya que las dos ilustres abogadas fueron llamadas a declarar en el juicio de Aurora y demostraron conocer el tipo de relación que había entre madre e hija.

Los vecinos de las dos mujeres recordaban haber oído repetidas veces la frase «trabaja hija, trabaja» que doña Aurora repetía a la niña mientras ésta, sentada en la terraza ante la máquina de escribir, no paraba de teclear. Sin duda la orden era cumplida a rajatabla, dada la cantidad de artículos que iban surgiendo de aquel teclado.

El 3 de julio de 1927, en Charla, Hildegart parecía asumir principios maternos de aquellos años, cuando elogiaba la labor de las madres españolas en la formación de sus hijos, y en el cumplimiento de todos sus deberes como compañeras del varón; aunque, sorprendentemente, reconocía la importancia de la influencia del hombre «que más instruido y algo más educado que su compañera, deja sentir sobre ésta su benéfico influjo». Quizá la sorpresa no sea tanta si recordamos la pésima opinión que tenía doña Aurora de las mujeres «simples paridoras». En cualquier caso, la mujer, como ama de casa era tratada, en este artículo, con mucha más consideración que en posteriores escritos de Hildegart y, desde luego, que en las entrevistas realizadas a su madre. Ejemplo que imitar, publicado el 14 de agosto, es una muestra de la sensibilidad de madre e hija ante el sufrimiento de los animales. La escritora, apenas adolescente, elogiaba al Ayuntamiento de Ciudad Real porque había dedicado a mejoras locales la subvención que destinaba a corridas de toros; unos espectáculos a los que llamaba «actos de barbarie y crueldad». Un trasfondo semejante tiene La bestia humana, de 21 de agosto, en el que criticaba con virulencia el maltrato que se daba a los animales de circo y rogaba al ministro de la Gobernación, a quien denominaba «caballeroso general Martínez Anido», que prohibiera los actos de crueldad que ella denunciaba. Sabemos el amor que madre e hija tenían por los animales; en este tema, como en tantos otros, las dos mujeres se adelantaron mucho a su tiempo, pero resulta sumamente extraño, que una mujer de izquierdas permitiera y, muy probablemente, fuera la responsable de que su hija llamase caballeroso, nada menos que a Severiano Martínez Anido, la bestia negra de Unamuno durante su destierro. El hombre que había sido Gobernador Militar de Melilla y Barcelona y era conocido como durísimo, cuando no sanguinario, represor de los obreros. El tratamiento dispensado al general quizá sea una pequeña muestra de la fascinación de Aurora por el poder y de sus intenciones de relacionarse bien para promocionar a su hija entre las capas más influyentes de la sociedad. También existe otra posible explicación, más casera, del elogioso adjetivo dedicado al ministro militar; pudiera ser que Aurora conociese personalmente al general o a su familia, ya que don Severiano había nacido en El Ferrol, en 1862, diecisiete años antes que ella. En cualquier caso, lo cierto es que la reforma del Reglamento de las corridas de toros, que impuso la obligatoriedad del uso del peto por los caballos de los picadores, evitando así el dantesco espectáculo de los animales destripados agonizando en la arena, tuvo lugar en el año 1928, en la dictadura de Primo de Rivera y siendo ministro

de la Gobernación el general Martínez Anido.

Un gran ejemplo, tanto del amor que tenían las dos mujeres a los animales, como de la magnitud de la estupidez humana, lo encontramos en Autosugestión, del 4 de septiembre. En él se hacía una acertada crítica del desconocimiento que tenemos los humanos sobre las causas que determinan el comportamiento animal. Trataba el tragicómico artículo del fallecimiento de un rico hacendado almeriense por efecto de la sugestión, al creer que había contraído la rabia por mordedura de su incomprendido perro. El dueño, con más estupidez que inteligencia, había ordenado ejecutar al animal y, a pesar de que el parte facultativo de la autopsia realizada al pobre perro expresaba textualmente que no existía en él «la temida enfermedad», el lamentable ser humano no pudo evitar que la angustia hipocondríaca se apoderase de él y lo llevase a la tumba.

El 18 de septiembre de 1927, en plena dictadura de Primo de Rivera, Hildegart publicó un artículo contra la pena de muerte que titulaba ¿Hay derecho a quitar la vida? En este texto, de nuevo, parecía esgrimir valores religiosos, cuando afirmaba que nadie tenía derecho a arrebatar el poder a la «Muerte puesta al servicio del Único». La joven transcriptora de las ideas maternas, que también iba haciendo suyas, durante el otoño del mismo año publicaría algunos artículos en Sexualidad, bajo los nombres genéricos de Espigando o Apunte. El 25 de septiembre reflexionaba sobre un escrito de su querido profesor Méndez Bejarano acerca de la nación. Según el catedrático, la nación solo podía estar constituida por individuos dotados de conciencia. Hildegart volvía a referirse al profesor Bejarano en su Apunte de 2 de octubre. El 16 del mismo mes, publicaba un artículo sobre el deber. La niña escritora tomó, de nuevo, a Bejarano como referencia para escribir sobre la educación, en otro texto publicado el día 23 del mismo mes. Todavía el 30 de octubre escribió Hildegart un Apunte sobre moralidad cargado de referencias teosóficas. Pocos días antes de cumplir 13 años, el 4 de diciembre, publicó un Apunte donde podemos leer: «El perfecto cultivo de cada conciencia infantil producirá la libertad de la Humanidad e indudablemente ni la Gloria ni la Fortuna pueden competir con el que debe ser supremo ideal de todos: La Libertad». En el último artículo de 1927, fechado el 18 de diciembre, hacía la niña Hildegart un canto a las bondades del trabajo. Esta serie de escritos, publicados en Sexualidad, que mantenían una uniformidad de temática y estilo, culminaron el 1 de enero de 1928, con un trabajo titulado Todo tiene alma, un alegato, suponemos que muy celebrado por la madre, a favor de la Naturaleza.

A partir de ese momento, cuando Hildegart acababa de cumplir 13 años y su madre se acercaba a los 49, el estilo de sus publicaciones cambió completamente. Solo volveremos a encontrar una forma semejante de escribir en una obra - premiada

en los Juegos Florales de la Corona de Aragón y editada, en 1930, por la Diputación de Teruel - que se titulaba Los amores de Romeo y Julieta, Abelardo y Heloisay los Amantes de Teruel. Es muy probable que exista algún tipo de relación entre esta obra y los artículos escritos hasta 1928; incluso que lo más importante de la misma hubiera sido escrito en la misma época.

La universidad y los peligros

Hildegart, que cumpliría 14 años en diciembre, comenzó sus estudios de Derecho en octubre de 1928; en aquel año tuvo lugar una convulsión en las relaciones entre madre e hija, que pudo verse reflejada en el cambio de estilo de las publicaciones firmadas por la joven. La madre, que había cumplido en abril 49 años, tiranizaba todavía más a la hija; no la dejaba compartir nada con los adolescentes de su edad, iba con ella a todas partes, incluso a las clases, y quiso borrar la educación religiosa que, años atrás, ella misma había permitido que recibiera la niña. Sus amistades sospechaban que Aurora se estaba «volviendo loca».

En este punto creo interesante referirme, de nuevo, a la sexualidad de Aurora. Su actitud podría encuadrarse en lo que Paniagua (2004) tipifica como «homosexualidad latente»; un tipo de comportamiento en el que «el homoerotismo permanece conductualmente inactivo». Parece que el autor estuviera pensado en Aurora cuando reconoce la importancia de «las tentaciones incestuosas hacia el padre y una rivalidad demasiado intensa con la madre y hermanas», en la génesis de la homosexualidad, a lo que suele añadirse «una identificación masculina como defensa ante la angustia regresiva de fusión con la madre». Continúa el psicoanalista diciendo: «es frecuente que estos conflictos resulten intensificados por haberse visto expuesta la niña a una escena primaria». Todas las condiciones teóricas de las que habla Paniagua como predisponentes a la homosexualidad femenina se dieron en Aurora: la intensa rivalidad con la madre y la hermana y la fijación al padre; la identificación masculina y la exposición infantil a una relación entre adultos equivalente a la escena primaria; recordada por ella como beso entre su madre y un amigo. A pesar de todos estos elementos predisponentes, no creo que la homosexualidad de nuestra protagonista pasase de la condición de «latente». También sabemos que utilizaba como defensa contra los impulsos homosexuales, de los que no llegaría a ser consciente y a modo de formación reactiva, una cierta homofobia. Dicha actitud homofóbica quedaba de manifiesto en las acusaciones, a su hermana, de ser homosexual y también, muchos años más tarde, cuando ponía énfasis en que en la prisión de Quiñones existían aparatos para masturbarse, de uso compartido por las internas, y creía que existía autorización o, al menos, consentimiento de la homosexualidad y que casi todas las señoritas eran homosexuales. En el mismo sentido irían las palabras que, referidas a

Aurora, registraría su psiquiatra muchos años más tarde: «hacia el mismo sexo no solo no sintió atracción, sino más bien repugnancia. La homosexualidad le parece algo repugnante, vicio inexplicable». Entiendo que la frase «no ha sido nunca masturbadora de sí misma», recogida en el mismo contexto, no puede ser considerada, en sentido estricto, una prueba de relaciones homoeróticas, dado que faltan asociaciones que aclaren su verdadero significado. Para intentar entender mejor los movimientos mentales de la peculiar mujer, en relación con su sexualidad, recordemos lo que Freud escribía a su discípulo Ferenczi, de 25 de marzo de 1908. El creador del psicoanálisis se refería a la paranoia de Frau Marton, a quien consideraba un caso típico: «una mujer insatisfecha por un hombre que se vuelve de manera natural a una mujer y que trata de investir su componente ginecofílico largamente suprimido, con libido. Pero aquí se alza una resistencia, no puede ser ya homosexual, y por esa razón desprende la libido de las mujeres». En resumen, Aurora, que tenía una gran cantidad de problemas que le impedían vivir una sexualidad adulta; sufrió, a semejanza de Frau Marton, una enorme decepción ante la traición del que había sido su colaborador. Parece evidente que, después de cortar la relación con el padre de su hija, la única meta de las pulsiones sexuales de la despechada mujer fue Hildegart. Es decir, hubo una preponderancia absoluta de la homosexualidad, en el sentido de relación intensísima con una persona del mismo sexo, aunque esa tendencia no tenía por qué manifestarse como homoerotismo. No creo, en absoluto, que las dos mujeres fueran amantes; pero sí que, a partir de la gran decepción, la libido de Aurora, además de tener como objeto narcisista a ella misma, tuvo por objeto externo, prácticamente en exclusividad, a su hija. Una parte de la energía libidinal pudo haberla sublimado, aunque de forma delirante, y dedicarla a la supuesta redención de la Humanidad a través de Hildegart; otra parte quedó revestida de elementos sádicos y, como sabemos, también tuvo como objeto a su hija. Veremos que todos estos conflictos de naturaleza sexual, se agravarían extraordinariamente coincidiendo con su climaterio y la pubertad de su hija.

En 1928 las dos mujeres vivieron una etapa de profundos cambios; la madre debió sentir que su capacidad de influencia sobre la hija - que le servía para estabilizar su propia mente - podría estar en peligro. No es difícil pensar que pudiera surgir algún tipo de crisis en la relación entre la brillante y jovencísima universitaria y la mujer madura que llegaba a la cincuentena. En el análisis de la psicodinámica de la pareja no podemos excluir los sentimientos de rivalidad que, inevitablemente, aparecerían entre las dos mujeres.

Es necesaria una enorme generosidad por parte de los padres para tolerar y apoyar la pujanza, la belleza y el brillo de la inteligencia de los hijos adolescentes. Esto significa, para los padres, poderse permitir el paso a un segundo plano en la danza

interminable de la vida, y la vivencia de ir siendo relevados por los mismos seres a los que dieron vida. La Naturaleza nos exige que podamos tolerar ser superados en belleza, en vigor sexual y, poco a poco, en capacidad intelectual por los propios hijos. La alternativa a la realización del duelo por la juventud perdida y la aceptación del cambio generacional es el conflicto y, en el peor de los casos, la guerra - instrumento clásico de eliminación de jóvenes-, o cualquier otra forma de filicidio físico o moral. Kohut (1982) expuso acertadamente un modelo de generosidad parental, en su trabajo titulado El semicírculo de la salud mental, tomando como ejemplo la actitud que tuvo el mítico Ulises con su hijo Telémaco, como alternativa a la espiral de muerte que desencadenara Layo al querer asesinar a su hijo Edipo.

Aurora no pudo ser tan fuerte como Ulises. Cuando Hildegart alcanzaba la pubertad el terror por la pérdida de su objeto-selde- bió apoderarse de ella y, seguramente, su frágil equilibrio psíquico se descompensó. Sus propias palabras nos sirven para describir las convulsiones de su mundo interno: «Hasta los trece años siguió el derrotero santo que yo le había trazado, al ingresar en la universidad, mi instinto de madre me hizo comprender los peligros que iban a cernirse sobre mi hija» (de Guzmán, 1977) ¿De qué peligros hablaba? Probablemente suponía que su hija, como es frecuente en los paranoicos, podría sufrir la consecuencia de los peligros por los que se sentía amenazada ella misma. Además, es muy probable que percibiera, en lo inconsciente, que la joven podría ser víctima de la agresividad que despertaba en ella. Este doble mecanismo de defensa, que implica una proyección de los sentimientos hostiles, a la vez que una transformación en lo contrario (mutación de la agresividad en deseo de protección), puede observarse, con gran frecuencia, en la clínica psicoanalítica.

En aquel momento, la madre se sentía suficientemente fuerte para reconducir la situación, aunque ello requiriese un nuevo esfuerzo por su parte. Aurora decidió intensificar su control y el adoctrinamiento de su hija. Ya no se separaría un momento de ella - algunos testigos dirían que no la dejaba sola ni en las situaciones que requieren mayor intimidad-, incluso dormían en la misma habitación. La imagen que daban nos la describe el periodista Eduardo de Guzmán (1977), autor del primer libro sobre las dos mujeres: «Conozco a una y otra hace años y pocas veces vi a dos personas más unidas e identificadas en todo y por todo».

1 A finales de la década de los veinte, del siglo pasado, las cosas se iban a complicar extraordinariamente para Aurora. El proyecto de redención de la Humanidad (sobre todo su propia redención), a través de su hija, se vio amenazado por lo que ella consideraba la desviación de Hildegart del «derrotero santo». El peculiar dúo tendrá que abrirse camino en un ambiente de incomprensión y desprecio defensivo, por parte

de los hombres relevantes de la época, hacia las mujeres que podrían hacerles sombra. Además tendrían que hacerse un hueco entre las mujeres que pugnaban por hacer oír su voz, en el Madrid de los años finales de la monarquía.

## El ambiente intelectual de Madrid

Aurora y Hildegart buscaban su lugar en un Madrid en el que la resistencia masculina ante la brillantez intelectual de las mujeres era casi numantina. Un Madrid en el que jacinto Benavente, famoso escritor y premio Nobel se había negado a pronunciar una conferencia en el Lyceum Club «a tontas y a locas». Una ciudad donde el eminente filósofo José Ortega y Gassét contraponía la confusión instintual de la mujer, que le impediría ser escritora, a la razón y el equilibrio del hombre. Lo que no sabemos con certeza es si D.José se refería a los hombres que, pocos años después, se aplicarían concienzudamente a matarse entre ellos. Nuestras protagonistas necesitarían hacer un enorme esfuerzo para alzar su voz en el mismo ambiente cultural en que el ilustre Dr. Marañón parecía haber hallado una explicación endocrinológica a la inferioridad intelectual de la mujer.

Sirvan como ejemplo de la actitud misógina y defensiva dedos sabios de la época, frente a la pujanza creciente de las intelectuales femeninas, unas perlas cultivadas que debemos a dos hombres mundialmente admirados en sus respectivas áreas de conocimiento:

La primera perla aparece en un librito que recopila «una serie de juicios sobre la mujer, debidos a la pluma del insigne don Santiago Ramón y Cajal». A la pregunta, que se hacía nuestro premio Nobel, sobre las cualidades que han de adornar a la elegida de un hombre de ciencia, él mismo se respondía: «Cuestión gravísima, porque harto sabido es que los atributos morales de la esposa son decisivos para el éxito de la obra científica. Muchos ciudadanos padecen mujer, pero se la padecen ellos solos; más de la mujer del sabio sufre a veces la sociedad, y hasta la Humanidad entera. / ¡Cuántas obras importantes fueron interrumpidas por el egoísmo de la joven esposa!/ ¡Qué de vocaciones frustró la vanidad o el capricho femeninos!... / ¡Cuántos profesores esclarecidos rindiéronse al peso de la coyunda matrimonial, convirtiéndose en vulgares buscadores de oro y rebajándose y esterilizándose con el acaparamiento insaciable de dignidades y prebendas!»; don Santiago, por si no le hubiéramos entendido bien, nos regala, en el párrafo siguiente, una ilustración zoológica sobre la mujer ideal: «La reina de las hormigas da a la esposa ejemplo insuperable de recato y modestia. Bella, esbelta y alada durante el efímero vuelo nupcial, arráncase las alas y reclúyese de por vida en el hogar para consagrarse, asistida de abnegadas obreras, al cuidado y multiplicación de la prole. El tan decantado feminismo no existe en la serie animal» (Ramón y Cajal, 1944). Las palabras del gran histólogo, que hoy nos suenan

pretenciosas, injustas y ridículas, debían ser un exponente claro de la actitud mental de los españoles de la época, incluso de los más inteligentes, ante la pujanza de las mujeres.

La segunda perla nos la proporciona el ilustre filósofo, escritor y catedrático de Griego de la Universidad de Salamanca, don Mi guel de Unamuno y Jugo. Cuenta Josefina Carabias (1999) que, siendo una joven estudiante, consiguió ser presentada a Unamuno por el teósofo Roso de Luna, en una de las habituales tertulias que el profesor mantenía en el Ateneo de Madrid. Después de mirar a la joven periodista «de pies a cabeza», ante su coro de admiradores masculinos, dijo don Miguel: «-Yo, en esta cuestión del feminismo, tengo mis ideas. Hace ya bastantes años, estando sentado aquí mismo, en estas mismas butacas con doña Emilia Pardo Bazán le dije lo que pensaba del asunto. Y... ¿sabe usted lo que le dije? (...) Desengáñese usted doña Emilia, las mujeres han venido al mundo exclusivamente para concebir, gestar, parir y amamantar. Cuando pasen sin hacer ninguna de estas cosas otros tantos siglos como llevan haciéndolas, entonces habrá llegado el momento de que procreen con el entendimiento que es lo que ahora intentan vanamente hacer».

Si madre e hija tenían que luchar contra esa actitud grotescamente defensiva, incluso de hombres tan sabios e influyentes como Cajal y Unamuno, tampoco les resultaría fácil encontrar un hueco entre la vanguardia intelectual femenina. Las mujeres no parecían estar de acuerdo con el papel que les adjudicaban los sabios y, en consecuencia, en el primer tercio del siglo xx, se podía encontrar en Madrid un grupo de intelectuales femeninas de primer nivel. En los templos de la cultura madrileña de la época, no solo había hombres que pontificaban sobre lo divino y lo humano, también podían encontrarse mujeres de la talla de María Goyri o Carmen de Burgos. María había sido una de las primeras estudiantes universitarias de quien, entre clase y clase, se defendían las fuerzas vivas de la institución, encerrándola en la antesala de profesores; a pesar de ello, alcanzó el doctorado en Filología y fue profesora de la Institución Libre de Enseñanza, el Instituto Escuela y la Residencia de Señoritas Estudiantes. Su hija fue una de las ilustres mujeres españolas que llevan el mismo nombre: Jimena Menéndez Pidal y su sobrina, María Teresa León, alcanzó gran renombre como escritora, a pesar de la sombra que le pudo hacer su marido, Rafael Alberti. Carmen de Burgos también fue una brillante pedagoga, escritora y conferenciante, más conocida por el sobrenombre de Colombine.

En el Madrid de la época vivían y trabajaban mujeres como María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas Estudiantes, que había sido creada por la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y fundadora, junto con otras ilus tres féminas, del Lyceum Club. Había también excelentes escritoras como

María de la O Lejárraga, que hizo alcanzar gran renombre a su marido, Gregorio Martínez Sierra, escribiendo los libros y trabajos que él, diligentemente, solo firmaba. Mucha influencia entre los intelectuales madrileños tuvo Concha Espina, gran novelista y creadora de una importante tertulia literaria. Nuestras protagonistas coincidirían en muchas ocasiones con la escritora Concha Méndez, o con su amiga Maruja Mallo, pintora y fiel exponente de la vanguardia artística. Aurora y Hildegart seguramente conocerían a Encarnación Aragoneses (Elena Fortún), creadora del personaje de Celia, y a Lucía Sánchez Saornil, fundadora, en 1934, del grupo Mujeres Libres. También serían conocidas por la joven Rosa Chacel, magnífica escritora, cuya obra fue galardonada, muchos años más tarde, con el premio Nacional de las Letras Españolas, en su edición de 1987. No pasarían desapercibidas, para nuestro peculiar dúo, la pintora, escritora y crítica de arte Margarita Nelken, parlamentaria que se opondría al sufragio femenino, o su hermana Carmen (Magda Donato), directora de teatro y periodista.

Aurora y Hildegart debían esforzarse por conseguir una posición de influencia entre mujeres como Zenobia Camprubí, miembro del Lyceum, quien facilitaba que las chicas de la Residencia de Señoritas obtuvieran becas para estudiar en Estados Unidos y una mujer a quien, según rumor extendido en la época, su marido debía una gran parte del premio Nobel de Literatura. Madre e hija deberían estar a la altura de María Zambrano, la filósofa discípula de Ortega, que se atrevió a mostrarse crítica con el maestro y tras muchos años de fecundo trabajo recibiría el premio Príncipe de Asturias, en 1981 y, en 1988, el máximo galardón de las letras españolas, el premio Cervantes de Literatura. Como vemos, no tenían fácil brillar Aurora y su hija en los ambientes literarios. Tampoco era sencillo alcanzar fama como figura del Derecho porque Madrid contaba con ilustres letradas, como Clara Campoamor, principal defensora del voto de la mujer en las Cortes de la República; Matilde Huici, brillante abogada y miembro activo del Lyceum; o Concha Peña, también abogada, que ingresó en la Academia de jurisprudencia junto con Campoamor. Era la época de Victoria Kent, doctora en Derecho, parlamentaria y cofundadora del Lyceum Club, que llegaría a ser Directora General de Prisiones, bajo cuyo mandato se construiría la nueva Cárcel de Mujeres de Ventas (Mangini, 2001).

# VI

# ¿Locura compartida?

## Una relación peculiar

Hemos visto que, en los albores de 1929, Aurora, por medio de su hija, tenía que abrirse camino en un ambiente muy difícil. La dictadura de Primo de Rivera agonizaba y numerosos políticos procuraban colocarse en la línea de salida de una carrera, a veces despiadada, para copar los puestos «de responsabilidad», en la futura República. Simultáneamente, las vanguardias intelectuales pugnaban por dejar su impronta en las múltiples formas de expresión cultural que se adivinaban llenas de posibilidades. Aurora, si quería tener de futuro y llevar a cabo sus planes, debía exigir a su hija un esfuerzo titánico para estar presente, al máximo nivel, en todos los foros políticos y culturales.

A partir de esos momentos, cobrarían mayor relieve las palabras del amigo periodista, tantas veces citado: «Gran parte de la historia de Hildegart y de su madre no solo parece increíble, sino que lo es, sin resultar por ello menos exacta o veraz» (de Guzmán, 1977). Aurora estaba decidida a obtener el máximo rendimiento de su hija eugenésica. La imagen plástica que reflejaba la tiranía de la madre y el sometimiento - muy bien aceptado en los primeros años - de la hija, la podemos encontrar en las declaraciones de los vecinos que, como sabemos, recordaban el incesante teclear de la máquina de escribir de Hildegart sirviendo de fondo a la voz de la madre que, de cuando en cuando, repetía la consigna: «trabaja hija, trabaja».

Al ambiente denso, casi kafkiano, en el que se desarrollaba la extraña relación entre madre e hija, sabemos que se añadía la sospecha, surgida entre las amistades, de que doña Aurora se estaba «volviendo loca». La sensación de locura, captada desde fuera, debió coincidir con un importante aumento de angustia de desestructuración y miedo al caos, por parte de la propia Aurora.

Una de las fórmulas empleadas por los paranoicos para proteger su débil andamiaje de defensas psíquicas, ante la amenaza inminente de derrumbe, es la parasitación o vampirización del yo del otro. El especial sistema de relación psíquica entre un paranoico y su objeto-self puede manifestarse clínicamente en forma de lo que, en la terminología americana actual, se denomina «Trastorno paranoide compartido». Se trata de un curioso fenómeno de comunicación psíquica patológica cuya observación es antigua, probablemente tanto como la Humanidad, aunque debemos a los médicos franceses del siglo xix su descripción clínica.

Laségue y Falret (1877), describieron la folie á deux clásica, como cuadro psicopatológico en el que un sistema delirante es transmitido de un individuo a otro u otros. Legrand du Saulle (1871), en su libro Délire des persécutions, indicaba la enorme frecuencia del vínculo familiar entre este tipo de delirantes, y atribuía a las interacciones inconscientes entre los dos miembros la simultaneidad de pensamiento. Posteriormente, Lacan (1931) describió la existencia de trastornos psíquicos similares entre progenitores e hijos del mismo sexo, en especial si dicho progenitor había sido el único educador. El psiquiatra francés, que por quellos tiempos iniciaba sus contactos con el psicoanálisis, reconoció la frecuencia extraordinaria de delirios a dúo entre madre e hija y padre e hijo, sin que pudieran ser explicados por la doctrina clásica del contagio mental.

El tipo de relación entre Aurora y Hildegart no me parece una folie á deux en el sentido clásico, aunque puede entrar dentro de los criterios, más amplios, propuestos para este tipo de patología en trabajos recientes (Arpone et ál.., 2006). En cualquier caso, creo de gran utilidad el estudio de los mecanismos de comunicación inconsciente entre personas que compartían, estrechamente unidas, la práctica totalidad de los avatares de la vida. Para ello la mejor referencia son los trabajos sobre los trastornos paranoides compartidos, concretamente las llamadas psicosis impuestas que son uno de los tipos clínicos de psicosis a dos que se reconocen actualmente.

Crespo Gutiérrez (1999), uno de los escasos psicoanalistas españoles que se ha interesado, en profundidad, por este tema recoge la descripción de la folie á deux que hicieron Laségue y Falret, en 1887: «En la locura a dos, uno de los individuos es el elemento activo; más inteligente que el otro, crea el delirio y progresivamente o impone al otro, quien constituye el elemento pasivo. Este se resiste primero, mas luego experimenta poco a poco la presión del elemento activo». Es evidente que Aurora fue no solo creadora de la idea, con muchos elementos paranoides, de salvar a la Humanidad; según sus propias palabras, creó a Hildegart para que llevara a cabo esta misión sin desviarse un ápice del derrotero santo que había diseñado para ella. Se puede decir que Hildegart, sin ser una delirante en sentido estricto, estuvo durante muchos años, fuertemente identificada con el delirio de su madre.

Continuamos leyendo la versión de Crespo Gutiérrez del trabajo de Laségue y Falret: «Para que este trabajo intelectual pueda suceder paralelamente en dos espíritus diferentes hace falta que estos dos individuos vivan, durante un tiempo dilatado, una vida totalmente en común, en el mismo medio, compartiendo el mismo modo de existencia, los mismos sentimientos, los mismos intereses, los mismos terrores y las mismas esperanzas, aislados de toda influencia exterior». Evidentemente, las dos

mujeres cumplían sobradamente este requisito. Recordemos que Aurora y Hildegart compartían, prácticamente, todos los momentos de la vida; dormían en la misma habitación y la madre acompañaba siempre a la hija a las clases de la Universidad y luego a todos los actos públicos. Como sabemos, se llegó a decir en el juicio por el asesinato, que no la dejaba sola ni en el cuarto de baño.

Es muy importante entender que, en las psicosis compartidas, el mecanismo fundamental de respuesta en el segundo individuo es la identificación con el agresor, con sus elementos de sometimiento y falta de autonomía. También se dice que el individuo B suele tener menor inteligencia que el A; pero el elemento determinante y, me atrevería a decir, característico de esta patología es el grado muy diferente de tolerancia a la separación por parte de cada miembro de la pareja. El individuo A, en este caso Aurora, tenía mucha mayor intolerancia a la separación que el B, Hildegart. Podía observarse, y así lo ratificaron algunos testigos, un extraño modo de sobreprotección asfixiante de la hija, por parte de la madre ¿Cómo respondía Hildegart a la agresión transformada en sobreprotección? Evidentemente mediante el mecanismo de ¡den tificación con el agresor, es decir, con la integración en el self de formas de funcionamiento mental del agresor que, después de un tiempo de elaboración mental inconsciente, llegan a convertirse en egosintónicas para la víctima, adquiriendo la categoría de eficaz defensa caracterológica. Pienso que una clínica equivalente a la folie a deux puede darse como resultado de un proceso profundo de identificación con el agresor, sin necesidad de que el miembro subordinado delire. Lo importante es la retroalimentación entre los dos personajes, en el sentido que pusieron de manifiesto Crespo y Onrubia (1983).

La presencia de Aurora en el mundo de Hildegart era constante porque, según sus propias palabras, su hija había sido creada para cumplir la misión de redención de la Humanidad, según los criterios maternos. Los psiquiatras Sacristán y Prados, en el informe pericial de Aurora que elaboraron con motivo del juicio, hicieron constar: «Parece deducirse del relato de la procesada que en toda labor de su hija, especialmente en lo que a la moral sexual se refiere, y también en la política, son las ideas de aquella las que exclusivamente guiaron la actuación de esta. Puede afirmarse sin riesgo de error que la hija era un instrumento de la madre, como ésta asegura, así como cuantos han tenido ocasión de tratar con ella pudieron comprobar.»

A pesar de que siempre se las veía juntas, las dos mujeres no estaban aisladas del exterior, puesto que frecuentaban los lugares donde se desarrollaba la vida intelectual y política de Madrid. Cosa bien distinta es que fueran permeables, sobre todo Aurora, a otro tipo de influencias que no coincidieran con sus firmes convencimientos. Ella tenía el plan predeterminado y nada podría cambiarlo. Solo una figura

suficientemente fuerte, con función paterna, hubiera podido romper el círculo de convicciones delirantes por parte de la madre y el efecto de las mismas sobre la hija. La joven, en respuesta, ponía su mayor nivel académico al servicio de la intelectualización del delirio de la madre. No fue posible el ejercicio de la función paterna porque el padre estaba excluido en la vida de Hildegart, al menos desde los cuatro años. Rendueles (1989) se plantea, con toda razón, por qué la exclusión del padre en la relación de Aurora y Hildegart, sorprendentemente, no produjo una psicótica sino «una joven de gran precocidad intelectual y capaz de desear en su momento separarse de su madre y romper la simbiosis». Ciertamente es sorprendente. Sabemos que no es estrictamente necesaria, aunque sí muy deseable, la presencia física del padre para que haya una organización psíquica no psicótica, en el niño. Puede ser suficiente que la madre tenga presente, en su mente, la figura de un tercer elemento de la relación - que normalmente coincide con la figura paterna-, para que el vínculo entre madre e hijo no sea estrictamente dual ni simbiótico. Parece evidente que, en la mente de Aurora, ninguna figura masculina, a excepción de su propio padre, podría representar ese papel. Sin embargo, es posible que entre ellas y por encima de ellas realizase la función de tercero, es decir algún tipo de función paterna, el ideal que tenía Aurora en la mente, precisamente aquello para lo que decía que había nacido Hildegart, la redención de la Humanidad a través de la mujer.

«Desde que tuve a'mi hija ya no pensé en mí. Lo que me interesaba era la creación de aquel ser humano, dinamizando gota a gota mi creencia en él. Así es que conseguiría por eso la "Homo estatua humana". Esa labor animosa fue desconocida. Los hombres distraídos no vieron que yo era un planeta con luz propia...», diría Aurora, muchos años después, en octubre de 1936 a su médico (Rendueles, 1989).

El ideal de redención de la Humanidad pudo actuar como elemento superyoico en la mente de Aurora. Por el ideal se debía luchar y a su consecución estaba supeditada su vida y la de su hija. Es posible que ese elemento, aparentemente externo a las dos mujeres, proporcionara referencias y algún tipo de límites a la madre y, por tanto, sirviera de defensa a Hildegart. Todo esto no es suficiente, necesitamos tratar de entender qué podía ocurrir entre las dos mujeres para que llegasen a tal grado de identificación, cuando no simbiosis; para ello, creo que el modelo de interacción mental más aproximado es el de la folie á deux, aunque Hildegart no fuera una delirante.

Prosigue Crespo citando a Laségue y Falret: «La tercera condición para que sea posible el contagio del delirio es que este delirio presente un aspecto de verosimilitud, que se mantenga en los límites de lo posible; que descanse sobre hechos acaecidos en el pasado o sobre temores y esperanzas concebidos por el porvenir. Esta condición de

verosimilitud es imprescindible para que lo torne comunicable de un individuo a otro y permite que la convicción de uno se asiente en el espíritu de otro».

El pensamiento eugenésico de Aurora, que su hija se encargó de divulgar y revestir de ciencia, puede no parecer delirante. La eugenesia era una doctrina apoyada en el darwinismo y en la genética que, como sabemos, tenía una gran cantidad de seguidores entre los científicos de su época. Sin embargo, el delirio se anclaba, precisamente, en esa apariencia de normalidad que suponía el interés por la aplicación de las leyes de la genética a la mejora de la raza humana. Ese era el «aspecto de verosimilitud» del que hablaban Laségue y Falret y recoge Crespo Gutiérrez. La posibilidad de identificar lo delirante no se encuentra tanto en la literalidad de lo que Hildegart decía en sus libros como en la grandiosidad del pensamiento que traduce. Mucho más cuando sabemos que el ideal de Aurora era, en el fondo, conseguir el control omnipotente de todos los seres humanos a su alcance. Un control que, por fortuna para la Humanidad y desgracia para Hildegart, solo llegó a ejercer sobre su hija. Por otra parte, es evidente que el diseño de Aurora para regular los nacimientos, haciendo obligatoria la vasectomía de todos los varones, desde la edad fértil hasta los 35 años, para después revertir los efectos de la operación y permitir a los elegidos que se reprodujeran, entraría claramente en el dominio de la paranoia. En todo caso, lo nuclear desde el punto de vista del delirio grandioso, era la idea de redención de la Humanidad, una idea delirante que persistía en la mente de Aurora desde que era muy joven y que, en gran medida, parece que fue aceptada por Hildegart. Como antes decía, no creo que haya delirio manifiesto en las publicaciones de Hildegart aunque, claramente, estuvieran destinadas a proporcionar un respaldo, más o menos científico, a las ideas de la madre. Esta circunstancia parece coincidir con lo observado por los autores que describieron la folie á deux: «El sujeto pasivo a su vez actúa sobre él, en cierta medida, para rectificar, enmendar y coordinar el delirio, haciéndolo más presentable, por así decirlo. El delirio así pulido se torna común entonces a ambos y es el que repiten a todo el mundo en los mismos términos y de una manera casi idéntica».

El patrón clínico de la folie á deux, en cuanto sistema de comunicación inconsciente entre dos personas, es el que, a mi juicio, más nos puede ayudar a entender algunos aspectos de la relación entre madre e hija. Entiendo que si el vínculo entre Aurora y Hildegart no reviste todas las características de una folie á deux clásica, se debe a la potencia mental de Hildegart. La joven mantenía, a pesar del sometimiento a su madre, suficientes elementos de salud mental. Si completamos los estudios pioneros de Laségue y Falret, con los más recientes de Crespo y Onrubia (1983) y Crespo Gutiérrez (1999), en los que estos autores destacan la importancia fundamental de un mecanismo de «feed back en el que cada participante inyecta una

serie de contenidos que cobran vida en el otro, mediante un continuo y recíproco juego de identificaciones proyectivas patológicas y contraidentificaciones», podemos entender que, muy probablemente, predominaba en la relación inconsciente entre ellas un continuo ir y venir de identificaciones y contraidentificaciones proyectivas. Mecanismos arcaicos de comunicación entre una madre paranoica y una hija más sana pero profundamente identificada con el estilo de pensamiento de su madre. Hildegart, como si de Aurora se tratase, en una carta abierta a Victoriana Herrero, publicada en El Socialista el 24 de febrero de 1929, se declaraba de ideas socialistas con estas palabras: «Desde muy niña, sin conocimiento alguno de tales teorías, nacieron estas en mí, y encontré en ellas un punto básico, lógico, para organizar la sociedad humana»; la carta refleja un estilo de pensamiento, teñido de omnipotencia, similar al de su madre. No puede pasar desapercibido, aunque pensemos que Hildegart estaba menos enferma que Aurora, que la niña a sus 14 años, ya hablaba de «organizar la sociedad humana».

Recordemos otro fragmento de la descripción de Laségue y Falret citada por Crespo Gutiérrez: «en la mayoría de los casos el enfermo secundario está menos gravemente afectado que el primero. A veces puede también considerarse que tan solo ha sufrido una simple presión moral temporal y que no es un alienado, en el significado social del término. No necesita entonces internamiento, mientras que el otro miembro es ingresado en una institución». Estas afirmaciones de los alienistas franceses parecen retratar la situación vivida por las dos mujeres. Durante los pocos años que pudo vivir, parece evidente que Hildegart estaba menos gravemente afectada que Aurora, a pesar de haber sufrido algo más que una simple presión moral temporal. Si seguimos utilizando la terminología de los clásicos, podríamos decir que Hildegart, durante toda su vida, sufrió una complejísima presión moral permanente. No nos puede extrañar, sobre todo si hemos estado en contacto con algún enfermo paranoico, que la práctica totalidad de la obra de la joven política y escritora, estuviera dedicada a cumplir el mandato de su madre. Por razones obvias, tampoco podemos saber cuál hubiera sido la evolución psicológica de la hija, en el caso de que su madre no hubiera decidido matarla.

Volvamos con Hildegart cuando, antes de cumplir los catorce años, ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid. La adolescente era una de las 41 mujeres que estudiaban la misma carrera en aquel curso. He podido saber que un joven estudiante contemplaba, desconcertado, cómo dos mujeres, con un aire un poco tétrico, se sentaban todas las mañanas en su mismo banco. El dúo estaba formado por Hildegart, una adolescente de largas trenzas morenas vestida de negro, y su madre, de hierática figura, también vestida de negro. Así permanecían, ante los sorprendidos ojos de su compañero de banco, día tras día y desde el comienzo hasta el final de las

clases, las dos mujeres. Recordaba también el estudiante que el eminente catedrático de Derecho Penal don Luis Jiménez de Asúa defendía en sus clases la eugenesia; por tanto, suponemos que las vehementes palabras de don Luis producirían un gran contento en Aurora y su hija. El joven estudiante de Derecho, compañero de banco de las dos enlutadas mujeres, era Pedro Rocamora Valls quien, andando el tiempo, llegaría a ser uno de los más prestigiosos presidentes del Ateneo de Madrid. Tuve la fortuna de conocer al no menos ilustre hijo del señor Rocamora, llamado también don Pedro. Es un hombre tan culto como amable que, en aquel momento, desempeñaba una importante responsabilidad en la Junta Directiva la Real Academia de Doctores; él fue quien, generosamente, me transmitió el valioso testimonio de su padre (Rocamora, 2009).

En la Facultad de Derecho, Hildegart conoció a otros profesores de renombre, como el socialista Julian Besteiro, muy radicalizado por aquellas fechas. Además, continuó teniendo una buena relación con el que había sido su catedrático de Literatura, en el Instituto del Cardenal Cisneros, Mario Méndez Bejarano. Don Mario era un convencido republicano federalista que presumía de haber conocido al fundador del Partido Federal, Francisco Pi y Margall que fue presidente, durante treinta y siete días, de la Primera República Española.

## La vida pública de Hildegart

El profesor Méndez Bejarano, que había invitado a Hildegart - y a su madre - a un ciclo de conferencias en la Academia de Jurisprudencia, debía estar fascinado por la inteligencia y cultura que demostraba la joven y quiso atraerla hacia su partido, pero ella le respondió que ingresaría en el PSOE. Hasta qué punto la madre dictó el ingreso de Hildegart en el partido más importante de la época es algo que no podemos conocer con certeza; la versión dada por Aurora a los periodistas Endériz y de Guzmán y publicada en La Tierra, el 12 de agosto de 1933, tiene un tinte casi heroico. Según ella, la niña le dijo: «Ya soy fuerte, mamá; quiero luchar. Hoy cumplo los catorce años. Es la edad que me había sido fijada para empezar a combatir, para empezar a realizar esa obra gigante que tú me señalaste. ¡No es preciso esperar más; no quiero esperar más!...» No sabemos si la hija, a esa edad, ya estaba tan identificada con el estilo grandioso de la madre o fue Aurora la que aportó el tono épico al ingreso de la niña en el Partido Socialista; lo que parece imposible es que ella tomara la decisión de dar comienzo a su vida pública, sin el beneplácito de su creadora.

El 1 de enero de 1929, recién cumplidos los catorce años, Hildegart ingresó en las juventudes socialistas y en la UGT; desde ese momento, inició una febril actividad política y divulgadora. Publicaba libros y artículos de prensa; daba mítines y conferencias, además de participar en los congresos del partido. En todo momento

estaba acompañada por su madre quien, al parecer, no mostraba gran entusiasmo por las actividades de su hija. ¿Qué ocurría?, ¿Era que la madurez de doña Aurora le hacía ver una realidad negativa que Hildegart, todavía, no podía percibir o, por el contrario, era que la rivalidad inconsciente y la agresividad contra la joven la mantenía en permanente insatisfacción ante lo que hacía su hija?

1 La adolescerite Hildegart publicó su primer artículo en El Socialista, el 24 de febrero de 1929; se trataba de la Carta abierta a Victoriana Herrero a la que más arriba hacía referencia, aquella en la que se reconocía de ideas socialistas desde muy niña; unas ideas que habían surgido en ella sin influjo externo. Como antes decía, en estas palabras podemos identificar el estilo omnipotente de su madre, puesto de manifiesto cuando Aurora decía que ella sabía leer desde siempre y había aprendido sola a tocar el piano. Podemos dar diferentes interpretaciones al texto aparecido en la prensa, pero en cualquiera de ellas subyace la idea de una identificación, próxima a la simbiosis, entre las mentes de madre e hija.

Los artículos periodísticos firmados por la joven tuvieron tanto éxito, entre los lectores de El Socialista, que el director, Saborit, la invitó a seguir colaborando en el órgano de expresión del partido; ella aceptó, suponemos que con el beneplácito de su madre. El 10 de marzo de 1929 vio la luz Reaccionemos, dedicado a Teresa de Escoriaza, cuyo estilo recuerda a los artículos que había publicado en 1927; Hildegart lanzaba un alegato a favor de los refugios para animales abandonados, a la vez que elogiaba a las mujeres que colaboraban con la Beneficencia pública.

Un mes después, a partir de la publicación, el 14 de abril, de Feminismo, iba surgiendo en la prosa de Hildegart un tono revolucionario. Puede apreciarse, concretamente, en la crítica que realizó a un artículo escrito por Adolfo Marsillach en ABC. El mismo tono revolucionario era empleado en sus conferencias, como la reseñada en El Socialista el 10 de abril de 1929, bajo el título: Las mujeres que trabajan; en aquel acto la joven afirmó, ante su auditorio, que consideraba necesaria la violencia, aunque no la violencia sistemática. Sin embargo, el 1 de agosto, el mismo periódico recoge las fervorosas palabras de la adolescente oradora a favor de la paz mundial, en un acto de homenaje a Juan Jaurés. Por aquella época aparecerían en El Socialista algunos trabajos de Hildegart críticos con las Instituciones. En Jirón doloroso, de 23 de julio, lamentaba el funcionamiento de las urgencias en los hospitales. En Un caso bochornoso, del 18 de agosto, hacía un duro reproche al Ayuntamiento de Madrid; según la joven, la institución alojaba a niños, en el Albergue de Mendigos, solo porque la comida salía más barata. En aquellos momentos, Hildegart ya debía sentirse alguien especial y, al igual que su madre, muy por encima de las otras mujeres. En el citado artículo daba la razón a los hombres que

criticaban el avance de la mujer en la vida política «para ejecutarlo todo peor que los hombres, más culpables como son por su temperamento, de su lenidad, cuando menos, o de falta, casi siempre, debemos desear que retornen a su hogar, del que no debían haber salido nunca». Creo que estas frases, escritas por una mujer muy joven y revolucionaria, indican la identificación o, al menos, el sometimiento a una madre que, probablemente, estaría mandando mensajes contradictorios a su hija. Este tipo de mensajes son la expresión de uno de los más importantes elementos del funcionamiento mental de los psicóticos: la paradoja. Ocho días después apareció, marcando una cierta continuidad con el artículo anterior, ¿Jefes o servidores?, un escrito en el que Hildegart reclamaba que los cargos no fueran vitalicios, sobre todo los de las instituciones dedicadas a cuidados sociales, para conseguir mejorar el trato «a los que piden, a los que solicitan».

El otoño de 1929, mientras la bolsa de Nueva York se desplomaba, la criatura eugenésica y, naturalmente, su madre vivían un momento de máximo éxito sociopolítico. En el mes de septiembre, durante el congreso de la Federación Nacional de juventudes Socialistas, Hildegart impresionó tanto al auditorio que fue designada vicepresidenta. A partir de aquel momento, la hija de Aurora Rodríguez se convirtió en uno de los principales oradores del partido socialista en los mítines y conferencias celebrados durante la dictablanda del general Bereguer, compartiendo tribunas con Santiago Carrillo, Juan Simeón Vidarte y Sócrates Gómez, entre otros. La joven estudiante enardecía al público, mientras Aurora vigilaba si su hija seguía, estrictamente, el plan que había diseñado para ella.

El primer artículo de Hildegart en El Socialista, en el nuevo año de 1930, está fechado el 26 de enero y tiene un aire filantrópico; se trata de una petición al alcalde de El Ferrol, la ciudad natal de su madre, de que ayudase al ex presidiario Manuel Casanova, como suponía que lo habría hecho Concepción Arenal, la ilustre ferrolana. Unos meses más tarde, el 10 de abril, la secretaria de la Juventud Socialista parecía estar totalmente identificada con los dirigentes del partido; la joven cuya vida era de una marcada austeridad defendía, desde las páginas del periódico, la suntuosidad del mausoleo de Pablo Iglesias, frente a los compañeros que lo consideraban faraónico, y aprovechaba el artículo para anunciar, en clave musical, los profundos cambios que se avecinaban. Por aquellos días, Hildegart solicitaba matrícula gratuita por escasez económica y viudedad de la madre, alegando no pagar contribución en Madrid (Cal, 1991). Doña Aurora parecía no querer colaborar con la dictablanda de Berenguer y prefería mentir sobre su patrimonio; la hija, como vemos, debió identificarse con el método económico diseñado por su astuta madre para luchar contra la monarquía.

En aquellos momentos de gran éxito político de Hildegart, su madre no aflojaba el

férreo control sobre cada paso que daba, limitando su alegría y resaltando cualquier elemento negativo de la relación con sus correligionarios. Según cuenta quien fuera su compañero en el diario La Tierra, Eduardo de Guzmán (1977), poco antes del 1 de mayo de 1930 Hildegart y el dirigente de la UGT Manuel Cordero habían dado un mitin en el pueblo de Carabanchel. De vuelta a Madrid, el tranvía pasó cerca de algunas chabolas situadas a orillas del río Manzanares, junto al puente de Toledo. Cordero exclamó - «Da asco que la gente viva así. ¡Es una vergüenza para Madrid!». A pesar de que la joven replicó a Cordero, la madre no quedó satisfecha y vio una buena ocasión para criticar al dirigente socialista e, indirectamente, descalificar algo de lo que hacía su hija. Aurora censuró duramente la actitud del camarada con el que Hildegart había compartido el mitin con estas palabras: «Ha hablado como un concejal conservador, monárquico, como un señorito cualquiera al que molesta el espectáculo de la pobreza ajena que, acaso él ha contribuido a fomentar». Es de suponer que nuestra protagonista continuase su labor de controlar, cada vez más estrechamente, las relaciones de su hija con los socialistas. Según de Guzmán (Ibíd.) la escritora, dos años después, daría la razón a su madre refiriéndose con estas palabras al episodio de las chabolas: «Creí entonces un poco exagerada la postura de mi madre. Desgraciadamente, más adelante pude comprobar que había muchos concejales como Cordero, muchos diputados con mentalidad de nuevos ricos...» La propia Hildegart contaría en La Tierra la intervención de Cordero en el tranvía, el 26 de septiembre de 1932, sin que apareciera en el artículo ninguna referencia a la intervención de su madre.

No solo Hildegart y Cordero daban mítines en aquellos días. Muchos intelectuales españoles preparaban el advenimiento de la República; entre otros Miguel de Unamuno, el catedrático que había sido confinado en Fuerteventura, por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera, y acababa de regresar de un largo autoexilio en Hendaya. Con el mismo motivo que tuviera el mitin de Hildegart en Carabanchel, la celebración del 1 de Mayo de 1930, Unamuno pronunció una conferencia, en el Ateneo de Madrid, con el sugerente título: Como venía diciendo, que tanto recordaba al «Decíamos ayer» de fray Luis de León. No sabemos si Aurora y su hija estuvieron entre el numeroso público que aclamaba al que había sido rector de la Universidad de Salamanca; aunque sería bastante probable que las dos mujeres estuvieran entre los admiradores del escritor. De haber sido así, Aurora se habría sentido muy contenta de que D.Miguel recordase el fusilamiento de su héroe Rizal, un hecho al que el futuro diputado se refirió como «el crimen mayor de entonces». Parece que el patriota filipino, el «santo laico» de Aurora, también lo era de don Miguel. El catedrático había elogiado a José Rizal en la prensa, con motivo de la celebración del 12 de octubre de 1923; de nuevo, recordó el fusilamiento del médico y patriota filipino en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el 6 de noviembre de 1934, con motivo

de la apertura de la cátedra Francisco de Vitoria. Sin duda la muerte de Rizal, en 1896, había quedado profundamente grabada en la mente del - entonces joven - profesor bilbaíno, porque todavía el 2 de febrero de 1936, ya viejo, volvió a evocar la figura de Rizal en el King's College de Londres, cuando pronunció una conferencia sobre «Las juventudes españolas actuales y la generación del 98» y, por último, lo tuvo presente en su tenso, breve y famosísimo discurso de Salamanca, del 12 de octubre de 1936, en el que se enfrentó al general Millán Astray (Rabaté y Rabaté, 2009).

El mes de octubre de 1930 comenzó, en las páginas de El Socialista, con alabanzas a Hildegart. En el periódico del día 3, Santiago Carrillo publicó un elogioso comentario de su libro: Una mujer moderna ante el problema eugénico, sobre el que volveré más adelante. Cuatro días más tarde apareció, también en el mismo diario, la reseña del «grandioso acto de propaganda» con el que terminó la Semana juvenil socialista. Se podía leer: «Pronunciaron interesantísimos discursos Hildegart Rodríguez, Juan S.Vidarte, Sanchís Banús y Julián Besteiro». Como vemos, el nivel de reconocimiento de los méritos de la brillante adolescente, al menos en los medios próximos a El Socialista, debía ser muy elevado. Del discurso de la joven, que aún no había cumplido 16 años, extraemos este párrafo: «Revolución y libertad; solo al mágico conjuro de estas dos palabras convertidas en realidad tangible, podrá brotar vigorosa y renovada la Humanidad del porvenir». No sabemos el grado de participación de Aurora en la elaboración de las ideas que expresaba su hija, aunque suponemos que seguía siendo decisiva. Hildegart publicaría, antes de que finalizase 1930, tres artículos en El Socialista y uno en Renovación; dos de ellos estaban dedicados a la defensa de los animales, tema favorito de su madre. En el primero reclamaría que fueran los obreros los primeros valedores de los derechos de las bestias porque, como ellos, estaban explotadas; en el segundo criticaba, una vez más, la fiesta de los toros, especialmente la suerte de varas. No cabe la menor duda de que la madre estaría de acuerdo con los escritos que, en defensa de los animales, publicaba su hija.

1 El poder materno, expresado en la consigna «Trabaja, hija, trabaja», parecía estar dando abundantes frutos durante el año 1930. Además de los estudios de derecho, de la publicación de artícu los y la participación de Hildegart en mítines y conferencias, en ese mismo año vieron la luz tres libros firmados por ella. Aurora, como una moderna Aprendiz de brujo, supo realizar el conjuro para desencadenar el trabajo febril de su criatura eugenésica, a la manera de Trylbi el protagonista del inmortal poema de Goethe inspirado en Luciano. Como el aprendiz de brujo, nuestra protagonista disfrutaría de su enorme poder, durante un tiempo. Hildegart realizaría un esfuerzo sobrehumano para intentar cumplir el deseo de su madre y dar un apoyo

científico al delirio reformador de Aurora y, sobre todo, para buscar el cariño y la aceptación de quien se consideraba dueña de su vida.

Recordemos los libros firmados por Hildegart que se publicaron en 1930. El primero llevaba por título: Tres Amores Históricos. Estudio comparativo de los Amores de Romeo y Julieta, Abelardo y Heloísa y los Amantes de Teruel. Este libro fue premiado en los Juegos Florales de la Corona de Aragón en 1929; por tanto, Hildegart lo escribió antes de cumplir los quince años. Santiago Andrés, en el prólogo, transcribía fragmentos literales de cartas de Hildegart, algunos de ellos referidos a sus estudios: «Cuento quince años y medio de edad, pues nacía el 9 de diciembre de 1914, terminé el Bachillerato antiguo y el universitario a los trece años, con premio extraordinario en la reválida. De entonces acá he cursado dos años de Letras y dos de Derecho, simultaneando entre junio y septiembre, carrera esta última que pienso terminar en septiembre próximo, esto es, cuando cuente dieciséis años y medio de edad»; otros a su apariencia física: «Soy de elevada estatura y recia complexión» (al parecer medía 1,70 m. de altura y llegó a pesar 80 kg); a lo que añadía Andrés: «Su rostro revela la firmeza de su carácter. Labios gruesos, sensualmente caído el inferior, pronunciado mentón, grandes ojos oscuros, de ardiente y fiero mirar, enmarcados por el sobrio trazo de unas cejas algo varoniles y todo él bellamente aureolado por sus cabellos negrísimos que caen en rizadas guedejas sobre su cuello alabastrino». Ya en esas cartas decía Hildegart no concebir «que un joven sea del día sin ser algo más que republicano, laico y rebelde». Sobre su trabajo y sus intenciones revelaba algo que nos proporciona información sobre la relación que tenía con su madre «Estoy imprimiendo un folleto sobre tema tan complicado y siempre nuevo como El problema eugénico estudiado desde el punto de vista de una mujer muy moderna. Tengo en preparación otro sobre La limitación de la prole; un estudio, en dos tomos, sobre la pena de muerte, otro en tres, sobre Los fundamentos filosóficos y jurídicos de la propiedad, un folleto sobre Los accidentes de trabajo en la legislación universal». Vemos que sus planes, en los primeros meses de 1930, tenían dos vertientes: la eugenésica y la jurídica. Los libros sobre eugenesia verían la luz inmediatamente. Sin embargo, los de temas jurídicos, citados en esas cartas, nunca se publicarían y hasta la primavera de 1933, en que vería la luz Venus ante el derecho, no aparecería un libro suyo relacionado con temas de la abogacía.

El estilo de Tres amores históricos... es completamente diferente al de los artículos en El Socialista y al de los demás libros publicados en la misma época; incluso es diferente el estilo de las cartas citadas en el prólogo del propio libro que, como decía más arriba, guarda más semejanzas con los escritos publicados hasta 1928. La obra consiste, como indica el título, en un estudio de las similitudes y, sobre todo, de las diferencias entre las tres parejas de amantes. Se trata de un trabajo, esencialmente de

carácter literario, en el que cita varias veces a su profesor de Literatura del Instituto del Cardenal Cisneros, Mario Méndez Bejarano - aunque, en una ocasión, aparece en el texto Mariano en vez de Mario-. El libro, en mi opinión, podría haber tenido su origen en uno o varios trabajos de clase de Literatura del Instituto aunque, posteriormente, la autora pudiera haber revisado los textos. En él se estudian los diferentes orígenes literarios de las leyendas, así como distintas versiones, especialmente de Los amantes de Teruel. Este posible origen académico podría ser la causa de la diferencia de estilo con respecto a otros escritos publicados en aquellos meses. Además, con toda probabilidad, pertenece a la época de bonanza en las relaciones entre madre e hija; antes de que Aurora sufriera importantes cambios en su carácter; es decir, se redactaría en la época que describía nuestra protagonista con las palabras antes reseñadas: «Hasta los trece años siguió el derrotero santo que yo le había trazado».

En la introducción del libro la autora habla de las mujeres como una joven romántica: «Dediquemos pues un recuerdo a las tres mujeres de espléndida hermosura y de ternura sin igual que supieron escribir con su sangre tres trágicos poemas de amor y de dolor». Ensalza a los hombres, entre los que destaca Diego de Marcilla quien, para ella, «adquiere un valor caballeresco y espiritual que lo exalta sobre sus compañeros». Manteniendo el estilo de escritos, como los publicados años antes en la revista Sexualidad, dice «Unidad y trinidad, dogma de todas las religiones, dogma también del amor que no en balde es, para quienes lo sienten, una religión de misticismo o de ilusión y de ascetismo o de sacrificio». Nada semejante a los ataques a la religión que, coincidiendo con el cambio de opinión de su madre, abundaban en los trabajos de Hildegart, cuando este libro se publicó. La escritora adolescente habla así del amor de Julieta: «nunca egoísta, siempre dispuesto a la renunciación, que es la característica de la mujer, amor noble y desinteresado». Sin embargo aparecen los rasgos de su educación cuando considera que en el amor de Romeo y Julieta hay predominio del corazón, lo que conduce a «precipitaciones, dolores, desesperación y muerte». A Heloísa le otorga una mayor capacidad de juicio «El altar que ella eleva a Abelardo, en el fondo de su corazón, como en un santuario, no desconoce algunas de sus debilidades, ella le conoce y le juzga (...) Impotente de reprimir los movimientos, ella en conciencia los sigue, los analiza, los razona y al fin los regula». En la parte cuarta del libro, denominada Estudio comparativo, hay un párrafo dedicado a La personalidad de Heloísa en el que podemos apreciar la inspiración materna de odio a la sexualidad: «La mujer no desciende nunca de su templo, porque si alguna vez lo hace, deja de ser Mujer así con letras mayúsculas, para ser la Hembra, también con letras mayúsculas, y como tal incapaz de toda sensibilidad y grandeza. La mujer realmente mujer es siempre sublime». Termina este apartado con un canto a Isabel de Segura, para ella, la mujer integral: «Isabel jamás hubiera cedido ante un hombre tan

glacial, y en algunos momentos tan estúpido, tan desprovisto de afecto como Abelardo, entregado a sus pensamientos, abstraído de la realidad, aunque aquella fuese si no tan bella, tan amante como la de Heloísa, egoístamente separado de ella, con la única finalidad de salvar su alma, como si el amor de una mujer no mereciese que se perdieran no una sino todas las almas de la humanidad, rendidas con galantería trovadoresca, a los pies de la que es símbolo de amor, y de placer, y que tiene sobre estas características, la más sublime de la maternidad». El libro concluye con una proclama a favor de la raza: «La personalidad de Isabel que vivió para el amor y murió para el amor es la única que creemos verdaderamente símbolo de la raza española».

El cambio de estilo

El mismo año que Tres amores históricos, 1930, se publicó El problema eugénico. Punto de vista de una mujer moderna. El ejemplar de este libro, escrito cuando Hildegart tenía 15 años, que he podido consultar en la Biblioteca Nacional de Madrid, aparece firmado por Aurora Rodríguez Carballeira; una señal más de que la madre se consideraba artífice del texto, con independencia de quien fuera la autora material. El objetivo del librito era conseguir que los obreros aprendieran a preocuparse de la eugenesia, para evitar «esos crímenes horrorosos que muchos hombres cometen hoy inconscientes del perjuicio que se reportan a sí mismos y a la especie humana». Evidentemente, el tono no tiene nada que ver con el tinte romántico, compatible con la profundidad en el análisis literario, reflejado en Tres amores históricos. Para sustentar lo argumentado en El problema eugénico, ya desde el prólogo, Hildegart se apoyaba en Marañón y citaba a Weissmann, Darwin, Freud y, de nuevo, a Marañón. Desde el punto de vista de la mejora de la especie humana, consideraba degeneraciones de la vida sexual la homosexualidad y el narcisismo, caracterizado por «el refinamiento en el hombre y la coquetería en la mujer», que, para ella, daban lugar a posibles degeneraciones. Bajo el título La Eugenesia, la autora ensalzaba la figura de Galton, el creador de la corriente que pretendía aplicar la genética a la mejora de la especie humana y alcanzó tan extraordinaria difusión a partir de la Gran Guerra. Trataba, luego, de las relaciones entre la eugenesia y el maltusianismo y, más adelante, aquella que sería llamada La Virgen Roja, hablaba del matrimonio en estos términos: «Juzgo que el matrimonio es la mayor barbarie en que ha podido incurrir la humanidad, tanto civil como canónicamente, pero especialmente en este último aspecto». Parece un juicio demasiado elaborado y de demasiado alcance, en una mujer que solo tenía 15 años. A pesar de su oposición a la barbarie del matrimonio, cantaba Hildegart las bondades del certificado prematrimonial, para facilitar la eugenesia. En consecuencia, hacía una lista de enfermedades que impedirían casarse: tuberculosis, sífilis, cáncer, neurosis y sus transformaciones, manías, locura, parálisis

general o epilepsia y, por último, el alcoholismo. El ardor eugenésico brillaba en los párrafos dedicados a la fecundidad: «En un país enérgico, como Rusia, las leyes limitando la procreación son admirables. Solo se consiente la vida al sano (...) Es horrible, mucho más horrible que la proporción de muertos, la enorme proporción de niños que se salvan, que viven entre nosotros como anormales, como degenerados, y para los cuales se da un caso de tremendo sarcasmo si se compara con la justa y apremiante necesidad de los sanos. Parece que toda la Humanidad, y especialmente España, se preocupa con todo interés del cuidado de los anormales: los cría como flores de estufa, crea magníficos hospitales y sanatorios para ellos, los rodea de todos los cuidados, a esos niños que por el mero hecho de ser anormales, enfermos, que no debieran estar entre nosotros, merecen todas nuestras atenciones, todos nuestros dispendios, y, lo que es peor, para hacerles pasar una infancia llena de comodidades y más tarde lanzarlos más rudamente a la lucha por la existencia (...) Si a la naturaleza se le dejara consumar su labor nos evitaríamos este tristísimo espectáculo; si la reforma de la unión sexual se implantase convenientemente, evitaríamos a la vez el que todos estos seres vieran la luz del mundo que han de abandonar como exhalaciones (...) un ochenta por ciento de los niños debieran volver a las dulzuras del Empíreo, no solo para mejora suya, sino para la de todos, para la de la Humanidad, que, libre de tan espantosa carga, podría reorganizarse sin verse obligada a tambalearse como la tantas veces citada Bélgica, por el peso de su población y la escasez de su producción». Creo que estos párrafos son suficientemente demostrativos del mensaje que contiene el libro. También creo que demuestran la capacidad de Aurora para hacer que su hija escribiera lo que ella pensaba. El hecho de que firmara el libro que se encuentra en la Biblioteca Nacional indica, tanto la identificación de Aurora con las ideas expuestas, como la demostración del poder sobre su hija. Si la raza humana peligraba por culpa de la reproducción de los anormales. Hildegart proponía grandes remedios para evitar esos terribles males: la esterilización de los degenerados, los enfermos y algunos delincuentes: «Y si la esterilización es necesaria, debe aplicarse siempre, con duda o sin ella de su necesidad, porque bien dice el adagio que más vale prevenir que curar».

Leyendo sus libros, podemos pensar que Hildegart estaba transmitiendo un pensamiento tan original como próximo a lo delirante. La realidad es que se limitaba a poner de manifiesto los principios de una corriente de pensamiento que hacía furor en Europa y América; como ella misma se encargó de demostrar alabando la práctica de la eugenesia en Suiza, Cuba y Estados Unidos. La joven proponía el análisis de cónyuges, el matrimonio condicional, la selección racial y el amor libre. También trataba en el libro de una de las preocupaciones fundamentales de las dos mujeres que, como sabemos estaban muy influenciadas por el pensamiento de César Juarros; la desreglamentación de la prostitución, que estuvo presente en su obra desde los

primeros escritos (recordemos Paupera meretrix, de 19 de junio de 1927).

Hildegart, como parece lógico, hacía, en su libro, una apología de aquello en lo que su madre fue pionera: el matriarcado eugénico. Así lo definió: «Se refiere este matriarcado a la tendencia de que sea la mujer la que, independientemente del hombre, cuide del hijo eugénicamente concebido, cifrando en ella las características de jefe de familia encargado de la educación e instrucción. Es una tendencia probablemente la más lógica pero solo aplicable a casos extraordinarios en que sea necesario preferir la sanidad corporal del hombre a su excelsitud mental, existente únicamente en la mujer (...) es la dirección eugénica moderna a la que auguramos mayor porvenir entre las mujeres intelectuales». Parece indudable que Hildegart escribió al dictado de su madre elevando lo que fue su propio origen a ideal, al menos, de las mujeres intelectuales «aplicable a casos extraordinarios en que sea necesario preferir la sanidad corporal del hombre a su excelsitud mental, existente únicamente en la mujer». Es decir, aplicable a casos como el de su excelsa madre, que tuvo que valerse únicamente de las cualidades físicas de su padre. Quizá no es casual que, al comienzo del libro, la autora considere que la pangénesis de Darwin era una interesante teoría sobre la herencia. Recordemos que Darwin (1868), en La variación de los animales y las plantas bajo domesticación, dedicaba un capítulo a la teoría de la pangénesis, que es un intento de explicar la idea lamarckiana de herencia de los caracteres adquiridos, perfectamente coherente con la creencia que sostuvo Aurora, al menos durante un tiempo, de que el ambiente creado por ella y su sistema educativo podría modificar, en Hildegart, la mala influencia genética del padre.

Como decía más arriba, el 3 de octubre de 1930 apareció en El Socialista un elogioso artículo sobre este libro, firmado por otra joven promesa del PSOE, se trataba de Santiago Carrillo, que celebraba el acierto de las propuestas eugenésicas de Hildegart y reconocía a la autora como «una verdadera mujer moderna», cuando afirmaba: «el matrimonio es la mayor barbarie en que ha podido incurrir la Humanidad». Aceptaba Carrillo, sin reservas, el criterio de Hildegart sobre los españoles, «los más bárbaros de entre los bárbaros, que ya es decir» y culminaba al artículo esperando el próximo libro de la autora que se titulará La limitación de la prole. Muchos años más tarde, Santiago Carrillo en entrevista con Carmen Domingo (2008), recordaba lo absorbente que llegó a resultar la presencia de la madre de Hildegart en las reuniones y que, a instancias de Juan Simeón Vidarte, «Doña Aurora no tuvo más remedio que esperar en el café de la Casa del Pueblo». Según Domingo, el exdirigente comunista también consideraba, hace pocos años, que las tesis de Hildegart correspondían más a la madre que a la hija, de quien «no recuerda conversaciones científicas pero sí políticas».

Todavía en 1930 la editorial Gráfica Socialista publicó un nuevo libro de Hildegart: La limitación de la prole. Al igual que en el caso de El problema eugénico, el ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid está firmado por Aurora Rodríuez Carballeira. En la introducción hablaba la autora de una de asf mayores preocupaciones de los partidarios de la eugenesia, la superpoblación mundial; un exceso que era indispensable reducir y, en consecuencia, abogaba por una revolución social que lo consiguiera. Reconocía, en el prefacio, que su propia existencia se inspiraba en Marx y recordaba que, para él, el factor decisivo de la Historia es la Economía. La joven establecía diferencias entre eugenesia y limitación de la prole porque «la Eugenesia, por cruel paradoja, se encuentra con que es un lujo que pueden permitirse los ricos», mientras que la limitación de la prole era necesaria por «móviles económicos y de subsistencia».

Cuando La limitación de la prole vio la luz, ya había caído la dictadura de Primo de Rivera y todos conspiraban contra Alfonso XII. Existía en España un clima republicano que, en los sectores más radicales, podía considerarse revolucionario. Hildegart y su madre estaban entre estos últimos y así queda expresado en el libro: «Mientras no hayamos conquistado esa mayoría, procedimiento democrático demasiado lento, y que a mí, por ser joven, me repugna en principio, o mientras, por el contrario, no nos hayamos dotado de fuerza y seguridad, no de desesperación y de angustia, la revolución no será». Hildegart, al igual que su admirado Malthus decía de los pueblos antiguos, afirmaba que, en la España del primer tercio del siglo xx, era común «la matanza de enfermos, la exposición de los niños y el aborto». Ella, lo mismo que en otros de sus libros, calificaba la contracepción de «buena nueva» incluyendo entre sus «fervorosos defensores» a «Carlisle, los Owen, Darwin, Spencer, Mrs. Bessant y otros», y también se mostraba partidaria de la eutanasia. Como conclusión al capítulo dedicado a los derechos y deberes del proletariado, exponía la joven estudiante:

1. El maltusianismo solo puede ser derrotado por la revolución social.

2. El maltusianismo debe ser, hoy por hoy, la norma de conducta del proletariado consciente.

En el apéndice de la obra, la autora abogaba por la despenalización del aborto y el fomento de las prácticas anticoncepcionales, poniendo como ejemplo a países como Checoslovaquia, Japón y Rusia. Hacía suyas las conclusiones de Leunbach, ponente del Congreso de Reforma Sexual de Copenhague, de 1928: «La superpoblación conduce a una necesidad expansional y es un constante peligro para la paz del mundo». Es evidente que, para Hildegart, la erudita que solo contaba 15 años cuando escribió este libro, la eugenesia era la Ley Suprema por la que debía regirse el

nacimiento, la vida y la muerte de los seres humanos y esta Ley Suprema debería imponerse por métodos revolucionarios. Suponemos que doña Aurora estaría satisfecha de ver sus ideas en letra impresa, reforzadas por tantas referencias y citas de hombres ilustres o famosos.

Delenda est Monarchia!, había proclamado Ortega y Gasset en su famoso artículo titulado El error Berenguer, publicado en El Sol el 15 de noviembre de 1930. Comenzaba 1931, el año de la proclamación de la Segunda República, con un ambiente cada vez más antimonárquico en España. El 20 de enero apareció en el diario del PSOE un artículo de Hildegart titulado Para los amigos de la Liga Laica en el que criticaba que al cadáver de su querido maestro Mario Méndez Bejarano le hubieran puesto entre las manos un crucifijo de marfil, «símbolo de una religión en que desde su niñez había dejado de creer». También deploraba que en la esquela de defunción se dijera que había recibido los «auxilios espirituales». Ella, siguiendo las ideas del maestro, y las propias, le había llevado «un puñadito de claveles rojos». ¿A quién culpaba la joven de tamaño desatino? Nos parece ver a Aurora en estado puro cuando leemos quienes eran, a juicio de la hija, las culpables; las urdidoras de tamaño desatino no podían ser otras que las mujeres, «espíritus mezquinos, demasiado pequeños para comprender la magnitud y el poder de la firmeza de la convicción hasta más allá de la muerte». También creemos oír a Aurora al leer estas palabras de su hija: «Había que acostumbrar a las mujeres españolas que se honran en ser tan católicas a respetar la conducta de los muertos, la historia de los hombres, sus deseos de toda la vida». La joven, plenamente identificada con su madre, hacía esta petición: «Puesto que la mujer no sabe respetar, por encima de sus creencias o de instigaciones ajenas, la decisión del muerto, que haya quien se lo exija».

## La República y la frustración de Aurora

En aquel ambiente agitado que presagiaba el fin del reinado de Alfonso XIII y la proclamación de la República existía una cierta pugna por ser procesado, entre los políticos con aspiraciones a desempeñar cargos en el futuro inmediato. El ansiado procesamiento constituiría un importante mérito para ocupar puestos de poder, cuando cambiara el régimen. Hildegart fue encausada dos veces despertando la admiración y envidia de otros jóvenes con aspiraciones de poder; Santiago Carrillo también fue procesado, al parecer, con gran contento por parte de su padre y Juan Simeón Vidarte, tras hablar en un mitin, no perdía la esperanza de conseguir el ansiado proceso: «Todavía no desconfío de que me procesen también, solo hace ocho días de mitin y aún estoy a tiempo», dijo, según de Guzmán (1977). A pesar de su interés y el de sus padres, ninguno de aquellos jóvenes inexpertos podía competir en número de procesos con el veterano Eduardo Ortega y Gasset, hermano mayor del

famoso filósofo; Ortega, en una entrevista concedida a Josefina Carabias y publicada en Ahora el 20 de mayo de 1931, confesó estar encantado de haber sufrido 36 procesos en un año, aunque: «Tenía capricho de llegar a la cincuentena, lo cual equivaldría a unas bodas de oro con el papel de Oficio». Al proclamarse la República, Eduardo Ortega sería nombrado Gobernador Civil de Madrid (Carabias, 1997).

En los últimos meses de 1930 y el principio de 1931, las relaciones de Hildegart con Santiago Carrillo, el compañero de partido que tan elogiosamente había reseñado su libro en octubre, parecían haber empeorado. Quizá tuviera algo que ver, en este cambio de actitud, la lucha por ocupar puestos de poder en el nuevo régimen que se avecinaba. La caída de la monarquía parecía inminente y, a principios de febrero de 1931, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala fundaron la Agrupación al Servicio de la República. En ¡Alerta está...!, publicado en el diario del partido el 8 de febrero de 1931, Hildegart se defendía de una crítica que le había realizado el camarada Carrillo, utilizando como argumento que ella no tenía experiencia sindical ni política. Replicó la joven que ni él ni otros tenían experiencia en los medios intelectuales, afirmando que no creía que Carrillo la ganase a radical ni a revolucionaria. Como vemos, el ambiente en las filas socialistas se estaba enrareciendo. Sin duda, Aurora vería la dificultad para situarse bien entre tanta competencia; su hija también debía ser consciente de lo mismo, por lo que en el propio artículo, advertía de los «peligros que se están fraguando» y de que las alarmas «no obedecen tan solo al reciente Congreso». El día 21 del mismo mes Hildegart publicó Proezas humildes, en apoyo de un joven jienense de familia modesta, que quería ser escultor.

Él 12 'de abril de 1931 se celebraron elecciones municipales. Al día siguiente se proclamó la República en Eibar (Guipúzcoa), Sahagún (León) y Jaca (Huesca) y el 14 de abril en el resto de España. La llegada del nuevo régimen hizo que Hildegart se sintiera pletórica de ilusiones y llena de esperanza. Sin embargo, la inteligencia de Aurora debió advertir que el futuro no estaba tan claro como creía su hija; además, su patología narcisista le debía impedir manifestar abiertamente alegría, si no era ella la principal protagonista; no podría alegrase porque ello supondría la amenaza de quedar en una posición de debilidad. Radicalizada por la influencia de la lectura de Georges Sorel y sus Reflexiones sobre la violencia, no pudo permitirse albergar ninguna esperanza en el futuro, ya que veía a los dirigentes políticos españoles muy alejados de los postulados revolucionarios. No compartía, como era de esperar, el optimismo de su hija y procuraba que, poco a poco, ella también se desanimase. Los periodistas Ezequiel Endériz y Eduardo de Guzmán publicaron en La Tierra, el 18 de agosto de 1933, que Aurora les confesó que había esperado de«Hilde» que abandonara pronto el marxismo, característico del Partido Socialista y al ver que la

muchacha continuaba con «su fe», ella se dio de alta en el partido «para poder examinarlo desde dentro, para combatir todas las desviaciones, señalando a Hilde sin cesar la diferencia entre las prédicas y la realidad, entre el programa y la vida de los líderes. Y doña Aurora, más aún que Hilde, es odiada por los dirigentes. Porque Hildegart, en sus viajes de propaganda no tiene una frase de adulación ni de aplauso para los líderes. Y estos, los Cordero, los Carrillo, los Trifón, los Muiño, los Santiago, no podrán, no sabrán, no querrán perdonárselo nunca...»

Hildegart continuó abarcando temas diversos en sus artículos de El Socialista. En mayo, publicó Un alcalde, para elogiar la figura de Macario Rivero, primer alcalde republicano y socialista de Santander que cambió el nombre de la avenida de la Reina Victoria por el de Pablo Iglesias. También un artículo sobre Mariana Pineda: ¡Ley, Libertad, Igualdad., y una crítica a los caciques locales: Una reforma urgente. En junio, Hildegart deploraba las condiciones de vida del proletariado de Villacañas en Los silos y, en Estampa universitaria, atacaba a los profesores católicos de la Universidad, poniendo como ejemplo a Don Magnífico quien, al nombrar a sus alumnos, reclamaba que respondieran con la palabra «servidor», en vez de contestar «presente», porque ésta era una voz que habían llevado a la Universidad las falanges juveniles del Instituto-Escuela. El 24 de junio de 1931, cuatro días antes de las elecciones a Cortes Constituyentes, en ¿Ocio? criticaba a las mujeres de una Agrupación Femenina Republicana por pretender reglamentar el ocio de la mujer trabajadora. El primero de agosto, en Instituciones del porvenir, la joven alababa la creación de la cooperativa Alfa, de Eibar, para la fabricación de máquinas de coser. Unos días después volvió por sus antiguos fueros en La escuela del crimen, una nueva y acerada crítica de los toros en la que instaba a las mujeres a que hicieran lo posible por erradicar la escuela del crimen que eran las corridas.

1 Transcurridos unos meses desde la instauración de la Segunda República Española, Hildegart todavía confiaba en los parlamentarios y altos cargos, pero poco a poco se iba decepcionando y, en consecuencia, la postura de Aurora, extremadamente crítica con los políticos, iba ganando terreno en la mente de la joven. La hija tendría que redoblar sus esfuerzos para que su labor y sus ideas fueran aceptables a los ojos de su madre. Aurora desvalorizaba, progresivamente, la actividad política de su hija en el Partido Socialista, aunque no sabemos cuánto influyó en esa desvalorización la actitud de algunos dirigentes que podían ver en Hildegart una seria competidora y, por tanto, un obstáculo en su carrera. En todo caso, en el libro ¿Se equivocó Marx? y en los artículos que publicó en el diario La Tierra, a raíz de su abandono (y expulsión) del Partido Socialista, encontraremos algunas claves del ambiente en el que se movía la joven y brillante propagandista, durante aquellos meses.

Deriva sexológica

Hildegart, seguramente atrapada entre la astucia de los viejos políticos, las zancadillas de los jóvenes y la frustración e insatisfacción de su madre, tuvo que buscar en la sexología, considerada desde el punto de vista eugenésico, una salida a sus aspiraciones que resultara compatible con los dictados de doña Aurora. No podía ser una casualidad que, en 1931, vieran la luz cinco de sus libros, todos sobre sexualidad: Sexo y amor, La Revolución sexual, El problema sexual tratado por una mujer española, La rebeldía sexual de la juventud y paternidad voluntaria. Profilaxis Anticoncepcional.

En Sexo y amor, publicado por la editorial valenciana Cuadernos de Cultura, continuó Hildegart tratando los temas que constituían la columna vertebral de su obra divulgativa. Hablaba de la prostitución, el infanticidio, el adulterio, los celos y los crímenes pasionales, para llegar a la conclusión de que era urgente transformar la moral sexual. Como haría en otros libros, puso a Rusia como ejemplo de logros en la organización de la sexualidad del pueblo. Partiendo de las ideas de Malthus, abogaba por la limitación de los embarazos para lograr una educación adecuada de los ciudadanos y mejorar las formas de vida. Hablaba luego de la libertad en el amor y sus perturbaciones, de la actitud de las mujeres y su posición ante los hijos ilegítimos y de su misión en la eugenesia, la maternidad y el matrimonio. Hacía una exposición de diferentes tipos humanos y clases de enfermos para llegar a la esperable conclusión de que la planificación eugenésica resultaba imprescindible. Terminaba quejándose del atraso de España en estos temas y proponía a los españoles avanzados que, tras escarmentar en cabeza ajena, se pusieran a la cabeza de un ejército, nada menos que, de «salvación universal». Así mostraba Hildegart la omnipotencia propia de su juventud y, también, la identificación con los pensamientos grandiosos de su madre.

En la sección de sociología de Cuadernos de Cultura se publicó, también en 1931, La Revolución sexual. Hildegart, en este texto, seguía radicalizándose e instando a los españoles a que se pusieran a nivel de los países civilizados en lo concerniente a criterios revolucionarios. Se mostraba crítica con los principios de Giner de los Ríos y proponía una concepción «más revolucionaria, aunque sea un poco más dictatorial». En los albores de la República, la época en que está escrito el libro, podemos imaginar a Hildegart plena de optimismo, de espíritu revolucionario y, como en el libro anterior, llena de omnipotencia, hasta el punto de creer que lo que ella llamaba «nuestra causa», habría de ser, en breve, la «causa de la Humanidad». El tono redentor se mantiene a lo largo de todo el texto, muchos de cuyos capítulos proponían, soluciones a los problemas globales. Solución al problema del matrimonio, del adulterio, del divorcio, de la homosexualidad, de la prostitución o del

aborto. Abogaba Hildegart, como lo seguiría haciendo hasta su última obra, porque el contagio venéreo fuera considerado delito y exponía las ventajas del neomalthusismo y las técnicas anticonceptivas, frente a las medidas clásicas de limitación de nacimientos propuestas por Malthus. Después de defender la enseñanza de la contracepción, la creación de clínicas reguladoras de la natalidad, etc., volvía sobre los temas estrella de la doctrina eugenésica: los niños anormales, los enfermos mentales y la implantación de la esterilización para los que pudieran transmitir taras hereditarias. De nuevo, en este libro, Hildegart se mostraba completamente identificada con las ideas, cada vez más radicales, de su madre. Recordemos lo que Aurora dijo a Eduardo de Guzmán (1977): «La única diferencia entre nosotras es que yo resultaba un poco más avanzada y mis soluciones eran siempre más tajantes y definitivas».

En junio de 1931 apareció en Ediciones Morata, de Madrid, El problema sexual tratado por una mujer española. Hildegart se lo dedicaba a Gregorio Marañón, con estas palabras: «Respetuosa y cordialmente, con admiración de discípula que aprendió en sus obras las primeras nociones de Eugenesia». En efecto, todo el libro constituye un nuevo canto a la eugenesia. El individuo y su sexualidad reproductiva deberían supeditarse a los intereses de la supervivencia de los más aptos, siguiendo los postulados de Francis Galton y Leonard Darwin. Postulados que, como bien sabemos, estaban tomados de las ideas de Charles Darwin, primo del primero y padre del segundo, y expresadas en su famosísimo tratado: Del origen de las especies por medio de la selec ción natural o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida (Darwin, 1859). Hildegart, la tierna autora de Tres amores históricos, su libro premiado en los Juegos Florales de la Corona de Aragón y publicado tan solo un año antes, ponía en duda la existencia del amor en El problema sexual tratado por una mujer española, cuando solo contaba dieciséis años, proponiendo: «exista o no exista cuidémonos nosotros de auxiliar su labor para que ella resulte eficiente». Parece que las frustraciones de doña Aurora podían racionalizarse y pasar a letra impresa de la mano de su hija. El ardor eugenésico de la madre llevaba a afirmar a su hija adolescente que la libertad «no tiene otro superior jerárquico en el mundo sexual, que la Eugenesia». En el mismo libro, Hildegart hacía un recorrido por las costumbres de los pueblos primitivos para luego anunciar que la ciencia sería la liberadora del espíritu. Entre los heraldos de esta liberación del espíritu por la ciencia citaba «los formidables estudios sobre el psicoanálisis del maestro Freud» a los que reconocía el valor de formar la urdimbre de lo que consideraba rapidísima revolución. Evidentemente la cita del psicoanálisis no parece otra cosa que un intento de aparentar erudición sin ninguna profundidad, lo mismo que hizo, en páginas posteriores, hablando del complejo de Edipo. Una vez más elogiaba en este libro el modelo de la República de los Soviéticos por su apoyo a las madres y su protección a

los hijos sanos mientras que «El ser que no es sano no recibe protección alguna, y se le inutiliza en cuanto es posible». Su optimismo, o tono propagandístico le llevaba a anunciar pomposamente: «nosotros lograremos lo que la religión con sus frenos no ha podido obtener: libertad, dentro de la pureza; recato, dentro de la libertad», volviendo, de nuevo defender a ultranza la panacea eugenésica. También criticaba «la trágica institución familiar cuya influencia sobre la organización social universal ha sido tan funesta», para ir incrementando su fervor por la religión laica de la eugenesia, hasta llegar a proponer «La oración de la Eugenesia» y «El Credo del futuro» cuya autoría reconocía al santanderino doctor Madrazo.

No sabemos quién hablaba, si la hija o la madre, cuando la autora pasaba revista a los diferentes tipos de matrimonios que se han dado a lo largo de la historia para proclamar, como conclusión, que «Poder deshacerlo definitivamente, instaurando la definitiva libertad de acción para los dos sexos, debe ser una aspiración de toda mujer que se sienta realmente moderna». Tampoco sabemos a quien leemos cuando Hildegart, al tratar de la actitud de las mujeres, hacía referencia al «subconsciente hereditario» y a los condicionamientos de determinadas actitudes para explicar «la repulsión innata que la mujer suele tener al abordar estos problemas sexuales y que tan honda influencia ejerce sobre su conciencia», algo que parece muy inspirado en los sentimientos de doña Aurora. Recogía la joven, más adelante, un fragmento de Estudios sobre psicología femenina de Lance Marholm, que iba en la misma línea: «¿A qué se debe esa titubeante avidez, esa aversión secreta de la mujer hacia él, ese su displacer en su sexo, ese afán de estar por encima y más allá de él, con que la mujer de nuestros días coquetea? ¿A qué se debe su frialdad en el placer y su pasión en el renunciamiento?». Parece que Hildegart pretendía dar una explicación genética (subconsciente hereditario) a un supuesto rechazo general de la mujer a la sexualidad. No solo eso, en el texto se vislumbra un intento de racionalizar ese rechazo y se idealiza la frialdad como medio de lograr la liberación sexual de la mujer. Evidentemente, si eso fuera real, Aurora representaría la máxima expresión de la liberación femenina. Hildegart, la Virgen Roja, aconsejaba: «Si queremos esa frialdad, tenemos que buscar nuestra libertad fuera del hogar y del matrimonio, en el campo totalmente libre del amor». La joven escritora también hablaba sobre lo que sería un resultado de la evolución humana: el matriarcado ideal, «Un matriarcado científico y una promiscuidad técnica y moralmente conducida, serán tal vez los resultados de la nueva evolución progresiva de la Humanidad».

No hay duda del deseo de Hildegart de revestir de normalidad la patología de Aurora; sin embargo, en algún momento la unión simbiótica entre las dos mujeres parecía tener pequeñas fisuras. A pesar del abundante despliegue de identificaciones con la madre, en páginas posteriores de El problema sexual tratado por una mujer

española, aparece una reflexión crítica sobre la propia vida de la autora: Para ella, en las nuevas organizaciones familiares, «La madre debe tener interés en instruir al hijo en sus primeros años; pero al salvar la cima de la pubertad debe empezar a andar solo por el mundo, con un justo sentido de la responsabilidad que contrae». Exactamente lo opuesto a lo que ella había tenido que sufrir y seguía sufriendo. Más adelante y en la misma tónica, hablando del ideal de escuela, defendía aquellas en las que los niños «jueguen, jueguen mucho y se adiestren en su juegos», al contrario de lo que le había ocurrido a ella, quien, como sabemos, llegó a confesar no haber tenido infancia, por haberla dedicado al estudio. Tras estas bocanadas de aire fresco vuelve, en el libro, la asfixia simbiótica con exclusión del tercero. En el epígrafe La supervivencia del matriarcado, escribía: «Aquí se establece el fundamento de que la madre había de ser la que tenga más veces legítimo derecho al hijo y a su absoluta propiedad y disposición; que a ella la había de tocar el disponer de su educación futura y que ella habrá de ser también la que disponga de toda su evolución y su cultura. Ello presupone, por consiguiente, que al propio tiempo con ella sea con quien conviva en su futuro». En páginas posteriores aparece, de nuevo, un intento al menos teórico de romper las cadenas y reivindicar los derechos del niño, su propio derecho: «A mi juicio partimos de un error fundamental, y es el de suponer el niño objeto de su propiedad. El niño es un ser con tanto derecho a ser libre e independiente como ellos (...) no debemos olvidar en la campaña los derechos del niño, sus derechos a una independencia». Parece que la introspección de Hildegart sobre su propia realidad también se reflejaba en el capítulo titulado Las lacras sociales. Triste herencia. En él hacía repetidas referencias al psicoanálisis y hablaba del «tipo paranoico» que «comienza el descenso por el mal, desde que comienza, con un ilimitado orgullo, un recelo y una consciencia de su propia debilidad que pretende disimular a toda costa»; como vemos, es todo un retrato de su madre, aunque no sabemos si lo realizo conscientemente. Generalizando los efectos letales de la paranoia, exclamaba: «Ved la desgracia de tantos familiares, el dolor de tantos seres, la amargura de madres y hermanas, y novias y esposas, y todo ello por un momento de placer». De nuevo en un registro eugenésico, concretamente en la línea de las inglesas Barret, Kenealy o Stopes, y su doctrina de la influencia prenatal, parecía hablar del embarazo de su madre al afirmar: «La influencia del ambiente en el espíritu de la embarazada es por demás grande (...) Las guerras, las revoluciones, los años de hambre, de carencia, de peste, de sobresaltos, dan lugar a un tanto por ciento elevadísimo de niños anormales». Resulta casi imposible que no se refiriera a los trastornos sufridos por las mujeres de su familia y a los que, probablemente, empezaba a sufrir su propia madre cuando escribía: «En las mujeres, cuando desaparece el período, surgen muchas locuras y enfermedades», aunque salía del paso atribuyendo el aumento de la locura a la degeneración racial. Más adelante volvía a hablar sobre la paranoia, en relación con la sexualidad: «Aunque las locuras parecen un tanto extrañas a los instintos sexuales,

es lo cierto que de la insatisfacción o deficiente orientación de estos proceden muchos hechos típicos de verdadera locura» (...) Desgraciados de los pobres paranoicos que, llevados de su propia locura, no pueden tener la resistencia material, moral suficientes para orientar su existencia o su conducta». Aunque los mecanismos psíquicos de defensa son de gran potencia y permanecen inconscientes, resulta difícil creer que la autora no reconociese, en su madre, las características de los paranoicos.

Parecía subir de tono el fervor eugenésico de Hildegart cuando, en otro capítulo, hablaba de la eutanasia haciendo referencia a un libro de Binding y Hoche, publicado en 1920, que tenía un título tan sugerente como: La autorización para exterminar las vidas sin valor moral. Oigamos a la joven estudiante: «La Eutanasia defiende a la sociedad del contagio y libera a estos seres de dolores sin cuento (...) Ella cumplirá la labor que los padres no han sabido ejecutar a tiempo. Ella será pues un medio purificador de la raza». Suponemos que doña Aurora induciría y, desde luego, aprobaría estas ideas orientadas a la solución final que, como vemos, su hija tomaba de prestigiosos autores alemanes: el jurista Kart Binding y el psiquiatra Alfred Hoche. Es muy probable que las ideas de los mismos sabios sirvieran de inspiración a otro paranoico que llegaría a ser mucho más famoso que Aurora.

Madre e hija debían estar entusiasmadas con los avances que la química ponía a disposición de la eugenesia; Hildegart, citando a Binet Sanglet (sic) (en realidad el Dr. Bidet-Sanglé), se hacía eco de las cualidades del protóxido de azoe (el óxido nitroso) para la mejora urgente de la humanidad. A pesar de su elogio del protóxido, la joven parecía tener mucha esperanza en las futuras investigaciones: «Dejemos a los químicos que, siguiendo el cumplimiento de su misión, nos busquen esta vez, con una sustancia que pueda producir la muerte una composición que, al hacerlo dulcemente prive al menos al paciente de la tortura final (...) A nosotros solo nos toca señalar la urgente necesidad del empleo de estos procedimientos, que se está haciendo cada vez más palpable». La autora, como ejemplo de lo que debería ser la eutanasia activa, exponía el caso de Stanislawa Uminska una mujer que, el 15 de junio de 1924, había matado a su amante Juan Zinowski que se encontraba gravemente enfermo, mediante el expeditivo método de dis pararle con un revolver. La joven redondeaba su canto a la eutanasia con una defensa de la incineración de los cadáveres, ilustrando sus ventajas con ejemplos tomados de diferentes países.

Hildegart, en páginas posteriores, volvía sobre sus pasos para hablar de los tipos de degeneración, concretamente del sifilítico, e ilustraba, en tono dramático, las macabras consecuencias de la seducción de una costurerilla por el libertino: «Y cuando ella caiga y un hijo venga a hacer alborear para la madre una etapa que debiera ser de venturas, ella, destrozada, podrida, solo podrá dar a luz un ser infecto,

una piltrafa humana que la Inclusa se encargará de recoger con fingida piedad o que la mano de la madre ahorcará más piadosa, para ir a parar a un fétido muladar, principio y fin de todos los vicios». No se pueden negar las dotes pedagógicas de la joven autora que finalizaría este impactante libro con un apéndice titulado: El sexo ante la literatura, en el que recogía fragmentos de diversas obras, entre las que no podían faltar las de Enrique Madrazo, que venían a darle la razón en sus ideas sobre el amor libre, la eugenesia y la eutanasia. La relación de obras pro eugenesia culmina con Los aparecidos, de Ibsen, cuyo mensaje coincidía con los principios de doña Aurora. En el fragmento reseñado, dice la madre, refiriéndose a su hijo: «No quería que Oswaldo heredase nada de su padre. Todo lo que tenga mi hijo ha de ser mío, todo». El drama se desencadena porque Oswaldo, a pesar de haber sido apartado de la casa paterna a los siete años, hereda los vicios del padre. «Los pecados de los padres caen sobre los hijos», diría el doctor. En consecuencia, Oswaldo queda convertido en un enfermo. La joven autora señalaba la clave del drama de Ibsen en estas frases:

SEÑORA ALVING. - ¿Yo, que te he dado la vida?

OSWALDO. - Yo no te la he pedido. ¡Y qué vida la que me has dado! ¡No la quiero! ¡Tómala!

Hildegart, en el epílogo, mantenía el tono grandioso que inspira todo el libro, refiriéndose a la cuestión sexual en estos términos: «la cimentación de la magna revolución del futuro», o la «superación de la especie»; también hablaba de la creación de superhombres y de «masas conscientes de sus responsabilidades ante la sociedad en general». Es decir, el ideario de Aurora apoyado con referencias a diferentes autores de diversas disciplinas que daban al libro un aire de erudición seguramente incontestable en la época. La madre, como el aprendiz de brujo del poema, debería estar muy orgullosa del resultado del conjuro. La criatura eugenésica parecía cumplir su mandato con extremada diligencia; el libro estaba firmado por una chica de 16 años.

También en 1931, aunque algo después de la edición de Elproblema sexual tratado por una mujer española, apareció La rebeldía sexual de la juventud, un texto publicado de nuevo por Ediciones Morata de Madrid. Hildegart se lo dedicaba a los mozos de las FUE (Federación Universitaria Escolar), particularmente a los de Derecho y Medicina.

Resulta curioso que la joven escribiera en el prólogo: «Los Redentores siempre han tenido muy mala suerte, por eso yo no quiero meterme a redentora de los demás. Me creo redimida a mí misma y quiero señalar a otros los caminos de su liberación. Nada más». Ni nada menos, podríamos añadir, porque la redención de sí misma, la

liberación del yugo impuesto por su madre, en aquel momento, no podía pasar de ser un sueño. En La rebeldía..., leemos algo que pudiera ser una cierta crítica a la iniciación, sin duda precoz, que recibió Hildegart de su ansiosa madre sobre los misterios de la sexualidad: «La mayoría de nosotros tenemos entre las brumas de nuestro recuerdo la tragedia, el profundo dolor que nos ha causado la primera noticia que tuvimos sobre el acto de la generación (...) El resultado de este tipo de iniciaciones suele ser el de un odio y un desprecio por la madre». También encontramos una curiosidad en el capítulo «Las principales manías de los adultos»: nuestra autora recogía una cita de Freud que, probablemente, sea traducción suya de un párrafo de El delirio y los sueños en La Gradiva. Hildegart insistía en este libro en la tesis de que la revolución sexual se basa en el fracaso del matrimonio y la familia, para afirmar después: «la gran etapa revolucionaria que ha vivido el mundo se operó el milagro de que lo que empezó Newton, planteando leyes matemáticas y físicas, hubiera de terminar con Freud en unos estudios, sobre el psicoanálisis o el valor psíquico e inmanente del sexo». Elogio superficial y utilitarista de Freud, al que no le falta el contrapunto de una pequeña crítica a los freudianos, muy al estilo de la época, a los que calificaba de «muy amigos del fatalismo». Una vez más, en este nuevo libro, la joven proclamaba las excelencias de la eugenesia y la necesidad de la «profilaxia anticoncepcional» y atacaba a la Iglesia porque, en palabras de Gómez Rojjí, «tenía soluciones para todos los problemas; hasta para los de la Eugenesia».

En los capítulos siguientes volvía sobre los temas eugénicos. Resulta curioso, y un poco siniestro, que la única mujer española eugenésicamente concebida, según decía su madre, llamase la atención sobre la novela de Bersen titulada: «Hilde, la mal avenida». Más adelante, bajo el título: El matrimonio como retraso, la autora recogía una cita eugénica, nada menos que del ilustre Augusto Forel, y terminaba con estas palabras que podríamos asignar al dominio de la etología comparada: «Tan solo los más salvajes entre la especie humana, como entre la animal, aceptan el matrimonio monogámico. Nosotros hombres y mujeres civilizados, no tenemos aquí obligación de igualarnos a ellos, sino, por el contrario, de superarlos».

En el capítulo Pedagogía sexual Hildegart, siempre bajo el prisma de la eugenesia, se hacía eco de diferentes teorías de la época y en el apartado El niño en el manicomio de los adultos, podemos leer su queja por la tensión a la que se sometía a los niños: «Entre las pasiones humanas, los odios, las rencillas, las excitaciones sexuales, los celos, los bárbaros crímenes, la miseria, el dolor, toda su enorme contextura de males que forman la trabazón interna de la vida social, el niño nace y se desenvuelve». El texto dedicado a Las principales manías de los adultos se halla encabezado por una cita de Freud que la joven utilizaba para reivindicar la sexualidad humana: «La tarea de subyugar y domeñar sin darle satisfacción a un instinto tan

poderoso como el impulso sexual es capaz de agotar toda la fuerza de un hombre...». Y, en la línea marcada por su madre desde unos años atrás, se mostraba crítica con la pedagogía religiosa, haciéndose eco de estos versos de Amado Nervo:

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,

Pálido asceta! ¡Qué mal me hiciste!

¡Ha muchos años que estoy enfermo,

Y es por el libro que tú escribiste.

Páginas adelante, Hildegart definía al cristianismo como una «paranoia organizada», escribiendo con evidente pedantería: «Jeschu bar Jossef, el jesús de la Biblia, ha muerto, en efecto, víctima de un error judicial y de la ignorancia que de psiquiatría tenían los que le juzgaron. Debería haber sido encerrado en un manicomio, como Guillermo Monod, el Cristo suizo». Protestaba luego la Virgen Roja de las prohibiciones en materia sexual y contra la obligación de castidad, especialmente en las mujeres. Como en otros capítulos de este libro, la hija parecía estar mandando mensajes de rebeldía a su madre, cuando hablaba de la capacidad crítica e investigadora de la juventud y pedía a los adultos lo que ella, al parecer no podía obtener de Aurora, «una sonrisa de comprensión».

En el capítulo «¿Quiénes son los inmorales?», aparecen unas frases que pudieran ser el resultado de alguna deformación de la realidad: «yo recuerdo el caso de una amiga mía, mujer de bastante edad, madre de una muchacha que tiene mis años dieciséis - y que vanagloriándose de la inocencia y candidez de su hija, decía: Hay que ver qué bombón le estoy preparando a mi futuro yerno». Unas líneas más adelante, se mostraba de acuerdo con las ideas de Havelock Ellis, lo que indica que, en el momento de escribir este libro, ya había leído al sexólogo británico o, al menos, tenía alguna referencia sobre su obra.

En capítulos siguientes Hildegart se enfrentaba a las imposiciones de los adultos y proponía una actitud rebelde frente al imperativo categórico de la moral reaccionaria; resulta imposible no ver que muchas de estas palabras tienen un significado de protesta, consciente o inconsciente, contra la tiranía de la madre. Expresaba más adelante el deseo de conseguir algo que ella misma lograría tiempo después, una filial en España de la Liga Mundial para la Reforma Sexual. En esta línea de reformas Hildegart, como en el libro anterior, insistía en la necesidad de establecer un plan de estudios sexuales, y volvía a defender la contracepción por motivos eugenésicos. En caso de que los métodos anticonceptivos fallaran, proponía el aborto, incluso llegaba

a defender el infanticidio, siempre por motivos eugenésicos.

Fiel a su estilo reiterativo, la joven propagandista volvía en páginas posteriores a emplear un tono de protesta contra las costumbres restrictivas y las limitaciones impuestas por la religión o la moral, sobre todo a la mujer. Es evidente que, durante la elaboración de este libro Hildegart manifestaba una y otra vez su malestar por la tiranía de la que era objeto, pero lo hacía de una manera desplazada. Se quejaba de la opresión a la que Aurora la tenía sometida, aunque la figura materna quedaba oculta entre la maraña de los estamentos opresores. La mayoría de las instituciones de la época eran verdaderamente asfixiantes, pero resulta difícil concebir una institución más asfixiante que su propia madre.

En el capítulo «Hojas del árbol caídas», la hija escritora hablaba de un tema que, como sabemos, estaba muy presente en la mente de doña Aurora, porque había sido, aparentemente, uno de los obstáculos para su propia evolución como mujer sexuada. El título era: «El hambre sexual de las mujeres» y, en el desarrollo, comparaba a la mujer española con la inglesa y la francesa, diciendo de la española: «con honrosísimas excepciones, aparece dotada de una extraordinaria hambre sexual». Una frase que nos recuerda a Aurora en estado puro. Sin embargo, Hildegart no se limitó en este caso a ser mera portavoz de su madre pues su aguda inteligencia había descubierto que la mujer española muchas veces reprimía y proyectaba su hambre sexual en las jóvenes - exactamente lo que había hecho con ella su propia madre-, lo que sintetizó en esta inteligente y demostrativa frase: ¡Y cómo nos envidiarán los pensamientos, que ni siquiera se nos pasan por la mente! No falta una crítica, en las páginas siguientes, a la situación del «Hombre, dueño de la mujer», exponiendo un caso de su admirado juez Lindsey.

Reclamaba Hildegart para la maternidad el estatuto de «Profesión libre y técnica». Cuando leemos: «Nos parece también de una inmoralidad el espectáculo de esas mujeres que, luciendo un vientre prominente, no producto de la consciencia deliberada, sino del acaso, avanzar por las calles dirigiendo a los otros transeúntes una mirada olímpica», no podemos dejar de pensar que, como resultaría lógico, ella, su madre o ambas, sentían una cierta envidia de las mujeres embarazadas.

La autora volvía, en La rebeldía sexual de la juventud, a defender la eugenesia en el capítulo titulado «La disgenia de la raza»; reclamaba el cambio de las leyes para adaptarlas a la nueva realidad dado que «Hoy el pasado sexual de la mujer empieza a no interesar al hombre, la virginidad por sí vale muy poca cosa» o «la maternidad en la mujer no es, en modo alguno, acto reprobable». La Virgen Roja afirmaba también: «Estimo que la pureza o virginidad no es una cualidad que deba pesar para nada en la apreciación de las cualidades masculinas o femeninas». Hildegart en este libro se

superaba, con respecto a escritos anteriores, en lo tocante al cuidado de la raza; podemos decir que se identificaba más y más con el control omnipotente sobre la reproducción que quería ejercer su madre. Afirmaba: «el certificado prenupcial me parece poco» y, por tanto, proponía que se organizase «un registro antropológico familiar». En la misma tónica, abogaba por una educación obligatoria para los padres: «Educación tanto física como mental, tanto sexual como de conducta». Reclamaba, como futura abogada, que fuera recogido en el Código Penal, como atenuante, el «estado de necesidad sexual» y criticaba, como haría su madre, el «egoísmo de la mujer española», que no vacilaba en venderse en el matrimonio por ver en él un seguro de vida.

En unos capítulos dedicados a defender la libertad sexual, podemos leer frases que hoy tildaríamos de machistas o, al menos, de aceptar una posición de inferioridad y, muchas veces, de identificación con el agresor, a la que se habrían visto sometidas las mujeres. Decía la autora: «si por el contrario es la mujer, - casos de violación, estupro, rapto - quien le ha impulsado a tal crimen, o si la fuerza ha cesado después de cometer tal acto». En esos casos, abogaba Hildegart porque el perdón de la víctima hiciera sobreseer el procedimiento penal, eliminando que el perdón se manifestara mediante el matrimonio subsiguiente. Proseguía: «He hablado de que debe investigarse si es la mujer la que ha lanzado al hombre a esa conducta, ya que son más frecuentes de lo que generalmente se estima, los casos en que el hombre es seducido, y porque a mi modo de ver es injusta la penalidad en los delitos de estupro, rapto y violación - como no sea en la inconsciencia - ya que la mujer se entrega libremente por el cariño que siente por el hombre, y no debe convertir estos hechos en una vergonzosa celda, en la que, ansiando un marido que la sostenga pecuniariamente o un hombre determinado, se entrega a él provocando acto seguido la denuncia consiguiente, y facultadas como se hallan por este poder judicial para ofrecerle matrimonio como puerta de salvación, frente a la deshonra de un período de años o meses de cárcel», calificando la actitud de la mujer, en estos casos, de «estafa moral». Por esta y otras razones, Hildegart proponía una «Nueva Moral», alzando su bandera de desafío inspirada en la actitud de las mujeres americanas y considerando que el medio para conseguirlo era lograr la independencia económica de los padres. Un deseo de independencia que a ella le costaría la vida.

Confiaba la joven estudiante en las posibilidades de las FUE de Derecho y Medicina y, en el último capítulo del libro afirmaba algo que, referido a ella en sentido estricto, sería difícilmente conciliable con los planes de su madre: «Que el cuerpo nos pertenece, y que a nosotros nos toca disponer libremente de él, de acuerdo con nuestra conducta; que es urgente llegar a una abolición del secreto sexual y evitar la subsistencia de estos matrimonios galvanizados, fosilizados, viejas instituciones,

como siguen manteniéndose por la presión de la rutina». En resumen, en La rebeldía sexual de la juventud se observa una completa identificación de Hildegart con los proyectos eugenésicos y de control sobre la vida y la muerte de los seres humanos que tenía su madre. Sin embargo, aparece un punto de rebeldía contra la opresión a la que ella estaba sometida; su caso lo generalizaba tratándolo como un problema global de control excesivo de los adultos sobre los jóvenes. Podemos decir que, cuando escribió este libro, ya iba germinando en la mente de la joven el proyecto de librarse, algún día, de su madre.

"En el mismo año 1931 Hildegart publicó, en la editorial Orto de Valencia: Paternidad voluntaria. Profilaxis anticoncepcional, que trata un tema recurrente en sus escritos. Recordemos que en 1930 ya había publicado La limitación de la prole, que un año después de la aparición de Paternidad voluntaria..., vería la luz Malthusismo y Neomalthusismo. El control de la natalidad y que, en 1933, está fechada la primera edición de Medios para evitar el embarazo (paternidad voluntaria), libro que la editorial Guara de Zaragoza reeditó en 1978 y que constituye una repetición de Paternidad voluntaria. Profilaxis anticoncepcional. En este libro, Hildegart volvió a utilizar los tópicos que venía empleando desde hacía años, con el objetivo de difundir los principios de la eugenesia. El primer capítulo trata de la paternidad consciente; en él afirmaba que, desde un punto de vista eugenésico, solo deberían venir hijos al mundo en el momento en que fueran deseables y deseados, evitando la procreación de tarados e ineptos y acabando así con la beneficencia. En los capítulos siguientes desarrollaba la idea de que los nacimientos inconscientes son una epidemia, un «lastre insostenible para el buen desarrollo de la Humanidad» y, por tanto, después de instar a los proletarios a realizar «profilaxis anticoncepcional» como, según ella, la realizaban «la burguesía y el capitalismo», ilustraba a sus lectores sobre el mecanismo de la fecundación - aunque caía en el error de decir que se realiza en los ovarios-, para exponer después los métodos anticonceptivos de la época y el modo de utilizarlos.

Entre los métodos anticonceptivos masculinos, antes de hablar de la «Acción de los rayos X», trataba de la «Vasectomía». Como sabemos, esta última era la operación quirúrgica que su madre proponía realizar a todos los varones en el inicio de la edad fértil, para recanalizar los conductos deferentes a los treinta y cinco años como vía para llevar a cabo los proyectos de Galton y sus discípulos. Hildegart atribuía la paternidad del método al doctor Belfield, de Chicago, que lo dio a conocer en 1907 y definía la vasectomía como una operación esterilizadora «muy sencilla, muy poco dolorosa y de extrema utilidad» que consigue «una esterilización definitiva, fácil, cómoda y que no interviene en la morfología del hombre ni en su placer sexual». La autora lanzaba un ruego a los hombres que padecían «una

enfermedad contagiosa», que no quisieran «gravar a la Humanidad con una generación de seres tarados» o que no hubieran conseguido «el empleo (por su mujer) de los contraceptivos», para que se realizasen la vasectomía, una solución «que puede ser guardada en secreto, de la que nadie ni aún vuestra mujer se enterará jamás». La autora concluía el panegírico entre alabanzas al método y llamamientos a los «hombres de conciencia» a realizarse algo «tan legítimo, tan humano y tan respetuoso» como la vasectomía. Hildegart, una vez más, abogaba en este libro porque las instituciones públicas fomentasen el conocimiento de los métodos anticonceptivos así como el control médico de la reproducción. Sorprende bastante, dada la erudición demostrada por Hildegart en otros temas, que en uno de los últimos capítulos del libro, titulado Clínicas y centros de investigación, escribiera: «Freud, por ejemplo, uno de los psicólogos más conocidos y que más hondo ha estudiado el problema sexual, ha desarrollado gran parte de su labor desde su Instituto de Lieja». No podemos saber la causa del error que aparece en el libro firmado por Hildegart (he consultado una reimpresión de 1978); pero si ella creía que Freud trabajaba en Lieja, el error, por sí mismo, desmontaría la afirmación de algunos autores de que la joven se carteaba con el padre del psicoanálisis. De haber sido así, la escritora tendría que conocer el lugar de trabajo de Freud, que, mientras ella estuvo viva, era Viena. También citaba a Max Eitinton (sic), como director del Policlínico de Berlín, cuyos trabajos habían merecido elogio en los Congresos Internacionales de Psicoanálisis de Berlín, en 1922 y de Salzburgo, en 1924, lo que nos hace pensar en la prisa o en el poco rigor de Hildegart, cuando escribía de estos temas. Probablemente priorizaba los aspectos propagandísticos de sus escritos, estaba convencida de la ignorancia de sus lectores, o confiaba en que no comprobarían los datos que ella daba. En cualquier caso, el nombre correcto del director del Policlínico de Berlín era Max Eitingon y su participación en los congresos era fundamentalmente organizativa y de reglamentación de la formación y supervisión de los psicoanalistas. Es una lástima que Hildegart cometiera esos errores, cuando tenía inteligencia y preparación suficientes para haberlos evitado. Podemos disculpar parcialmente que la joven, cargadísima de trabajo, cometiera algunos; sabemos que estaba intentando buscarse un lugar en el mundo y se sentía obligada por su madre a realizar una labor incansable. Con toda esa febril actividad, perseguía un objetivo inalcanzable: conseguir el reconocimiento de su progenitora.

En el otoño de 1931, tuvo lugar una importante convulsión en la vida de las dos mujeres, a pesar de la incesante actividad de la joven y de los éxitos cosechados por ella entre los trabajadores. Probablemente influyera en la crisis que hubo entre Aurora y su hija el desencanto sufrido, sobre todo por la madre, al ver los derroteros que había tomado la política. Quizá doña Aurora viera que las aspiraciones de aumentar su influencia en los centros de decisión quedaban limitadas, porque Hildegart perdía

posiciones dentro del Partido Socialista. Eso le haría sentirse frustrada y, aunque manifiestamente culpaba a los políticos republicanos, inconscientemente, también debía culpabilizar a su hija de no haber hecho bien las cosas, de no haber seguido minuciosamente sus dictados. Aurora necesitaba imperiosamente situar la causa de sus fracasos fuera de ella; no podía aceptar ser culpable de nada, porque ese sentimiento le resultaba insoportable. La madre enferma debía estar emitiendo un mensaje inconsciente y paradójico a su esforzada criatura: ella debía redimir a la Humanidad pero el sendero por el que discurría no acababa de ser el adecuado y tampoco existía el camino idóneo. Todo lo que Hildegart hacía no era suficiente, los políticos y hombres de ciencia en los que había confiado la joven y, en ocasiones, había idealizado también eran criticados por su madre. Para culminar la paradoja, la chica debía tener claro que había nacido para lograr la liberación sexual de la mujer, pero ella misma debía renunciar a su sexualidad.

Tuve la fortuna de poder entrevistar a la profesora de Historia, doña Nieves Marañón y preguntarla por el «caso Hildegart». Ella recordaba que, en los años 70 del pasado siglo había compartido Claustro de profesores en el Instituto Santamarca de Madrid con algunos catedráticos que, en aquel tiempo, eran bastante antiguos en el Cuerpo, por lo que gozaban de gran prestigio. En ese contexto surgió el tema de «la pobre Hildegart», motivo por el cual algunas profesoras pusieron de manifiesto que, en los años 30, habían conocido a Hildegart y a su madre. Recordaban que la relación entre ellas era muy estrecha y que «creían que la madre estaba trastornada, aunque era ella quien escribía los libros que firmaba la hija». No obstante, la profesora Marañón, profundizando más sobre este tema, me dijo que la conclusión que había sacado de los comentarios de las personas que conocieron a la pareja fue que la realidad no era tan simple «como que una pobre loca mató a su hija cuando ésta se enamoró, abandonando el ideal». El problema había que encuadrarlo en un proceso más amplio relacionado con la situación general de la mujer en un momento histórico en que empezaban a ocupar un puesto en la sociedad, en el Congreso, y en cargos de responsabilidad. Aurora no sería la única mujer que intentara superar sus frustraciones volcando sus iniciativas sobre su hija. Ella, incapaz de escribir y publicar sus ideas y expresar las reivindicaciones que tenía pendientes, se obsesionó con la educación de su hija, pretendiendo crear un modelo, un arquetipo femenino, que resolviera todos los problemas que tenía planteados la mujer. Desde el punto de vista de la hija, Nieves Marañón cree que tampoco se trataba de firmar los libros que escribía su madre; considera preciso analizar su participación activa, poniendo como ejemplo a los escritores y artistas cuyo estilo cambia cuando tienen una mujer a su lado o el caso extremo de mujeres que escriben las obras que firman sus maridos. Piensa la profesora que la escritura material de los libros parece el resultado de una simbiosis entre ambas. Considera que la escritura, la corrección de los textos, y la

elaboración de los mismos estaba dirigida por la madre, pero no exclusivamente por ella, y la hija, por supuesto, estaría encantada del protagonismo del que disfrutaba y se prestaba al montaje. El problema surge cuando la hija se enamora y amenaza con transformarse de arquetipo de mujer en mujer tradicional, esposa y madre. En este caso, para la madre solo hay dos posibilidades: renunciar a su ideal y aceptar a su hija enamorada o, por el contrario, destruirla. Pesó más la frustración que el amor por la hija y, en consecuencia, la mató. Tomó una decisión que, según doña Nieves Marañón, sería la reacción más lógica dada la mentalidad de Aurora. El final de la madre: la cárcel y el manicomio, estaría dentro del «pathos» de las tragedias. Se puede entender como una reacción de la sociedad frente a alguien que desea introducir cambios antes de tiempo. Doña Nieves concluyó la interesante entrevista con estas palabras: «Un problema complejo, no tan sencillo como se muestra. La locura de la madre es la solución mejor para el problema».

La creencia de que la autora de los libros era la madre y no la hija, al parecer bastante generalizada en la época, pudiera responder a la realidad o deberse a una de las características principales del modelo de comunicación de la folie á deux: el continuo ir y venir de identificaciones y contraidentificaciones entre las dos mujeres (Crespo Gutiérrez, 1999). Como dije en páginas anteriores puede ser un modelo útil para entender la influencia mutua, especialmente de Aurora a Hildegart, aunque no se trate de una folie á deux clásica. Hechos tan significativos como que los ejemplares de las dos primeras obritas de Hildegart sobre eugenesia, depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid, estén firmados por su madre, contribuirían a mantener la creencia en la autoría materna. También sabemos que Aurora reivindicó ser autora del último artículo de la hija titulado Caín yAbely aseguró que, al firmarlo Hildegart, firmó su sentencia de muerte.

Swanson et ál. (1970) nos dicen que, en la folie á deux, puede surgir la violencia cuando el individuo más enfermo trata de incluir en su sistema delirante a otros y ellos lo rechazan; en ese momento, el psicótico puede recurrir a la agresión abierta. Ponen como ejemplo de esta dinámica el caso de una mujer que intentó asesinar a su marido y a su hija cuando dejaron de compartir sus creencias. En apoyo de la importancia que llega a tener la violencia, en este tipo de patología, estos autores citan la revisión que H.B.Greenberg realizó, en 1956, sobre la correlación entre el crimen y la folie d deux. Swanson y sus colaboradores también recuerdan que, en lo referente a la etiología, tiene mucha importancia la exposición a las ideas delirantes durante un largo periodo de tiempo; resaltan, además, la importancia de los procesos de identificación, haciendo referencia al trabajo de H.Deutsch, de 1938 sobre la identificación con el partner, o con el sistema delirante del partner. Los mismos autores citan un trabajo de Waltzer, de 1963 en el que se sugiere la analogía existente

entre la folie d deux y el lavado de cerebro, con tres fases comunes a ambos procesos. La primera fase sería de desorganización o regresiva, en la que las defensas se rompen, lo que se facilita por el aislamiento social. En la segunda fase habría una identificación con el agresor. La tercera fase o de readoctrinamiento se caracterizaría por la constante repetición de una idea que continúa hasta ser incorporada por la persona sometida. Podemos imaginar la extrema violencia con la que Aurora trataría de imponer sus ideas a Hildegart; las tres fases que describe Waltzer se confundirían con la vida cotidiana de las singulares mujeres.

La Reina de la Noche

A finales de 1931, al regresar de Vizcaya, Hildegart coincidió en el tren con su antiguo profesor, el diputado Julián Besteiro. Así narra Eduardo de Guzmán (1977) el encuentro en el que el catedrático instó a Hildegart a dejar la propaganda y a entregarse de lleno al estudio: «La muchacha le habla con claridad de su estado de ánimo y de la creciente perplejidad ante la política gubernamental del partido. - No tiene usted mucho que estudiar, Hildeart- replica intencionado Besteiro - ¿Por qué no deja un poco fa propaganda y se entrega de lleno al estudio?». Parece que el líder socialista no veía claro el futuro político de la muchacha dentro del partido o no deseaba que la brillante propagandista continuase con la actividad en la que había puesto tanta ilusión y esfuerzo en los últimos años. Hildegart se debió sentir muy frustrada por las antipáticas palabras de su admirado profesor y podemos imaginar que su madre aprovecharía el incidente para criticar todo aquello en lo que su hija había confiado. Casi un año después, cuando publicara ¿Se equivocó Marx? la joven abogada haría una referencia, teñida de amargura y despecho, a la recomendación de entregarse al estudio que le había hecho el profesor y Presidente de las Cortes de la República.

El propio Besteiro, también aportó unas impresiones valiosísimas para intentar entender lo que ocurría entre las dos mujeres. Preguntado por su opinión sobre la muchacha, había respondido «No sé qué decir, es más bien un caso de dualidad incomprensible que de individualidad suelta, como son todas las chicas. En la Universidad me causó una impresión contradictoria. En los estudios es, sencillamente formidable, pero este fenómeno de ir tan pegada a su madre, me evoca la imagen de una cría de canguro encapsulada en bolsa invisible y con el cordón umbilical intacto, canal de una hipertrofia comunicativa gigante de dirección única» (Cal, 1992).

Podemos concluir el año 1931 en la vida de Hildegart con una conocida entrevista que le hizo el periodista Coca Medina, publicada, no sin dificultad, el 5 de diciembre en El Socialista. Si nos atenemos a lo escrito, veremos una joven pletórica de ilusiones y muy radicalizada en lo político. Hildegart comenzó hablando de su primer

recuerdo, ligado al inseparable Jack, el perro collie que conservaba disecado en casa, y de su amor y respeto por las flores. Cuando Coca le preguntó por sus estudios, respondió que había realizado la carrera de Derecho y las de Filosofía y Letras y Medicina, que terminaría en breve, además de la carrera de piano; recordó su precocísimo título de mecanógrafa y sus extensos conocimientos de idiomas. Continuó hablando de sus publicaciones y premios literarios y se mostró muy ilusionada con una obra que estaba preparando, cuyo título sería Casos patológicos de perversión sexual, un libro en el que pretendía estudiar psicológicamente «personajes destacados de la vida española, algunos de tipo universal, con un sano criterio de ejemplaridad, pero sin frío dogmatismo». Presumía de haber nacido socialista, dada la tradición familiar especialmente por línea materna ya que, aunque su madre no hubiera llegado a militar activamente, la consideraba una socialista de convicción; también detalló al periodista su amplio currículum como escritora y propagandista. Se declaró atea y frustrada por la debilidad de los socialistas al negociar la Constitución de la República, especialmente en lo que a disolución de todas las órdenes religiosas y confiscación de sus bienes se refiere. Como es sabido, las mujeres, aunque con ciertas restricciones, podían votar y ser elegidas para ayuntamientos y diputaciones desde la época de la dictadura de Primo de Rivera. La Constitución de la República había consolidado su derecho a votar y a ser elegidas para cualquier estamento. Hildegart no ocultó a Coca su convencimiento de las dificultades que tendría el voto femenino, dada la religiosidad de las mujeres y la posibilidad de ser influenciadas por sus maridos y directores espirituales, poniendo como ejemplo a las vizcaínas y guipuzcoanas, nacionalistas y monárquicas. Afirmó, en la misma línea que seguía en sus libros, que el principal problema del país era el sexual, por ser la clave de todos los demás y parecía convencida de que el futuro del hombre y la mujer sería de perfecta igualdad, tras la liberación económica. A la vez que se declaraba pacifista, se mostraba políticamente muy radical. Era contraria a la colaboración con la república burguesa y se mostraba partidaria de la revolución para la conquista del poder, porque consideraba que el régimen capitalista estaba agonizando; sin embargo, entre sus aspiraciones persona les, no señalaba ninguna relacionada con la actividad política. En esa entrevista, poco antes de cumplir 17 años, mostraba su deseo de escribir muchos libros científicos sobre temas sexuales y de viajar a América y Rusia. Como profesional del Derecho, declaró querer dedicarse a la rama criminal y a la actividad de laboratorio antes que a la política «oropel de momento»; una afirmación con la que daría la razón a su madre, que no encontraba políticos adecuados que llegasen a sintonizar con la categoría de sus ideas. En la misma línea de identificación con la madre, Hildegart, con extrema candidez, pero hablando en tono de omnipotencia - o de disimulo frente a la omnipresente Aurora-, dejaba claro que no pensaba sentir amor hasta que tuviera edad y se juzgase capacitada.

Otro documento muy importante para ayudarnos a entender la relación entre las dos mujeres, es la descripción que nos brinda el propio Coca Medina, recogida por Cal (1991), de la visita que realizó a finales de diciembre de 1931, a petición de Hildegart, a la casa de la calle de Galileo donde vivían madre e hija. El periodista, al llegar a la casa, fue recibido por Hildegart que le invitó a entrar en un despacho con estas palabras: «Dice mi mamá que haga el favor de esperar aquí un momento, mientras decidimos donde le recibiremos a usted, si aquí o en el salón». Momentos después, volvió la joven y le comunicó: «Dice mi mamá que haga el favor de pasar al salón, que allí se está más cómodo y abrigado». Parece que, en la casa de las dos mujeres, sin duda ninguna, la que dictaba lo que había que hacer era la madre, actuando la hija de portavoz. Coca observó que, tanto el pasillo - donde estaba el collie disecado - como la habitación central, aparecían llenos de libros. Podían verse todos los volúmenes que había escrito Hildeart y otros muchos de diferentes temas médicos: sexualidad, fisiología,f reflejos condicionados, ginecología, terapéutica, medicina legal, clínica y laboratorio, obstetricia, higiene, homosexualidad, enfermedades mentales, un diccionario terminológico, tricoligio, patología médica femenina, secreciones internas, venereología, diagnóstico neurológico y otros, en número superior a doscientos. También tenían en la biblioteca estudios psicológicos en alemán e inglés y tratados de sociología criminal, a los que se añadían 26 volúmenes de la colección Quevedo y 15 de El cuento azul. En el comedor, además de un piano, también había libros. Vio uno titulado Cómo se curan y como se evitan las enfermedades venéreas, que no sabemos si corresponde a una prueba del que escribió Hil degart, fechado en 1932, o a otro del mismo título; también había otro libro sobre Perversiones sexuales, y cien tomos más. Estaba claro el amor de las mujeres a los libros y también a los animales. Aunque tener el copie disecado en el pasillo, hoy podría rozar lo macabro; en aquella época, probablemente, solo representaba una forma peculiar de recordar al perro favorito de Hildegart.

Veamos ahora la descripción, que hacía el periodista Coca Medina, de la imponente doña Aurora: «sentada ante la mesa como una reina... arrogante y esbelta... sus facciones cincelaban una expresión de firmeza, acentuada por una mirada clara, capaz de fijarse sin parpadear en el más mundano, ojos temibles cruzados por un punto de fulgor en su honda frialdad... fue su madre la que me hizo todo el gasto del palique. Con ademanes firmes me invitó a ocupar el sillón de enfrente y sin circunloquios, y preguntó cuál había sido el verdadero motivo de publicar el trabajo, habida cuenta de la hostilidad manifiesta que le profesan los dirigentes del Partido». La impresión de Coca parece muy semejante a la que tenía de ella una doctora que la conocía bien: «Es como una reencarnación del superhombre de Nietzsche que hubiese nacido mujer, con un desprecio profundo por cuanto la rodea, empezando por las demás mujeres» (de Guzmán, 1977).

La reunión entre las tres personas, ya desde que se anunciara el motivo de la misma, tendría el tinte siniestro del ambiente dominado por la paranoia. Aurora habría leído en El Socialista la entrevista realizada a Hildegart y, con toda probabilidad, se habría sentido herida o marginada. En aquellas líneas habría encontrado un pretexto inconsciente para ejercer la agresividad que, sin duda, sentía contra su hija. Para ella, «habida cuenta de la hostilidad manifiesta que le profesan los dirigentes del Partido», tenía que existir un motivo secreto y, desde luego, sospechoso para que los socialistas hubieran permitido la publicación, en su periódico, de la entrevista con Hildegart. Parece evidente que, aunque los dirigentes socialistas mostrasen una hostilidad manifiesta contra Hildegart, su madre también la tenía, aunque la transformaba en lo contrario, en una preocupación tan exagerada que apenas podía disimular la agresividad subyacente.

En el piso de Galileo, Coca elogió a Hildegart y la labor realizada por ella en diferentes ámbitos, pero Aurora, manifestando sus verdaderos sentimientos inconscientes - aunque proyectados y, como tantas veces ocurre en los paranoicos, apuntalándolos en algunos datos de la realidad-, insistió sobre la «confabulación de los dirigentes del Partido contra su hija». El periodista, que no podía conocer lo que ocurría en la mente de Aurora, intentó quitar importancia a los incidentes, calificándolos de «rencillas y alfilerazos», pero la madre, rabiosa, utilizó la encarnizada defensa de su hija para disimular su frustración porque, en la lucha por el poder, los enemigos eran más astutos que ella y, desde luego, mucho más que su hija. Continuó diciendo: «Lo peor de todos estos desaguisados políticos es que los gerifaltes del Partido se apoderan de todos los cargos con codicia mal comprimida y cierran el paso a los valores jóvenes que empiezan a despuntar y que son los que han de sacarlo adelante en el porvenir. Recuerde el homenaje a Manuel Cordero que anunció a la Prensa una larga lista de adhesiones. Entre ellas colaron una carta de Hildegart que, en vez de ser de adhesión, hacía una crítica del monopolio y el veto que imponen a las jóvenes promesas de socialismo. Trae la carta Hilde». Coca pudo entender que, en presencia de su madre y, mucho más si estaba en sus dominios, Hildegart desempeñaba un reducido papel; el de una hija obediente y sumisa. También fue testigo de la necesidad, por parte de Aurora, de dar explicación al más mínimo de los interrogantes que asaltaban su torturado cerebro (Cal, 1991). En efecto, esta necesidad imperiosa de explicarse todo es característica de la lucha que se desarrolla en la mente de los paranoicos; necesitan la coherencia, aunque esté basada en falsedades, para evitar la angustia.

## La Liga Mundial para la Reforma Sexual

En un ambiente de sometimiento a las enloquecedoras paradojas de la madre que,

por definición, no podían tener solución, Hildegart lo intentó, de nuevo. El 23 de octubre de 1931 escribió, por primera vez, a Havelock Ellis y a Ellen Key, diciéndoles que había leído la obra de Ellis, Psychology of Sex y que, en España, sus anteriormente admirados maestros, Marañón y Jiménez de Asúa tenían actitudes reaccionarias hacia la psicología sexual. En su segunda carta a Ellis, del 2 de diciembre de 1931, le pedía información sobre la Weltliga, lo que indica que la joven ya estaba pensando en la fundación de la rama española de la Liga Mundial para la Reforma Sexual.

Al comenzar el año 1932 Hildegart, seguramente por la frustración política sufrida, y continuamente presionada por su madre que no perdía ocasión para criticar a los socialistas, parecía estar muy interesada en la Liga para la Reforma Sexual. Sirvan como ejemplo de la labor de Aurora para deteriorar la imagen que Hildegart tenía de sus camaradas, estas palabras publicadas en La Tierra el 16 de agosto de 1933, por Endériz y de Guzmán correspondientes a las entrevistas que los reporteros realizaron a la filicida, en la cárcel: Aurora dijo haber preguntado a Hildegart: - ¿Te convences de la inutilidad de la lucha dentro del socialismo, de la necesidad de salir a combatir en medio de la calle, de desenmascarar a los traidores de siempre? En «Hilde», un resto de esperanzas en la voluntad indómita replicaba. - Todavía no, aún he de seguir combatiendo, trabajando sobre los elementos sanos, sobre el pueblo trabajador y sufrido que sigue en el partido para iniciar la reacción contra los arribistas, contra los traidores (.. .)Pero la esperanza de «Hilde» habría de quedar irrealizada y cada día le aportaría una nueva desilusión, una nueva prueba de alejamiento progresivo y rápido del partido socialista «obrero»...»

Í lildegart, como siempre, daba muestras, en los albores de 1932, de una impresionante capacidad de trabajo. El 5 de enero escribió a Havelock Ellis una carta llena de preguntas y chismes sobre la vida sexual de los políticos de la República (Sinclair, 2003). Un mes más tarde, el 8 de febrero informó a Ellis de que esa semana tendrían la primera reunión de la Liga para la Reforma Sexual en España; le dijo que había treinta y tres personas interesadas, todos médicos, abogados, profesores y escritores; también le anunciaba que formarán siete secciones: Educación sexual, Feminismo y matrimonio, Control de natalidad, Eugenesia, Prostitución y prevención de enfermedades venéreas, Actitud racional ante la inversión sexual y Legislación. El presidente sería Marañón, y uno de los vicepresidentes Jiménez de Asúa; también habría un editor. La incansable )'oven, además, puso al corriente a Ellis de que estaba tratando de formar una sección en Valencia y otra, probablemente, en Barcelona.

La Liga para la Reforma Sexual, en su sección española, se constituyó en la reunión del 3 de marzo de 1932. En el reporte que hizo Hildegart a Havelock Ellis, le

contaba una disputa con el profesor Saldaña, de quien esperaba que dirigiera su tesis doctoral, y a quien se dirigía en estos extraños términos «¿No es así, amigo Saldaña?» (Sinclair, 2003). Curiosamente, también podemos encontrar en el libro Venus ante el Derecho, escrito por la joven un año más tarde, y refiriéndose a Jiménez de Asúa, un tratamiento parecido al dispensado al profesor Saldaña: «nues ira tesis doctoral Criminología sexual que preparamos en la actualidad bajo la dirección de nuestro buen amigo Jiménez de Asúa». ¿Qué llevaba a Hildegart a dirigirse, en esos términos tan coloquiales, a sus respetados y admirados profesores? No parece normal, para aquella época, esa familiaridad en el trato con personas a quienes, sin duda, estaba acostumbrada a tratar en términos muy diferentes a los que empleó en los referidos escritos. Si tenemos en cuenta el cariz que iban tomando los acontecimientos, podemos pensar que Hildegart estaba sufriendo un importante cambio, a partir del año 1932, cuando acababa de cumplir 17 años.

Como sabemos, en los últimos meses de 1931 había disminuido mucho la ilusión de Hildegart por la actividad política. Esta actitud pudo deberse, en parte, a la frustración de los más radicalizados - entre los que se encontraban su madre y ella - porque las leyes de la República no satisfacían sus ansias revolucionarias; también sabemos que a eso se sumaba la actitud poco clara, cuando no obstruccionista, de sus compañeros de partido. Un cúmulo de desilusiones convenientemente amplificadas por la rigidez agresiva de su madre. En consecuencia, Hildegart decidió no asistir al congreso de Juventudes Socialistas que se celebró en Madrid, en febrero de 1932. No todo el mundo en el partido debía tener la misma opinión de la joven propagandista que algunos dirigentes porque, en el congreso, y a pesar de su ausencia, fue elegida vocal del Comité Nacional. En aquellos días ella ya transitaba por otros derroteros; seguramente como única salida para su capacidad creativa. Iba derivando, en sus conferencias, hacia los temas que ya trataba en sus libros: los diferentes aspectos de la sexualidad desde el punto de vista eugenésico.

Los intereses de Hildegart se centraron, durante aquellos meses, en la Liga para la Reforma Sexual. En aquel momento, tenía todas las bendiciones para hacerlo así, pues la organización española estaba apoyada por Havelock Ellis, a quien denominaba «padre» de la Liga. También su propia madre la animaba, en los días iniciales, y el doctor Gregorio Marañón, con su prestigio, le dio el espaldarazo definitivo al aceptar la presidencia de la Liga.

1 Mientras tanto, Aurora, a pesar del triunfo logrado al enfrentar a su hija contra el Partido Socialista, veía tambalearse el poder del que había disfrutado sin límites sobre la criatura educada para ejecutar sus órdenes sin discusión. Como el aprendiz de brujo de la obra de Goethe, la madre había sabido, años atrás, pronunciar las palabras

mágicas que pusieron en marcha la actividad de Hildegart pero, en aquel momento, quería encontrar la clave para deshacer el conjuro y, como le ocurriera a Trylbi, no daba con la fórmula. En consecuencia, la angustia de la madre iba aumentando, al verse desbordada por su propia obra.

En el mismo año 1932 apareció, publicado por la editorial Orto de Valencia, el libro Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas, dedicado por Hildegart a Havelock Ellis, «con sus setenta y tres años, su viril energía, su reconocida competencia...». La autora criticaba el secreto en el que se veían envueltas las enfermedades venéreas y el «trato de propiedad abusivo de buen número de progenitores para con sus descendientes». Comenzaba la relación de enfermedades venéreas hablando de la sífilis y haciendo gala de conocimientos históricos sobre la enfermedad. Sin dar ninguna razón, citaba la lepra, entre la sífilis y la gonorrea; también hablaba del chancro blando y del chancro mixto «una simbiosis del estreptococo con la espiroqueta de la sífilis», según Sainz de Aja. Trataba de la prostitución y, como en otros libros, defendía el abolicionismo, iniciado por Josefina Butler en Inglaterra, en 1869, aunque admitía que la prostitución «es un mal que tendremos que sufrir mientras el celibato sea costumbre, y la monogamia ley». Abordaba también el delito de contagio venéreo y proponía una «Profilaxis venérea general», basada en los «siete mandamientos» del doctor Sainz de Aja. Hoy resultan especialmente curiosos algunos tratamientos antivenéreos recomendados por Hildegart, como la pomada de calomelanos de Bonnet o la preparación de Gauducheau a base de calomelanos y cianuro de mercurio. También aparecen el salvarsán (606) y el neosalvarsán (914) de Ehrlich y los compuestos de antimonio, azufre, bismuto, yodo y mercurio, así como el permanganato potásico y el azul de metileno. Asistimos, leyendo este libro, a la pugna entre los preparados de bismuto y los mercuriales; con claro triunfo de los últimos, incluso en inyecciones intrarraquídeas. Repasando el arsenal terapéutico de la época, es inevitable recordar la inextinguible deuda de gratitud que tiene la Humanidad con los doctores Alexander Flemming y Florencio Bustinza. En páginas posteriores, Hildegart dedicaba un divertido y documentado capítulo a «Los que tienen miedo a los lavados» y otro a los «Acuerdos de profilaxis antivenérea», en el que alababa, como en otras ocasiones, las medidas llevadas a cabo en Rusia, país en el que, para ella, «los hombres y las mujeres pueden satisfacer su instinto o sus afectos libremente», mientras en España la profilaxis había sido reducida a su mínima expresión. Por tanto, proponía un «Plan de propaganda antivenérea» y reclamaba la difusión de los conocimientos al respecto. Entre recuerdos, advertencias, consejos y mandamientos profilácticos, terminaba el libro reproduciendo el texto del «Proyecto de ley para la lucha contra las enfermedades venéreas».

Annus horribilis

El año 1932 tuvo que ser dramático para Aurora Rodríguez Carballeira. Hildegart se mostraba cada vez más brillante y dispuesta a volar muy alto; para hacerlo se sentía apoyada por personalidades mundialmente conocidas, como Havelock Ellis y H.G.Wells; además, estaba a punto de terminar la carrera de Derecho. Al contrario que la joven, Aurora experimentaba la natural involución; en su historia clínica del manicomio de Ciempozuelos está registrado: «Menopausia a los 52 años sin molestia alguna». Es decir, en los últimos meses Aurora había vivido el climaterio; un proceso que, como sabemos, tuvo terribles consecuencias para el psiquismo de las mujeres de su familia. El conjunto de sinsabores y tensiones había facilitado que Aurora mostrase síntomas evidentes de paranoia. Años más tarde, en Ciempozuelos, la mujer enferma contaría a su psiquiatra que, hasta el año 1932, no se había dado cuenta de que los marxistas la espiaban; ella resumiría lo vivido diciendo que habían comprado a la criada y que su hija estaba entre ellos «eran muchos los hilos que tenían tendidos, estaban dispuestos para eliminarla» (Rendueles, 1989).

Mientras los fantasmas se agitaban en la mente de su madre, Hildegart, fundadora y secretaria de la Liga Española para la Reforma Sexual sobre Bases Científicas, realizaba un trabajo más agotador si cabe que el que soportaba en sus tiempos de propagandista política. En aquel momento, el Comité HispanoInglés, que presidía el Duque de Alba, invitó al famoso novelista H.G.Wells a pronunciar una conferencia en la Residencia de Estudiantes de Madrid. El éxito de la convocatoria fue tan grande que, como podemos leer en el número de mayo de la revista Residencia, el local habitual destinado a tales eventos, la Sala de la Residencia de Estudiantes, se quedó pequeño; así el 19 de mayo de 1932, el prestigioso Wells, tuvo que dictar su conferencia, titulada Money and Mankind, en el Teatro Español de la capital, ante un público próximo al «millar de oyentes». Nadie mejor que Hildegart para actuar como intérprete de H.G.Wells durante su estancia en Madrid. El propio escritor hacía referencia a dicha conferencia en su autobiografía, diciendo que incluyó su texto en el libro Después de la democracia, publicado el mismo año (Wells, 1934). El ilustre conferenciante debió quedar fascinado por la brillantez de la joven. En una entrevista concedida al periodista Alonso Cernadas, se puede leer que el escritor británico había distinguido a Hildegart con estas palabras: «Usted, como española, puede ser por su talento y por su juventud, el lazo de unión de los sectores internacionales». En la misma entrevista, la secretaria de la Liga Española para la Reforma Sexual, confesaba, en su habitual estilo: «me molestan únicamente esas pequeñas rencillas, esas ambiciones que quieren salir a la luz no noblemente y disputando el puesto sino reptando o según la fábula, a fuerza de arrastrarse» (Sinclair, 2003). Dos años después, cuando el escritor redactó su Experimento en autobiografía, parecía haber

olvidado a Hildegart, porque no la cita, aunque presumía de la capacidad que conservaba su cerebro. Con estas palabras recuerda su visita a España: «Aprendí a salto de mata suficiente español durante tres meses como para desenvolverme en España hace dos años sin demasiada complicación» (Wells, 1934).

Por increíble que pueda parecer, en el poco tiempo que llevaba existiendo la sección española de la Weltliga, ya habían surgido dificultades entre Hildegart y Marañón. Es inevitable que pensemos en la posible participación de Aurora en el distanciamiento entre la secretaria y el presidente. La causa aparente de los problemas era que Marañón no promovía los trabajos de la Liga con la misma rapidez con que la que trabajaba su secretaria. Además de sus discrepancias con Marañón, la joven también tuvo una pequeña pelea con Sanchís Banús. En una carta de 19 de marzo de 1932, una eufórica Hildegart comentaba, al «padre» Ellis, que era muy desagradable luchar con la ignorancia y la estupidez de muchas personas, pero que ella no se derrumbaría. Según pasaban las semanas, las dificultades parecían aumentar y, también surgirían problemas con el tesorero de la Liga, el doctor Haro, discípulo de Marañón.

El 1 de lmayo de 1932, Hildegart escribió una carta a Ellis en la que permitía que aflorara su instinto maternal, aunque en forma desplazada, y utilizando metafóricamente la Liga: «Antes de que se nombrara cualquier Comité, la Liga era solo mía. Yo era su único soporte e impulsora (...) Parece como si hubiera tenido un hijo con grandes esfuerzos y después del nacimiento tengo que darlo a una nodriza, porque no le puedo dar la leche de mi pecho, aunque yo sé que la nodriza es necesaria para salvar la vida del niño. Espero que se pueda entender y pueda conocer que yo estoy escribiendo esta carta tan feliz, tan feliz, pero un poco triste». Como es perfectamente natural, en la joven de 17 años aparecía el instinto maternal; ella se permitió expresarlo cuando creía contar con el respaldo de una figura paterna, Havelock Ellis, a quien llamaba, cariñosamente, «padre» de la Liga. Ellis parecía cumplir una doble función en la mente de Hildegart: por un lado era una figura paterna a quien podía confiar sus cuitas y, por otra, una especie de padre incestuoso de una Liga, de la que ella se sentía madre. Evidentemente, todas estas turbulencias en la mente de su hija, no podían pasar desapercibidos a los ojos de la inteligente y suspicaz doña Aurora.

En 1932 vieron la luz varios artículos de Hildegart en Orto. En la misma revista escribía con frecuencia Matías Usero, el exsacerdote ferrolano y buen amigo de Aurora, en cuya casa se celebraban tertulias veraniegas a las que acudían madre e hija. El primero de estos artículos apareció en el mes de abril y llevaba por título La economía mundial y el problema de la superpoblación. En él, al igual que en sus

libros, planteaba la joven una disyuntiva fundamental para los defensores de la eugenesia. Un dilema que iba a tener, en pocos años, una enorme trascendencia para la Humanidad: la necesidad de elegir entre el control de la natalidad y la guerra.

En junio de 1932, cuando ya eran 101 las mujeres que estudiaban en su misma facultad, terminó Hildegart la carrera de Derecho; aunque no podría ejercer aún, por no tener la edad reglamentaria. A partir de ese momento se interesó, sobre todo, por los estudios de Medicina. Parece que no se matriculó oficialmente, pero pudo haberse instruido mucho sobre determinados temas, especialmente relacionados con la sexualidad, porque se encontraron en su casa numerosos libros médicos. Hildegart, progresivamente, se iba alejando del socialismo oficial. Ella diría que era el partido el que se alejaba de ella «inclinándose cada día más a la derecha, confundiéndose con la burguesía». Como decía más arriba, con independencia de la actitud, más o me nos hostil, de sus compañeros socialistas Hildegart, con su alejamiento del partido, seguía también la senda marcada por la radicalizada doña Aurora.

En agosto escribió un artículo, que publicaría Orto, titulado Exposición en torno a la ley de bronce, en el que, tomando como referencia la ley de Lassalle, justificaba, basándose en el malthusismo, que se atacara a la Iglesia y al fascismo porque favorecían el aumento de la población, carne de cañón, ante la perspectiva de una nueva Gran Guerra. En septiembre, volvió sobre uno de sus temas favoritos en ¿Puede producir la tierra para alimentar a toda la población humana?, en el que elogiaba la creación en Holanda, desde 1881, de una liga neomalthusiana, que alcanzó el número de 5.000 miembros en 1895, lo que, según ella, tuvo repercusiones eugenésicas positivas.

1 Además de su actividad incesante como secretaria de la Liga para la reforma sexual, de sus estudios y artículos, en 1932 Hildegart estaba trabajado en un libro cuya lectura resulta impresionante por la ingente cantidad de citas textuales de múltiples autores. Su título ¿Se equivocó Marx? da paso a un estudio pormenorizado de la evolución de los diferentes socialismos europeos, en un tono profundamente radical. En el texto hace referencia a más de doscientos autores, entre los que se encuentran los favoritos de su madre: Owen, Cabet, Saint Simon, Fourier y, especialmente, el filósofo francés y teórico de la violencia revolucionaria, Georges Sorel. Curiosamente, y según Unamuno, también fue Sorel el teórico en el que se inspiraron los primeros representantes del fascismo español, los creadores de las J.O.N.S. (Rabaté y Rabaté, 2009).

Mientras Hildegart trabajaba en su libro, en el Parlamento de la República se tuvo que cubrir una vacante de diputado. El Socialista, órgano oficial del partido, proponía la candidatura de Azorín, pero Hildegart apoyaba a otro candidato, Antonio Zozaya

propuesto por La Libertad. La joven escribió un artículo, en dicho periódico, defendiendo a Zozaya y atacando a Martínez Ruiz. Con la excusa de que Hildegart había cometido el grave pecado de defender a un candidato no oficial, las juventudes Socialistas Madrileñas celebraron una reunión para tratar el caso y, como consecuencia de su actitud rebelde, dieron de baja a Hildegart por indisciplina el 13 de septiembre de 1932. La brillante joven, que había sido elegida vocal de Comité Nacional por 15.700 votos, fue expulsada por, tan solo, 52. Hubo una confluencia de intenciones entre los socialistas - que la querían echar - y la joven abogada - que se quería ir del partido - porque, mientras esto ocurría, Hildegart había concluido su libro titulado ¿Se equivocó Marx? y utilizó el texto para darse de baja del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores con fecha 20 de septiembre de 1932.

El epílogo de ¿Se equivocó Marx? Tiene un cierto paralelismo con el Yo acuso, que escribiera Zola, con motivo del Caso Dreyfus. Dice así: «Dentro de las organizaciones socialistas se ha fraguado un nido de insectos a modo de cucarachas amigas de la oscuridad», por lo que propone «introduzcamos el reflector en las tinieblas y acusemos a los fugitivos». En efecto, acusaba Hildegart a todo tipo de arribistas y corruptos del que fuera su partido, utilizando como argumento casos detallados de irregularidades que va desgranando a lo largo de cinco páginas y rubricando, cada caso, con el título de «histórico». Se declaraba marxista y creyente en la «lucha de clases y la unión de los proletarios de todo el Mundo»; se reconocía «humilde con los humildes, aunque también soberbia con los soberbios» y finalizaba el libro con estas palabras:

> Envío/ Al Partido socialista/ A la Unión General de Trabajadores/ Hildegart, afiliada número 73 de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas (Sección de Madrid), con fecha de ingreso de 1 - de enero de 1929; afiliada número 1.200 de la Agrupación Socialista Madrileña, con fecha de ingreso de 1° de mayo de 1930, con libreta núm. 1.617 de la Sociedad de Profesiones y Oficios Varios (UGT), con fecha de ingreso de 1° de enero de 1929, hallándose al corriente en el pago y sin débito de ningún cupón, les envía con este libro su baja en las filas socialistas y de la Unión General de Trabajadores.

Parece ser que, como consecuencia de su abandono del Partido Socialista, Hildegart fue atacada públicamente en el Ateneo y en la prensa, además de recibir algunos anónimos y amenazas telefónicas. Aurora recordaba las vivencias de aquellos días amargos con estas palabras: «Llegué a creer que la vida de mi hija corría peligro y compré un revólver por si tenía que defenderla. Por una extraña y angustiosa

paradoja fue el arma con el que acabé matándola» (de Guzmán, 1977).

Los últimos meses de 1932 debieron ser especialmente desestructurantes para la mente de Aurora; como sabemos, ella diría, más tarde, que los marxistas la perseguían, aunque no se había dado cuenta hasta aquel año. La paranoia manifiesta ganaba terreno; parece que Aurora llega a advertir a un periodista de que se estaba fraguando un gran complot contra la República (Llarch, 1979). Era una época en la que todos conspiraban contra todos, pero de lo que no cabe duda es de que el «complot» contra la República, por el odio que le causaba un régimen que no había respondido a sus expectativas, se estaba fraguando en la mente de Aurora.

Hildegart, a la vez cesada y dada de baja voluntariamente en el Partido Socialista, no ingresó, como hicieron muchos de sus compañeros, en el Partido Comunista, porque decía estar en contra de todas las dictaduras. Por el contrario, la enérgica abogada quiso militar en el Partido Federal, aquel que fundara Pi y Margall y que, como recordaremos, tuvo una cierta relevancia en El Ferrol finisecular, en plena juventud de su madre. Aurora explicaba así los motivos que llevaron a su hija a cambiar de partido: «En la decisión de Hilde de ingresar en el Partido Federal influyeron por partes iguales las palabras y consejos de su antiguo catedrático Méndez Bejarano - que mi hija no había olvidado-, los requerimientos de Barriobero, con quien nos unía hace años una buena amistad y el generoso idealismo y la honradez personal y política de sus dirigentes» (de Guzmán, 1977). Parece que a doña Aurora le agradaba el cambio político realizado por su hija; probablemente reconociera, en el interés y respeto de la joven por los federales, su propia admiración de juventud por los mismos ideales y personajes. En la admiración de Hildegart por Pi y Margall y por los románticos federalistas que promovieron, en el xix, movimientos cantonales como los de Cádiz y Cartagena, Aurora reconocería los anhelos de cambio político que sintiera en su juventud. Quizá pudo pensar, en algún momento, que su hija había vuelto al buen camino político. De Guzmán (Ibíd.) recoge estas palabras de la joven que, por el tono reivindicativo y grandioso, coinciden con el estilo de su madre: «Ni a Fermín Salvochea ni a Antoñete Gálvez les ha hecho nuestro pueblo la justicia que merecían».

La joven licenciada en Derecho fue recibida con enorme alegría por los federales, entre los que se encontraban Pi y Arsuaga, Rodrigo Soriano, Eduardo Barriobero y Salvador Sediles. También pertenecía al partido Ramón Franco, hermano del futuro dictador, y el abogado Abel Velilla, concejal del Ayuntamiento de Barcelona, con un enorme porvenir político. Era, precisamente, con el )'oven Velilla, con quien Hildegart parecía sentirse más a gusto, algo que no pasó desapercibido ala omnipresente y suspicaz Aurora.

En septiembre de 1932, el mismo mes en que se dio de baja en el PSOE, Hildegart comenzó a colaborar en el periódico de tendencia libertaria La Tierra, con una serie de artículos denominada ¡Cuatro años de militante socialista! El primero de ellos salió a la luz el día 24 y llevaba por título La marcha interna de un partido «obrero»; en él relataba su entrada en el partido y criticaba el endiosamiento de sus líderes, los «trucos del socialismo militante» y la colaboración del Partido Socialista con la Dictadura de Primo de Rivera. Dos días después apareció Empiezo a conocer a los «leaders» del partido, dedicado a Cordero, el que fuera su compañero de mitin a finales de abril de 1930. Relataba, en este artículo, el comentario de Cordero al ver las casas proletarias del Puente de Toledo, sin hacer ninguna mención de las palabras de Aurora. El día 28 de septiembre publicó La más curiosa polémica dentro del partido socialista, en el que daba cuenta de las luchas entre los «sarracenos», contrarios a la colaboración con el poder, como Besteiro y Saborit, y los «isabelinos», como Fabra Rivas, favorables a hacerlo. Al día siguiente salió el artículo Aprendiendo a conjugar el verbo «sacrificarse», en el que Hildegart recordaba el procesamiento de Santiago Carrillo y el gran alborozo de su padre, Wenceslao Carrillo, por lo que significaba de «mérito» con vistas a la futura República; también su propio proceso que, como sabemos, causó tanta envidia a su camarada Vidarte y en el que fue defendida por «Jiménez de Asúa, que no era por entonces socialista». Contaba, en el mismo texto, que le habían propuesto presentarse como candidata a diputado por Ávila, Badajoz y Jaén, propuestas a las que ella había renunciado. El último día de septiembre, todavía pudo leerse en La Tierra, bajo el título De sainete a tragedia, una crítica de la brillante joven a la parodia que hicieron Santiago Carrillo y Carlos Rubiera de Julian Besteiro y Fernando de los Ríos, además relató el trato despótico que sufrieron unos obreros de Jaén por parte del hijo, y secretario, del Ministro de Hacienda Indalecio Prieto.

También en septiembre de 1932 Hildegart publicó, en la editorial Morata de Madrid, Malthusismo y Neomalthusismo. El control de la natalidad. El libro está dedicado a los doctores Leunbach, de Copenhague y Norman Haire, de Londres, valientes luchadores de la causa neomalthusiana a través del mundo, eficientes directores de la Liga Mundial para la Reforma Sexual. Nuestra joven abogada repetía los tópicos de otras publicaciones, pero profundizando en el radicalismo de sus posturas. Se mostraba, de nuevo, partidaria de la enseñanza de la contracepción en las Facultades de Medicina. También hablaba del aborto y su técnica, haciendo referencia a este modo de interrumpir el embarazo en los pueblos primitivos. Dedicaba un capítulo a la castración, en el que defendía la vasectomía (como proponía su madre), como medio de esterilización ideal, al servicio de la eugenesia. Posteriormente pasaba revista a los métodos anticonceptivos en la antigüedad, lo que consideraba la etapa de premalthusismo, para luego extenderse sobre el malthusismo

en un capítulo en el que consideraba a Darwin heredero de Malthus en lo que se refiere a conceptos como «lucha por la vida» y «triunfo de los más aptos sobre los ineptos». Con el premalthusismo y el malthusismo como introducción, llegaba al neomalthusismo, cuyo estandarte, en la práctica, era el control de la natalidad, por la importancia que tenía como vía hacia la eugenesia. Volvía sobre los métodos anticonceptivos, haciendo especial referencia a las investigaciones de Norman Haire, de Londres, sobre la esterilización temporal de las mujeres por inyecciones semanales de semen diluido. Tomando como telón de fondo la crisis económica que el mundo padecía en aquellos años, exponía el fracaso de las soluciones malthusianas (abstinencia sexual, matrimonios tardíos, intervalo entre nacimientos), para resaltar la importancia y eficacia del neomalthusismo, siempre al servicio de la eugenesia. El libro tiene cinco apéndices, tres de ellos versan sobre las legislaciones acerca del «Aborto», el «Birth control» y la «Esterilización». Otro apéndice está dedicado a los «Órganos que funcionan» y, en el último, quizá para dar un tinte más científico a sus propuestas, recogía abundantes estadísticas que darían la razón a sus planteamientos y, en consecuencia, a los de su madre. Concluye el libro con un índice bibliográfico de más de doscientas referencias de muy diversa índole; desde aquellas que remiten a tratados sobre técnicas abortivas hasta una que se refiere al curioso libro de R.Novoa Santos titulado Santa Teresa y el instinto de muerte.

Hildegart parecía haber reaccionado al vacío que le habían hecho los socialistas con un incremento de su actividad. En octubre de 1932 continuó escribiendo artículos en el periódico La Tierra. En el primero, titulado Largo Caballero lanza un anatema contra las juventudes Socialistas, describía la traición a las juventudes por parte del poder del partido; luego vendría Cómo respondí a unas tentativas de seducción política, en el que contaba cómo le cerraron las columnas de El Socialista y ella, en consecuencia, dejó voluntariamente la propaganda desde noviembre de 1931. En el mismo artículo nos aporta un dato curioso al afirmar que su popular apodo Virgen Roja fue acuñado por Mariano Villaplana en un mitin celebrado en 1931. Trataba de explicarse el boicot al que había sido sometida por parte del Partido Socialista, por la envidia que hubiera podido suscitar entre sus camaradas. Relataba las dificultades que tenían otros relevantes socialistas para atraer público a sus actos, cuando ella tenía anunciada una conferencia a la misma hora, y las malas consecuencias que tuvo para ella el tremendo poder de atracción que tenía sobre las masas. Terminaba contando los numerosos intentos, el último de Fabra Ribas, para llevarla «al redil del gubernamentalismo» y cómo ella rechazó todos los cantos de sirena de los políticos. Los días 5 y 6 de octubre publicaría, en la misma línea, otros dos artículos: Anécdotas e incidentes y Detalles pintorescos, en los que comparaba a los socialistas con las «cucarachas»; les llamaba «enchufistas» o «anfibios», por su doble personalidad de intelectuales y obreros; hablaba de las «covachuelas del ministerio de Trabajo» y

hasta de «bofetadas en la Secretaría de la UGT». También describía la «evolución aprovechada» de Agapito García Atadell desde «la cárcel a la poltrona secretaria)», y dedicaba una viñeta a «Socialistas y monárquicos» y a un «Cuento que bien pudiera ser historia». Culminaba esta serie de artículos en La Tierra el 8 de octubre, con La historia de mi baja, en el que hacía referencia, de nuevo, a las dificultades que tuvo para publicar en El Socialista, desde diciembre de 1930, y cómo los propios camaradas boicoteaban su presencia en los mítines. También intentaba explicarse las trabas que le habían puesto para que desarrollara su labor en Asturias, por el interés que tendría Wenceslao Carrillo de mantener su influencia en esa demarcación. Eduardo de Guzmán (1977) nos cuenta que las cosas llegaron hasta el punto de que Hildegart pronunció, con gran éxito, una conferencia en Mieres, a la que no acudieron socialistas.

Entre los artículos de La Tierra correspondientes a octubre de 1932 encontramos, el día 11, la necrológica de Carmen de Burgos, su querida Colombine, a quien llamaba «una de las pre cursoras de la Tercera República, cuyo batir de alas se escucha ya en el horizonte». Unos días antes, en una charla sobre educación sexual, Hildegart había sido testigo de una indisposición de Carmen que, a las pocas horas, la llevó a la muerte (Bravo, 2006). El día 17 de octubre apareció el primer artículo de la serie: Ante el congreso de la UGT, subtitulado Enseñanzas que deben ser bien aprovechadas, donde se quejaba del «papel indigno que los socialistas hacen representar a la UGT» y criticaba duramente a Largo Caballero. El segundo es El rompecabezas de la huelga de diciembre. ¿Dónde está el traidor?, en el que acusaba de traición a Largo Caballero, aunque éste utilizara a Carrillo como testaferro. En el tercero, El desmoronamiento de las organizaciones ugetistas, denunciaba los enchufes de los diputados y la acumulación de cargos, así como las cantidades de dinero que cobraban y alertaba a los obreros de la UGT ante sus dirigentes «vendidos de modo lamentable a la burguesía». En el cuarto artículo dedicado al congreso de la UGT y titulado Un voto contra la ley de Asociaciones, denunciaba la ley como una «arbitrariedad judicial» y una «violación de la Constitución».

A la serie sobre el congreso de la UGT, le siguió otra de dos artículos dedicados a la Reunión de la Oficina Internacional del Trabajo. El primero titulado El «alhiguí» de la legislación social, en el que Hildegart afirmaba que «las leyes sociales no son más que las armas que se le dan a la burguesía para asegurar por más tiempo su dominio sobre la clase trabajadora» y el segundo La traición del control obrero, en el que denunciaba que el control obrero «implica la renuncia a la huelga» y, también, «la desaparición del sindicato». A finales de octubre, la joven abogada escribió, también en La Tierra, dos artículos durísimos sobre El duelo Besteiro-Largo Caballero y Ante una quiebra fraudulenta, una metáfora para señalar la quiebra de

confianza del Partido Socialista y la Unión general de Trabajadores.

Todavía en el mismo mes de octubre publicó, en Orto, el trabajo Los partidos socialistas son las adulteraciones del marxismo, en el que hacía una crítica del socialismo de estado como método para evitar las revoluciones. El resentimiento contra los socialistas no podía ser más evidente; podemos preguntarnos si, además de escribir sobre situaciones injustas que ella había vivido, estaría intentando satisfacer el ansia de venganza que, también, tendría su madre. La respuesta no parece ser muy discutible.

El otoño de 1932 la actividad de Hildegart debió ser frenética. Domingo (2008) ha descubierto, en el Boletín de la Gran Logia Española correspondiente a octubre-noviembre de 1932, un artículo firmado por Hildegart en el que la joven trataba del significado de los nombres y, concretamente, del que ella adoptó para pertenecer a la masonería, Iris-Egle. Para dicha autora, este escrito indicaría que Hildegart, en algún momento de su vida, «caminó sola». Es posible que la criatura eugenésica diera algunos pasos por su cuenta, pero la madre no podía tolerarlo porque su débil equilibrio psíquico estaba en juego. Recordemos que 1932 fue el año en el que aurora se dio cuenta de que los marxistas la «perseguían».

En el primer número de Sexus, correspondiente a octubrenoviembre de 1932, aparecieron dos artículos que firmaba Hildegart como Secretaria de la Liga Española para la Reforma Sexual sobre Bases Científicas. El primero, titulado Endocrinología, delincuencia y eugenesia, es un estudio interesante en el que, con independencia de lo que hoy sabemos que eran conceptos erróneos - como la ley de la blastophoria, por la que el daño en los «tejidos de las células germinales» puede hacer que «la lesión se herede»-, se refleja un cierto cambio de estilo en Hildegart. En estas páginas, la autora parecía tener una mayor preocupación por lo verdaderamente científico y, por tanto, se mostraba menos prepotente. Esto nos permite pensar que en ella se podía estar produciendo algún tipo de cambio psíquico hacia una mayor madurez. Cuando planteaba la necesidad de tener en cuenta los avances de la endocrinología y la opoterapia (tratamiento hormonal), para perfeccionar la eugenesia y el Derecho penal, sus criterios no eran rígidos ni tajantes, como lo hubieran sido en otra época, sino que reflejaban una mayor capacidad de tolerar que no lo conocía todo, algo que, como sabemos, constituye una característica imprescindible del pensamiento científico. En el mismo número de Sexus también aparecía una Historia del movimiento internacional y español de reforma sexual que, en realidad, es un interesante documento sobre la historia de la eugenesia en España.

Él 22 de octubre de 1932 Hildegart escribió a Havelock Ellis diciendo que se sentía culpable por no haber podido cumplir todo lo que le había prometido:

organizar, ese mismo año, un Congreso Internacional para que la Liga Española ingresase en la W L. S. R., así como traer a Hirschfeld a España. En la misma car ta se quejaba amargamente de que el presidente de la Liga Gregorio Marañón, con las mejores sonrisas trabajaba para frustrar todos sus propósitos. A pesar de todos los problemas, se publicaron dos números de la revista Sexus en los cuales Hildegart participó muy activamente.

En el otoño e invierno de 1932, la incansable escritora siguió publicando artículos en La Tierra, en los que criticaba a los dirigentes políticos. Algunos extranjeros, como el presidente de la República Francesa: ¡Un momento, señor presidente..!, del 2 de noviembre, y otros españoles, como el gobierno en pleno: Temas sociales del momento ¿Qué hacerd, del 8 de noviembre; ¿Qué pasa en Marruecos?, del 14 de noviembre, o Un gobernador inepto, del 14 de diciembre; además, no dudaba en criticar a las Cortes Constituyentes: Responso parlamentario, del 5 de diciembre 29 de noviembre. También denunciaba fraudes o traiciones a los obreros por parte de estos mismos dirigentes: Temas municipales. Maridaje indigno, del 20 de diciembre. El día de Nochebuena apareció Dolor y angustia de madre e hijo abandonados, un artículo en el que criticaba duramente al dirigente del PSOE Enrique Santiago, por haber abandonado a su mujer y a su hijo. La famosa frase de Aurora «trabaja hija, trabaja», estaba dando numerosos frutos.

Durante su época de articulista de La Tierra Hildegart y su madre conocieron al joven redactor del mismo periódico Eduardo de Guzmán; con el tiempo, el joven periodista se convertiría en un autorizado biógrafo de doña Aurora y de su hija, hasta el punto de que su libro Aurora de sangre, sirvió de base a Rafael Azcona y a Fernando Fernán Gómez para escribir el guión de la célebre película Mi hija Hildegart.

1 Al periodista de Guzmán recurrimos para que nos haga una semblanza de Aurora: «Es una mujer de mediana estatura, de edad difícil de precisar, que debe estar entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, habla poco y dice siempre y exactamente lo que quiere decir. En todo momento me ha dado la impresión de colocarse deliberadamente en un segundo plano mientras empuja a su hija a ocupar el primero. Sin embargo, cuando se ve precisada a opinar por su cuenta demuestra tener una cultura poco común y se expresa siempre con admirable serenidad y aplomo». En el mismo libro, el periodista nos recordaba la obsesión agresiva de Aurora para con su hija, cuando recogía estas palabras de la madre: «Me contrariaba que Hilde perdiera e tiempo con bromas y conversaciones insustanciales. Era tanto lo que tenía que hacer que necesitaba aprovechar todos los minutos de su vida». El mismo autor nos daba otra prueba de la agresividad de Aurora, siempre disfrazada con fórmulas de buena

educación, al recordar que, cuando más animada estaba la joven de 18 años, por entonces, charlando con los redactores del periódico, Aurora interrumpía secamente el placer de su hija con frases como: «Despídete Hilde, que estos amigos tienen mucho que hacer y los estás entreteniendo con tu charla» (de Guzmán, 1977).

La tenaz vigilancia de Aurora, característica de los paranoicos cuando necesitan cortar de raíz cualquier manifestación de deseo en sus víctimas, debió hacer mella en el ánimo de su hija. En la práctica, ésta debía comportarse como una mujer asexuada, aunque obligada a escribir, sin descanso, sobre la liberación sexual de la mujer. Una prueba de la eficacia del mecanismo castrante de la madre nos la dio, de nuevo, el amigo periodista cuando, unos meses más tarde ante el cadáver de Hildegart, nos decía: «Hildegart ha sido en vida, y así lo hemos considerado en todo momento, la castidad misma. Una honestidad natural, sencilla, sin sombra alguna de artificio, capaz por sí sola de apartar de la mente de cualquier hombre toda idea sensual» (de Guzmán, Ibíd.).

Como sabemos, a pesar de los esfuerzos de la madre, se produjo un importante cambio en la personalidad de Hildegart en el año 1932. La potencia psicotizante de la mente de Aurora, al parecer, no fue suficiente para mantener a su hija en una permanente simbiosis con ella. Una nueva prueba de que la brillante joven estaba en un proceso de liberación de las asfixiantes normas y dictados de su madre, es la publicación en Novela Proletaria de su librito ¿Quo vadis, burguesía? El texto refleja una firme actitud satírica y muestra a las claras la aversión que, por igual, le producían a su autora los burgueses y los obreros desclasados. ¿Quo vadis, burguesía? es una novelita corta escrita en un estilo fresco y directo que recuerda más a sus artículos en La Tierra que a los libros publicados sobre eugenesia. Cuenta la historia de D.Pascual de Zarzamora, prototipo bufo de burgués de provincias que «por una de esas sutiles coincidencias de la política, que es mujer y, como tal, búrlase hasta de su sombra...», dio con sus huesos en prisión. Sometido Zarzamora a la triste situación de recluso, es ayudado por su esposa y La princesa - un homosexual empleado como correo en la cárcel - a iniciar una intensa relación epistolar con el obrero Luis Ogal. La trama burlesca ideada por Hildegart describía las vicisitudes del romance entre D.Pas cual y Luis, un idilio más que platónico, consentido por las esposas de ambos. Para guardar las formas, la relación aparecía, de cara al exterior, como una progresiva coincidencia política entre el burgués y el obrero. En amor y compañía, D.Pascual y Luis intrigaban para conseguir prebendas y regateaban a la justicia, logrando evitar duras condenas, una de ellas de muerte. Pasado el susto judicial, el dúo de amantes consiguió medrar en política manejando hábilmente, en su propio beneficio, los anhelos y frustraciones de las masas obreras. Para mayor escarnio, Hildegart adornó la historia con una grotesca trama cuajada de arrebatos

pasionales, que llegaba a su cenit en una escena de celos entre D.Pascual y Luis, por causa de D.José, el barbilampiño capellán del refitolero y piadoso D.Pascual. La moraleja edificante y revolucionaria se alcanza cuando el pueblo, harto de ser manipulado, se rebeló contra los traidores, asaltó el palacio donde vivía la pareja de amantes y los dio muerte, siguiendo los pasos de los vecinos de Fuenteovejuna. Suponemos que esta cruel novelita haría las delicias de doña Aurora, pero el estilo fresco de la misma, que nos hace pensar en una Hildegart pletórica y llena de ironía, no pasaría inadvertido a su madre.

En 1933, último año de la vida de Hildegart, está fechada la primera edición de Medios para evitar el embarazo (paternidad voluntaria); un texto que reproduce íntegramente otro publicado en 1931 con el título de Paternidad voluntaria Profilaxis anticoncepcional. Además apareció Venus ante el Derecho, un libro publicado por la Editorial Castro de Madrid que representa una prueba más de su asombrosa capacidad de trabajo y, a la vez, marca un hito en la producción literaria de Hildegart. Con Venus ante el Derecho, la joven licenciada en leyes comenzaba a cumplir su deseo, expresado años atrás, de escribir libros de su especialidad. Este cambio de tema en su producción literaria refuerza la idea del cambio psíquico que se estaba operando en la mujer y que, como se verá más adelante, no pasaba desapercibido a la sutil observación de su madre.

En el ejemplar de Venus ante el Derecho, consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid, puede leerse de puño y letra de su autora: «Para Cesar Juarros afectuosa y cordialmente, Hildegart. Mayo 1933». Como sabemos, César Juarros fue un eminente divulgador médico y uno de los primeros introductores del psicoanálisis en España; además, fue el fundador de la Sociedad española de abolicionismo de la prostitución y director de la Escuela central de anormales. Sin embargo, en la dedicatoria impresa de este libro, Hildegart decía textualmente: «A mi madre, compañera insustituible en los éxitos y en los fracasos, colaboradora con su comprensión y su aliento en la obra de toda mi vida, con un modesto pero sincero recuerdo de La autora». Son unas frases que parecen reflejar un elevado estado de ánimo de Hildegart. Las palabras: «la obra de toda mi vida» parecen indicar que se consideraba la autora de una obra importante o, al menos, extensa. Es cierto que su actividad literaria y divulgadora era de mucha importancia, pero solo llevaba cuatro años ejerciéndola. Por otra parte, la dedicatoria suena a despedida; la frase «con un modesto pero sincero recuerdo», parece referirse a alguien que pertenece al pasado, un ser al que se recuerda, no a una madre con la que se está íntimamente unida las veinticuatro horas del día. Naturalmente esto no pudo pasar desapercibido para Aurora, una mujer que observaba permanentemente su creación, su «estatua humana», escudriñando las acciones e intuyendo los pensamientos de su hija.

El libro está dedicado a las conclusiones de la Comisión formada por sus «amigos» Sánchez Covisa y otros que habían presentado en las Cortes un Proyecto de Ley abolicionista de la reglamentación de la prostitución. En el referido proyecto se proponía la implantación, por primera vez en España, del delito de contagio venéreo o delito sanitario. Todo el texto, el primero escrito por Hildegart sobre Derecho, también estaba inspirado por la «religión» de la eugenesia. Proponía la reforma del artículo 420 del Código Penal para permitir el aborto terapéutico de aquellos fetos que, debido al contagio sufrido por la madre y transmitido al hijo por vía placentaria, pudieran convertirse en seres tarados. Advertía Hildegart: «Más ampliamente trataremos de este aspecto del aborto terapéutico y la justificación del mismo por razones sexuales en nuestra tesis doctoral Criminología sexual que preparamos en la actualidad bajo la dirección de nuestro buen amigo Jiménez de Asúa». En la misma línea eugenésica recordaba los casos, ya propuestos en Malthusismo y Neomalthusismo, en que estaría justificado el aborto. Aborto necesario, por peligro de muerte; aborto sentimental, por acto contrario al pudor, violencia, atentado a la honestidad o abuso de menor de 18 años; aborto eugénico y aborto económico o higiénico. Hildegart también proponía un Proyecto de Ley de esterilización, del que decía hablar en su tesis, para degenerados, retrasados mentales, delincuentes y enfermos, a los que se les realizaría la vasectomía. Afirmaba que la esterilización temporal «en la actualidad se ensaya» y defendía el Certificado prematrimonial, la Ficha sanitaria para cada ciudadano y, como en otros libros, abogaba por la extensión de la educación sexual y la reeducación de las prostitutas.

Además de publicar los libros, Hildegart continuaba escribiendo artículos en el diario La Tierra, en los que seguía fustigando a los poderes públicos, tanto socialistas como republicanos o monárquicos. Unas veces criticaba la corrupción municipal, como en Dos divertidas historias, ejemplo y camino para políticos aprovechados (6 de enero); otras veces al gobierno y al caciquismo extremeño, como en El imperio de los caciques (25 de enero). También denunció cómo los socialistas José Canalejo y Manuel Grimaldo traicionaron a los libertarios de Casas Viejas en La soplonería de los socialistas (31 de enero); o las trampas que hacían sus antiguos camaradas en Las oposiciones manejadas por los socialistas (7 de febrero). El día 14 del mismo mes Hildegart dedicaba a Federica Montseny el artículo Tópicos socialistas, en él afeaba la conducta de los socialistas votando a favor del gobierno en el trágico asunto de Casas Viejas. Especialmente crítica era con Wenceslao Carrillo por la frase «En el obrero no importa más que el estómago... Ese es todo su anarquismo...», que había pronunciado el dirigente socialista. En Explicando lo inexplicable, ocho días más tarde, la joven volvía a criticar a otro socialista, Manuel Adame, quien había ingresado en el partido después de haber sido anarquista, sindicalista, comunista y comunista disidente. Hildegart empleaba una durísima ironía - inspirada en conceptos

religiosos - contra el gobierno Azaña, por la represión de Casas Viejas en «Pater noster»... Fúnebre oración, de 2 de marzo y en Cuentos de brujas, del día 16 del mismo mes. Continuaba afeando, incansablemente, las acciones de los políticos en otros artículos, entre los que podemos destacar Por los ministerios, del 19 de marzo, con una especial referencia al Partido Republicano Radical. En El buque fantasma, utilizó una anécdota narrada por H.Wells sobre R.Mac Donald, y otras referencias de Alemania y Francia para advertir del comportamiento contrarrevolucionario de los socialistas. En la misma línea escribió La farándula pasa, del 3 de abril; La pipi y sus triunfos, el 13 de abril. El mismo mes salieron a la luz Resurrexit República y justicia, Los trucos del socialismo y Doctrina muerta antes de nacer. El 11 de mayo, se publica Rigodón de deshonor, y ¿Dictadura socialista? Ni jesús ni Marx, el 15 del mismo mes. Suponemos que doña Aurora, si no inspiraba muchos de estos artículos, al menos estaría encantada con su publicación, porque significaban algún tipo de venganza contra los que consideraba sus enemigos.

Hildegart no solo escribió artículos para criticar a los que detentaban el poder, también escribió algunos elogiosos. Dedicó uno, fechado el 9 de marzo y titulado Una mujer de temple en acción, a alabar a la primera mujer alcaldesa de la República, María Domínguez. María era la regidora de Gallur (Zaragoza), y fue definida, curiosamente, por la joven propagandista como: «Compendio magnífico de virilidad enérgica y de feminidad exquisita». En Solidaridad de la raza ibérica, también elogiaba, el 8 de abril, una conferencia sobre este tema pronunciada por M.Deschamps, en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Alternaba la joven abogada sus breves artículos periodísticos con otros de mayor calado como El abolicionismo de la prostitución, publicado en el número de febrero de la revista Orto. En él trataba del proyecto de ley «abolicionista de la reglamentación de la prostitución y que implanta por primera vez en España el delito de contagio venéreo o delito sanitario», y señalaba que el proyecto lo recogía íntegro en su libro Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas. En este texto otorgaba a Napoleón - a cuyo ejército seguía otro femenino - el dudoso honor de ser el padre de la reglamentación y fiscalización de la prostitución, y a la inglesa Josefina Butler la maternidad de la idea abolicionista. Exponía razonadamente las ventajas del abolicionismo y, como en otros casos, abogaba por la educación sexual y la reeducación de la prostituta. Todos estos temas, como sabemos, eran de interés prioritario para doña Aurora, desde que aparecieron los primeros escritos firmados por su hija.

1 En febrero de 1933 se publicó en Gaceta Médica Española, firmado por la «Srta. Hildegart, abogado», el artículo Sugestiones en torno al problema de la bisexualidad.

Se trata de un texto con numerosas citas, como era costumbre de la autora, en el que reflexionaba sobre la bisexualidad y la intersexualidad, considerando la importancia de los cromosomas sexuales en la determinación del sexo frente a los que apoyaban la teoría endocrinológica. Con prudencia, decía no adscribirse rotundamente a la teoría cromosómica que, para ella, estaría más de acuerdo con el «determinismo sexual, al que alude Freud», que con la tesis sostenida «por Marañón en España». En efecto, Hildegart, en este trabajo, se mostraba en desacuerdo nada menos que con su maestro - en otro tiempo admirado - y presidente de la Liga para la Reforma Sexual, el Dr. Gregorio Marañón. No estaba de acuerdo con él en varios aspectos, como los tres grados de «inversión», o con la «doble pubertad a la que alude Steinach y que recoge Marañón». Terminaba tratando de la función de las glándulas que son comunes a ambos sexos en la intersexualidad.

El segundo número de la revista Sexus, órgano de expresión de la Liga para la reforma sexual, correspondiente a abril-mayo de 1933, contiene un dato sobre el cambio que había sufrido, en la institución, la posición de Hildegart. En aquel momento, la joven abogada ya no era la única secretaria editorial, había dos. Tampoco sus contribuciones al citado número de la revista fueron sustanciales. No obstante tradujo seis de los diez artículos que aparecieron (del alemán, italiano, portugués y noruego) y publicó una entrevista realizada a Norman Haire, además de un artículo titulado Ensayo en torno a la criminología sexual (Sinclair, 2003).

Hildegart se relacionaba con importantes personalidades nacionales y extranjeras, en su lucha por la liberación sexual de la mujer: Victoria Kent, Clara Campoamor, Matilde Huici, Jiménez de Asúa, Cesar Juarrós, Havelock Ellis y Gregorio Marañón, entre otros, así como con H.G.Wells; además publicaba libros y artículos de gran éxito. En aquellos meses, aparentemente, madre e hija habrían logrado la plena identificación. «La única diferencia entre nosotras es que yo resultaba un poco más avanzada y mis soluciones eran siempre más tajantes y definitivas», decía Aurora, meses después a Eduardo de Guzmán (1977). La realidad debía ser muy diferente a la mera apariencia; Aurora no podía tener otra relación con su hija que la de exigirle, permanentemente, objetivos superiores a los ya logrados por la joven; desempeñando siempre el papel omnipotente de creadora a quien se debe la vida. Ese mecanismo de exigencia sin límite tendría el objetivo inconsciente que situar a Hildegart en una constante posición de inferioridad, de déficit, frente a los deseos de una madre en permanente estado de insatisfacción. En consecuencia, tarde o temprano, si la hija no estaba suficientemente enferma como para permanecer en un sistema dual delirante, tendría que estallar el conflicto entre ambas.

El mismo testigo, el periodista amigo, recogía las dramáticas palabras de la madre

que, por encima de todo, no podía permitir la existencia de su hija como individuo diferente y separado de ella: «Sin embargo - afirma Aurora - se abría ya entre nosotras un verdadero abismo. Estábamos en una pendiente que había de conducirnos a la tragedia. Y muchos de los que decían admirar a Hilde contribuyeron decisivamente a hacer inevitable su doloroso final» (de Guzmán, Ibíd.). Hildegart, apoyada en la evidencia de su propia valía y en el reconocimiento explícito que le otorgaban figuras de la talla del sexólogo Havelock Ellis, con quien mantenía fluida correspondencia, y del escritor H.G.Wells, a quien sirvió de intérprete y secretaria en el último viaje a España con ocasión de su conferencia para la Residencia de Estudiantes de Madrid, pretendió seguir el prometedor camino que le auguraban los británicos. Para hacerlo, debía separarse de su madre y viajar al extranjero. Aurora sabía lo que eso significaría para ella; tenía, además, la experiencia de lo sufrido cuando le arrebataron a su primer «muñeco de carne y hueso», su sobrino Pepito Arriola y, también, había sentido la amenaza de peligro, seguramente delirante, cuando, supuestamente, sorprendió a su «colaborador fisiológico» hablando mal de ella, a su hija de cuatro años. La atormentada madre no quería repetir la experiencia angustiosa de separación que, en este caso, sería incluso mucho más grave. Naturalmente, Aurora tuvo que justificar su convicción delirante. Como reconocería posteriormente a Eduardo de Guzmán, no tenía nada de alarmante o sorprendente aconsejar a Hildegart que ampliase estudios en universidades británicas; por tanto, debía buscar una justificación para impedir la soledad y el más que probable derrumbe narcisista: «lo sospechoso para mí era que todos ellos fuesen personas estrechamente relacionadas con la política exterior inglesa y más concretamente con el famoso Intelligence Service», diría a los periodistas. Con respecto al servicio de inteligencia británico, de Guzmán (Ibíd.) recuerda que, en los años 30 del siglo pasado, su importancia mundial era equivalente a la que tendría la CIA americana cuarenta años más tarde. En el juicio contra Aurora, el fiscal, argumentando contra la tesis de la paranoia, dijo: «Igualmente cierta la entrevista con el célebre escritor Wells y probable el propósito de éste, admirado de las grandes dotes intelectuales de Hildegart, de llevársela consigo y posible también el que cierta célebre organización para el espionaje tratara de adquirir la belleza, la cultura y el valor estimabilísimo de la pobre Hildegart» (Valenzuela, 1934).

Cualquiera que fueran las intenciones de Wells, o las ideas de aquellos que querían o admiraban a Hildegart, la mente de Aurora iba traduciendo todos los nuevos acontecimientos que ella no podía controlar en algo peligroso para su estabilidad. En consecuencia, la angustia que, si resulta suficientemente intensa, puede llegar a ser psicotizante, aumentaba en la mente de Aurora y abría un abismo entre ella y su hija.

# VII

# La primavera trágica

Freya y «La doctora»

La dramática primavera de 1933 se inició, para nuestras protagonistas, con un viaje a Valencia que marcaría el punto de no retorno en las relaciones entre ellas. El motivo del viaje fueron unas conferencias que Hildegart debía pronunciar en la bella ciudad levantina. Los actos tuvieron lugar los días 20 y 21 de marzo y de ellos da cuenta La Tierra en un artículo, del día 23, titulado Dos brillantes conferencias de Hildegart. En la primera conferencia, Hacia la tercera república, expresó, una vez más, la decepción que le habían causado los políticos: «que se adherían al banco azul como la lapa a la roca», a la vez que dejaba clara la necesidad de llegar a una República que, «iniciándose incluso con una dictadura revolucionaria, se afirmase en unas Cortes limpias». La enardecida Hildegart salpicó su conferencia con jugosas anécdotas, cómo la de la generosidad de Manuel Azaña, que se ofreció para salvar el Ateneo de Madrid, a cambio de aceptar la presidencia; o la existencia del presupuesto para «gastos secretos» de Casares Quiroga. La crítica a la gestión en los diferentes ministerios fue tan dura como bien argumentada y la conferenciante terminó su parlamento subiendo de tono y afirmando que las conquistas revolucionarias había que lograrlas en la calle. El éxito fue tan imponerte que pidieron a Hildegart que pronunciara otra conferencia el día 21 en el Paraninfo de la Universidad. Accedió a la petición la brillante oradora y obtuvo un éxito aún mayor que el día anterior. Los organizadores, entusiasmados, brindaron dos homenajes a la joven abogada: un banquete en la playa y una comida en Valencia, a los que asistieron los afiliados de la Alianza de Izquierdas. Hildegart pudo saborear de nuevo las mieles del triunfo como brillante oradora y verse rodeada de sinceros admiradores. ¿Qué sentiría Aurora ante el clamoroso éxito de su hija? Su propio relato nos servirá para contestar la pregunta.

Durante un paseo de las dos mujeres, por la playa de La Malvarrosa, al llegar frente a la casa del escritor Vicente Blasco Ibáñez, Aurora mostró el odio contra su hija que, según pasaba el tiempo, se iba haciendo más y más manifiesto. Habló a Hildegart de Freya, protagonista de la novela de Blasco Mare Nostrum; empleando el estilo misterioso y con tintes perversos, tan característico de las agresiones verbales de los paranoicos: «Su vida podría servir de lección a muchas mujeres orgullosas de su belleza o talento que se prostituyen para satisfacer sus mezquinas ambiciones y ruedan sin darse cuenta hacia el abismo». Solamente leyendo la novela podemos apreciar la repulsión que sentía Aurora por el personaje de Freya; sobre todo, si

conocemos la opinión que tenía del tipo de hembra representada por la espía de la novela de Blasco. Freya era una mujer que, para mantener un alto nivel de vida, había llegado a aceptar todas las servidumbres que le imponía su condición de agente del servicio secreto alemán.

Hildegart sabía de lo que le hablaba su madre y rechazó con energía la velada acusación; además, con un evidente tono de desprecio, recomendó a su madre visitar a un psiquiatra si creía que ella podría llegar a ser como Freya. Aurora se contuvo, solo en apariencia. La diseñadora del modelo de salvación del género humano no parecía dispuesta a tolerar una herida narcisista aún mayor que la sufrida al serle arrebatado su sobrino; y mucho menos estaba dispuesta a ser derrotada por su criatura, la «estatua viviente». Parece oportuno recordar a Rascovsky (1973), autor de El filicidio, quien toma de La Guerra de los judíos, de Flavio Josefo el episodio que describe la actitud de una mujer cercada en Jerusalén, acosada por ladrones y presa del hambre: «arrebatando un hijo que a sus pechos tenía, dijo: ¡Oh, desdichado de ti! ¿Para quién te guardaré yo entre tanta guerra, revuelta, sedición y entre tan gran hambre? Aunque vivas has de ser puesto en servidumbre debajo de los romanos, y los tuyos son aún más crueles que éstos. Sírveme pues a mí con tus carnes de mantenimiento y a los malos revoltosos de furia...» - No estaría sintiendo Aurora algo semejante a lo que Flavio Josefo pone en boca de la desventurada madre judía?

Volvamos a La Malvarrosa, donde las duras palabras de Aurora reflejaron el grado de determinación que tenía sobre su futuro y el de Hildegart: «Queriéndote con toda mi alma, preferiría verte muerta a saberte prostituida espiritualmente. Tú tienes una misión que cumplir en la vida y no debes olvidarlo». A la feroz amenaza, la hija respondió: «No olvido nada, ni siquiera que mi trayectoria en la vida debe ser la que yo misma me marque, no la que otros decidan por mí. ¿Está claro?». Estas dramáticas palabras pueden ayudarnos a desenmascarar la urdimbre defensiva paranoica ¿Por qué Aurora hablaba de preferir ver muerta a su hija? ¿A qué se refería con lo de saberte prostituida espiritualmente? ¿qué le inclinaba a pensar en la prostitución espiritual de una mujer como su hija? Quizá la solución a estos interrogantes podamos vislumbrarla si atendemos a sus propias palabras: «Tú tienes una misión que cumplir en la vida y no debes olvidarlo». ¿Cuál era la verdadera misión que Hildegart tenía que cumplir? A juzgar por el desarrollo de los acontecimientos, la misión que su madre, inconscientemente, le había encomendado no era otra que servirla de objeto-self, de estabilizador de su mente enferma; en definitiva, la hija tenía la misión de «redimir» a su madre. No olvidemos que Hildegart era la prueba viviente de la humillación que, el colaborador fisiológico, había infligido a Aurora. Para cumplir su papel, la estatua viviente debería ser la depositaria de las fantasías omnipotentes y del sadismo de su diseñadora y, como condición indispensable para poder cumplir esta

misión, debería vivir siempre sometida al deseo de quien la había creado. En consecuencia, Aurora no podía permitir a su hija ser una persona autónoma, ser libre, enamorarse y realizarse como mujer. El odio a la joven rival, disfrazado de sacrificio por la Humanidad, llevaría a la madre a tener que organizar un complejo delirio paranoico que le permitiera compensar su herida narcisista y seguir sintiéndose superior al resto de seres humanos.

A la vuelta de Valencia la situación se iba convirtiendo en irreversible. Como veíamos, Aurora la mujer que se había comportado como El aprendiz de brujo, estaba siendo desbordada por su propia criatura; no encontraba las palabras mágicas para anular el conjuro que, tiempo atrás, había hecho de Hildegart una esclava de sus ideas. Era demasiado tarde; la estatua humana cobraba vida propia y ella, incapaz de detenerla, se sentía cada vez más arrastrada por la angustia hacia el precipicio de una solución drástica. La madre necesitaba salir victoriosa del combate que libraba con su propia hija y, para lograrlo, precisaba argumentarse, de manera convincente, que estaba en posesión de la verdad. Le resultaba imprescindible decirse a sí misma que la fortaleza de Hildegart «se estaba derrumbando ante las adulaciones y halagos de quienes la cercaban. Cada día era menor mi influencia sobre ella y eran otros los que ganaban terreno en el espíritu de mi hija hasta conseguir enfrentarla violentamente conmigo» (de Guzmán, 1977). Con este planteamiento, el verdadero problema: la lucha sin cuartel contra su hija y el miedo a perder la batalla frente a la joven y brillante rival, quedaba transformado en una contienda entre ella, - representante de la rectitud - y los «otros» - encarnación del mal que querían enfrentar a la hija contra su madre-. Con este artificio mental la agresividad de Aurora quedaba proyectada; no era ella, eran los «otros», los que estaban cargados de malas intenciones contra las dos mujeres. En consecuencia, la madre se veía obligada a salvar a su criatura de la perniciosa influencia de los agentes del mal. La trama paranoica se estaba organizando.

El 8 de abril de 1933 Hildegart pronunció el discurso de ingreso, como socio de número, en la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, que llevaba por título: La mujer en la historia política y económica de los pueblos. Sus palabras constituyeron un alarde de erudición sobre las figuras femeninas que escribieron la Historia. También se refirió a sí misma, sin excesiva modestia, como «deudora a la Naturaleza de un buen humor a toda prueba, y de una complexión nerviosa envidiable por lo tranquila, todos estos hechos reunidos me han permitido el gran reposo de mirar al pasado con delectación sin sentir el acuciamiento imperioso del futuro».

Mientras tanto, la vida política seguía su curso; sabemos que, tras mucha controversia, el Parlamento de la República había dado luz verde al voto femenino

aunque, madre e hija, no estaban muy satisfechas con lo que muchos consideraban un paso adelante hacia la igualdad entre los seres humanos. Aurora veía intereses espurios por parte de republicanos, socialistas y derechistas, en el reconocimiento del derecho al voto de la mujer; Hildegart lo consideraba un primer paso inútil, si no iba se- fuido de otros avances jurídicos, laborales, familiares y sexua Madre es. e hija, desde su atalaya de omnipotencia, parecían no conocer el ambiente de auténtica euforia que la posibilidad de votar produjo en muchas mujeres de muy diferentes lugares de España. El voto fue acogido favorablemente por una gran mayoría de mujeres, como quedó reflejado, por ejemplo, en la crónica de Josefina Carabias titulada ¡Mujeres a votar! referida a diferentes pueblos de las dos Castillas y el País Vasco y publicada el 23 de abril de 1933 en Estampa (Carabias, 1997).

Las primeras elecciones en las que votaron, sin restricciones, las mujeres tuvieron lugar el 24 de abril de 1933. El 14 de abril, segundo aniversario de la proclamación de la República, apareció en La Libertad una encuesta realizada a féminas relevantes, en la que se les preguntaba su opinión sobre el voto femenino. Hildegart, en su respuesta, expresaba su deseo de que la mujer fuera independiente para no necesitar consejos ni ser juguete de directores espirituales, clérigos o laicos; también, al igual que otras revolucionarias de la época, ponía de manifiesto un sentimiento de superioridad sobre las otras mujeres, al afirmar que solo debiera tener derecho al voto la mujer que, en el momento de depositar su papeleta en la urna electoral, supiera decir el porqué de ese voto y no justificarlo por sugestión o indicación ajena ni aún por conveniencia o disciplina de un partido político cualquiera. ¿Qué opinión tendría Hildegart sobre las motivaciones que tenían los hombres de la época para votar a uno u otro partido? La brillante escritora continuó empleando un tono de omnipotencia, detrás del cual nos parece ver la influencia de Aurora, para afirmar que el único derecho que tenía la mujer - precisamente por implicar una obligación - era el de pensar por su cuenta.

Unos días después de la difusión de la encuesta sobre el voto femenino, tuvo lugar en Madrid una gran manifestación cultural, de la que se hizo eco la Gaceta Médica Española en su Sección Paramédica. Se trataba de las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas que, a diferencia de las que se intentaron celebrar durante la dictadura de Primo de Rivera, tuvieron el máximo apoyo institucional. Las jornadas se desarrollaron desde el 21 de abril de 1933 - cuando fueron inauguradas por el ministro de Instrucción pública don Fernando de los Ríos - al 10 de mayo, fecha en que serían clausuradas por Manuel Azaña, presidente del Gobierno. Hildegart dictaría el Cursillo número 7, titulado Birth Control, Maternidad consciente, en el pequeño anfiteatro de la Facultad de Medicina de Madrid, durante los días 24 de abril al 6 de mayo. En el Libro de las jornadas podemos leer algunas de las ideas expuestas en su

curso por la fundadora de la sección española de la Liga para la Reforma Sexual. Quizá nos pueda sorprender que la joven hablara de la inminencia de una terrible guerra, más espantosa que las conocidas hasta entonces, precisamente porque sería científica; la guerra se produciría por causa de «esa sobrepoblación, cuyos resultados percibimos ahora». Evidentemente estaba aplicando el viejo axioma «guerra versus eugenesia», como se puso de manifiesto cuando expresó su convencimiento de que la campaña pacifista más eficaz sería la limitación de los nacimientos, para que las naciones no se vieran obligadas a atacarse para «dar salida al excedente de su población».

Como sabemos, los negros augurios de Hildegart tardaron poco más de seis años en cumplirse, bajo la fórmula de Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los españoles de la época no esperaron tanto tiempo para empezar a matarse.

La joven ponente de Birth Control también repitió sus conocidas y bien argumentadas ideas sobre la necesidad del control de nacimientos, especialmente mediante la enseñanza y difusión de los métodos anticonceptivos y trató, por último, de los proyectos de ley relativos al aborto, información anticoncepcional y enseñanza de la anticoncepción en las Facultades de Medicina; los temas repetidos en sus libros. Citó textualmente a Bernard Shaw, en concreto la que decía ser su obra El evangelio de los hermanos Barrabás (sic). No sabemos la fuente de Hildegart, porque el título real del texto de Shaw es El evangelio de los hermanos Barnabas y corresponde a un capítulo del libro titulado Volviendo a Matusalén; un conjunto de escritos sobre el tema de la inmortalidad, con gran cantidad de citas y referencias a la biología. La joven oradora tomó la parte por el todo y empleó una cita del prefacio en el que Shaw (1930) habla de «Weissmann, un hábil y sugestivo biólogo...». Evidentemente no parecía tener muy trabajado el texto de Shaw.

Por una cruel paradoja del destino, en aquellos días, la obra del escritor irlandés sobre la longevidad debía estar muy presente en la mente de la mujer cuyo destino estaba trágicamente decidido. Un mes después y pocos días antes de su muerte, Hildegart volvió a recomendar la lectura de la misma obra en el artículo firmado por ella y titulado Caín y Abel; un escrito del que Aurora decía ser autora y con el que intentó justificar el parricidio.

En los años treinta del pasado siglo, la psicología freudiana del inconsciente iba, poco a poco, ganado terreno entre los intelectuales y, sobre todo, entre los psiquiatras españoles de mayor renombre. Una buena prueba de ello es que, en las referidas jornadas Eugénicas, el Cursillo número 18 titulado Consideraciones eugénicas prácticas según la psicopatología del subconsciente estaba dedicado al Psicoanálisis. Constaba de tres conferencias impartidas por el doctor A.Suils: Higiene mental en los

progenitores, Higiene mental en el niño y Hacia una moral pospsicoanalítica.

A propósito de la intervención del doctor Suils, relataré una curiosa anécdota que cambió, decisivamente, la historia de una de las asociaciones que más injustamente ha criticado al psicoanálisis. El doctor Ángel Suils Pérez era un psiquiatra, hijo del doctor Ángel Suils Otto, natural de Logroño y amigo de la familia Escrivá. El doctor Suils dirigía un Sanatorio psiquiátrico en la calle de Arturo Soria de Madrid. En el año terrible de 1936, el doctor Suils escondió, haciéndolo pasar por enfermo mental, al hoy canonizado don José Ma Escrivá de Balaguer (Urbano, 2008). Casi podríamos afirmar que, por curiosos caprichos del destino, la generosidad y valentía de un estudioso de la obra de Sigmund Freud salvó la vida del fundador del Opus Dei.

En mayo de 1933, después de un periodo en el que Hildegart, en sus cartas a Ellis, se había quejado persistentemente de Marañón, volvió a escribir al sexólogo británico contándole el éxito de las Jornadas Eugénicas Españolas y el de su propia contribución, con el trabajo que llevaba por título Maternidad consciente. La Liga, que ya contaba con 150 miembros en abril de 1933, era inmensamente importante para la dinámica abogada hasta el punto de que, como sabemos, la consideraba su «hija». Quizá la actitud de Hildegart, cada vez más resuelta e independiente, fuera el exponente externo de los cambios que se habían producido en su mente. Con toda probabilidad, el detonante para que esos cambios tuvieran lugar fue la introducción en la vida de la muchacha de figuras masculinas cargadas de significado. Por una parte Havelock Ellis y H.G.Wells, en funciones de figuras paternas que ponían límites, en la mente de Hildegart, a la omnipresencia de su madre; por otra, su posible enamoramiento del concejal Abel Velilla introducía un objeto de deseo masculino, incompatible con los designios de Aurora. La confluencia de todos estos factores pudo haberle dado la fuerza necesaria para decidirse a afrontar, en primera persona, su vida como mujer. Desgraciadamente, no sabía que su desarrollo como un ser independiente de la madre, era incompatible con los planes de su creadora. Una psicótica que decía querer redimir a la Humanidad mediante la liberación de la mujer; de cualquier mujer excepto de su propia hija. Como veremos, la pretendida redención de la Humanidad se estaba transformando progresivamente, en la mente enferma de Aurora, en la redención de sí misma mediante el asesinato de su hija.

Eduardo de Guzmán (1977) nos relata cómo Hildegart, durante la primavera trágica, trataba de poner límites a la actitud intrusiva de la madre con frases como estas «- Estoy harta de ti, de tu megalomanía, de tu sed de control y dominio! (...) - No olvido que con tus sueños y oscuras ambiciones constituyes una carga, un estorbo y un obstáculo para cualquier mujer joven (...) Quiero marcharme donde sea pero sin tenerte constantemente pegada a mí como una sombra, sin escuchar a todas horas

recriminaciones y augurios siniestros, sin que trates de torcer mi vida para mejor servir a tus fantásticos anhelos...». No podemos afirmar que estas palabras fueran así pronunciadas por la joven, ya que el periodista no da detalles expresos de la veracidad ni literalidad de las mismas; en cualquier caso, están escritas por alguien que veía, prácticamente a diario, a las dos mujeres en la redacción del periódico La Tierra, donde escribían de Guzmán y Hildegart. Esas frases, aunque no fueran textuales, bien pudieran ser un fiel reflejo del clima existente entre las mujeres que habían sido inseparables durante más de dieciocho años.

Oigamos a Aurora decir algo que constituye otra muestra de su funcionamiento mental. Sus palabras demuestran la existencia de una enorme agresividad disfrazada de cuidadosa vigilancia y la proyección de su propia destructividad sobre algo externo; en este caso la genética del padre, para tener un enemigo exterior y no sentir la angustia de desestructuración interna: «Incluso yo misma, que la vigilaba a todas horas, que seguía con cuidadosa atención su desarrollo físico y mental, tardé en darme cuenta de la nefasta influencia que la herencia paterna ejercía en su ánimo» (de Guzmán, Ibíd.).

Tenemos muy pocos documentos que nos muestren directamente el sufrimiento de Hildegart. Entre los escasos datos de que disponemos, está la entrevista realizada a Vicente Alaban por Antonio G. de Linares y publicada en Crónica el 2 de julio de 1933. Alaban, entonces secretario de la Alianza de Izquierdas, dijo haber mantenido, desde Valencia, una asidua correspondencia con Hildegart y haber trabado amistad con doña Aurora, en los últimos meses. Incluso dijo que había recomendado a la señora, como novio para su hija, a su amigo Juan Conejero Soto. Al parecer, doña Aurora se indignó mucho ante semejante propuesta y dijo que solo de él podía tolerar semejante broma. Según Alaban, la noche del 19 de marzo de 1933, unas horas antes de que la joven pronunciara las conferencias en Valencia, Hildegart y él, aprovechando que doña Aurora estaba cansada y se había sentado en una mecedora, hablaron, mientras paseaban sin alejarse mucho de la atenta madre. El político valenciano dijo a la joven que no comprendía por qué doña Aurora se oponía tan rigurosamente a que tuviera novio, a lo que Hildegart respondió:

-¡No puede usted imaginar lo que me hace sufrir esa mujer!

La respuesta de Alaban fue contemporizadora:

-Tenga usted paciencia. Es su madre... - le aconsejé. Pero Hildegart, airadamente protestó.

-No es mi madre, mi madre verdadera no sé quien fue, ni jamas la conocí.

> Me entregó a esa mujer cuando tenía yo ocho meses y desde entonces paso por hija de quien no soy. ¡Es horrible! ¡Oh! ¡Esta mujer, si usted supiera...!

En esta misma línea de conflicto entre las dos mujeres se encuentra la respuesta dada por la joven - siempre según Alaban - a un curioso que durante la comida ofrecida en el bar Sorolla de Valencia le preguntó por su nombre y apellido, creyendo que Hildegart era solo un seudónimo: «No tengo nombre de pila ni apellido, ni admito que me impongan nombres que no son míos. Me llamo Hildegart que es el nombre que me puse a mí misma, y no tolero que me llamen de otra manera». El testigo confesó al reportero: «Yo tenía junto a mí a doña Aurora, y la vi en este momento quedarse lívida y temblar de ira». Casi al final de la entrevista, el secretario de la Alianza de izquierdas dijo que, en sus frecuentes visitas a Madrid, Hildegart le hablaba siempre que podía de su amigo Abel Velilla, a quien había conocido en Madrid durante la Asamblea Nacional del partido; la joven también le había rogado que, en sus cartas a Velilla, le hablase de ella. Alaban reconoció que el concejal no respondía jamás nada referente a Hildegart. Como vemos, la joven parecía tener bastantes razones para intentar separarse de su madre y, a pesar de no ser correspondida por Velilla, empezar a ser protagonista de su propia vida.

Mientras iban aumentando las discrepancias entre Aurora y su hija, la agresividad de Hildegart, y quizá de su madre, se manifestaba en forma de duras críticas, en las páginas de La Tierra, contra el gobierno Azaña (Si caigo aquí..., 4 de mayo); o contra la fiesta de los toros (Ultraje a la vida, 9 de mayo); y, de nuevo, contra el dirigente socialista Enrique Santiago, que abandonó a su mujer y a su hijo Emilito (Un hijo abandonado, 4 de junio). En este artículo la joven abogada se fijaba en la valía y el esfuerzo que realizan los niños trabajadores, como Emilito Santiago, el niño abandonado que quería ganarse el pan, a sus trece años, dando clases de francés a otros niños, y a Pedrito Sánchez, el niño periodista de doce años. La que también fuera niña trabajadora - hoy diríamos explotada - ponía en boca de Emilito Santiago una frase que, quizá, ella misma pudo pronunciar alguna vez sin demasiado convencimiento: «ya no necesitaré a mi padre para nada».

A lo largo del mes de mayo lde 1933, el ambiente de la casa de Galileo se iría haciendo cada vez más irrespirable para las dos mujeres, cuyas vidas ya eran incompatibles. Quisiera fijarme en dos artículos publicados en La Tierra en aquel fatídico mes. El primero de ellos es el más conocido, se trata del titulado Injusticias. Caín y Abel, que apareció el día 19. Hildegart, según su madre, firmó su sentencia de muerte al rubricar Caín y Abel, - el fiscal, en sus conclusiones provisionales, afirmaba que el artículo había sido redactado por Aurora y ella misma decía ser la autora del texto. No está bien claro quien lo escribió, más bien parece que el trabajo

fue producto de la oscura y confusa relación entre ambas rivales. En mi opinión lo escribió Hildegart, porque hay algunos detalles que así lo indicarían. El estilo parece similar al de otros artículos suyos; además, no creo que Aurora hubiera citado a su teórico enemigo Wells, en el primer párrafo. El escrito hace referencia a Las praderas verdes, de Marc Conelly y a The gospel of the brothers Barnabas, de Bernard Shaw. Como sabemos, esta última obra ya había sido citada por Hildegart días antes, en el contexto de las Primeras jornadas Eugénicas, aunque, en aquel texto, la autora escribía «Barrabás». El artículo sigue la misma línea de exposición que otros de los últimos meses; contrapone, a los vicios de los socialistas, las virtudes de los anarquistas; una línea que, sin duda, agradaba tanto a la hija como a la madre. Creo que la participación de Aurora en este artículo sería determinante, seguramente como inductora y, muy probablemente, como autora del último párrafo. En el texto encontramos un error que indica que la cita sobre el libro de Oscar Wilde se hizo de memoria y sin consultar el original, algo que se repite en algunos escritos de Hildegart, y parece indicar que era más importante el mensaje que el rigor bibliográfico. El estudio de Caín y Abel resulta del máximo interés psicoanalítico porque da alguna pista sobre la insoportable tensión psicológica que vivirían las dos rivales en aquellos días trágicos. Merece especial interés el último párrafo titulado Victimarios y víctimas, cuya autora pienso que sería la madre. En el texto podemos leer: «El criminal halla siempre quien le defienda y hasta cuando es más monstruoso halla un eco de admiración no exento de terror, en la masa que conoce sus gestas. La víctima es siempre el pobre cuerpo muerto que pasa al ayer de los recuerdos. Aun cuando el criminal muere, entre la muerte del asesinado y la del asesino hay toda la diferencia de la muerte victimaria de una oveja ignorada y la muerte rodeada de pasión y de grandeza del hombre que una vez más se igualó a Dios al quitar la vida. Estremécese de horror todo el pueblo. Se pide el indulto. Corre su nombre en romances populares. Y cuando el indulto se consigue, cuando la propia humanidad no tiene el valor de aquel individuo aislado de quitar también esa vida, cuando ante esa perspectiva retrocede trémula y tímida, su permanencia tras las rejas del presidio es la acusación gigante a la propia Humanidad irresoluta. Evoquemos pues, entre orlas de simpatía la figura progresiva, de trazos audaces, del Caín rebelde que tuvo la maestría en el triple arte de Amar, Luchar y Matar». ¿Qué se quiere decir con esto? parece una expresión dura, pero leyendo alguno de los trabajos más radicales de Hildegart sobre el filicidio y el aborto, como La rebeldía sexual de la juventud, se entiende algo mejor. Lo que no ofrece duda es que el artículo constituía como, la mayoría si no todos, los libros de Hildegart, el resultado de un mecanismo esencial de comunicación entre las dos mujeres. Una comunicación caracterizada por la ambivalencia que, poco a poco, se iba desplazando hacia el odio franco. En este escrito, la agresividad no estaba dirigida hacia fuera, como en los otros casos; más bien parecía un órdago que ellas se lanzaban entre sí o, mejor, que la madre lanzaba a

la hija. Para Eduardo de Guzmán (1977), ambas mujeres pugnaban por ocupar el papel victorioso de Caín. Hoy no podemos saber las intenciones que tenía Hildegart en aquel momento, lo único que podemos afirmar es que su madre estaba identificada con el asesino bíblico, en sentido literal ¿Qué salida podía tener una relación que, tras haberse mantenido en una simbiosis mutuamente defensiva, se había convertido en una lucha a muerte?

El segundo de los artículos en los que quiero fijarme especialmente es el escasamente citado Sueño. Ego te absolvo, que salió a la luz el 25 de mayo de 1933. Hildegart partía de una idea, seguramente muy acertada: en la España de la época estaba en crisis el sentido común. Consideraba que su país era una jaula de locos en la que los escasos cuerdos, entre los que ella se incluía, también temían hacer locuras. En esa situación recurrió a una imagen paterna, probablemente porque en aquellos días estaba descubriendo su importancia. Se preguntó qué creería Dios de lo que hacían los españoles. La representación de Dios que la joven mostraba era en forma de juez del Tribunal Divino, en traje talar de alpaca y con un anillo negro en la siniestra. El único penitente de ese día era Azaña que intentaba justificar lo que estaba ocurriendo en España. Dios, que en el artículo aparece como una figura paterna bastante condescendiente, después de hacer un ligero reproche al político, lo devolvió a la Tierra. La penitente que seguía a Azaña era Hildegart, que solo quería entrevistar a Dios para que pusiera cordura en la República, porque reconocía: «todos andamos desorientados». Dios se declaró impotente para actuar en los asuntos de la Tierra, pero manifestó que le gustaría dejar el montaje celestial y bajar a la Tierra «a luchar con vosotros». Como vemos Hildegart persistía en su acercamiento a las representaciones del padre, que a ella no le dejaron tener; parecía considerar a Dios como alguien semejante a los hombres importantes de la época. Continuó fantaseando que Dios, después de pensar por un momento las distintas posibilidades de actuar en la Tierra - con las que ella ironizaba-, le dijo que querría ser diputado independiente, para ser citado como árbitro de las contiendas políticas. Hildegart, al ver que la locura también había llegado al Cielo, se aterrorizó y exclamó: «Señor, estáis loco. Pero no, perdón». Como colofón del artículo, la joven imaginó tratar con un pa dre tolerante; en lugar de ser fulminada por la ira divina, escuchó las palabras sacramentales características del perdón: «Ego te absolvo». Podemos preguntarnos por qué razón Hildegart necesitaba sentirse perdonada, en aquella época de su vida, por el padre todopoderoso. A mi juicio, esa necesidad implicaba una reconciliación con la figura paterna; un proceso que había iniciado meses antes tomando como referencia al «padre» de la Liga Havelock Ellis. Una reconciliación que le permitiera luchar contra la tiranía de una madre que la trataba como una esclava con la excusa de lograr, paradójicamente, la liberación de las mujeres.

Volvamos a la Tierra, al drama que se desarrollaba en la calle de Galileo. Recordemos que, durante bastantes años, la comunicación entre madre e hija había tenido muchas características de la folie á deux, un estrecho vínculo que, mientras la hija aceptó el sometimiento absoluto a los dictados de su madre, parecía no haber causado mayores problemas. Quiero repetir que el modelo de folie d deux, que utilizo para tratar la relación entre las dos mujeres, tiene valor, no en sentido estricto, sino en cuanto al sistema de comunicación y realimentación de ideas entre ellas y tiene especial validez en lo que respecta a los movimientos mentales de Aurora, el miembro principal del extraño dúo.

Sabemos que la separación de la pareja y el ingreso del miembro principal es lo que recomiendan los expertos para tratar la folie á deux y facilitar la salud mental del miembro secundario. Todo el sistema creado por Aurora se quebró definitivamente en la primavera de 1933 cuando Hildegart, que ya contaba 18 años, quiso separarse de la madre para vivir una vida independiente. Sin embargo, el germen de lo que acabaría en la decisión de matar a su hija se había estado desarrollando con firmeza, en la mente de Aurora desde mucho tiempo atrás. Hildegart debió intuir que la única salida para crecer como persona era separarse de su madre; lo intentó, pero Aurora tenía el suficiente acceso a su inconsciente para saber que no podría soportar una herida tan profunda en su narcisismo. Sabía que sin Hildegart se hundiría en el abismo que la amenazaba desde niña y también sabía que no podía permitir el triunfo de la que, para ella, se iba convirtiendo en una nueva imagen de su propia madre y de su hermana Josefina, las mujeres sexuadas. Probablemente, los deseos de su hija también representaban la parte más odiada de ella misma, porque debemos tener en cuenta que, a pesar de sus reiteradas manifestaciones de odio y desprecio por la sexualidad femenina, ella misma declararía que, al quedarse embarazada de Hildegart, tal vez pudo sentir «como tantas hembras la atracción del macho y no fui capaz de razonar en el momento crítico con toda la frialdad necesaria» (de Guzmán, 1977). Su hija se había convertido en una hembra sexuada y, en consecuencia, en su máxima rival.

Cuando madre e hija discutieron, mientras paseaban por la playa de Valencia, ya estaba muy madura en la mente de la madre, la decisión de matar a Hildegart. Aurora hizo referencia a Freya, la joven espía, protagonista de Mare Nostrum dotada de extraordinarias artes de seducción que moriría fusilada, pero omitió cualquier alusión a «la doctora», la jefa de los espías alemanes, la mujer sabia que decidía sobre la vida y la muerte de Freya. «La doctora» era una poderosa mujer adulta, aparentemente asexuada, que introdujo a la bella joven en el mundo del espionaje y luego la utilizó para sus propios fines, manteniéndola férreamente sometida a sus dictados. Todo parecía ir bien hasta que la doctora comprobó que Freya, su subordinada, se había enamorado del capitán Ulises Ferragut, y eso podía tener consecuencias indeseables

para sus planes. En aquel momento decidió que la que se consideraba su amiga y protegida debía morir. En efecto, Freya cayó en la trampa que le había tendido la doctora y fue capturada por los enemigos franceses, que acabaron fusilándola.

No sería extraño que la trama de la novela Mare Nostrum, inspirada en la vida y muerte de la espía Mata Hari, que Blasco Ibáñez había escrito en 1917 facilitara una vía de expresión a los deseos inconscientes, que tenía Aurora, de eliminar a su hija. La creencia delirante de que los servicios secretos de otro país la perseguían con el objetivo de prostituir espiritualmente a Hildegart, se parece extraordinariamente a lo que Blasco Ibáñez describió en su novela como núcleo biográfico de la espía protagonista de Mare Nostrum. Todo parece indicar que el delirio de Aurora adoptó su configuración definitiva con posterioridad a la discusión de La Malvarrosa; el delirio cristalizó en la necesidad de impedir, a toda costa, que Hildegart se convirtiera en una especie de Freya o, lo que es lo mismo, en una nueva Mata Hari.

Desde la vuelta de Valencia, Aurora necesitaba seguir organizando sus fantasías delirantes de manera que no pudiera angustiarse ni sentirse culpable por llevar a cabo lo que, al menos en su inconsciente, estaba decidido. Debía destruir su obra porque consideraba que se podía apartar de su diseño, que no era perfecta aunque, en el fondo, los motivos fueran otros. Solo le faltaba cargarse de razones para justificar su decisión. Más tarde comentaría a Eduardo de Guzmán (Ibíd.), en un intento más de justificar la agresividad que había sentido contra la joven, que su hija «Se contentaba con demasiado poco. Sus metas eran limitadas, mezquinas totalmente indignas de quien como Hilde debía y tenía que ser una mujer excepcional y única». Es decir, como Hildegart no estaba a la altura de los ideales diseñados para ella por su madre; unos ideales que, para mantener la situación paradójica, deberían ser inalcanzables, Aurora tuvo que hacer el sacrificio de matar a su hija. Todo este montaje, tan característico de la paranoia, se tambalea cuando atendemos al fragmento, antes citado, de las conversaciones de la madre asesina con el periodista. Como sabemos, en un momento dado, Aurora llego a admitir que pudo sentir «como tantas hembras la atracción del macho y no fui capaz de razonar en el momento crítico con toda la frialdad necesaria», es decir, ella sospechaba que habría podido actuar como cualquiera de las hembras a las que odiaba; sospechaba que habría podido comportarse como una mujer. La consecuencia de su debilidad, de no haberse mantenido fría ante su propio deseo sexual, habría sido que los genes del padre de Hildegart, actuando sobre la hija, habían causado, lo que ella consideraba la desviación de la joven. Parece un razonamiento orientado a ocultar, bajo el disfraz de la culpa, la vergüenza que le producía haber cedido ante la fuerza de la naturaleza (Fernández Soriano, 2005). Es evidente que, bajo la máscara de una decisión heroica, se escondía el deseo de venganza por lo que ella consideraba su propia debilidad y el

odio al hombre que, con su belleza, cultura y supuesta bondad, la había seducido. El apuesto capellán castrense que, aparentemente, se había sometido a los deseos de Aurora, era, en realidad, un mujeriego sin escrúpulos que se había burlado de ella. La prueba viviente y, cada vez, más dolorosa de la tragedia vital de la mujer burlada era su hija. Para colmo de males, también ella quería traicionarla. Como sabemos, la traición terrible, la catástrofe que amenazaba a la hembra orgullosa de su frigidez era, nada más y nada menos, que el intento de la joven de ser una muchacha normal, no castrada.

Un día antes de la muerte de Hildegart apareció publicado, en La Tierra, «Por qué soy federal», un artículo dedicado por ella a Joaquín Pi y Arsuaga, con veneración y afecto. En este texto se puede observar una clara muestra de la evolución personal de la infortunada joven. Se manifestaba contraria a todas las dictaduras y muy crítica con Marx, tan admirado antes, de quien decía que «tomó casi todas sus ideas inteligentes de sus predecesores». Terminaba proclamando: «El único principio básico de nuestro federalismo», que era una máxima tomada de S.Pablo, de la que ya se había hecho eco en algunos de sus escritos anteriores: «El que no trabaja no come». Como consecuencia lógica de esta afirmación escribía unas frases que bien pudieran haber estado dirigidas, consciente o inconscientemente, a su madre: «Nadie podrá vivir a título de rentista, porque esa no es una profesión».

En Mérida, por aquellos días, estaba a punto de estrenarse Medea, la tragedia de Séneca que, Unamuno, había traducido para Margarita Xirgu. En el teatro, los gritos de la Nodriza, alarmada ante la determinación asesina de Medea, habrían hecho estremecerse de terror a los antiguos devotos de la diosa Proserpina.

> ¿Sobre qué recaerá el peso de su ánimo? ¿Dónde se romperá esta rompiente? Desborda su furia. No trama un crimen hacedero o mediano; se va a sobrepujar. Conocíamos las viejas formas de su reconcomio; pero nos amaga algo grandioso, feroz, cruel, impío. Columbro el rostro de la ferocidad. ¡Así los dioses hagan marrar mi miedo! Así clamaba, consternada, la Nodriza.

Bien pudiera explicarse el horror si los antiguos emeritenses hubieran sabido lo que, dos mil años más tarde, estaba tramando la nueva Medea.

Mientras tanto en Madrid, el ambiente dramático creado por el delirio paranoico de Aurora, iba enrareciendo el aire de la casa de Galileo. Podemos reconstruir, aproximadamente, los últimos días de la vida de Hildegart Rodríguez Carballeira, la mujer que no podía seguir viviendo, precisamente por querer ser una mujer. Debía morir por querer ser una persona independiente de quien la había concebido para

servirse de ella, como de una prótesis, para alcanzar sus delirios de grandeza.

No podía haber salida para ninguna de las dos mujeres porque, en la mente paranoica, no puede haber margen para la duda. El sistema delirante de Aurora estaba creado, en su incons ciente, para explicarlo todo. La duda para el paranoico significa angustia infinita y, para evitarla, se crea el delirio que lo explica todo. La madre, arrepentida de serlo, no podía permitirse una vacilación, por insignificante que fuera, dudar llevaría implícito la humillación narcisista y el derrumbe hacia la depresión psicótica. Solo la actuación de un tercero, en función paterna, hubiera podido salvar a Hildegart (Fernández Soriano, 2007). La joven, para su desgracia, no sabía lo que significaba, de verdad, la función paterna. No había tenido la experiencia de que ningún representante de lo normativo pusiera límites al deseo de su madre. Ella siempre había admirado a figuras masculinas de talla intelectual que serían un vago remedo de la figura del padre, pero la madre copaba todo el campo del psiquismo de Hildegart, impidiendo la intromisión de nada ni nadie entre ella y su hija. Al parecer, tampoco Aurora habría podido experimentar de niña la función estructurante de la triangulación edípica. Ella tuvo, según los testimonios, una relación dual, tanto con la odiada madre como con el idealizado padre, pero no parece que las figuras parentales interactuaran, adecuadamente, para estructurar la mente de la niña.

La cuerda se iba a romper por el lado más frágil. El crimen, como la muerte de Freya, ya estaba diseñado en la mente de la madre. Sin embargo, un mes antes de la tragedia, la joven no podía imaginar las consecuencias que tendría para ella el deseo de separarse de la que sería su ejecutora; en una carta a Havelock Ellis, de mayo de 1933, Hildegart decía al sexólogo británico que planeaba hacer un viaje a Portugal; es evidente que nada imaginaba.

## Caín y Abel

De las últimas semanas de la vida de Hildegart, solo tenemos la versión que la madre repitió, sin contradicciones, el día del crimen, semanas después en la cárcel ante los periodistas y, casi un año más tarde, cuando se celebró el juicio. Aurora, según su versión - que nos hace recordar la novela Niebla, de Miguel de Unamuno-, ante la invitación al suicidio que le hacía su hija, implícita en el texto de CaínyAbel, estuvo a punto de matarse. Como vemos, esta afirmación de la madre no parece muy coherente con que la autora del texto fuera ella misma. Lo que sí parece cierto es que, en la terraza de su casa, probó el revólver que tiempo antes había comprado, supuestamente, para defender a Hildegart (este dato parece refrendado por las declaraciones de los vecinos); luego reflexionó sobre si ella era la débil y, por tanto, debía morir o la débil era su hija. Naturalmente, llegó a la conclusión de que la débil no era ella sino su hija, porque no había sido capaz de continuar la misión para la que

había sido creada. Dijo que si se hubiera suicidado se habría sentido fracasada frente a los que querían inutilizar su obra prostituyendo espiritualmente a Hildegart para que sirviera a sus innobles ambiciones «Todo antes de que triunfen ellos, ¡Si ha de morir alguien no debo ser yo precisamente!», diría a Endériz y de Guzmán meses después. Todo un monumento a la coherencia paranoica, el falso sistema de razonamiento que invierte los términos de la lógica, fijando, a priori la respuesta.

A finales de mayo lde 1933 se celebró una reunión en casa de don Pedro José Cohucelo para la lectura de un drama que había escrito, titulado La divina locura. Entre los asistentes se encontraban Aurora, Hildegart, el político barcelonés Abel Velilla, artistas, escritores y periodistas. Cohucelo, cuarenta y ocho horas después de reunión recibió una tarjeta de Hildegart con este texto: «Amigo Cohucelo: venga a vernos esta noche si es posible. Hay algo urgente». La extraña entrevista entre Cohucelo y las dos mujeres tuvo lugar en la terraza; Aurora rompió el silencio con estas enigmáticas palabras:

> -Le hemos llamado a usted porque, como es un hermano nuestro, quiero que nos aconseje en la solución que debemos tomar en determinados asuntos.

El asunto sobre el que, aparentemente, Aurora pedía consejo a su amigo consistía en que tenía la sospecha de que Hildegart pudiera sentir especial interés por Abel Velilla. Para dejar clara su posición enunció:

> -Mi hija no está en el mundo para contraer matrimonio. Casarla sería tanto como sacrificar la misión para la que ha venido a la tierra...

Hildegart, que escuchaba en silencio, se levantó y, mirando al cielo, se puso a llorar durante largo tiempo, mientras exclamaba: «¡me muero!»

Dos días después Cohucelo, que debió salir bastante extrañado de la conversación mantenida en la casa de Galileo, llamó por teléfono a las mujeres, respondiendo Hildegart.

> -¿Cómo va ese valor? - preguntó el escritor.
>
> -No puedo hablar, acaba de llegar mi madre. Solo tengo ganas de morirme - dijo Hildegart antes de colgar (Cal, 1991).

¿Dónde quedaba el compromiso con el biólogo escandinavo admirador de Hildegart, o más bien de su madre, que según revelaría Aurora a los periodistas que la entrevistaron en la cárcel era el prometido de Hildegart, si la joven no estaba en el

mundo para contraer matrimonio? Como vemos todo parecen maniobras de una enferma, que a esas alturas se había convertido - como Bernarda Alba en el drama de Lorca - en feroz guardiana de su hija, para evitar que Hildegart tuviera lo que ella nunca había podido tener ni jamás tendría: unas relaciones normales con las personas de su entorno. La envidia y el odio que siempre había sentido Aurora contra su madre y su hermana, las hembras sexuadas de la familia y el miedo a la propia sexualidad, habían configurado su personalidad. En aquellos días de la primavera de 1933, esos terribles sentimientos amenazaban a la nueva rival, su hija Hildegart.

La vida de la pareja estaba marcada por el aparente triunfo, en todos los órdenes, de la dinámica joven y la angustia de la madre ante la posibilidad de ser marginada y abandonada por su estatua humana. Hildegart se apartaba del camino trazado por Aurora para brillar con luz propia en Europa, mientras deseaba y anhelaba ser deseada por un hombre. La ingenua luchadora, ajena al peligro que se cernía sobre ella, dijo a su madre que había decidido marcharse de su lado y que, probablemente, iría a Londres para vivir «Libremente, sin imposiciones de nadie», a lo que añadió: «Dentro de dos, de tres días como máximo te diré adiós, quizá para siempre. Ya no eres más que un estorbo en mi vida, un lastre que tengo que arrojar para poder remontar el vuelo» (de Guzmán, 1977). Cuando Hildegart anunció la separación de la pareja se hizo presente para Aurora, con una dureza mil veces mayor, el dolor sufrido a sus diecinueve años, cuando su hermana le «robó» su primera obra, el pequeño pianista Pepito Arriola.

Siempre ha habido y, lamentablemente, seguirá habiendo personas con patología psíquica que tienen especial interés en la pedagogía - ejemplos muy conocidos son Rousseau o el padre del paranoico Schreber, cuyas memorias estudiara Freud-; pero no será fácil que se oculten a la mirada de los estudiosos, especialmente los que cuentan con formación psicoanalítica. Aurora ha pasado a la pequeña historia como una madre absolutamente sacrificada que renunció a ser ella misma por el bien de su hija, para que Hildegart tuviera todo - lo relativo a la instrucción- y llegara a ser la salvadora de la Humanidad. Loables propósitos los de una esforzada madre que se volvió loca ante la amenaza de que su hija la abandonara. Quizá resulte chocante decir que bajo esa máscara de sacrificio se escondía la esencia del narcisismo patológico, que necesitaba defenderse de la amenaza de una catástrofe psíquica mayor, mediante la estructura de la paranoia. A los ojos de un observador externo, las personas como Hildegart pueden parecer diferenciadas del sujeto narcisista, en este caso su madre; en realidad no representan más que objetos-self o partes del sí-mismo (Kohut, 1971) arcaicos, indispensables para el mantenimiento del débil equilibrio psíquico que pueden lograr los enfermos como Aurora. Hildegart no fue una niña, como ella misma había dicho, sino una estatua humana creada por su madre para

cumplir una misión. Aparentemente la misión era la salvación de la Humanidad; en realidad, la misión era cumplir los deseos de omnipotencia de su madre. Sabemos que para lograr un objetivo delirante Aurora no dudaba en exigir a su hija muchas horas de trabajo al día. El fiscal del juicio registró que un declarante apellidado San Martín hacía referencia a lo que hoy denominaríamos explotación laboral de la joven: «relata cómo Hildegart le dijo en cierta ocasión que durante la vida del que dijeron era su padre no le había faltado nunca nada, pero que después que le contaron que había muerto tuvo que trabajar para vivir medianamente» (Valenzuela, 1934). La criatura, la niña prodigio, en realidad había sido esculpida como el futuro brazo justiciero de su madre. A la vez que la obligaba a trabajar sin descanso, Aurora estaba creando en Hildegart el arma que la permitiría vengarse de su madre y de su hermana, superándolas con creces. Esculpía la estatua que llevaría a su creadora al Olimpo de los grandes reformadores, por ser la madre que modelaba, a su imagen y semejanza, a la redentora de la Humanidad. Para estar a la altura de la misión por la que, según su madre, había venido al mundo, era imprescindible que la criatura mesiánica no se desviara ni un milímetro, ni un segundo, del camino que su madre había diseñado para ella.

A pesar de la infatigable dedicación de Aurora, su obra se le iba de las manos, Hildegart era reclamada por hombres de prestigio para que pudiera trabajar en el extranjero. La madre, en su delirio, veía claro que detrás de estas ofertas estaba el Intelligence Service británico, que quería utilizar a su hija para oscuros intereses; además, la joven parecía enamorada de un hombre, por lo que su guardiana sospechaba que podía sentir, como años atrás pudo sentir ella misma «como tantas hembras la atracción del macho». En la mente de Aurora, Hildegart llevaba el camino de Freya, la espía de la novela Mare Nostrum, y eso no lo podía consentir. Recordemos las palabras que había pronunciado en La Malvarrosa: «Queriéndote con toda mi alma, preferiría verte muerta a saberte prostituida espiritualmente». La madre no veía otra opción que eliminar a su hija.

Seguramente, se acumulaban en la mente de Aurora los recuerdos de toda una vida. En un fragmento de su historia clínica del manicomio de Ciempozuelos podemos leer lo que decía acerca de su relación con Hildegart. En sus palabras, recogidas por el psiquiatra, no podemos diferenciar lo que corresponde a recuerdos más o menos fidedignos de lo que sería el resultado de la proyección de su agresividad en la hija; lo que parece claro es que la relación entre ambas mujeres, que para algunos podía parecer muy estrecha, tuvo, como vamos viendo, bastantes problemas: «De niña no fue dócil nunca, era rebelde, pero la madre siempre consiguió captarla. Reservada. Era hermética y gozaba con hacer sufrir, hubo un cierto odio hacia mí, nunca me quiso. El primero que sembró la semilla en contra mía

fue su propio padre (...) La hija por ley biológica se parece más al padre que a la madre, mi hija no era buena, tenía el alma mala. Ya de niña era dominante para la madre, quiso tenerla a ésta dominada. La paciente fue muy dócil para su hija, hacía lo que ella quería. Transigía por no darle una desazón. En esa época es cuando yo creo que estaba loca. En lo que no transigí nunca fue en las cosas de trabajo. No era cariñosa para nadie (...) Rencorosa (...) Pronto me convenció, al poco de nacer llegué al convencimiento de que engendré todo lo contrario de lo que pretendía. Cuando tenía meses vi que era completamente refractaria a mí. No fui escultora de carne, lo fui de piedra, por eso no la llegué a cincelar.» Como vemos, Aurora ponía de manifiesto el resentimiento y la rivalidad con Hildegart, algo que las dos mujeres habían ocultado hasta el último momento. Hablando de un complot contra ella, en el que estaría implicada su hija, afirmaba la madre filicida su superioridad sobre Hildegart: «era una inteligencia corriente y no tenía espíritu de observación» (Rendueles, 1989).

En aquella intensa relación de amor-odio, los límites, al menos para la madre, no estaban claros, lo que avala la hipótesis de que ellas empleaban los mecanismos de comunicación característicos de la folie á deux. Veamos, todavía, algún ejemplo. Cuando Eduardo de Guzmán (1977), el periodista que entrevistó a Aurora en la cárcel, insinuó que el artículo «Caín y Abel», que firmó Hildegart, lo pudo haber escrito ella, la respuesta fue: «¡Qué más da! (...) En vida de Hildegart las dos estábamos tan identificadas cerebralmente que éramos una misma y sola persona; ahora ella ha muerto y yo... ¡Ahí tiene el artículo! Léanlo y vean si encuentran justificadas mis palabras». Una nueva prueba de que la relación entre ellas había tenido, en muchas ocasiones, unas características próximas a la simbiosis, nos la dio Aurora cuando dijo a de Guzmán, pocos meses después de la muerte de Hildegart: «sin ella me considero exhausta, vacía por dentro como la cáscara de una fruta a la que faltan el jugo y la pulpa». Una sensación de vacío que es característica de los pacientes narcisistas y bordeline y que muestra la imposibilidad que tienen de hacer el duelo por una figura materna que habrían deseado tener y no tuvieron. En vez de esa figura tuvieron otra que fue insuficiente para responder a sus demandas afectivas en la primera infancia; en consecuencia, la sensación de vacío casi insoportable reaparece, en estas personas, ante cada nueva frustración. Parece que Hildegart, en algún registro, y siempre en palabras de Aurora, había detectado su condición de mero objeto-self al servicio de su madre: «Quieres que triunfe pero no con mi propia personalidad, sino como una prolongación de la tuya» (...) «Y que la gloria, caso de alcanzarla, sea la que tú sueñas, no la que puedo anhelar yo» (de Guzmán, Ibíd.).

Como ya sabemos, a principios de junio de 1933 Margarita Xirgu preparaba Medea, la obra de Séneca que Unamuno había traducido para ella. El estreno sería en

el Teatro Romano de Mérida en el primero de los festivales de la ciudad extremeña, llamada siglos atrás Emerita Augusta. La tragedia, una versión romana de la obra homónima de Eurípides, se aproxima a su cenit cuando Medea, la maga, al sentirse despreciada y abandonada por su marido, para casarse con la hija del rey, da rienda suelta al odio acumulado y mata, con hechizos, a la que iba a ser la nueva mujer de_ asón. Ese horrendo crimen, por tener alguna lógica, no representa la verdadera magnitud de la tragedia; solo la anuncia. Lo que sobrecogerá al espectador no es el asesinato por celos, sino la actuación contra natura de una madre. El odio, más poderoso que el amor, hace que Medea para vengarse del que había sido su marido causándole el dolor más profundo, decida matar a sus propios hijos, precisamente, porque lo eran de_jasón.

¿Qué ocurría en la casa madrileña de la nueva Medea, durante aquellos días de junio de 1933?, mientras el peor de los crímenes se ensayaba en el teatro emeritense. Podemos afirmar que las dos mujeres vivieron en un clima auténticamente siniestro; una locura desencadenada por el esfuerzo de la madre para conservar su equilibrio, aun a costa de la vida de su hija.

Frente a la imperiosa necesidad de la enferma de no caer en el abismo de la melancolía, se alzaba la urgencia de su hija de huir, de viajar y vivir, por primera vez, libre de la asfixia que le producía la enfermedad de su madre. Aurora declaró al periodista: «A toda costa Hilde quería separarse de mí. A toda costa yo tenía que retenerla conmigo». La madre utilizó todos sus recursos para doblegar la voluntad de su hija, incluso procuró que se sintiera culpable por abandonar a su abnegada creadora. La hija no quería ceder y desafió a su madre a acometer, ella sola, la ingente tarea que había echado sobre sus hombros desde que era una niña.

Al ser preguntada, por el periodista Endériz, sobre si Hildegart pensaba viajar al extranjero con su prometido o con otro hombre, Aurora, después de titubear, le contestó que viajaría con un hombre, pero que no se trataría de «un pretendiente ni de una pasión amorosa. Si alguien trataba de prostituir a mi hija, como yo misma he dicho en alguna ocasión, la prostitución era espiritual, no física y corporal». Ante la insistencia de los periodistas en el tema amoroso, la madre respondió que estaba alarmada ante la posibilidad de que Hildegart se sintiera atraída por un hombre que no fuera un biólogo escandinavo que, según ella, era su prometido. El propio de Guzmán (Ibíd.) dudaba de la existencia real del biólogo: «Acaso por ello creó en su imaginación un ser excepcional dotado de lo que ella consideraba máximas virtudes, es decir, que compartiera sus ideales y que no pretendiese en ningún momento que la joven se alejara de su madre y se consagrara con el mayor ahínco a la realización plena de sus sueños. Es seguro que en repetidas ocasiones habló a su hija de ese sabio

extranjero, de gran talento y personalidad enamorado de la muchacha sin conocerla, y que poco a poco llegara a convencerse a sí misma de su realidad y de la existencia de un compromiso matrimonial que ponía a salvo a Hildegart de las asechanzas masculinas». Según Aurora, ésta le hablaba a su hija, con frecuencia, del sabio escandinavo; incluso le llegaba a leer en voz alta algunas cartas que, curiosamente, siempre estaban dirigidas a la madre. La parricida mostró la abierta rivalidad con su hija cuando contó a los periodistas, refiriéndose a una supuesta carta del biólogo: «A Hilde le sacó de quicio advertir que me admiraba a mí más que a ella y me lo dijo con ojos en los que brillaba la rabia y el odio. Tuvimos una escena terrible, y aunque acabamos haciendo las paces, se abrió ya entre nosotras un abismo que solo podía cerrar la muerte de una de las dos».

Este prometido, que más parece una creación delirante de Aurora, incluso el resultado de una escisión de su propia mente, era, en todo caso, una fórmula para intentar vencer a su hija y neutralizar la expresión de su feminidad, una muestra más del odio a la sexualidad, sobre todo femenina, que esta mujer sentía desde niña. Un odio que alcanzaba todo su esplendor en las declaraciones realizadas en la cárcel: «Hildegart enamorada, rendida y entregada a un macho sería una hembra más que olvidaría su misión para solazarse en el simple y animal placer de la carne» (de Guzmán, Ibíd.). ¿No estaría recordando su propia historia, cuidadosamente relegada a lo inconsciente, durante diecinueve años?

La fantástica historia que Aurora había tejido en torno a sí misma y a su hija se puede acercar a la realidad si la observamos bajo el prisma de la organización narcisista de la personalidad y sus derroteros vitales, contemplando lo sucedido como expresión de la herida sufrida por una madre al ser frustrados sus anhelos de omnipotencia. La clave decisiva de su actuación se la reveló a los periodistas al confesarles sus sentimientos ante la actitud rebelde de Hildegart: «De saberlo por anticipado; de haberlo llegado a sospechar siquiera hace unos lustros, Hilde no habría llegado a nacer». Es decir, manifestaba su arrepentimiento por haber dado vida a una hija que quería dejar de ser la cría de canguro que había llamado la atención de Besteiro. Ya que la había permitido nacer y vivir, a costa de pagar el precio de ser objeto de su sadismo, no podía permitir que fuera libre; por eso afirmó que fue necesario matarla: «Tuve que hacerlo y no me arrepiento de haberlo hecho. Pero para tener el valor y la decisión necesaria, había sido preciso que Hilde me pidiera, me suplicara una y otra vez que terminase con ella» (de Guzmán, Ibíd.). Evidentemente estas palabras parecen obedecer a la racionalización delirante al servicio de evitar el sentimiento de culpa.

Aurora construyó su delirio de tal manera que, de haber ocurrido las cosas como

ella las relataba, habrían sido la expresión plena de una folie á deux. No creo que su versión expresara, en lo más mínimo, la realidad de lo ocurrido; considero que sería un modo de atenuar su sentimiento de culpa y de defenderse ante los periodistas. La parricida explicó la participación de Hildegart en su propia muerte, siguiendo el modelo de delirio compartido que regía su mente: «Porque al final comprendió que no estaba a la altura de su misión, había defraudado mis esperanzas, se sentía débil y temió que, de seguir viviendo, se hundiría inevitablemente en el abismo que le anunciaba». Ante la incredulidad de los periodistas, siguió argumentando: «Fue un momento de crisis decisiva en su vida y la mía. Planteada ante nosotros la necesidad apremiante de tomar una determinación, Hilde optó por la muerte, plenamente consciente de lo que hacía» (de Guzmán, Ibíd.). ¿Estaban actuando las defensas paranoicas de Aurora o, simplemente, estaba mintiendo?

Creo que es oportuno intercalar, en este momento, un fragmento del libro que publicó Valenzuela, el fiscal de la Causa, donde exponía, a su modo, las consecuencias del déficit de la función paterna que sufrió Aurora durante toda su vida: «Aurora Rodríguez padeció la influencia ambiente y en su temperamento paranoide, enfermizo, de exagerada valoración del yo, germinó típicamente la mala semilla: la rebeldía, e indisciplina alcanzaron en ella proporciones desmedidas. Y Aurora Rodríguez tuvo su moral propia un buen día, cualquiera, en que la soberbia de su personalidad se exaltó sin que intentara asfixiarla, porque hacerlo suponía disciplina, subordinación al pensamiento moral predominante; y la parricida se creó un personal concepto de las relaciones paterno-filiales porque el exponente del pensamiento común sobre dicha cuestión - el derecho vigente sobre la materia - no era elaboración suya; y, en resumen, la madre de la apasionada propagandista - de equivocados procedimientos a juicio nuestro - de los principios eugénicos fue un caso significadísimo, tipo, de la característica indisciplina española, cir cunstancia que en alguna medida contribuyó a que el crimen se cometiera» (Valenzuela, 1934).

La versión de los hechos ocurridos en los días siguientes dada por Aurora en las entrevistas que, desde la cárcel, solicitó a los periodistas de La Tierra, pudo ser una burda mentira, pero también pudiera tratarse de una convicción delirante, ya que tiene las características esenciales del delirio paranoico; concretamente, de la restitución paranoica. Hildegart, según ella, salió de casa la tarde del 8 de junio de 1933, unas horas antes de su muerte, y volvió cambiada y convencida de que su madre tenía razón; en consecuencia, admitiendo su debilidad, pidió a su madre que la matara. Según Cal (1991), la última salida de Hildegart de su domicilio fue el día 6 de junio de 1933, para llevar a la redacción de La Tierra el primero de lo que pretendía ser una serie de artículos sobre su militancia en el Partido Federal. No parece verosímil que Aurora permitiera salir a su hija cuando se sabe que el doctor Orive llamó por

teléfono a la casa en aquellos días y ella, en pleno delirio, respondió a la llamada cortando el hilo, para dejar incomunicada a Hildegart.

1 En aquellos días las dos mujeres recibieron un ejemplar del número tres de la revista The Adelphi, con un artículo de Havelock Ellis dedicado a Hildegart y titulado La Virgen Roja. La reacción de Aurora a la lectura del trabajo es una interesante muestra de su estilo delirante de interpretar la realidad. En el texto de Ellis, según ella, aparecían las pruebas evidentes de que sus sospechas eran ciertas; el título «La Virgen Roja» lo decía todo: Hildegart, «la virgen», sería convertida en prostituta universal, al servicio de las ideas «rojas». El sexólogo británico comenzaba haciendo una alabanza de las mujeres españolas y, seguidamente, hablaba de la sorprendente trayectoria de Hildegart, sin olvidar la influencia de Aurora, a la que llamaba «madre notable». Se extendía Ellis en elogiosos comentarios de los libros de la joven abogada, haciendo especial referencia a la importancia de la eugenesia como idea fundamental; también destacaba la labor de Hildegart como conferenciante, sus opiniones acerca del socialismo y su visión sobre el futuro de la República, sin olvidar hacerse eco de que la escritora consideraba el problema sexual, «la llave para todo el resto». Hacía referencia el autor a la ingenua coquetería de Hildegart, su «cariñosa discípula», que le pedía perdón por escribirle tanto, y amenazaba, en caso de no obtenerlo con frases como: «lloraré un poquito». El reputado sexólogo decía que Hildegart seguía «siendo una niña en espíritu», y que le había escrito con entusiasmo sobre su oso de peluche. Alababa el maestro la celeridad y eficacia de la joven en la creación de la versión española de la World League for Sexual Reform, y de la revista Sexus, disculpándola porque no hubiera podido preparar, hasta ese momento, el Congreso Internacional. Terminaba Ellis su artículo con citas de La rebeldía sexual de la juventud. Como vemos, La Virgen Roja era un texto escrito en tono paternal, cariñoso y elogioso para la joven, en el que no faltaba la referencia al mérito de su madre, algo que, lamentablemente, no resultó suficiente para aplacar los celos de Aurora. Ellis representaba, en la mente de Hildegart, algún tipo de figura paterna - sabemos que le llamaba el «padre» de la Liga Española para la Reforma Sexual - y eso tampoco podía ser tolerado por su madre.

El propio Ellis (1934), en el capítulo V de My Confessional, titulado Hildegart y publicado un año después del asesinato, hacía una elogiosa reseña de la joven licenciada española quien, según el autor, mientras alcanzaba la edad legal para ejercer el derecho, «estaba trabajando en filosofía y medicina» y deseaba visitar otros países «especialmente Inglaterra»; también alababa sus actividades como periodista y autora de libros «sobre eugenesia, educación sexual y control de la natalidad». Ellis se mostraba un gran admirador de las mujeres españolas y con gran esperanza en su «joven abogada española». Pero al final del capítulo, no tuvo más remedio que

confesar: «Las esperanzas aquí expresadas estaban destinadas a ser rotas (...) doctor Hildegart (as she became) cuyas actividades como escritora en popularizar el conocimiento sexológico, como conferenciante y como secretaria organizadora de la rama española de la liga mundial para la reforma sexual crecían siempre de manera más evidente. De repente, antes de que alcanzara los 19 años, Hildegart fue disparada en su cama por su madre. La madre y la hija, según mi conocimiento, han estado profundamente unidas y eran inseparables, aun en las aulas universitarias. Hildegart era una hija ilegítima y su madre, doña Aurora Rodríguez, una mujer de muy extraordinario carácter y capacidad, consideraba a su hija como su propia y exclusiva creación y como la portavoz de sus propias ideas y aspiraciones. Esta absorción y la celotipia resultante, al final llegaron al extremo morboso y demencial». Triste necrológica de Havelock Ellis para una discípula tan prometedora.

Volvamos, de nuevo, al infierno de la casa de Galileo en la que durante los primeros días de junio de 1933 sobrevivían, aisladas del mundo, las dos mujeres. Hasta aquel momento, a Hildegart le había sido permitido vivir dieciocho años, a condición de permanecer sometida a los designios de su madre. Durante ese tiempo, la poderosa Aurora se había ido desembarazando de sus posibles rivales españoles, pero ya no podía pudo competir con H.G.Wells y H.Ellis, figuras relevantes de la intelectualidad británica. Ella, a pesar de considerarse masculina, como confesó a su psiquiatra, no pudo llevar a cabo la función paterna que Hildegart necesitaba; mucho menos pudo lograr mantener a su hija como si fuera un ser asexuado a imagen y semejanza de la mujer que había aparentado ser ella misma, al menos, desde la ruptura con el padre de su hija. Aurora se sentía en peligro de ser derrotada por los hombres que empezaban a tener más influencia sobre su hija que ella misma y, por si fuera poco, Hildegart, el objeto-selfanaclítico, amenazaba con abandonarla a su suerte. La mujer se sentía acorralada, no podía permitir que, de nuevo, la derrotaran los más poderosos; no podía tolerar sentirse fracasada, una vez más; por tanto, su mente inconsciente necesitaba urdir una trama delirante que sirviera para poner las cosas en su sitio. Necesitaba crear un sistema que, en su delirio, resultara coherente y lograra evitar los sentimientos de derrota y de culpa. Ella no sería vencida ni despreciada por hombres poderosos ni por aquella hija que había sido, desde hacia tantos años, el único soporte de su existencia.

El sistema delirante, una vez desencadenado, necesita realimentarse para mantener su eficacia. Las pruebas que iba acumulando la madre, que se convertiría en asesina de su propia hija, no se limitaban al mensaje oculto en el artículo de Ellis; también estaba convencida de que los criados habían dejado documentos estratégicamente escondidos por la casa, para que ella los encontrase. El delirio necesita coherencia y no pueden quedar resquicios; las palabras de Freud (1901): «Un rasgo llamativo y

universalmente señalado en la conducta de los paranoicos es que otorgan la máxima significación a los pequeños detalles, en que ordinariamente no reparamos, del comportamiento de los demás, de ellos se extraen interpretaciones y las convierten en base de unos extensos razonamientos», bien hubieran podido referirse a nuestra protagonista. En efecto, Aurora encontró la «explicación» a la «estratégica» colocación de los documentos para que ella los encontrara cuando preguntó a Hildegart por la disposición de los mismos; su hija le dio una respuesta que, para ella, confirmaba la peor de sus sospechas: «mamá, no lo sabrás nunca». Como vemos con toda claridad, la mente delirante se afana, exclusivamente, en obtener, a cualquier precio, coherencia entre la supuesta realidad y la fantasía. Como sabemos, casi tres años después de estos hechos y ya recluida en Ciempozuelos, Aurora contaba a su médico que hasta el año 1932 no se había dado cuenta de que los marxistas la espiaban y compraron a la criada, además de que su hija estaba entre ellos; «eran muchos los hilos que tenían tendidos, estaban dispuestos para eliminarla», escribiría el psiquiatra historiador (Rendueles, 1989).

En aquellos terribles momentos fue a visitarlas Anselmo Sanz, un profesor del colegio de sordomudos a quien solo conocían de verlo en conferencias; al parecer, el profesor quería venderles una docena de huevos. Aurora también descubrió el «significado secreto» que tenía la oferta de los huevos y, naturalmente, echó de su casa al intruso con improperios. A pesar de su actuación, ella misma no pudo explicarse, pasado el tiempo, cuál había sido la misión de ese señor. La tensión psíquica a la que estaba sometida la protagonista de esta historia se elevaba de forma insoportable, porque sentía que le ocurrían cosas tan extraordinarias, que solo podían explicarse por la existencia de un gravísimo complot urdido contra ella. Poco a poco, el destino fatal iba tejiendo, en torno a las dos rivales, una red de la que ninguna podría escapar. La mujer que había planeado reformar la Humanidad se había sentido traicionada. Aurora no podía confiar en nadie porque los políticos nacionales recibían órdenes del extranjero y habían preparado cuidadosamente un complot para que ella, al ser abandonada por su hija, se suicidase; pero ella era muy astuta y creía haberlo descubierto a tiempo.

Como antes decía, lo más probable es que, en la primavera trágica o, al menos, desde finales de mayo, Aurora tuviera tomada la decisión de matar a Hildegart, en caso de que ésta no renunciara a sus planes de independencia. En el juicio quedó probado que la madre filicida fue a ver a una vecina del barrio, Benigna Carballo, para acordar con ella que, a cambio de una cantidad de dinero, ésta le cuidara los tiestos y los perros durante tres o cuatro meses mientras viajaba a Cuba para visitar a su hermano. Parece cierto que Aurora pretendía hacer un viaje con Hildegart para intentar disuadir a la joven de su intención de marcharse y librarse de ella. Siempre

nos quedará la duda de si, al preocuparse por los animales y las plantas, la madre estaba pensando en el posible viaje, planeaba matar a su hija o, lo que parece más probable, se daba cuenta de que, en cualquiera de los dos casos, ni su hija ni ella estarían en condiciones de cuidar perros y regar plantas.

El delirio tenía la función de enmascarar la auténtica realidad psíquica de la madre asesina. En las declaraciones realizadas en la cárcel, a Eduardo de Guzmán (1977), pueden encontrarse las características de la proyección delirante que, como sabemos, es una defensa necesaria para evitar el sentimiento de culpa; sin embargo, Aurora parecía tomar algún contacto con el deseo largamente soterrado en su inconsciente cuando dijo estas escalofriantes palabras al periodista: «En cualquier caso no quiero ocultar que fue para mí una gran alegría, en medio del desgarramiento feroz que implicaba el crimen, la conformidad de ella en morir, aquel reconocimiento explícito de su fracaso y de las razones, aquella súplica angustiosa de un inmediato regreso al mundo de los espíritus de donde había venido». Como vemos, reconoció su alegría por haber anulado, en la fantasía, la existencia de su hija y haber conseguido su «regreso al mundo de los espíritus de donde había venido». Estas palabras dejan traslucir algún tipo de contrariedad por el hecho de que Hildegart hubiera existido. Muy pronto aparecería en las entrevistas concedidas en la cárcel y de manera muy evidente, el odio que Aurora tenía a Hildegart, aunque transformado, defensivamente, en la ejecución de la respuesta a una petición de castigo, por parte de su hija: «En el fondo, al implorar un merecido castigo, mi hija no hacía otra cosa que expresar mi pensamiento». También emergió la arrogancia narcisista de quien, en su delirio, se consideraba creadora de una estatua humana que solo podía existir a condición de ser su esclava: «Es decir en aquella noche decisiva volvía a ser Hildegart; la mujer que yo había concebido en mi cerebro antes que en mis entrañas, para que fuese enteramente mía, sin más voluntad ni más pensamiento que mi pensamiento y mi voluntad». Podemos sorprendernos al comprobar el sadismo que subyace en la paranoia: «Esto me consolaba porque demostraba que, por encima de sus debilidades humanas, del ansia de vivir lógico y natural a sus dieciocho años, se daba perfecta cuenta de que debía morir por haberse desviado del camino trazado».

Aurora continuó el macabro relato diciendo a los periodistas que su hija se había despertado brevemente a las cinco de la ma ñana del día fatal y se había sorprendido de seguir viva, diciéndole «¿Todavía no, madre?», para luego volver a dormirse. Evidentemente, de haber sido cierta esta versión de la madre asesina, la folie ti deux hubiera llegado a su cenit la noche de autos. Lo que llegó al cenit fue el odio de Aurora contra su hija y la necesidad de matar, en el joven cuerpo de Hildegart, la sexualidad de su madre, la de su hermana, la de su hija, y su propia condición de hembra sexuada. Todos estos sentimientos de odio y envidia los había depositado

sobre la Virgen Roja que manifestaba tímidas intenciones de dejar de serlo. Hildegart que, teóricamente, había sido creada para liberar a la mujer, sería asesinada porque su madre se intentaba liberar, inconscientemente, de su condición de mujer. Eduardo de Guzmán (Ibíd.) cuenta que Aurora le confesó, refiriéndose al nacimiento de Hildegart, lo que sintió cuando la comadrona le anunció que era madre de una niña: «En ese mismo instante, comenzó para mí una larga y azarosa lucha que había de prolongarse durante 18 años». Una larga y azarosa lucha a la que decidió poner fin seis meses antes de que su hija cumpliera 19 años.

Llarch (1979) reproduce unas declaraciones que hizo a la prensa Julia Sanz, la criada de la casa. Julia, a la pregunta del periodista:

> -~Y cuando la señora probó la pistola, no sintió su hija miedo de que la matara?
>
> -No. La señora quería mucho a la señorita... Ya ve usted si llegaba a extremos su cariño que ella la vestía, la lavaba y no consentía que jamás yo acudiera en su ayuda... La noche anterior al crimen, oí a la señora decirle a la señorita: «Pero hija, ¿cómo piensas que te pueda yo matar queriéndote como te quiero?».

Por fin, hacia las ocho de la mañana, después de una noche que suponemos terrible, nuestra protagonista consumó el filicidio. Aurora Rodríguez Carballeira disparó meticulosamente a la sien de su hija; Hildegart al recibir el balazo, mientras dormía, se estremeció violentamente y exhaló un profundo suspiro. La madre asesina, para justificarse, necesitaba seguir delirando: explicó a los periodistas que sabía bien «que aquel suspiro nada tenía de dolor o de angustia; que no había en él desesperanza o pesadumbre. Era un suspiro de alegría sobrehumana, de exaltación mística, de liberación definitiva... Como si repentinamente se abriera ante ella un camino de luz; como si al despedirse de la vida se librara de todas las miserias humanas, como si en aquel instante único sintiera la transfiguración que ilumina los últimos instantes de todos los mártires de las ideas liberadoras...» ¿De qué liberación hablaba Aurora?, ¿De la liberación de Hildegart o de la suya?, después de eliminar a la mujer que consideraba la causa de todas sus tribulaciones.

La parricida no titubeó y continuó asegurándose el objetivo; disparó, de nuevo, a la cabeza de su hija, luego al corazón y un cuarto balazo, ya sin apuntar. Así relató lo ocurrido: «Yo sentía que el espíritu abandonaba el cuerpo ya muerto e incluso que retornaba a mí, que había sabido crearlo (...) Me recobraba a mí misma; tras muchos lustros me volvía a encontrar al sentir que el espíritu de Hilde se unía de nuevo con el mío, formando un todo estrechamente enlazado, indisolublemente unido. Fue un

instante terrible y grandioso, siniestro y alucinante en el que conjuntamente sentía la alegría salvaje del triunfo y la tristeza del gran fracaso...». Recordemos que Rascovsky (1973) atribuye el filicidio a las graves regresiones esquizoparanoides que abruman a la especie humana y 'nos hace ver que la ambivalencia de los sentimientos, con respecto a los hijos «se observa con particular precisión en el ritual de muerte y resurrección vigente en diversas culturas». El autor cita una oportuna frase de Frazer: «Estos ritos se hacen inteligibles si suponemos que en esencia consisten en extraer el alma del joven con el objeto de transformarla en su tótem». Como vemos, no hay nada nuevo bajo el sol.

1 Al oír las palabras de Aurora que reflejan el triunfo de la madre asesina, también nos parece estar oyendo a Medea en el trance salvaje que alcanzó después de matar a su hijo: «Recobré ya el poder, el hermano y el padre. Ya tienen de nuevo los colcos el despojo del carnero de oro. Volvió el reinado; volvió la doncellez que me fue arrebatada (...) Un gozo grande me inunda sin quererlo; hele que crece» ¡Qué espantosa similitud entre las palabras de Medea y las de Aurora! Ambas mujeres, la real y la mítica, vienen a expresar lo mismo: la siniestra posibilidad de restaurar una integridad supuestamente perdida, a la vez que la virginidad, que solo se conseguiría destruyendo el testimonio de aquella pérdida, ¡Matando a los hijos! Si intentamos encontrar alguna explicación a este tipo de actitudes, vemos que Freud (1918) en El tabú de la virginidad dice que la desfloración «desencadena también una reacción anárquica de hostilidad al varón, que puede cobrar forma patológicas»; también afirma que hay mujeres cuyo vínculo permanente con el primer marido, al que ya no aman, es el deseo de venganza, muchas veces inconsciente: «No se liberan de él porque no han consumado su venganza en él». No se le ocultaba al creador del psicoanálisis una realidad que, según Aurora, caracterizó la afrenta carnal sufrida por ella para poder concebir a Hildegart; Freud señala en el referido estudio que la primera relación sexual «hartas veces no significa más que un desengaño para la mujer, que permanece fría e insatisfecha.. .»; es decir, apunta que una de las causas del deseo de venganza contra el varón es la frustración sexual. ¿Podrá ser una causa de filicidio, en la mujer, el deseo de vengarse del hombre que produjo la gran frustración, vivida como afrenta arcaica?, ¿podrá vivirse, por este tipo de mujeres, la eliminación de los hijos del varón frustrante como una forma de restauración delirante del sí-mismo femenino? Creo que, en el caso de Aurora, el deseo de vengarse del hombre traidor y la fantasía de la supuesta recuperación una integridad perdida en la afrenta carnal tuvo un papel muy relevante. Los poetas, como diría Freud (1910) tienen una capacidad superior al resto de los mortales para captar los lugares más recónditos de la mente humana; si Eurípides, luego Séneca y más tarde Corneille fueron capaces de ver en Medea esos delirantes registros, debemos tenerlo en cuenta. Si una mujer de carne y hueso, en una situación delirante repite, en la

realidad, lo escrito por los trágicos, debemos rendirnos ante la evidencia.

Después de consumado el crimen, la nueva Medea se vistió y salió de la casa; los vecinos, que no parecían haber oído ningún ruido, tampoco notaron nada extraño al cruzarse con ella en la escalera. Aurora tomó un taxi y se dirigió a casa del abogado Botella Asensi - el futuro ministro de justicia - y lo sacó de la cama para decirle, secamente, que acababa de matar a su hija. Como es habitual, la intensidad del delirio paranoico disminuyó al consumarse el crimen; ya no era necesario convencerse de la necesidad de que Hildegart muriera, la desdichada joven había dejado de ser una amenaza para su madre.

Aurora contó a los periodistas la versión de los hechos antes reproducida; una historia en la que resaltaba que Hildegart, al darse cuenta de que no estaba a la altura de la misión encomendada, pidió a su madre que acabara con su vida. Sin embargo, la pri mera declaración ante el juez de la madre filicida es diferente: en el folio 14 del Sumario consta la referida declaración de nuestra protagonista, en estos términos: «esta mañana, poco después de las ocho había ido la criada Julia a entregar dos perras propiedad de la declarante a la dicha Benigna, quedando solas en la casa madre e hija y que entonces esta manifestó deseo de separarse de ella y marcharse en viaje de propaganda política a Valencia y Barcelona con algunos de sus correligionarios, a lo que se opuso la declarante y como su hija insistiera enérgicamente en su deseo, enloquecida, cogió el arma y disparo repetidas veces sobre su hija» (Valenzuela, 1934). Tampoco este relato es verosímil; las características del escenario del crimen, la posición del cadáver y el dictamen de autopsia la contradicen. Un dictamen forense que, a decir del fiscal Valenzuela, también contradice la morbosa teoría que aparece en la carta que Norman Haire escribió, el 16 del junio de 1933, a Havelock Ellis. Dicha carta, como sabemos, recoge la versión de un estudiante del último curso de medicina que tildaba el asesinato de «crimen sexual» porque, según él, en el cadáver «Había dos agujeros de bala en la cabeza, uno en el pecho izquierdo y uno en el sexo». No he podido consultar el informe de autopsia porque no figura en los legajos del Archivo General de la Administración; pero en dichos legajos consta que el fiscal, en sus conclusiones provisionales, afirmaba que los disparos fueron «dos a la sien derecha, uno al corazón y otro al maxilar derecho».

# VIII

# La cárcel

El juez Sr. Domínguez, el mismo día del asesinato y después de tomar declaración a Aurora, decretó su prisión incomunicada. En consecuencia, la filicida fue trasladada a la Prisión de Mujeres de Madrid, un lúgubre establecimiento penitenciario situado en la Calle de Quiñones del barrio de Noviciado. Como decía antes, Aurora fue a parar al mismo barrio que eligiera Benito Pérez Galdós, en 1888, como escenario de su genial novela de la frustración, que lleva por título Miau.

## Aurora en estado puro

A partir del momento en que ingresó en la cárcel, la personalidad patológica de Aurora se pudo manifestar de una manera más nítida. Con el aumento de la tensión psíquica que suponía la vida en prisión fracasaron las defensas más evolucionadas; en consecuencia, pasaron al primer plano los mecanismos defensivos arcaicos que reflejaban, de forma más evidente, la psicopatología y los rasgos caracteriales de la protagonista de la historia. Además, las condiciones del establecimiento penitenciario, como manifestó la propia Aurora, dejaban mucho que desear.

La más famosa inquilina del «Hotel de la calle de Quiñones» - como llamaban a la cárcel las prostitutas madrileñas - fue la dirigente comunista Dolores Ibárruri, quien en sus memorias describía así la Chopa, una sala sin ventanas exteriores donde se «alojaba»: «Chepa estaba silenciosa y oscura y con un olor agrio a orines que se metía en la nariz y en la garganta, produciendo un picor desagradable: En esta sala estaban los retretes, que muchos días carecían de agua, haciendo el aire irrespirable» (Ibarruri, 1963). Las condiciones del Hotel de Quiñones debían ser tan deplorables que Victoria Kent, nada más tomar posesión de su cargo como Directora general de Prisiones, ordenó edificar, en el barrio de Ventas, una nueva cárcel de mujeres.

Para intentar conocer cómo se desarrolló la vida de Aurora en aquella prisión de Quiñones, contamos con un documento importante; se trata del informe de los peritos psiquiátricos de la defensa, doctores Sacristán y Prados. Transcribiré literalmente algunos párrafos del capítulo denominado Conducta de la procesada. La filicida, nada más ingresar, ya manifestó un rasgo paranoide muy característico, la grandiosidad enigmática. Leemos en el informe de Sacristán y Prados: «En el momento de ingreso en la prisión dice a la vigilante que la acompañaba: Tres cosas hay en la tierra que significan triunfar en la vida: crear, luchar y matar»; como recordaremos, se trata de las mismas palabras que aparecían en el artículo «Caín y Abel», que decía haber

escrito ella, aunque estaba firmado por Hildegart. Al ver la celda de incomunicación a la que había sido destinada, continuó utilizando el mismo tipo de defensa grandiosa. Exclamó: «Qué horror, qué inhumano!... para estos casos debería haber una habitación especial, adornada con flores».

Cuando le fue levantada la incomunicación, parece ser que lo primero que hizo fue interesarse por el estado de salud de sus animales. La buena relación con los animales, además de ser un signo de cultura y evolución personal, parecía constituir en su mente un área libre de conflicto (Hartmann, 1964) que permitía a Aurora expresar afectos a unos seres de los que nada malo podía temer y con los que estaba a salvo de la angustia que pueden desencadenar las relaciones humanas; además, es muy posible que se identificara con ellos porque los consideraba, como a sí misma, seres inocentes pero injustamente tratados.

Como ejemplo de la utilización, por parte de nuestra protagonista, de defensas grandiosas de tinte maníaco, podemos leer la parte del informe pericial que describe su actitud, después de prestar declaración ante el juez: «vuelve del locutorio alegre y expansiva, diciendo que el juez la ha comprendido, que está contenta, que lo pasado queda atrás y que, en adelante, está dispuesta a seguir su obra (.. .)Protesta de que, sin su permiso entraran en su casa a hacer fotografías y dice que no perdonará que sus correligionarios dejaran ver el cadáver de su hija en el depósito. Pide libros, flores y muebles para decorar su celda de un modo autoritario». En la cárcel también ejercía un control sádico de sus semejantes, lo que nos hace pensar en el comportamiento que pudo tener con su hija, mientras la mantenía bajo su exclusiva influencia: «Hace del departamento en que se encuentra su feudo; obliga a que le sirvan otras reclusas, y pone reglas de cómo deben tratarla, sin dejar un momento de llamarla Doña, porque es señora no por nobleza, sino por sus méritos de estudio».

La rabia narcisista, característica de las etapas primitivas del desarrollo de la mente, no abandonó a Aurora en la cárcel. Al enterarse de que alguien había dicho que no era la madre de su hija, respondió: «•A ese chacal, a su mujer, y a los chacalillos de sus hijos habrán de exterminarlos mis manos!, pero no con el revólver sino como se merece exterminar la simiente humana que es vil: cortándoles el cuello y exponiéndoles así a la vergüenza pública». Manifiesta también un odio enorme a una gran figura de la medicina española, a cuya esposa considera como espía internacional y afirma que sus hijas son ya lobatas del mal, que deben ser exterminadas pese a quien pese.

La omnipotencia y las defensas maníacas actuaban cuando pensaba en el juicio al que sería sometida: «Yo seré la enjuiciada enjuiciadora, acusaré y caiga quien caiga. Mi abogado me defenderá en la parte jurídica, pero yo misma me defenderé en la

parte filosófica».

1 El trato sádico que dispensaba a las demás reclusas llegaba al extremo de hacerlas permanecer en pie, mientras ella les exponía sus ideales para, a continuación, ofrecerles la libertad inmediata y lanzarles arengas de este tenor: «Hay que dejar de ser hijas de borregas, despertad, abajo la mujer paridora».

En las circunstancias de tensión propias de la vida carcelaria, no podía faltar el delirio de persecución. Aurora acusó a una empleada de la prisión que, según ella, estaba al servicio de los marxistas internacionales de espiarla bajo la dirección de un político socialista.

La filicida exigía que no le cerraran la puerta de su celda; un día se la cerraron y reaccionó como describieron los peritos: «se atrinchera detrás de ella y en unión de dos reclusas enfermas, a las que tenía amenazadas, si no la obedecían, se mantiene du rante tres horas sin ceder a las consideraciones del personal, hasta que consiente solo a la presencia del director, a quien insulta soezmente. Una prueba de que su mente había logrado ser más fuerte que la de los miembros de la institución penal, son estas escuetas palabras del informe forense: «Otro día, porque una celadora le cierra la puerta, la abofetea».

Los problemas que Aurora causó, durante su estancia en prisión, parece que no tenían límite. Al volver a la cárcel tras una breve estancia en el Hospital Provincial para ser explorada, insultó e intentó dar una patada en los genitales al guardia que la custodiaba, «por ser hijo de un indecente vientre paridor y borrego».

Con motivo de la recepción de una carta acusatoria por hacer comercio con la memoria de Hildegart, Aurora manifestó algo que veníamos suponiendo: la rivalidad que había tenido con su hija y la agresividad sentida contra ella. Así reaccionó al recibir la carta: «yo no tengo por qué callar más tiempo. Mi hija no hizo nada, todo lo hice yo y lo diré aún cuando me persigan los socialistas y los masones».

Los peritos que visitaron a Aurora también pudieron observar el fallo de sus defensas grandiosas y el avance de los elementos depresivos. En mi opinión, la depresión psicótica fue la gran amenaza inconsciente que sufrió durante toda su vida. Afirmaron los doctores que, en la última etapa de su observación, se manifestaba, «a veces, ligeramente deprimida, desengañada con respecto a su obra inmediata, la regeneración de las reclusas, las cuales se ríen de ella y la llaman chiflada. A veces suele llorar incluso delante de los que suscriben, sin que este llanto signifique en modo alguno arrepentimiento y manifiesta una singular preocupación porque la puedan considerar como loca». Sacristán y Prados no dudaban del diagnóstico de

paranoia pura incurable, y añadieron que era una enferma peligrosa, aunque especificaban: «no es precisamente el contenido del delirio lo que motiva la peligrosidad, sino el tipo de personalidad de la procesada, esencialmente combativa y agresiva». El informe pericial, al que me he venido refiriendo, está firmado por los doctores José Miguel Sacristán Gutiérrez y Emilio Prados Such y fechado el 20 de septiembre de 1933.

Así como son frecuentes, en la bibliografía, las citas del informe de los peritos de la defensa, lo son mucho menos las referencias al informe de los peritos de la fiscalía, los doctores Vallejo-Nájera y Piga Pascual, tal vez por encontrarse menos disponibles. En la ciudad madrileña de Alcalá de Henares, en el Archivo General de la Administración, existen dos legajos correspondientes al caso de Aurora Rodríguez Carballeira; formando parte de uno de ellos hay un documento firmado por el Relator Secretario de la Sala, don Gabriel Espinosa y Gómez del Valle. En este documento el Relator certifica que el informe de los peritos Antonio Vallejo-Nájera, profesor de Psiquiatría y medicina Legal de la Academia de Sanidad Militar y director del sanatorio psiquiátrico San José de Ciempozuelos y Antonio Piga Pascual, médico forense y catedrático de Medicina Legal, figura «copiado a la letra». Podemos leer algunos fragmentos de esta copia certificada del informe: «En nuestra primera entrevista nos saluda correctamente pero con extrema frialdad (...) Las primeras palabras revelan cierta ironía y muestra gran reserva». Como vemos, Aurora también se defendía de los peritos del ministerio fiscal con su actitud prepotente. Cuando la reserva inicial fue cediendo, vieron que se expresaba con elegante estilo y era muy locuaz «sin que el tono de su voz revele la menor emoción mientras refiere detalles concernientes al hecho de autos». Esta actitud podría denotar un componente psicopático, muy frecuente en la paranoia persecutoria. También quedó registrado en el informe que la reclusa mostraba franca resistencia a los métodos psicotécnicos y que los psiquiatras aplicaron el «cuestionario afectivo de Woodbrodt». Aurora no refirió antecedentes familiares de enfermedad mental o nerviosa, cuando sabemos que los había y, además, en abundancia; evidentemente estaba mintiendo para intentar evitar, en lo posible, ser considerada loca ella misma. Se definía como sobria en la comida y declaró que dejaba de comer cuando creía que la digestión podía entorpecer el funcionamiento del cerebro. Vallejo-Nájera y Piga reconocían: «No existe un afecto fundamental predominante», aunque «Dice sentir gran odio contra la Humanidad, tan grande como el amor que por ella siente». También refleja el informe que Aurora se mostraba, según su costumbre, como un ser superior. Decía odiar los convencionalismos y afirmaba que no le molestaba la vista de la sangre; en consecuencia, sentía gran desprecio por las mujeres que se asustaban ante un sangrado.

Después de estas observaciones sobre la tolerancia a la visión del fluido vital comienza, en el informe pericial, un macabro relato de los hechos. Lo que se dice en esos párrafos puede constituir un claro ejemplo de lo que conocemos en psicoanálisis como restitución paranoica. La parricida dijo a los peritos de la fiscalía que, en la noche del día 8 de junio mantuvo una conversación con su hija, a la que propuso que se «liberase» y como la joven no tuvo valor le anunció que ella la «liberaría». «La actuación de tres individuos (se refiere a políticos del partido Radical-Socialista) provocó una especie de parto prematuro (...) hubo que salvar el árbol a costa de la rama». Esta declaración constituye una prueba más de que solo consideraba a su hija como un apéndice de sí misma, un objeto-selfnarcisista; tan solo la rama del árbol que ella misma se consideraba.

Continúa el informe forense haciendo referencia a que Aurora, cuando su hermana se llevó a Pepito Arriola, concibió la idea de tener una niña, para lo que buscó un colaborador fisiológico. Evidentemente hay una reordenación interesada de los recuerdos o, si fuera inconsciente, un espejismo del recuerdo freudiano, ya que pasaron alrededor de 15 años entre la separación de Pepito y la concepción de Hildegart. También leemos en el informe que Aurora consagró a su hija a la «gran obra de la reforma sexual, de cuya Liga fue nombrada Secretaria», figurando en política en el Partido Socialista. Dijo que el Partido Radical Socialista pretendía apartar a su hija de la obra y que a ella la relegaban y la trataban como a «una carabina». Por alguna razón, Aurora, después de asesinar a su hija, buscó al abogado Botella Asensi; el futuro ministro de justicia había abandonado, en 1932, el Partido Radical Socialista para fundar Izquierda Radical Socialista.

Sabemos que el partido en el que militaba su hija, en aquel momento, era el Partido Federal. Es muy probable que, en la acusación a los radical socialistas de querer apartar a Hildegart de su obra, hubiera elementos que se referían a la propia Aurora. Como ella misma diría más tarde, el abogado Botella, unos días antes del asesinato de su hija, quiso captar a Aurora para que ingresase en su partido; como ella se negó - siempre según su propio testimonio - Botella la trató mal y le hizo alguna insinuación, aproximándose en exceso para ver si ella respondía. Podemos incluso pensar, que pudo haber algo de revancha y desafío a Botella, al presentarse en su casa y decir que acababa de matar a aquella mujer a la que, supuestamente, ellos le querrían arrebatar.

Aurora declaró a los doctores que, como no estaba dispuesta a dejarse arrebatar a su hija y que la utilizaran para otros fines, sugirió a Hildegart el suicidio, pero como su hija no tenía valor para llevarlo a cabo, fue ella quien la liberó. Los peritos resaltaron la «hipertrofia del yo» que quedaba de manifiesto, entre otras actitudes, por

el desprecio de los intelectuales, y porque parecía burlarse de personalidades eminentes y muy respetadas en círculos políticos, intelectuales y sociales. La madre filicida se definió a sí misma como una «anarquista integral» que se había reído de todas las religiones y de todos los valores éticos de la ñoña sociedad moderna. En su euforia paranoica habló a los peritos, entusiasmada, de Nerón y Torquemada, añadiendo que ella quemaría a mucha gente. Manifestó que se sentía dictadora y que la cobardía la sacaba de quicio. Confesó que una constante en su vida había sido ser amiga de las personalidades preeminentes de círculos sociales y políticos, aunque no siempre logró la admiración y el respeto para sí y para su hija. Palabras que revelan su fracaso a la hora de lograr una posición de relieve en las instituciones de la República.

Los peritos realizaron a la parricida el test de Rorschach: Aurora respondió ante la lámina VI «el maldito lábaro, la cruz que pesa sobre el pueblo» y explicó que la IX significaba: «dos cupleteras bailando sobre algo sangriento, representa a la mujer española». La sangre fue el tema común del que hablaba al mirar todas las láminas.

El informe de los psiquiatras también hace referencia a los disturbios que Aurora había provocado en la cárcel, por los que hubo que recluirla en el departamento de dementes del Hospital General; allí la visitaron y la encontraron muy excitada por la impresión. Los doctores consideraron a Aurora de «Inteligencia superior a la media» y, con respecto a su estado mental, decían: «no ha presentado durante nuestra observación fenómenos psíquicos patológicamente cualitativos»; aunque presumían que «algo patológico motivó la agresión contra la vida de su hija su inadaptabilidad a la vida del establecimiento en que se le ha recluido». Creyeron adecuado emitir un «diagnóstico intuitivo de una anormalidad mental de las incluidas en el grupo de los llamados estados paranoides», puesto que las manifestaciones de la enferma tendían a «demostrar la existencia de una persecución que motivó el hecho de autos». Los peritos psiquiátricos de la fiscalía no creyeron que Aurora tuviera interpretaciones deliran tes de la realidad y, por tanto, tampoco paranoia; consideraron que tenía una constitución psicopática, una estructura biopsíquica que la separaba del tipo normal. Destacaron cuatro rasgos de dicha constitución: «Orgullo», «inadaptabilidad», «desconfianza» e «interpretación egocéntrica» de los hechos del medio ambiente, lo que entendieron como «constitución paranoide». Resaltaron, de nuevo, la «hipertrofia del yo» y el «acentuado egocentrismo», hasta el punto de que la enferma consideraba que todo el mundo estaba pendiente de su obra y despreciaba a los que no compartían sus ideas. Aurora se creía superior y destinada a cambiar en profundidad las ideas de la sociedad moderna. También reflejaron que su «orgullo innato» le conducía a exhibiciones mentales y, si no era admirada, odiaba. Dieron cuenta de su «inadaptabilidad» y entendieron que la falsedad de juicio se refería solo a sus ideas

anarquistas y su matriz patológico era indefinible. Concluían diciendo que Aurora ofrecía «una personalidad psicopática de tipo paranoide, llamado reformador social, sin que existan anomalías cualitativas del sentimiento, del pensamiento o de la voluntad». También «Que el hecho de autos lo ejecutó con plena lucidez de conciencia y arrastrada por ideas que nada tienen que ver con las delirantes». Este informe pericial, decisivo para el desenlace del juicio, está firmado por los doctores Antonio Vallejo-Nájera y Antonio Piga Pascual, y fechado el 2 de agosto de 1933.

IX

# El juicio

Para la realización de este capítulo, me basaré en las reseñas de los periódicos de la época, en la bibliografía habitual y, especialmente, en el libro escrito por el fiscal don José Valenzuela Moreno (1934), que se titula Un informe forense (El asesinato de Hildegart visto por el fiscal de la causa), publicado el mismo año en que tuvo lugar el juicio, por la editorial Maricel de Madrid. Si la vista se celebró durante los días 24, 25 y 26 de mayo, el prólogo tiene fecha de junio de 1934, es decir, inmediatamente después de celebrada la vista.

Él juicio se desarrolló en la Sección primera de lo Criminal de la Audiencia de Madrid ante un jurado popular. Actuó como presidente de la Sala el señor Fabié, el ya citado señor Valenzuela como fiscal y López Lucas como abogado defensor.

Uno de los diarios madrileños que se ocupó con mayor despliegue tipográfico del juicio por la muerte de Hildegart fue Luz. Entre las caricaturas del famoso Bagaria, encontramos la crónica de Carlos Grau, del día 24 de mayo de 1934, que decía:

> Público, fotógrafos, profesionales del foro, dibujantes y periodistas se agolpan frente a la Sala en la que ha de dar comienzo la vista, procurando sorprender la instantánea del momento. La curiosidad ha perdido sus características femeninas, y junto a la damisela o mujer del pueblo que, emocionadas, escudriñan entre las togas, se encuentran los sesudos varones, atentos a la tragedia que ha de revivirse ante el Tribunal.

En el Exordio, bajo el epígrafe La simpiedad de la piedad, el fiscal Valenzuela describía a Aurora como «esa mujer, que, casi desnuda y unas sangrantes flores al brazo, se presenta ante vosotros a pedir justicia piadosa en nombre de absurdas teorías». El famoso caricaturista Bagaria, representaba a Aurora de perfil, cubierta con una prenda, que parece un abrigo de cuello amplio, con sombrero, y un ramo de flores en sus manos; Antonio Vidal Moya, cronista de Heraldo de Madrid, decía: «viste traje de terciopelo negro, pequeño sombrero del mismo color encasquetado hasta las orejas y un ligero abrigo del que se despoja al ocupar el banquillo, quedando con los brazos al aire y con las manos enguantadas de blanco»; Carlos Grau, el cronista del periódico Luz, la describía así: «Representa cincuenta y cinco o sesenta años» (acababa de cumplir cincuenta y cinco). «Viste correctamente, con sombrero, de negro. En las manos lleva un ramo de claveles rojos». Parece, por tanto, que el

fiscal cargó demasiado las tintas sobre la indumentaria de la procesada.

Valenzuela, preguntándose por la causa del asesinato, se contestaba, retóricamente, en nombre de Aurora: «cualquiera que sea el motivo ocasional, la causa íntima radica en que el impulso uxoricida me lo dio un fondo de perversidad». Llama la atención que el fiscal calificase el crimen de uxoricidio; no creo probable que se trate de un lapsus aunque, si así fuera, tendría el mismo valor, porque nos indicaría el verdadero pensamiento inconsciente del letrado. En cualquier caso, la denominación de uxoricidio implicaría que Valenzuela asimilaba la relación entre madre e hija a un matrimonio en el que el papel masculino correspondería a Aurora y el femenino a Hildegart. Parece claro que algo semejante pensaba don José porque, en su libro, explicaba así la respuesta de Aurora a las ansias de independencia de su hija: «Aurora Rodríguez, iracunda, indignada, ensoberbecida, no se aviene a la separación. Sus padres la mantuvieron olvidada; un hombre pudo abandonarla; la Sociedad, por su falta, llegó a tenerla en aislamiento; pero su hija, que es suya porque le dio la vida, y a sus pechos se crió, y a su amparo se hizo mujer, esa, que es ya toda la razón de su vida, esa, no se marchará de su lado. Antes - aparece la fuerza bravía que es el aspecto animal del ser humano - la mata. Como mata el macho torpe y rudo a la hembra que lo desprecia. El crimen pasional de ciertas latitudes. En cierto modo el parricidio de Aurora es un crimen pasional, desprovisto, como es lógico, de todo matiz sexual».

En el capítulo dedicado al Asunto procesal, decía Valenzuela, refiriéndose al padre de la procesada: «De él nos decía Aurora Rodríguez que era hombre de carácter seco, frío, adusto, jamás la besaba. De su madre refirió que era una dama dedicada al cultivo de la música que hacía escasísima vida de hogar hasta el punto de que la procesada apenas si la veía. Toda la infancia y adolescencia de Aurora transcurren como un mueble más en el despacho de su padre, asilo por aquellos años de cierta sociedad política secreta». Concluye el fiscal: «los padres de Aurora Rodríguez no supieron ejercer la augusta misión que su condición de tales les imponía (...) La procesada forjó su psiquis entre hombres escépticos, fríos, irreligiosos y en lecturas diversas y sin selección. Faltaron en la forja el calor materno, esa ternura que es creación de corazones nobles, y la cariñosa tutela moral e intelectual de un padre que es formación de caracteres honrados ¿Consecuencias de ello? Una tosca sensibilidad».

La tesis fundamental del fiscal consistía en que Aurora, al quedarse embarazada y morir su padre, «refugia su deshonra» en Madrid, haciéndose llamar Georgina. Aunque es cierto que se inscribió como Georgina - uno de sus nombres de pila según todos los datos disponibles-, la realidad es que su padre murió antes de que ella

quedase embarazada. También señalaba el fiscal que, durante los dos primeros años, el padre de Hildegart, al que se refería como «marino inglés», pasaba temporadas con ellas. Más adelante, podemos leer en el libro de Valenzuela: «Hildegart asiste a las clases del Instituto y de la Universidad acompañada de su madre que jamás la deja sola, ni aún para los menesteres más íntimos». En consecuencia, el autor consideraba que Hildegart vivía «en estado de esclavitud» por dos causas: «el hábito contraído» y «la existencia de un secreto en la vida de Aurora Rodríguez que ésta no quería que su hija conociera: que vivía el padre de Hildegart; extremo que está completamente probado que la desgraciada escritora desconocía». El fiscal consideraba probado, por las declaraciones de Aurora, que vivía el padre de Hildegart y se refería a él como: «un señor extranjero que anteayer en esta Sala presenciaba el juicio oral».

Afirmaba Valenzuela que el carácter de Aurora era «despótico y absorbente», recordando que Hildegart no pudo jugar con otros niños ni pudo desarrollar su individualidad, y así lo expresaba: «Hildegart careció de personalidad. No tuvo más que la de su madre. No fue alumbrada por la procesada. Seguía en el claustro materno y, a través del cordón umbilical de su repugnante tiranía, la procesada siguió nutriendo el alma esclava de su hija».

Ef deseo de la hija de hacer una vida independiente lo atribuyó el fiscal a que «Hildegart quería separarse de su madre que la oprimía, que la asfixiaba, y al enamorarse de un joven político, cuyo nombre harto ha sonado en esta Sala para que necesite repetirlo, y negarse la procesada a que prosperaran las ilusiones amorosas de Hildegart, ésta, aprovecha el pretexto magnífico y plantea una y cien veces su afán de alejamiento de su madre».

También puso de manifiesto Valenzuela que había un pacto entre madre e hija, por el que Hildegart iría a vivir con doña Emilia Rincón Caballero, una amiga a quien las mujeres llamaban «la abuelita», pero Aurora no lo consintió. Por el contrario, ensayó el funcionamiento del revólver que tenía en casa, disparando un tiro en la terraza. Sabido es que los paranoicos más peligrosos suelen anticipar sus intenciones con demostraciones violentas más o menos realistas.

Resulta de gran importancia que el fiscal, afirmase: «fue Aurora Rodríguez la que llevó al campo político a su hija y luego se opone a que siga en él», para recordar que Hildegart estaba sometida a los mensajes contradictorios de Aurora. Frente a los deseos de independencia de Hildegart, para Valenzuela «Aurora Rodríguez quería aislarla. La quería para ella sola».

En el periódico Luz, de 24 de mayo de 1934, podemos leer que Aurora, en el juicio, se exaltó extraordinariamente al hablar de su sentimiento maternal y que

calificó los concursos de belleza de manejos del espionaje, recomendando a las mujeres españolas que no acudieran nunca a ellos. Un ejemplo de que los paranoicos pueden tomar elementos de la realidad para elaborar su pensamiento delirante nos lo proporciona el hecho de que, curiosamente, por aquellos días se estaba celebrando el concurso para la proclamación de Miss España 1934.

Aurora negó categóricamente que Hildegart estuviera enamorada del señor Velilla y muy exaltada, al hablar de la muerte de su hija exclamó «Cien veces, en el mismo caso, volvería a matarla!», atribuyendo su decisión a que «no quería entregarla a la prostitución dorada del espionaje». Algo que recuerda, sospechosamente, al argumento de Mare Nostrum, de Blasco Ibáñez.

En la crónica que apareció el día 25 de mayo en La Libertad, se recogen más o menos las mismas palabras de la procesada so bre los concursos de belleza, declaró que había matado a su hija «para que no fuera a los concursos de belleza, que son centros de espionaje y llevan a la prostitución dorada». En el mismo reportaje puede leerse que Aurora también llamaba a Hildegart Ara Sais, el mismo nombre que adoptaría ella misma en el sanatorio de Ciempozuelos.

La procesada afirmó, a preguntas del defensor, que su hermana era «El genio del mal» y su hermano «Malo, cobarde, abúlico y mala persona». En un momento determinado, el abogado dijo «Señor presidente, teniendo noticia de que el padre de Hildegart está entre el público...». Aurora no le dejó terminar, exclamando: «¡El padre de Hildegart ha muerto!». Si el padre de Hildegart hubiera sido el Capellán Mayor, don Alberto Pallás y Monseny (Cal, 1991), Aurora, con estas palabras se estaría refiriendo a que, para su mente, estaba muerto el que había sido su colaborador fisiológico, o a su deseo de que el que la había afrentado estuviera muerto. En realidad, el sacerdote marino murió muchos años más tarde, el 3 de diciembre de 1948, en Barcelona. La persona de quien, en el juicio, pensaron que era el padre de Hildegart pudo ser, según Cal, Matías Usero Torrente, sacerdote secularizado y amigo de Aurora y su hija.

Las declaraciones realizadas en el juicio por Julia Sanz García, la criada de la casa y, por tanto, testigo importante, también nos ayudan a entender la relación existente entre las dos mujeres en la última época de su vida en común. Julia, tras afirmar que Hildegart estaba enamorada del Sr. Velilla, expuso: «había disgustos frecuentísimos entre madre e hija a causa de que la segunda quería separarse de la primera y que las discusiones adquirieron a veces caracteres de violencia, pegando Aurora Rodríguez a su hija que, en una ocasión, desesperada por la vida que llevaba dijo a su madre, te mataría». Además de este testimonio contamos con el de Emilia Rincón Caballero, «la abuelita», quien, además de calificar a Hildegart de «díscola», también refirió

escenas violentas entre las dos mujeres, por el mismo motivo. Refiriéndose a las declaraciones de Emilia, el fiscal decía: «Y nos contaba también cómo Hildegart no quería a su madre con la que en toda ocasión se mostraba desabrida e irrespetuosa, poniendo en cambio toda su ilusión más dulce en la esperanza de vivir independiente, fuera del lado materno».

Valenzuela quiso atacar el diagnóstico de paranoia de los peritos de la defensa señalando la falsedad del «contagio psíquico», que argumentaban los doctores a favor del diagnóstico. Rechazaba tal posibilidad diciendo que Hildegart había declarado a una testigo que creía que no era hija de Aurora, sino que pudo haber sido recogida por ella. También hizo referencia el acusador a una carta enviada por el octogenario doctor Madrazo, el ferviente defensor de la eugenesia, que conocía a ambas mujeres. Madrazo afirmaba: «la procesada tenía el criterio de que la potestad de los padres sobre los hijos era absoluta». A continuación citó Valenzuela las declaraciones de algunos testigos; como la de Joaquín Juliá, quien decía: «la procesada dominó siempre a Hildegart obligándola a pensar como ella ha querido y teniéndola en una verdadera esclavitud». También las eminentes letradas doña Matilde Huici y doña Clara Campoamor, llamadas a declarar como testigos, hablaron del «sometimiento total en que la brillante escritora se encontraba». El diario Luz, con fecha 25 de mayo de 1934, reflejaba que doña Matilde Huici creía que la madre «estimulaba a la hija en un sentido de propiedad, no dejándola desenvolver su personalidad», que Hildegart no utilizaba su apellido por considerarlo vulgar y que doña Aurora «utilizaba a su hija como instrumento para realizar lo que ella no pudo efectuar en el deseo de regeneración social».

Luz recogía las declaraciones de Esperanza Aparicio, quien se limitó a «expresar que doña Aurora dio a luz una niña»; también las de Jerónima López, la mujer que trabajó como criada de doña Aurora en 1914, año del nacimiento de Hildegart, quien afirmó: «el padre de Hildegart era un extranjero que, de cuando en cuando, pasaba temporadas con la señora». Luz también se hizo eco de lo declarado por Francisco Machado, director de la Cárcel de Mujeres y hermano del ilustre poeta, quien aseguró que la procesada había llevado en prisión «una vida irregular, y que por eso, en ocasiones, hubo necesidad de recluirla», que era «rebelde a todo, pretendiendo constantes reformas de la sociedad»; en el mismo sentido que Francisco se manifestó doña Asunción Guerra, funcionaria del Cuerpo de Prisiones.

Volviendo al libro que escribiera el fiscal Valenzuela, leemos que otra testigo, doña Brígida Lara Cabero, afirmó haber observado que a Hildegart «le molestaba el asedio constante de su madre, que no se apartaba de ella jamás y no la dejaba ni respirar» y que doña Margarita Gorriti declaró: «dejó la amistad íntima que tenía con

doña Aurora y su hija a causa del rumbo que imprimía a la hija que estaba totalmente sometida a la madre, si bien ella pensaba que llegaría pronto el momento en que Hildegart, que tenía personalidad suficiente para vivir emancipada de la madre, quisiera separarse de ella». Añadía el ponente que los señores Alaban y Cohucelo habían «contado también la situación humillante en que Hildegart se encontraba» y que Julia Sanz y doña Emilia Rincón se habían referido «al enamoramiento que la joven escritora sentía por el político federal».

Quedó reflejado en la crónica del juicio que la portera de la casa había dicho «que se apercibió del disgusto existente entre madre e hija mucho tiempo antes del crimen», y que Benigna Carballo declaró que «Aurora le encargó del cuidado de unos animales suyos porque decía se marchaba fuera». También recogía el fiscal que «Julia Sanz, doña Emilia rincón, don Eduardo Barriobero y el doctor Orive, entre otros testigos han expresado que la procesada se oponía últimamente a que Hildegart se dedicara a la política y que por ello la muchacha quería también separarse de su madre».

Valenzuela daba cuenta de la volubilidad de Aurora; esto significaría, en realidad, la demostración de su estado de permanente insatisfacción derivada de su patología narcisista y transformada en descalificación continua y en la demanda de mayores logros a su hija. Leemos: «Aurora Rodríguez, de la Monarquía pasó al Socialismo; del Socialismo, cuando ya se hundía como poder público, pasó al partido democrático federal y Aurora, si no se hubiera yugulado el porvenir, hubiera adoptado muchas más posiciones políticas en busca de medro y popularidad. Por conducto, por intermedio de su hija. Naturalmente».

Los psiquiatras encargados del caso no se habían puesto de acuerdo sobre la patología de la madre asesina. La única discrepancia entre los peritos de la acusación y los de la defensa era la consideración de Aurora como una enferma paranoide, o paranoica. Si era una paranoide sería responsable, como indicaban los médicos nombrados por la acusación, doctores VallejoNájera y Piga Pascual. Si Aurora era una paranoica pura sería, en consecuencia, irresponsable, como aseguraban los peritos de la defensa, doctores Prados Such y Sacristán Gutiérrez. Triunfó la tesis defendida por el fiscal y sustentada en el informe leído por el doctor Vallejo que, según Luz y ABC, produjo una gran impresión en la sala.

La procesada, en su alegato final dijo ser una mujer metida en el laberinto de la vida y no estar de acuerdo con la forma en que había enfocado la defensa el letrado López Lucas, afirmando ser responsable de sus actos y no necesitar ni querer que nadie la defendiese.

Como sabemos, se impuso el diagnóstico de paranoide, que implicaba la plena responsabilidad penal de la parricida. Este fallo judicial, aunque implicaba su ingreso en la cárcel, satisfizo a la protagonista de nuestra historia porque llevaba consigo el reconocimiento de que no estaba enferma. Si la hubieran considerado paranoica, para ella habría significado que era una enferma, un ser débil, y eso no lo podía tolerar. La consideraron plenamente responsable de sus actos y, por tanto, su narcisismo permaneció a salvo. Como consecuencia del triunfo de las tesis de la fiscalía, Aurora Rodríguez Carballeira fue condenada a 26 años, 8 meses y un día de reclusión mayor por «parricidio con alevosía y premeditación», quedando sobreseído otro delito, el de tenencia ilícita de armas, a causa de la amnistía que se había decretado un mes antes, el 24 de abril de 1934.

La altiva mujer que diría de sí misma: «Lo que ocurre es que soy un poco más celeste de lo corriente, soy la Aurora de nuevos seres que están por venir, y por eso los psiquiatras españoles no pueden comprender a la madre de la estatua humana», aquella que había despreciado sistemáticamente a las hembras por el mero hecho de serlo, salía del juzgado camino de la cárcel de Quiñones. Seguramente, a muchas de las mujeres que se habrían sentido ofendidas por la actitud prepotente y despectiva que Aurora tenía con las que llamaba «vientres paridores», les vendría a la mente, como tímida forma de venganza, aquel pasaje de la famosa zarzuela Agua, azucarillos y aguardiente en el que la Manuela le dice a la Pepa, su rival:

> No te pongas tantos moños / Que a pesar de tu honradez / A la calle de Quiñones / Te han llevao más de una vez.

Otras mujeres más cultivadas, pensarían lo mismo que Federica Montseny (1933) escribió pocos días después del crimen: «Escapa a la razón humana, y sobre todo al sentimiento femenino, la génesis de este crimen. Loca o no loca, esta mujer no es más que un monstruo. Fruto de una pasión frenética y absorbente o de una voluntad de posesión fría, cruel e implacable, para nosotros no puede haber comprensión ni disculpa para el hecho».

Los guardias condujeron a Aurora, por segunda vez, a la lóbrega Cárcel de Mujeres donde, en principio, debería pasar más de un cuarto de siglo. El jurado, a pesar de haber emitido un veredicto de culpabilidad, se apiadó de ella y estimó que el castigo era excesivo; en consecuencia, el presidente de la Sala manifestó que se tramitaría expediente de indulto para que le fuera rebajada la pena impuesta. No hemos podido saber si el prometido expediente de indulto alguna vez pasó «de las musas al teatro»; de hecho, Aurora nunca fue indultada.

# x
# Paranoia I

La respuesta de Lafora

El doctor Gonzalo Rodríguez Lafora era el neuropsiquiatra de más prestigio en la época. El eminente histólogo y premio Nobel don Santiago Ramón y Cajal (1922) le había reconocido como perteneciente al grupo de sus discípulos que sabían «caminar solos y triunfar en el terreno de la investigación». Consideraba el maestro que Lafora estaba entre los científicos que, al volver de sus estudios en países extranjeros, habían destacado en algunas disciplinas nuevas. Ramón y Cajal dejaría escritas en sus memorias estas elogiosas frases: «Neurología patológica del hombre, donde Achúcarro, Lafora y Río-Hortega, han recocido datos de subido valor».

Rodríguez Lafora había sido propuesto como perito por el Colegio de Médicos, a instancia del juez instructor, para actuar en el juicio por el asesinato de Hildegart. El famoso psiquiatra había renunciado a la peritación, al parecer, por estar preparando unas oposiciones. Después de conocida la sentencia y a pesar de su negativa a actuar como experto, Lafora discutió el diagnóstico de paranoide, en el que se había basado la condena, en una serie de doce artículos publicados durante el verano de 1934 en el diario Luz, con el título genérico de La paranoia ante los tribunales de justicia. Estos textos, por su interesante contenido, merecen ser revisados.

En el primero de los artículos de Luz, el doctor Lafora comenzaba diciendo que la paranoia pura era muy rara en los manico mios y que tales enfermos, en su medio social, eran considerados extravagantes o geniales, hasta que se desencadenaba el cuadro clínico con amenazas, litigios, crímenes, etc., lo que solía sorprender a los convecinos de los «locos razonadores». Luego pasaba revista a algunos casos criminales conocidos en la época, como el de Gorgulov, el asesino del presidente de la República Francesa, M.Doumer; o el caso de Van der Lubbe, el incendiario del Reichstag. También recordaba el brillante médico al reformador Lazzaretti, «el nuevo Cristo», o al zapatero-profeta bávaro, tratado por Kraepelin. Lafora incluía a la madre de Hildegart en la misma categoría que aquellos, y concluía que todos los criminales citados, también Aurora, tenían en común haber conseguido adeptos para sus doctrinas reformadoras de la humanidad y señalaba que era esa una característica común entre los paranoicos reformadores. Esto nos hace pensar en el mecanismo psíquico por el que los procesos mentales de los paranoicos tienen tanto eco en las masas; se produce un mecanismo de identificación con el ser aparentemente vencido que, sin embargo, dice palabras grandiosas que prometen venganza. Como sabemos,

Freud (1921) estudió estos procesos en su obra titulada Psicología de masas y análisis del yo. A nosotros no puede sorprendernos cómo, a lo largo de la Historia de la Humanidad, las masas han sido arrastradas a la guerra cuando son convenientemente estimulados los sentimientos paranoides que nos llevan a pensar que somos poseedores de grandes méritos, pero no ocupamos el lugar que deberíamos. El mensaje decisivo del paranoico es aquel que «demuestra» que la culpa de que no ocupemos el lugar de privilegio que, supuestamente, merecemos la tienen aquellos que son señalados como enemigos. En la paranoia, el enemigo es imprescindible como elemento estabilizador del sí-mismo.

En el caso de Aurora, Lafora comentaba el fervor con el que se dirigía a ella una joven admiradora de Zaragoza, llegando ésta a elogiar la determinación que le llevó a matar a su hija. Utilizaba el autor estos argumentos para indicar cuán proclives son las masas a buscar el criminal en el enfermo y, al castigarlo, hacerle cumplir la función de chivo expiatorio en que proyectar los propios instintos asesinos inconscientes. Se lamentaba Lafora de la «dificultad racional de comprender este crimen sin un fino sentido explicativo»; y, por esa razón, en artículos posteriores, señaló el interés que hubiera tenido el estudio psicoanalítico de Aurora.

Criticaba el doctor a los peritos que consideraron que Aurora mató a su hija porque quería «abandonarla haciéndose independiente», poniendo el acento en que la causa del crimen era la idea delirante de que «la procesada quiere separar a su hija de la falsa trayectoria a que la inducían ciertos políticos y amigos que la madre considera sus perseguidores porque desprecian sus ideas y quieren apartar a su hija de ellas, y al no conseguir disuadirla decide serenamente que es preferible la muerte de la hija a su perdición por caminos erróneos» (...) «Es decir, antes de prescindir de la idea y adaptarse a su hija, prescinde de su hija y salva la idea, es decir, su obra». A pesar de la finura clínica que demostraba el eminente discípulo de Cajal, le faltaba el argumento teórico que le hubiera proporcionado un estudio profundo de la obra de Freud sobre el narcisismo.

Argumentaba Lafora, en contra de los peritos de la defensa, que Aurora tenía ideas delirantes entre otras, «la sindicación de las prostitutas», «la rehabilitación de los gitanos», o la de «ser perseguida por eminentes doctores y políticos que han influido sobre el fiscal». Evidentemente, hoy puede parecernos sorprendente que ideas como la sindicación de las prostitutas o la rehabilitación de los gitanos pudieran considerarse delirantes en la época. Para entender el pensamiento del eminente psiquiatra, en el contexto temporal e ideológico en el que escribía, tenemos que pensar en su actitud en lo que a la eugenesia se refiere; una actitud que quedó bien reflejada en los artículos de prensa publicados a su vuelta de Estados Unidos.

Ya desde 1918, Lafora había escrito artículos en El Sol en los que divulgaba las ideas eugenésicas, como Los misterios de la sexualidad, del 1 de enero; Perseguidos y litigantes, del 29 de enero; La herencia y sus leyes, del 26 de febrero y ¿Es curable la locura?, del 16 de abril. Años después, el 26 de enero de 1927, aparecía en el mismo diario un estudio titulado La delincuencia infantil y la deficiencia mental, donde Lafora se extendía sobre la profilaxis de la delincuencia, poniendo como ejemplo lo que se hacía en Boston. En 1928, los días 8 y 10 de junio, don Gonzalo publicaba en El Sol. - Los crímenes en masa de los alienados, artículos que seguían en la misma línea. En La esterilización para el mejoramiento de la raza humana, publicado el 5 de junio de 1930, el psiquiatra se hacía eco de la experiencia en California con 6255 operaciones de esterilización y citaba el libro del sacerdote católico doctor Mayer en el que afirma: «la esterilización eugenésica puede ser aprobada en casos especiales». A continuación, el brillante discípulo de Cajal publicó una serie de artículos en el mismo diario, con el título: La esterilización eugenésica de los degenerados; en ellos planteaba el problema desde diversos puntos de vista, llegando a la conclusión, en el correspondiente al 12 de junio, de que una medida del Estado, como la esterilización de los degenerados, para que sea eficaz «debe generalizarse su carácter obligatorio, como en la vacunación».

Esta era la forma de pensar más común, en la época, entre los altos representantes de la psiquiatría, pero no solo los médicos eran partidarios de las doctrinas eugenésicas, debemos recordar que, en el juicio, el fiscal dijo que los peritos de la defensa argumentaban: «el sistema delirante de la procesada radica en su ideal de reforma de la humanidad mediante un procedimiento de selección meramente original y arbitrario basado en una concepción errónea de la eugenesia» a lo que, el mismo Valenzuela, se respondió que Aurora no mantuvo en el juicio oral «la teoría de la vasectomía», aunque reconoció que no hubiera sido de relieve el haberlo hecho «porque la vasectomía es doctrina aceptada para impedir la procreación de psicópatas en la legislación vigente de uno de los países mejor preparado científica y mentalmente. Me refiero a Alemania. También se practica en Norteamérica, Suiza y algunos otros países del norte de Europa». Continuaba el fiscal argumentando a favor de la eugenesia: «Las doctrinas eugenésicas han merecido una general aceptación y en España se constituyó una liga para la reforma sexual sobre bases científicas de la que yo formé parte - esto, mi pertenencia a la liga, lo citaba la procesada en su declaración ante vosotros y naturalmente no tengo por qué silenciarlo - cuando dicho organismo era presidido por una personalidad destacadísima, excelsa de nuestra patria; por un hombre bueno, profundamente bueno y eminentemente sabio que es figura gloriosa de la España contemporánea: estoy nombrando al doctor Gregorio Marañón. A la liga pertenecieron personalidades relevantes de la Medicina, del Derecho, de la Pedagogía, de la literatura, de todo cuanto en España se símbolo de

sensibilidad y cultura» (Valenzuela, 1934). Como hemos visto en repetidas ocasiones, la doctrina de Galton triunfaba en España.

En el artículo VI de la serie publicada en Luz, de 6 de junio de 1934, Lafora, bajo una clara influencia kraepeliniana, se refería a la paranoia señalando que, en lo relativo a las ideas delirantes, «los enfermos son fácilmente crédulos para todo lo que coincide con ellas, pero resistentes e impermeables a los que las contradice». Una afirmación semejante ya había sido hecha, en el Manuscrito H, por Freud (1895), muchos años antes y de forma más brillante que Lafora, con estas palabras: «En todos estos casos la idea delirante es sustentada con la misma energía con que otra idea, intolerantemente penosa es rechazada fuera del yo». Es un gran hallazgo clínico que queda muy bien establecido en las siguientes frases del mismo texto freudiano: «Por consiguiente, estas personas aman su delirio como se aman a sí mismas. En esto reside todo el secreto».

También describía Lafora la «disimulación», un modo de ocultar los síntomas que es característico de los paranoicos y pretendía distinguir, al modo de Kraepelin, la paranoia pura de otras enfermedades en las que las ideas delirantes están deficientemente organizadas y sistematizadas y se acompañan de alteración de la personalidad y hasta la inteligencia; tales enfermedades serían la demencia paranoide, las parafrenias y las paranoias de involución. Don Gonzalo expuso, en el mismo artículo, las dos posturas vigentes en la época acerca de la paranoia pura:

La primera tenía una inspiración más ambientalista; la enfermedad era «una forma de reacción preformada que deriva de los acontecimientos exteriores actuando sobre la disposición congénita».

La segunda teoría priorizaba la importancia de lo congénito; la paranoia consistía en el «desarrollo de un tipo de personalidad anormal sin la intervención de factores externos, excepto las excitaciones concretas de la vida o, todo lo más, de ciertas circunstancias especiales de la suerte».

Lafora, como antes decía, encontraba en Aurora un caso excepcionalmente claro de «paranoia pura», de Kraepelin. Recordaba a sus lectores que los antecedentes familiares de la procesada, por línea materna, estaban «sobrecargados de enfermos mentales y psicópatas», especialmente las mujeres en la «edad crítica». También destacaba la afición a la lectura de Aurora «la literata» y afirmaba que, desde niña, se originó en ella una «una protesta viril contra su madre» - un término tomado del que fuera discípulo de Freud, Alfred Adler-, que se acentuó con el paso de los años.

1 Continuaba don Gonzalo mezclando conceptos de diferentes corrientes que

nacieron del psicoanálisis preguntándose por lo que él denominaba «Complejo de Electra», un concepto que, como sabemos, corresponde a una terminología de origen junguiano, que no ha podido sustituir al concepto psicoanalítico de «Complejo de Edipo femenino». Destacaba también el brillante psiquiatra que Aurora vivió siempre alejada de otros jóvenes y se hacía eco de la gran decepción que sufrió cuando su hermana le quitó al sobrino. También recordaba que la madre filicida había dicho que los hombres no le producían ningún tipo de atracción erótica y se hacía eco de la peculiar forma de concebir a su hija. No escapaba a la pericia del autor la posible fusión o falsificación de recuerdos, tan frecuente en los paranoicos, especialmente en lo referido a la relación, de Aurora, con el padre de Hildegart, - lo que Kraepelin denominó «ilusiones de la memoria» y Freud «espejismo del recuerdo»-. Lafora se hacía eco de la existencia de diferentes manifestaciones religiosas por parte de la parricida desde su juventud y añadía, refiriéndose a la hija, que «a los once años pronuncia ésta un discurso que la premian en la Sociedad de Protección de Animales y Plantas, el cual fue escrito por la madre».

El cambio radical sufrido por Aurora coincidiendo con la pubertad de su hija, no podía pasar desapercibido para el clínico. Podemos leer en su artículo VII del 9 de julio que, hacia 1927, cuando la madre tenía 45 años (en realidad eran 48) observaron las amistades que se estaba «volviendo loca». Las palabras textuales del médico que hacen referencia a la actitud de la madre son las siguientes: «tiraniza a su hija excesivamente no dejándola jugar con las niñas de su edad y haciéndola prescindir de su educación religiosa anterior. Las cartas de la niña, dictadas siempre por Aurora contienen algún tiempo después diversas frases despectivas para los principios religiosos del catolicismo - que antes respetaba con fervor-». Con la agudeza que le reconocemos, se preguntaba Lafora si esa actitud sería reactiva a la noticia de los nuevos amores del padre de Hildegart, lo mismo que las cartas y discursos que inspiró a su hija, a raíz de la quema de conventos de 1931. Para el psiquiatra no existía duda de que «la fuerte personalidad de doña Aurora; que domina y dirige todos los actos de su hija experimenta después diversos cambios ideológicos».

D.Gonzalo atribuyó a la madre la fundación, por mano de su hija, de la Liga Española para la Reforma Sexual, resaltando la contradicción entre las ideas sobre la libertad sexual de los escritos de Hildegart y la «vigilancia tiránica de doña Aurora» sobre ésta. Señalaba el autor la intención de la procesada de lograr la «esterilización colectiva y temporal de todos los hombres púberes mediante la operación quirúrgica de la vasectomía» tildándola de «sistema complicado, absurdo y cruel», idea en la que él, con buen criterio, ve la «tendencia sádica» de doña Aurora. El caso, para Lafora, estaba constituido por «sistema delirante primario de reforma de la humanidad» con «tendencia sádica» al que se «agregan después otros delirios

secundarios de menor importancia», en los que «se manifiesta una tendencia humanitaria pero a la vez un afán de notoriedad por ser ella la que resolverá todos estos problemas sociales de la humanidad». Registraba también el doctor algo muy frecuente en la relación de los paranoicos con su medio, la instauración paulatina de «desconfianza suspicaz» frente a los que no aceptan sus ideas y el inicio de un «delirio de interpretación» con una cohorte de signos «inequívocos» que le van dando la razón a su delirio. En concreto, consideraba que la visita de H.G.Wells hizo que Aurora se convenciera de la intención del novelista de llevarse a su hija para ponerla al servicio del espionaje internacional, con lo que ella pasaría a un segundo plano y la tratarían como una carabina. Para el psiquiatra, el delirio interpretativo se convirtió en un delirio persecutorio en el que Aurora se vio cada vez más acorralada, hasta que el artículo de Havelock Ellis en Adelphi titulado «La Virgen Roja», le llevó a tomar la «decisión inquebrantable de suprimir a su hija» para que no cayera en manos de sus enemigos.

En mi opinión, como he señalado más arriba, la decisión de matar a Hildegart estaba, al menos en el inconsciente de la madre, desde hacía varios meses, pero ella necesitaba más pruebas para poder tolerar, sin culpa, la carga terrible que suponía convertirse en la asesina de su propia hija Esas pruebas se convirtieron en definitivas, a medida que crecía la amenaza de verse separada de Hildegart y ver a la Virgen Roja transformada en una mujer.

Reflejaba Lafora, bajo el epígrafe El sentimiento del deber en el paranoico, correspondiente al artículo VIII, del 12 de julio, cómo apareció en Aurora la rivalidad con Hildegart y el sentimiento del deber cumplido, necesario como defensa psíquica, cuando culminó su proceso mental, con el asesinato de la hija; a la vez que volvía a hacer referencia a la deformación de los recuerdos y la transformación de dicho asesinato en una respuesta a la petición de su hija de que la liberase mediante la muerte. Recordaba también don Gonzalo el marcado sentimiento de superioridad de la filicida, que se manifestó en la cárcel, a la vez que del delirio de persecución y sus ideas de reforma.

En su noveno artículo en Luz, de 19 de julio de 1934, Gonzalo Rodríguez Lafora se hizo eco de la teoría freudiana de la paranoia, afirmando que la «evolución de la sexualidad se detiene excesivamente en la etapa narcisista de la evolución de la libido» y también en la etapa siguiente, «que es de naturaleza homosexual, en la que el objeto de amor, lo constituyen los órganos reproductores de otra persona del mismo sexo y, por tanto, parecidos a los propios». El discípulo de Cajal aseguraba, demostrando así su conocimiento de la obra freudiana, que el paranoico quedaría prolongadamente detenido en una fase homosexual reprimida y por la regresión

volvería al narcisismo. Exponía luego el concepto de la hipertrofia del yo en los paranoicos, admitiendo que «las diversas formas de la paranoia se derivarían, según Freud, de un esfuerzo de contradicción frente a esta atracción homosexual dirigida hacía otra persona del mismo sexo» según el esquema «yo no lo amo, lo odio (proyección) él me odia». Añadía don Gonzalo que, según le había informado el doctor Garma, único psicoanalista español en la época - Freud habría variado recientemente la interpretación genética de la paranoia con respecto a la mujer (libido oral) haciendo distinta la génesis de la paranoia en el hombre y la mujer y reconocía que Opuijsen y Stárcke interpretaban las ideas de persecución como reminiscencias de la fase anal. Tomando las referencias de diferentes autores y escuelas, concluía Lafora que, en los paranoicos, el instinto sexual está debilitado o reprimido. No obstante admitía que los factores sexuales «influyen más en el colorido sintomático que en la génesis de la enfermedad» y citaba a Lange para contradecir a Freud, quizá solo aparentemente, al admitir que «la disposición endógena en la paranoia es la causante de las anomalías de la sexualidad determinando la fijación de ésta en el narcisismo».

A pesar de esa ligera discrepancia teórica con Freud, Lafora dedicó el siguiente artículo, publicado el 21 de julio de 1934, al Análisis dinámico de doña Aurora. Comenzaba hablando de la falta de atracción erótica hacía los hombres, para continuar tratando del complejo de Edipo y señalando que, en el período crítico de la involución, que él situaba hacía los 42 años, porque desconocía la edad real de doña Aurora y la creía 4 o 5 años más joven - «se inicia francamente en doña Aurora un cambio de actitud respecto a la sociedad y a sus ideas religiosas haciendo patentes o plasmándose los delirios que después adquirieron su máximo desarrollo». Describía a la reclusa como de «tipo viril y agresivo» y se lamentaba de que su situación impidiera un estudio psicoanalítico de la misma. Respecto a la posibilidad de que los celos hubieran sido el móvil del crimen, Lafora señalaba que madre e hija dormían juntas, a veces (parece que, en su casa, dormían en la misma habitación), que la madre no se separaba en ningún momento de su hija y tenía celos evidentes de los pretendientes de ésta. Pero de lo que el psiquiatra se sentía más seguro era del «amor ilimitado» (de doña Aurora) hacía sí misma, una admiración de su propio saber y talento, una creencia de que todos los demás, incluso su hija, eran inferiores a ella y por eso debían aceptar sus ideas sin discusión. En resumen, un egocentrismo o, mejor, un narcisismo en el sentido freudiano quizá como fase regresiva desde una homosexualidad reprimida. Lafora, haciendo alarde de sus amplios conocimientos teóricos, citaba a la psicoanalista Helen Deutsch para enfatizar lo decisivas que resultan las primeras relaciones con la madre a la hora de determinar el origen de la homosexualidad en la mujer. Luego ponía en relación el delirio de Schrerber - cuyas memorias sirvieron de base para los estudios fundamentales de Freud sobre la

paranoia - y el de doña Aurora, en el sentido de que la redención de la humanidad vendría de la mano de una mujer: Schreber transformado en mujer de Dios, o la hija de doña Aurora engendrada por el colaborador fisiológico. La versión dada por la parricida, y comúnmente admitida sobre la concepción de Hildegart, no impidió al psiquiatra reflexionar, de nuevo, sobre algo tan común en la paranoia como son las «deformaciones» e «ilusiones de recuerdos» característicos de la enfermedad. También añadía el perspicaz Lafora que, al ver peligrar las realizaciones de su Ideal del Yo grandioso y narcisista, Aurora habría optado por matar a su hija.

En el artículo XI titulado La dinámica de las ideas delirantes afirmaba don Gonzalo: «En la génesis de la paranoia hay un factor predisponente estático temperamental constituido por el autismo o egocentrismo, el instinto de poderío y las modificaciones de la vida instintiva y sexual y otro dinámico activo (caracterológico) que está integrado por la incapacidad de sentir la vivencia de comunidad social, la cual es resultante del despo tismo, de la inconfiabilidad y de la falta de benevolencia para el prójimo». Todos estos factores conducirían a una «derrota social» que trataría de explicarse mediante el delirio; la «necesidad de delirio» de Kraepelin, imprescindible para atribuir el propio fracaso a la maldad ajena.

Como vemos, el eminente psiquiatra realizó una muy buena descripción fenomenológica de la paranoia y unos relevantes intentos de aproximación a la etiología de la enfermedad, de carácter eminentemente académico, con citas de diferentes autores, sobre todo psicoanalistas. No pudo profundizar más porque no tenía el instrumento adecuado para la exploración de la mente, una capacidad que solo hubiera podido proporcionarle una adecuada formación psicoanalítica; además, tendría que haber entrevistado a doña Aurora durante el tiempo necesario. El propio Lafora parecía entenderlo así cuando reconoció, en sus artículos de Luz, el interés de que doña Aurora pudiera ser psicoanalizada. El doctor Ángel Garma, el único español que, en aquel momento, podría haber abordado el caso, desde el punto de vista psicoanalítico, no parece que se interesara demasiado en hacerlo; se limitó a escribir un artículo titulado originalmente Panem et circenses en el que coincidía con Lafora al hablar sobre la patología de las masas.

Hoy, a más de cincuenta años de su muerte, no podemos tener suficientes elementos de juicio para establecer, con claridad, la psicodinámica de la mente de Aurora. Sin embargo, de los documentos disponibles podemos deducir que, en la madre asesina, existía una severa patología narcisista; un déficit en la constitución del sí mismo del que tuvo que defenderse durante toda su vida mediante diversos mecanismos del tipo paranoide que resultarían, ante el aumento de la tensión psíquica, en un cuadro característico de paranoia.

¿Dónde estarían los aspectos delirantes? La idea de redimir a la humanidad, sobre todo a las mujeres, está en el origen de las religiones y en el fondo de múltiples ideologías políticas. No puede considerarse delirante, en sentido estricto, porque hay un consenso implícito sobre el sentido metafórico de tales propuestas. Lo delirante estaría en tomarlas en sentido literal - ecuación simbólica - y en crear, o transformar, su embarazo en la gestación de una especie de mesías femenina para que llevara a cabo a ingente tarea. Hildegart fue el producto del delirio de Aurora que, para mantener su psiquismo sin contradicciones angustian tes, necesitaba la estructura de una folie á deux. Mientras el sistema funcionaba, gracias al celo de Aurora para evitar influencias externas, ambas mujeres parecían satisfechas o, al menos adaptadas. Solo la influencia exterior pudo hacer que la joven intentara librarse de la esclavitud a la que estaba sometida; una esclavitud necesaria para compensar los desequilibrios de la madre. Cuando la situación se hizo crítica y Aurora se sintió amenazada por el abandono y la derrota, necesitó reforzar su delirio: ella tenía razón, su hija lo había reconocido pero era débil para quitarse la vida; por tanto, se vio obligada a matarla para salvarla de los peligros que la amenazaban. Bajo la apariencia de sacrificio heroico, pudo dar rienda suelta a su terror y su odio; para hacerlo necesitó el delirio.

XI

# Paranoia II

Generalidades y aproximación histórica

La paranoia es una enfermedad mental que se caracteriza por la existencia de un delirio de autorreferencia, que puede ser de persecución, de celos, de grandeza o erotomaníaco. Cursa, esencialmente, sin alucinaciones y es compatible con la conservación intacta de la personalidad.

Paranoia es un término, eminentemente descriptivo, que designa la enfermedad de uno o varios sujetos y que, tradicionalmente, se ha considerado solo desde el punto de vista del desarrollo individual. Creo, a riesgo de ser atrevido, que nuestra comprensión del proceso puede mejorar si consideramos la posibilidad de estudiarlo, también, bajo un punto de vista filogenético.

Pensemos en el terror al que, sin duda, estarían sometidos los primitivos pobladores de la Tierra; unos seres casi inermes ante la potencia de los predadores, la intensidad de los meteoros y, en definitiva, ante el dolor y la muerte. Parece evidente que necesitarían algún tipo de defensa psíquica para poder atenuar la sensación de extrema vulnerabilidad. Se haría necesario, para los humanos primitivos, disminuir la importancia del azar; se haría imprescindible creer que podían influir sobre la Naturaleza y modificar sus leyes. Esta creencia de tinte omnipotente y claramente anclada en el terror, debió ser la consecuencia del cultivo del pensamiento mágico y el origen del animismo. Si nuestros antepasados se podían explicar algo de lo inexplicable, comenzarían a poder controlado y disminuiría su incertidumbre. Si la muerte de un ser querido se debía al azar, la angustia ante la propia muerte podría llegar a ser insoportable. Si, por el contrario, era debida a la voluntad de los dioses, o a las malas artes de los hechiceros, habría alguna posibilidad de modificar el destino. Los dioses podrían ser aplacados y los hechiceros podrían ser sobornados o, incluso, asesinados. El mecanismo para disminuir la incertidumbre consistiría en atribuir a otros - dioses o hechiceros-, las características del pensamiento propio: odio, capacidad de compasión etc. Es decir, se haría necesario utilizar el mecanismo que el psicoanálisis conoce con el nombre de proyección; el mecanismo de defensa fundamental entre los que utiliza la paranoia.

Entendemos que la característica esencial de la paranoia es un profundo sentimiento de vulnerabilidad, muchas veces inconsciente, del que es imprescindible defenderse. El enemigo principal del paranoico es el azar, lo imprevisible, lo

inexplicable; todo aquello que no pueda controlar resultará amenazante. El paranoico necesita congelar el pasado, el presente y el devenir que son, en esencia, aleatorios para desactivar, mediante el delirio de interpretación, el potencial ansiógeno que tiene la incertidumbre.

Desde fuera podemos observar que los paranoicos son individuos hipervigilantes (Gabbard, 1994), muy vulnerables a los sentimientos de vergüenza y humillación. Conocen, íntimamente, que no tienen la valía que aparentan tener y utilizarán cualquier estrategia defensiva antes de ser descubiertos; por ello, son características sus manifestaciones de arrogancia y grandiosidad como defensa contra la temible sensación de vergüenza; también les caracteriza una enorme ansiedad ante el sentimiento de dependencia. Dado que no pueden confiar en nadie, no pueden depender de nadie y, en consecuencia, rechazan a los demás, lo que les va aislando progresivamente. Se sienten solos frente a un mundo hostil y, por tanto, necesitan emplear complejos mecanismos de defensa.

Se dice que todos tenemos un germen de paranoia que puede activarse en estados regresivos, caracterizados por una mayor vulnerabilidad, o que cualquiera puede hacer una regresión psicótica, si está sometido a un estrés suficientemente intenso (Schwartz, 1963), pero lo característico de la paranoia es el em pleo masivo de la proyección y de otros primitivos mecanismos de defensa como son la escisión y la negación. Cualquier circunstancia que genere profundos sentimientos de indefensión puede desencadenar, en el paranoico, un episodio psicótico. En consecuencia, tienden a dominar y controlar todo y todos los que les rodean, necesitan hacerlo para que nadie contradiga su voluntad y les ponga en peligro (Blum, 1981). Un peligro que, en última instancia, sería la amenaza de desintegración del self, lo que provoca algo muy semejante a la angustia de muerte.

Freud (1913) comparaba la paranoia aun sistema filosófico, dado el modo lógico de expresión y el nivel intelectual próximo al razonamiento normal que tiene estos enfermos; todo ello facilita la identificación de las personas más débiles con los ideales que proclaman. Lo paranoico representa una especie de gran atractor psíquico para los registros más primitivos y frágiles de la mente humana, con imprevisibles consecuencias.

Si pensamos en la enfermedad desde el punto de vista filogenético, llegaremos a la conclusión de que la paranoia surgió con Homo sapiens, porque es una enfermedad ligada al sentimiento de debilidad frente a las potencias telúricas y a las amenazas de los predadores. Si contemplamos al ser humano en su desarrollo individual, vemos que las principales manifestaciones clínicas de la enfermedad aparecen en la edad media de la vida, entre los 35 y los 55 años, y es más frecuente en las mujeres.

La manifestación de la paranoia que podemos' observar con mayor frecuencia se caracteriza por una aparente actitud justiciera, plena de autoritarismo y desconfianza en los semejantes; con enormes dificultades para realizar autocrítica y una gran capacidad de racionalización, lo que les lleva a justificar su conducta, sea cual sea. Estos mecanismos que, siendo de defensa, están disfrazados de arrogancia, surgen con demasiada frecuencia en determinados líderes de masas, dando lugar a un fenómeno de contagio psíquico, tan atractivo para los caracteres débiles, como peligroso para las posibles víctimas.

La máscara de Führer que exhíbe el paranoico oculta una enorme agresividad y resentimiento contra figuras significativas con un fondo sadomasoquista que, al pasar por el filtro de los mecanismos mentales de defensa, pueden quedar transformados en una actitud vital aparentemente justiciera y de incorruptibilidad. El objetivo de todos estos complejos movimientos inconscientes es construir un sistema de creencias que, al menos en apariencia, necesita ser lógico para el paranoico. Como bien sabemos, la mente humana está preparada para buscar la coherencia antes que la verdad.

El principal mecanismo de defensa que sirve para ocultar al sujeto su realidad interna es la proyección, que consiste en atribuir a otro los propios deseos inconfesables. Dado que los impulsos menos tolerables son de naturaleza envidiosa, agresiva y sexual, la proyección de los mismos sobre personas del exterior, creará un mundo de traidores y perseguidores, porque habrán atribuido a los que les rodean los mismos impulsos que tienen ellos y no pueden tolerar dentro de su mente. Cameron (1943) acuñó un concepto que ha hecho fortuna, por lo que tiene de descriptivo en la observación de los paranoicos. Describió que el paciente establece, en su delirio, la pseudocomunidad paranoide, algo que permite concretar la persecución a un número finito y controlable de perseguidores. También son empleados, con mucha frecuencia, otros primitivos mecanismos de defensa como la negación, siempre al servicio de adecuar la realidad externa a la oculta fragilidad interna y la formación reactiva, que permite defenderse de lo inaceptable mediante relevantes actuaciones en sentido opuesto; por ejemplo, tener una conducta exageradamente amable con una persona como defensa contra la hostilidad inconsciente que se siente hacia ella.

Como sabemos, los sentimientos básicos del paranoico son de fragilidad y terror inconscientes. Todo debe estar «atado y bien atado»; por tanto, si algo se fuera de las manos, al objeto de mantener el control ante la amenaza de una angustia insoportable puede ser necesario el delirio. Los paranoicos suelen anclar el delirio en algún hecho de la vida real que se distorsiona convenientemente mediante una peculiar interpretación, para permitir el mantenimiento de la coherencia interna. El tipo de delirio más frecuente es el de persecución surgido, sobre todo, como consecuencia del

empleo del mecanismo de proyección de la agresividad (no soy yo quien odia, son ellos los que me odian a mí).

En ocasiones se pretende dar un tinte de normalidad, incluso de utilidad adaptativa al sistema delirante, porque las interpretaciones paranoicas de los actos de los demás nos permitirían anticiparnos a las consecuencias de la hostilidad de los otros humanos. De todos es conocido el refrán español «Piensa mal y acertarás» un monumento popular al principal mecanismo de defensa paranoico, la proyección. En realidad, la exigencia pa ranoica de interpretación de todo lo que acontece, por nimio que parezca, produce, en el observador menos enfermo, una sensación de agotamiento psíquico que, en ocasiones, está teñido de siniestra sorpresa. Sin embargo, en otras personalidades paranoides, el delirio de interpretación produce una extraña fascinación porque atribuyen al delirante el privilegio de conocer aquello que, para la mayoría, permanece oculto.

Hagamos ahora, un breve resumen histórico de la evolución de los conocimientos acerca de la enfermedad. Paranoia es una palabra de origen griego que significa pensamiento paralelo o descentrado, que fue empleada por primera vez por Hipócrates para denominar una gran variedad de trastornos mentales. Un elemento fundamental en la paranoia, el delirio de persecución, ha sido objeto, a lo largo de la historia, del interés de los médicos (Valle o, 2002).

La enfermedad también ha sido fuente de inspiración para los literatos; Cervantes ofreció al mundo la más brillante descripción de la mente de un paranoico, incluso del anclaje de esta patología en la debilidad narcisista, al legarnos la historia del hidalgo don Quijote de la Mancha. Su coetáneo Shakespeare nos sigue encogiendo el corazón cuando logra que nos invadan las terribles visiones que atormentaron, al asesino Macbeth, en su delirio paranoico.

Desde que los citados genios literarios describieran, como nadie, la vida mental del paranoico, nuestros antecesores debieron esperar casi dos siglos, hasta 1772, para que Vogel, en Alemania, emplease el término paranoia con una significación semejante a la que tiene actualmente. En 1818 Heinroth lo aplicó al lenguaje médico, con un significado de delirio, trastorno intelectual o, genéricamente, locura.

Durante todo el siglo xix se fue construyendo el concepto moderno de paranoia. Wernicke, en 1849, se fijó, sobre todo, en el Delirio de referencia, un estado mental en el que el enfermo siente que es el principal protagonista de todo lo que ocurre a su alrededor. En Francia, Laségue describió, en 1852, el Delirio de las persecuciones y Morel, a partir de 1860, y siguiendo su conocida teoría de la degeneración, dio a los trastornos interpretativos el significado de una degeneración hereditaria.

En 1863, de nuevo en Almania, Khalbaum entendió la paranoia, lo mismo que hiciera Vogel casi un siglo antes, un significado semejante al actual. Unos años más tarde, Krafft-Ebing, (1897) aplicó el término paranoia a los trastornos mentales que afectaban, sobre todo, a la capacidad de juicio y de razonamiento, que podía comenzar en la edad adulta y, también, en la infancia. KrafftEbing puso la primera piedra para construir una comprensión más realista de los procesos mentales que se dan durante toda la vida del paranoico.

En París, Magnan el creador del concepto de Bouffée delirante, describió en 1880, un delirio crónico de evolución sistemática, a la vez que ponía de manifiesto la posible existencia de una constitución paranoica. Este concepto fue consolidado por Genil-Perrin, en 1926, llegando a describir las cuatro constantes de la constitución paranoica: orgullo, desconfianza, falsedad de juicio e inadaptación social. La influencia de los trabajos de GenilPerrin fue tan importante que alcanzaría, incluso, a Lacan. Un probable heredero del concepto de constitución paranoica es el de paranoid personality, de la psiquiatría anglosajona, que es más completo que el francés. La paranoid personality se caracteriza por hipersensibilidad, rigidez, desconfianza, celos, hipertrofia del yo y envidia.

Á principios de los años ochenta del siglo xix, Emmanuel Mendel, maestro berlinés del joven Sigmund Freud, describió la paranoia alucinatoria y la paranoia combinatoria; conceptos que retomaría Kraepelin en su famoso Tratado de Psiquiatría. El término paranoia combinatoria designaba un conjunto de delirios crónicos muy sistematizados, desprovistos de alucinación y de evolución demencial; así, este término pasó a ser casi sinónimo de paranoia porque, como hemos visto, la enfermedad se caracteriza por ausencia de alucinaciones y personalidad conservada.

Delnuevo en Francia, P.Janet, el creador de la teoría de la psicastenia, describió, en 1898, en pacientes diagnosticados de obsesión de los escrupulosos, unos delirios de persecución a los que denominó paranoia rudimentaria. Dos años antes que Janet, J.B.Regis, probablemente inspirado en Pinel y Falret, había descrito el delirio razonante de persecución que tendría su continuación conceptual en el trabajo que Sérieux y Capgras publicaron, en 1909, titulado Les folies raisonnantes, en el que dieron la importancia que se merece a una característica fundamental de la paranoia: el delirio de interpretación. Consideraron que el delirio de interpretación era consecuencia de la constitución paranoica, que conducía al delirio a consecuencia de la hipertrofia del Yo y de un déficit de autocrítica.

En el último tercio del siglo xix, entre el 70 y el 80 por 100 de los enfermos asilados en instituciones habían sido diagnosticados de paranoia. Kraepelin, después de criticar el escaso rigor de sus colegas, a la hora de diagnosticar la enfermedad,

marcó un hito en la conceptuación clínica de la paranoia. El maestro alemán, en la sexta edición de su Tratado de psiquiatría, correspondiente a 1899, definió la paranoia como «Un sistema delirante de desarrollo insidioso, dependiente de causas internas, que se instauran y persisten en el tiempo y coexiste con la conservación completa de la claridad y el orden del pensamiento, el querer, y la acción».

El cuadro descrito por Kraepelin se caracteriza por los llamados trastornos elementales, entre los que destacan las experiencias visionarias, semejantes a los sentimientos de influencia, y las ilusiones de la memoria, que tienen una gran importancia en la construcción del delirio; también puede haber algunas alucinaciones episódicas. El sistema delirante se construye como delirio de relación basándose en un código especial de significados de los gestos, signos, palabras y acontecimientos de la vida cotidiana, que «conoce exclusivamente» el paciente. El sistema delirante puede adoptar la forma de delirio de perjuicio, con componentes de persecución, celos e hipocondría y de delirio de grandeza, una visión del mundo especial, llena de auto referencias y exclusiva de los enfermos. El delirio de querulancia o delirio de reivindicación fue diferenciado por Kraepelin de la paranoia en 1915, argumentando que la causa de la paranoia es endógena y en el delirio de querulancia había un acontecimiento externo desencadenante.

Como podemos ver, a principios del siglo xx, los psiquiatras se dividían en dos grupos, con respecto a la génesis de la paranoia: los constitucionalistas, fundamentalmente representados por la escuela francesa y los psicogenetistas, esencialmente de lengua alemana, cuyas figuras más eminentes fueron Kraepelin, Freud y Bleuler.

Kraepelin había distinguido tres grupos de psicosis: la paranoia, la demencia precoz y la psicosis maniaco-depresiva, a los que había que añadir la parafrenia (delirio crónico intermedio entre la demencia precoz y la paranoia). Freud (1895), en el Manuscrito H, había encuadrado en el grupo de las psicosis a la confusión alucinatoria, la paranoia y la psicosis histérica, pero estableció, con posterioridad, una distinción entre la demencia precoz y la paranoia, adoptando, para esta última, el término kraepeliniano de dementia paranoides (Freud, 1911).

Desde el punto de vista etiopatogénico, Bleuler (1906) consideraba que el enfermo reaccionaba ante una situación vital con su psicosis, y que la psicosis estaba condicionada por el conflicto entre un sentimiento de inferioridad y la reacción al mismo. Jaspers, en su Psicopatología General, (1913) otorgaba a la paranoia el calificativo de proceso que se produce sobre la personalidad del sujeto sin alterar su estructura, lo que le hacía comprensible para el médico, a diferencia del desarrollo esquizofrénico que no podía ser comprendido. Kretschmer (1918) también se

adscribía a la teoría psicogenética, basándose en que, en numerosas ocasiones, se habían descrito brotes fugaces de síntomas esquizofrénicos que precedieron, en años, a la instauración de una paranoia, y también se había descrito un nexo entre la paranoia y la psicosis paranoide. Se puede considerar la paranoia, desde la óptica de Kretschmer como un tipo de delirio sensitivo de relación, propio de personas vulnerables con sentimientos de frustración e inferioridad.

En lo que se refiere a la existencia de signos tempranos de lo que será luego la enfermedad, no parece haber discusión entre las diferentes escuelas. Cuando se estudia retrospectivamente la evolución de los paranoicos pueden establecerse alteraciones caracteriales en épocas muy tempranas, incluso, se puede relacionar el delirio posterior con estas alteraciones; algo muy importante porque permite establecer, para las diferentes escuelas, el origen de la paranoia en la infancia. Sirva como ejemplo de este modo de pensar la concepción de Kraepelin sobre el origen del delirio de persecución: unas disposiciones deficientes y una insuficiencia de capacidades para la lucha por la vida que, al ser crónica, resulta ser la fuente de la cronicidad del delirio.

El delirio es el síntoma más llamativo en la psicopatología del paranoico. Lo podemos observar, en estos enfermos, y entenderlo como un intento de compensación de los fracasos defensivos. El estímulo desencadenante del delirio suele ser la pérdida real, imaginaria, o temida, de objetos significativos. También puede desencadenarse el delirio ante la amenaza de sometimiento pasivo, en una posible situación agresiva de dependencia, con un claro componente de lo que el psicoanálisis denomina analidad, siendo características las situaciones de expectativa de sometimiento a un objeto sádico. Son también críticas, en el desenca denamiento del delirio, las situaciones de aumento de sospecha o disconformidad, las de envidia o celos, de aislamiento social, incluso los momentos de introspección acerca de los propios defectos (Cameron, 1963). Como podemos ver, son situaciones de tensión psíquica insoportable, por lo que representan para el sujeto de amenaza contra la integridad o la independencia del self. En la génesis del delirio existe una deficiencia del principio de contradicción. En el delirio, el inconsciente se expresa directamente en el consciente; al contrario de lo que ocurre con los sueños, cuyo significado permanece oculto si no es interpretado, el delirio es, en sí mismo, una actividad interpretativa de lo inconsciente.

En el delirio suelen condensarse pulsiones sexuales, especialmente de carácter homosexual más reprimidas, ypulsiones sádicas y masoquistas más o menos manifiestas. Para el paranoico, resulta imprescindible e irrenunciable intentar librarse de un intenso sentimiento inconsciente de culpa, provocado por su agresividad y su

sexualidad; estos sentimientos son el origen de una angustia que puede llegar a ser desestructurante. En consecuencia, el paranoico necesita proyectar las propias fantasías sexuales y agresivas sobre los otros, para poder experimentar una sensación de alivio y bienestar.

Para defenderse de los peligros de un mundo hostil, en el que cree vivir y, probablemente, vivió de niño, el paranoico utiliza de forma masiva la intuición delirante, la proyección, y la identificación proyectiva. Así se configura un tipo de pensamiento caracterizado por hostilidad, sospecha permanente, autorreferencia, miedo a la pérdida de autonomía, y grandiosidad. Como vemos, siempre está latente la posibilidad de aparición de los diferentes tipos de delirios que caracterizan a la paranoia.

Podemos vernos sorprendidos po~el delirio de reivindicación de un paranoico que reclama ser reconocido por la humanidad dado que ha sido el primero en enunciar una teoría científica o filosófica o haber inventado un ingenioso mecanismo, pero ha tenido la desgracia de que otro ha copiado su idea y la ha patentado. Especialmente dramático puede ser el delirio hipocondríaco, que aparece cuando la proyección de la agresividad se realiza sobre el propio cuerpo. Más frecuente es el delirio celotípico, por el que el paranoico está convencido de que su pareja prefiere a otro, siendo característico que ese otro, con frecuencia, ha tenido antes una relación especial con el propio delirante. En realidad se trata de una relación de amor-odio con otra persona del mismo sexo en la que el tercero (el cónyuge o la pareja) es mero comparsa donde depositar las proyecciones y el odio. Como son necesarias cuantas más pruebas, se buscaran indicios sin descanso. Si no aparecen, el paranoico empleará un mecanismo alternativo: no será necesario nada de esto, porque la infidelidad se puede descubrir por signos o datos aparentemente insignificantes, cuyo sentido solo conoce el propio paranoico. También aparece, con frecuencia, el delirio erotomaníaco, situación en la que el protagonista se siente acosado sexualmente por alguien, de rango generalmente superior; es característico que el delirante vaya encontrando, progresivamente, pruebas, signos y señales del supuesto amor. Llegados a un punto, la situación puede tornarse potencialmente peligrosa si la persona, más frecuentemente mujer, se cree objeto de un desaire o, en realidad, es rechazada por el supuesto acosador.

Como vemos, en todos estos tipos de delirio el paranoico aparece en el papel protagonista de toda la trama. Además, en el tipo de delirio más frecuente, que es el delirio de persecución, una y otra vez puede verse que el perseguidor principal es del mismo sexo que el sujeto delirante y, además, el supuesto perseguidor resulta ser muy semejante o representa con claridad a la persona o personas más significativas de la historia afectiva del enfermo.

XII

# Paranoia III

Aportaciones del psicoanálisis I

Freud y sus discípulos directos

Paralelamente al desarrollo de la psiquiatría y sus distintas corrientes, el psicoanálisis, como ciencia de la motivación profunda de las acciones humanas y como disciplina que investiga el funcionamiento de la mente sana y enferma, ha realizado las aportaciones de más hondo calado para la comprensión de los paranoicos. Veamos ahora algunas de esas aportaciones.

Freud en el Manuscrito H, la carta enviada a su amigo Wilhelm Fliess el 24 de enero de 1895, escribía, refiriéndose al funcionamiento mental de los paranoicos: «En todos estos casos la idea delirante es sustentada con la misma energía con que otra idea, intolerantemente penosa es rechazada fuera del Yo. Por consiguiente, estas personas aman su delirio como se aman a sí mismas. En esto reside todo el secreto». El joven Freud, con estas pocas palabras, dijo más sobre los paranoicos que muchos capítulos de libros que pretenden explicar la enfermedad. En el mismo texto, el entonces brillante neurólogo de Viena, afirmaba que la idea delirante es, o bien el calco, o bien lo opuesto de la representación que cayó bajo la defensa. En consecuencia, la función psicológica de la paranoia sería la de defensa de una representación «inconciliable para el yo» mediante la proyección de lo «inconciliable» hacía el exterior. Como vemos, en fecha tan temprana, Freud ya había entendido que la paranoia era un complejo sistema de mecanismos psíquicos de defensa; un sistema de defensa patológico, en el que ocupaba un lugar de privilegio la proyección.

En el propio Manuscrito H, el neurólogo de Viena empleaba una frase que podría aplicarse, metafóricamente, a nuestra protagonista: «La gran nación no puede entender la idea de haber sido derrotada en la guerra. Por consiguiente, no ha sido derrotada, la victoria no vale, así da el ejemplo de una paranoia de masas e inventa el delirio de la traición». Efectivamente, la gran Aurora no podía ser derrotada; los mecanismos de la paranoia se desplegarían para evitar tan penoso sentimiento. Coherente con la idea de que el paranoico ama al delirio como a sí mismo, es que «El paranoico litigante no se concilia con la idea de haber obrado mal o de tener que separarse de sus bienes». Es decir, el paranoico necesita estar firmemente convencido de la idoneidad de su conducta, para evitar cualquier tipo de herida narcisista.

Un año más tarde, en otra carta a Fliess, el Manuscrito K Freud (1896a) tipificaba la proyección como desautorización de la creencia en un reproche. Es decir, la proyección se alzaba como defensa frente a lo que hubiera sido un reproche al yo que, previamente, había sido denegado. Freud, en aquel momento, pudo cometer un error al creer que el origen de la paranoia se encuentra en etapas más tardías que el de la neurosis obsesiva y la histeria; es una idea que reitera Freud (1896, b) en la carta a Fliess número 52 diciendo que los recuerdos reprimidos fueron actuales en la paranoia a la edad de ocho a catorce años.

En Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicósis de defensa, Freud (1896, c) seguía considerando la paranoia como un sistema patológico de defensa que empleaba la proyección como mecanismo principal. Además de lo que ya conocemos, en este trabajo, anticipó una aportación al estudio del yo cuando escribía que la paranoia produce un daño permanente en el Yo. En el mismo texto, Freud estableció la relación entre la paranoia y la sexualidad al afirmar que en la génesis de la paranoia se encuentra un incidente sexual traumatizante y precoz seguido de un fenómeno de represión; por tanto, lo que se reprime es la sensación de displacer. Como el paranoico hace responsable al entorno de la sensación displacentera, crea un mecanismo que cristalizará en una actitud generalizada de desconfianza. Como podemos ver, Freud resalta la importancia del traumatismo pre coz, de naturaleza sexual, y del empleo del mecanismo de proyección. También aparece en este trabajo el fenómeno de represión parcial, - algo que, posteriormente, será mejor teorizado por el propio Freud como escisión.

En la Carta 61, Freud (1897) hablaba de la utilidad del delirio en la paranoia, una idea coherente con su conceptuación de la enfermedad como neuropsicósis de defensa. Afirmaba que, en la paranoia, las fantasías a las que otorgaba el estatus depoetizaciones protectoras, son equivalentes a las desfiguraciones de compromiso, en la normalidad.

Freud (1897), en el Manuscrito N señalaba la importancia, que en la configuración de la paranoia, tienen los impulsos hostiles contra los padres, anticipando en años la idea de la participación de la agresividad anal en la génesis de esta psicosis; algo que solo se redescubriría por los psicoanalistas, mucho tiempo después.

Én la carta a Fliess de 9 de diciembre de 1899, Freud mostró la importancia, en la paranoia, de la regresión a estadios precoces del desarrollo libidinal, al relacionar la enfermedad con el autoerotismo. Este hallazgo sería de vital importancia y marcaría, para numerosos psicoanalistas, el inicio de un fructífero camino. Leemos en la carta: «Así he dado en considerar la paranoia como un asalto de la corriente autoerótica, como un retroceso al punto de vista de entonces. La perversión que la comprende

sería llamada insania idiopática. Los particulares vínculos del autoerotismo con el yo originario iluminarían bien el carácter de esta neurosis». Es decir, la paranoia implicaría una regresión del funcionamiento mental a la fase autoerótica de evolución de la libido; aunque el concepto de insania idiopática, parece indicar que todavía existían muchas dudas con respecto a la etiología de la enfermedad. Una idea de la importancia del descubrimiento del mecanismo de regresión en la paranoia nos la da el hecho de que, siete años más tarde, permanecía en un primer plano del interés de los psicoanalistas. Así quedó reflejado en el acta de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, correspondiente al 21 de noviembre de 1906: «En la paranoia, como se ha mencionado anteriormente, se produce un desarrollo regresivo de la libido que va del amor objetal al autoerotismo» (Nunberg y Federn, 1979). Como vemos, en aquel momento, se fijó el punto de regresión para la paranoia en la etapa autoerótica de evolución psicosexual que es el anclaje más primitivo de la fijación homosexual de la libido; estableciéndose así la primera relación, aunque indirecta, entre la paranoia y la homosexualidad.

Recordemos que, para el psicoanálisis, el autoerotismo o fase autoerótica de la evolución psicosexual, representa el estado de fragmentación de las pulsiones sexuales que no tienen un objeto total - la persona completa-, sino parcial: oral, anal, etc. Abraham (1924), el discípulo berlinés de Freud denominó etapa autoerótica a la primera fase oral o de succión. La etapa siguiente a la autoerótica sería la de narcisismo, que se diferencia del autoerotismo en que el sujeto se toma a sí mismo como objeto de amor. El sí-mismo sería el primer objeto total y significaría la primera reunión de pulsiones parciales en un todo. Para Lacan (1949) el comienzo de la fase narcisista coincidiría con la fase del espejo, situada entre los 6 y 18 meses de vida. Lo que nos da una prueba de que, en la teoría psicoanalítica podemos encontrar un solapamiento entre los distintos esquemas referenciales acerca de las etapas del desarrollo psicosexual.

A lo largo de su obra Freud mantiene el concepto de narcisismo como investidura libidinal del yo, pero, a partir del establecimiento de la segunda tópica, como consecuencia de la publicación de El yo y el ello, este concepto se refiere al narcisismo secundario, dejando para una primera fase anobjetal la denominación de narcisismo primario, difícilmente distinguible del autoerotismo. Desde un punto de vista estructural, el narcisismo aparece como un estancamiento de la libido en el yo que ninguna catexia objetal permite sobrepasar completamente (Laplanche y Pontalis, 1983). Freud no profundizó en el establecimiento de una cronología de las fases libidinales. K.Abraham (1924) fue, entre sus discípulos, quien mejor estableció una sucesión de las mismas. El clínico berlinés distinguió: Primera etapa oral de succión, autoerótica; Última etapa oral, canibalística y narcisista por incorporación del objeto;

Primera etapa anal-sádica, de amor parcial con incorporación; Última etapa anal-sádica de amor parcial; Primera etapa genital (fálica) y la Etapa genital final.

Si tenemos en cuenta que el narcisismo como etapa de evolución libidinal, éste podría tener su origen entre el primero y el segundo año de vida, pero se extendería entre el autoerotismo y el amor de objeto, vemos que hay un solapamiento entre el desarrollo de las fases anales y la persistencia del funcionamiento mental de tipo narcisista. El origen de la paranoia se encontraría en estas primeras etapas del desarrollo psicosexual, se caracteriza ría por una patología narcisista y estaría muy influenciada por las dos fases de la etapa anal de evolución de la libido; es decir, la paranoia tiene su origen en los primeros años de la vida del niño.

Volvamos a los inicios del siglo xx, cuando aparece La interpretación de los sueños, una obra revolucionaria para los estudiosos del psiquismo humano. En ella, Freud (1900) da cuenta de otra característica esencial de la paranoia y, en general, de las psicosis, la utilización de un mecanismo de defensa que había sido denominado por el creador del psicoanálisis represión parcial en sus Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicósis de defensa. Este mecanismo, en adelante y con mejor criterio, sería denominado escisión de la personalidad. En La interpretación de los sueños Freud habla sobre otro elemento que se puede dar en la paranoia, aunque es poco frecuente, se trata de las alucinaciones; afirmaba que, cuando se dan, corresponden a regresiones, es decir, a pensamientos íntimamente relacionados con recuerdos sofocados, o que han permanecido inconscientes; unos recuerdos que se transformarían en imágenes.

En aquellos años, Freud tenía el proyecto de estudiar la paranoia en colaboración con sus principales discípulos. Encontraremos en sus escritos la manifestación de una gran pericia clínica; la pericia del que había sido brillante histólogo y neurólogo de la Viena finisecular. No olvidemos que estamos hablando del médico que, ya en su juventud, había alcanzado un gran reconocimiento entre sus colegas por ser capaz de localizar, basándose exclusivamente en la observación clínica, el área cerebral donde el enfermo tenía la lesión. Esos hallazgos de Freud, basados en la clínica, eran confirmados, a posteriori, en las necropsias de los pacientes. El creador del psicoanálisis mostraba, en su nuevo campo de investigación, una inteligencia semejante. Freud aparecía como el maestro capaz de descubrir las vicisitudes de los impulsos y defensas inconscientes, con solo escuchar a los enfermos psíquicos.

En Psicopatología de la vida cotidiana Freud (1901) describía la cotidianidad de los paranoicos aportándonos unas palabras que muestran, de nuevo, su extraordinaria capacidad clínica y la profundidad de sus observaciones: «Un rasgo llamativo y universalmente señalado en la conducta de los paranoicos es que otorgan la máxima

significación a los pequeños detalles, en que ordinariamente no reparamos, del comportamiento de los demás, de ellos se extraen interpretaciones y las convierten en base de unos extensos razonamientos. Por ejemplo, el último paranoico que examiné infería que todos cuantos lo rodeaban se habían puesto de acuerdo, pues en la estación, cuando él partía de viaje, habían hecho cierto movimiento con la mano. Otro tomaba nota de la manera de andar la gente por la calle, cómo manejaban el bastón, etc.» Freud denominaba, en esta obra, espejismo del recuerdo al factor constitutivo de la formación delirante; un concepto equivalente al de ilusiones de la memoria, de Kraepelin y que resulta de capital importancia para entender, tanto el nexo del delirio con la realidad, como la deformación que el paranoico necesita hacer de la misma, para evitar la angustia. En Psicopatología de la vida cotidiana quedó bien resaltada la capacidad de los paranoicos para darle un sentido a todas las acciones de los demás, eliminando lo contingente; algo que puede llegar a resultar agotador para ellos y para las personas que conviven con estos enfermos. El creador del psicoanálisis decía: «El paranoico desestima, en su aplicación a las exteriorizaciones psíquicas de los demás, la categoría de lo contingente, de lo que no exige motivación, que el hombre normal considera una parte de sus propias operaciones psíquicas y actos fallidos. Todo cuanto nota en los otros es significativo, todo es interpretable. ¿Cómo llega a esto? Probablemente - aquí como en tantísimos casos parecidos - proyectando a la vida anímica de los demás lo que inconscientemente está presente en la suya propia. En la paranoia esfuerza su paso hasta la conciencia mucho de aquello cuya presencia inconsciente en normales y neuróticos solo por medio del psicoanálisis se puede demostrar».

La necesidad de anular del azar es una característica esencial de la vida mental del paranoico; sienten una urgencia imperiosa por suprimir «la categoría de lo contingente de lo que no exige motivación». Si todo lo que ocurre es, para ellos, susceptible de interpretación; si «Todo cuanto nota en los otros es significativo, todo es interpretable», podemos deducir que estas personas necesitan dar sentido, a su manera, a cada uno de los hechos de la vida diaria; solo así, con un enorme esfuerzo, podrán evitar que surja en su mente una lacerante sensación de angustia. Freud explicaba que los paranoicos manejan la angustia mediante el mecanismo de proyección «a la vida anímica de los demás lo que inconscientemente está presente en la suya propia»; y añadía: «En la paranoia esfuerza su paso hacia la conciencia mucho de aquello cuya presencia inconsciente en normales y neuróticos, solo por medio del psicoanálisis se puede demostrar». Es importante que Freud otorgara al delirio paranoide la condición de «algo verdadero», pero proyectado; es decir, verdadero en la mente del paranoico pero expulsado de esta y puesto en la mente de los otros. La permeabilidad del inconsciente de los paranoicos les permite obtener «conclusiones de los indicios mínimos que los otros les ofrecen». En realidad, son conclusiones que

se refieren a la propia vida psíquica aunque vistas sobre la pantalla de proyección que representan los que le rodean.

La proyección, ese mecanismo tan importante de la vida psíquica del paranoico fue, nuevamente, puesto de relieve por Freud (1905), en el Caso Dora. En aquel estudio volvía a decir que la paranoia significaba la proyección de un autorreproche, encuadrándolo dentro de una idea más amplia, también descubierta por él y enunciada así: «los síntomas son la vida sexual de los enfermos». Otra característica de la paranoia, concretamente la transformación de amor en odio era explicada como consecuencia del «enlace de la libido con la crueldad», una idea que, bajo la forma de fusión de pulsiones agresivas y sexuales, tendría un gran desarrollo en el estudio de las perversiones y, concretamente, en lo que se refiere a los aspectos perversos en la paranoia. En los resultados de aquellos estudios seguía planeando sobre la paranoia la sombra constante del sadismo anal. Freud mostró además que cuando tiene lugar la reducción de la hostilidad primitiva entre los hermanos, en los primeros estadios de la sexualidad infantil, puede invertirse esa hostilidad en deseo, generando, por este mecanismo, un tipo de homosexuales en los que predominan los instintos y las actividades sociales.

En las consideraciones anteriores, referidas al Caso Dora, aparecen esbozadas dos ideas que tendrían gran importancia en los estudios posteriores sobre la paranoia: la formación del delirio por transformación en lo contrario y la relación de la enfermedad con la homosexualidad. En otro apartado del mismo trabajo, Freud afirmaba que en la paranoia llega a la conciencia mucho de lo que en otras personas solo mediante el psicoanálisis se puede demostrar y, si lo que accede al consciente resulta intolerable, es proyectado. Por tanto, el paranoico tiene una «visión más aguda que la capacidad de persona normal, pero el desplazamiento sobre los otros del estado de cosas así discernido quita validez a su discernimiento». Es decir, el paranoico parece tener un mayor acceso a su inconsciente, lo que le causa demasiada angustia; para defenderse de ello, necesita atribuir sus propias fantasías y deseos a los demás, aún a riesgo de que se conviertan en perseguidores.

En El delirio y los sueños en la Gradiva de Hensen, Freud (1907) profundizó en la comprensión de la creatividad delirante de los paranoicos, explicando que: «en casos graves de formación delirante crónica (paranoia) se llega a extremos en materia de absurdos de ingeniosa urdimbre y buen sustento».

En Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, Freud (1908) puso de manifiesto algo de suma importancia en la enfermedad: las fantasías inconscientes, que devienen inmediatamente conscientes en los paranoicos, son los componentes sado-masoquistas de la pulsión sexual, algo que, en el caso de Aurora, la madre de

Hildegart, es vital para entender la relación que tenía con las personas significativas de su entorno. Situaba así Freud en el primer plano de observación psicoanalítica la importancia que tiene la agresividad en la paranoia; tanto en el aspecto sádico, de consecuencias imprevisibles y, a veces, criminales, como en el aspecto masoquista, la otra cara de la agresividad. Así el psicoanalista de Viena conectó, de nuevo, la paranoia y la etapa sádico-anal de la sexualidad infantil.

Los pasos siguientes dados por Freud y sus colaboradores, para la comprensión de la enfermedad, les llevaron, sobre todo, al estudio de su relación con la homosexualidad o, más concretamente, con las vicisitudes de la libido homosexual. Esta etapa de trabajo, cuyo desarrollo principal se extendería por espacio de tres años, puede acotarse temporalmente entre los comienzos de 1908 y el mes de marzo de 1911. El estudio implicó tanto a Freud como a sus discípulos más eminentes de aquella época. El tema se trató, con todos los requisitos formales, en la reunión de la sociedad Psicoanalítica de Viena de 29 de enero de 1908, en la que Adler presentó Una contribución al problema de la paranoia. En la discusión resaltaron la importancia del mecanismo de proyección, por el que «se forman primero las ilusiones y después las distorsiones de la memoria»; también hablaron de la participación de los impulsos exhibicionistas; de «la fijación y el carácter incorregible de las ideas delirantes» y de la «pulsión homosexual». Quedó clara la tipificación de la paranoia como egocéntrica, concepto del que podemos deducir un nexo con el narcisismo, aunque el desarrollo teórico correspondiente, todavía no había tenido lugar en aquel momento. Adler definiría la paranoia como desarrollo de una forma específica precoz de resolver las situaciones vitales. Cuando un individuo ha mostrado, ya durante la niñez, una falta de sentimiento de comunidad, ha estado siempre insatisfecho con la vida y se ha mostrado crítico y hostil hacía los demás, alimenta en sí mismo un fin secreto de alta ambición y trata de alcanzarlo con acciones beligerantes. Durante un tiempo progresa en esta dirección, pero llega un momento en que se ve obligado a pararse a cierta distancia del fin esperado. Para justificarse ante sus ojos y los de los demás recurre a dos actitudes: crea obstáculos ficticios y, a partir de entonces, gasta las energías para vencerlos y desplaza la batalla a otro campo (Adler, 1931).

Freud, en una carta a Jung, su discípulo suizo, de 17 de febrero de 1908, le comunicaba que había tenido algunos casos de paranoia en los que «Por lo regular se trataba de un desprendimiento de la libido a partir del componente homosexual hasta entonces ocupado de un modo moderado-normal». Como podemos observar, en aquellos momentos los psicoanalistas ponían el foco en las vicisitudes de la libido y encontraban en la paranoia«un desprendimiento de la libido a partir del componente homosexual». El descubridor del psicoanálisis, en aquella época, también estaba

interesado en diferenciar la paranoia de la demencia precoz y, para tratar de distinguirlas, daba mucha importancia al elemento libidinal cuantitativo. Llegó a la conclusión de que una retirada parcial de libido daría lugar a la paranoia, mientras que las retiradas totales de la libido corresponderían a la demencia precoz. En la misma carta a Jung hacía referencia a su trabajo de 1896, titulado Análisis de un caso de paranoia crónica, apoyando el descubrimiento de la relación entre la paranoia y la homosexualidad con estas palabras: «Mi amigo de entonces, Fliess ha desarrollado una hermosa paranoia, una vez que se desprendió de una no escasa inclinación hacia mí. A él, es decir: a su comportamiento, le tengo que agradecer esta idea. El hecho de que las sublimaciones muestren una regresión a la paranoia, corresponde al mismo contexto». Como vemos, en 1908, Freud tenía clara la interrelación entre la paranoia y la homosexualidad. Cuando escribía esta carta a Jung, con toda probabilidad, tenía en mente el trabajo titulado Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz, que su discípulo berlinés Karl Abraham publicó ese mismo año, y que fue tenido muy en cuenta por el maestro durante los años de estudio de la pa ranoia; especialmente, a la hora de escribir el Caso Schreber. Así lo reconoció Freud, expresamente, en otra carta que escribió al propio Abraham, el 18 de diciembre de 1910.

Él 25 de febrero de 1908, Freud expresaba el reconocimiento al trabajo de Jung, con esta frase: «Sus observaciones sobre la paranoia han hallado eco en mí». Unos días más tarde, el 3 de marzo, le comunicaba que había descubierto la existencia de un «defecto» en la «transición desde el autoerotismo hacia el amor de objeto». Este dato era muy importante porque, precisamente entre la etapa de autoerotismo y la de amor de objeto, se situaría la etapa narcisista de evolución de la libido, estableciéndose así una nueva conexión entre la paranoia y el narcisismo. También insistía Freud en la importancia de la proyección, aportando un punto de vista complementario, de gran importancia metapsicológica; veía en la proyección un mecanismo «a consecuencia del cual se evita la verificación de la realidad, pues no precisa de la misma aquello que procede de fuera» y añadía: «Habría que admitir que la paranoia corresponde a un desprendimiento fracasado de libido, ya que retorna en la proyección, con lo que la intensidad del investimiento se transforma en seguridad, al igual que en la regresión del sueño se transforma en vivacidad sensorial». Una seguridad que es el máximo anhelo del paranoico, durante toda su vida.

Como decía, y puede verse en las referencias anteriores, en la primera década del siglo xx, los psicoanalistas de mayor relieve estaban trabajando sobre la paranoia. En una carta a Ferenczi, de 25 de marzo de 1908, Freud se refería a la paranoia de Frau Marton, considerada por él como un caso típico: «una mujer insatisfecha por un hombre que se vuelve de manera natural a una mujer y que trata de investir su

componente ginecofílico largamente suprimido, con libido. Pero aquí se alza una resistencia, no puede ser ya homosexual, y por esa razón desprende la libido de las mujeres. En la paranoia a menudo sucede que las sublimaciones son destruidas por esa proyección y el componente homosexual se hace evidente». Como vemos, Freud seguía trabajando sobre las vicisitudes de la libido homosexual en la paranoia; en este caso, contemplando la posibilidad de fracaso de las investiduras libidinales normales y, especialmente, el fracaso de la sublimación.

Como era de esperar, las referencias de Freud a la paranoia se multiplicaron en diferentes cartas a Jung y a Ferenczi, durante el año 1908. El 26 de diciembre de 1908 comunicaba a Jung el resultado de sus investigaciones sobre los dos principios que rigen la paranoia:

El primer principio era enunciado así: «lo que le dicen a uno los paranoicos es erróneo, es decir, lo contrario a ello es la verdad». Así nos daba una gran pauta para la interpretación de la psicodinámica de la paranoia, alertándonos para un correcto análisis de los racionalizados discursos de Aurora.

El segundo principio sería: «aquello que consideramos como manifestación de su enfermedad (todo lo espectacular, incluso las alucinaciones) es su tentativa de curación» (...) «Intentan, para curarse, hacerse histéricos», con lo que nos proporcionaba unas pautas revolucionarias para la comprensión de la sintomatología psíquica.

En esta misma carta trataba Freud el problema del autoerotismo en la paranoia, al que «se le ve más bien en la franca derivación a la demencia». En la paranoia falla también el autoerotismo porque, «la libido retorna quizá plenamente al objeto, si bien desde luego, disfrazada y transformada, ya que el desprendimiento de la misma, que ha acontecido, no se puede dar como sucedido». Para el creador del psicoanálisis, «en todos los casos hay represión por desprendimiento de libido: a) si se logra, autoerotismo en demencia precoz simple, b) si no se logra, pleno restablecimiento del investimiento libidinal, pero tras proyección y transformación - paranoia típica: c) fracaso parcial - tentativa de compensación - falsa histeria - lucha que desemboca en autoerotismo parcial - formas intermedias, demencia precoz paranoide». Como vemos, Freud había conseguido establecer, a finales de 1908, la clara diferencia metapsicológica entre la paranoia y la demencia precoz, que estaba buscando desde hacía meses (carta a Jung de 17 de febrero).

Casi un año más tarde, en una carta a Ferenczi fechada el 12 de diciembre de 1909, Freud reconocía el valor de un trabajo del gran clínico húngaro que confirmaba sus teorías, ya que, en el mismo, aparecía con nitidez «el componente homosexual en

la regresión de las sublimaciones».

En 1910, el descubridor del psicoanálisis parecía entusiasmado con las Memorias de un neurópata, el relato autobiográfico del paranoico Schreber. El 22 de abril decía a Jung que dejaba para las vacaciones «al maravilloso Schreber, al que debían haber nombrado profesor de Psiquiatría y director de centro psiquiá trico». Unos días más tarde, el 1 de mayo de 1910, Freud instaba a Ferenczi a que hiciera su trabajo sobre paranoia, advirtiéndole que «la tentativa de curar la hipocresía de los paranoicos y de otros pacientes debe tomarse en serio». Dicha advertencia tiene una extraordinaria importancia clínica, porque quizá no deba llamarse hipocresía sino mentiras defensivas o creación de una realidad ad hoc, pero es evidente que la deformación de la realidad por parte de estos enfermos puede confundir a muchos observadores sin experiencia. Recordemos que el discurso formal de Aurora Rodríguez Carballeira ha sido tomado al píe de la letra por numerosos autores.

El 24 de septiembre de 1910, Freud daba noticias del estado de su estudio más conocido sobre la paranoia. En una carta escrita en Roma y dirigida a Jung, le decía que al trabajo sobre Schreber «le falta aún el final, suponiendo todo un avance hacia el esclarecimiento del mecanismo y la elección de neurosis»; una semana más tarde comunicaba a su discípulo de Zurich que «los paranoicos fracasan en la tarea de evitar la preocupación de sus inclinaciones homosexuales». Suponemos que se refería a la dificultad para destinar la energía de la libido homosexual a otros fines, especialmente los sublimatorios porque, el día 6 de octubre de 1910, Freud confesaba a Ferenczi, refiriéndose a su pasada relación con Fliess, que «Una parte del investimiento homosexual ha sido retirado y empleado en el ensanchamiento de mi propio yo. He tenido éxito allí donde fracasan los paranoicos». Algo semejante repetía el 17 de octubre, «estoy superando mi homosexualidad con el resultado de ganar independencia». Es decir, hacía un alarde de su capacidad para sublimar la libido homosexual que, en otro tiempo, había sido empleada en investir la relación con Fliess. En este mismo registro, el creador del psicoanálisis le dijo a Jung, el 31 de octubre, refiriéndose al caso Schreber: «La colosal importancia de la homosexualidad con respecto a la paranoia es confirmada por la fantasía central de castración». Así incluía el complejo de castración en la psicodinámica de la paranoia.

Como sabemos, también Ferenczi se ocupaba, en aquellos momentos, de la enfermedad; Freud le escribió el 15 de noviembre de 1910, haciendo referencia a los dos trabajos que el brillante discípulo húngaro publicaría en 1911: Un caso de paranoia desencadenado por una excitación de la zona anal y El papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia. Unos días más tarde, el 6 de diciembre, el maestro de Viena le decía a Ferenczi que lo fundamental en la paranoia

consistía en establecer la diferencia entre «ruptura», que depende del desarrollo del yo y «represión», de la fase de la libido. Para Caparrós (1997) esta distinción tiene gran importancia porque ruptura quiere decir que la fijación define, sobre todo, al self, a su estructura, y a sus posibles quiebras o déficits; es decir, a los fallos en la constitución preedípica. Por el contrario, cuando entra en funcionamiento la represión, se puede considerar que el individuo ha alcanzado la estructura edípica o tiene recursos para alcanzarla.

El tercero de los discípulos predilectos de Freud que se ocupaba de la paranoia era Karl Abraham. En una carta dirigida al gran clínico berlinés, fechada de 18 de diciembre de 1910, Freud reconocía que, en el caso Schreber, había seguido el camino mostrado por Abraham (1908) en el trabajo Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la dementia praecox, y, también, manifestaba su interés por la idea de Abraham sobre la megalomanía que, para él, consistiría «en una sobrevaloración sexual del yo».

A propósito de los estudios sobre el yo, que eran cada vez más frecuentes, en una carta a Jung de 1 de marzo de 191 1 y refiriéndose a Adler, decía Freud estas curiosas palabras: «No había reparado en que un psicoanalista conceda tanta preeminencia al yo. El yo desempeña, desde luego, el papel del tonto de circo que se agita mucho de un lado para otro para que los espectadores crean que es quien organiza todo cuanto está sucediendo». Con el tiempo, sería el propio Freud (1923 a) quien, en su trabajo El Yo y el Ello otorgase al yo la máxima importancia.

Freud (1911) publicó el caso Schreber, después de años de reflexiones, que he pretendido reflejar a través de las cartas a sus discípulos. En aquel trabajo ofrecía el resultado de sus estudios sobre el significado inconsciente de los delirios de grandeza, de persecución y de interpretación. También confirmó la importancia del autoerotismo en la paranoia y aportó a la comunidad científica la idea revolucionaria de la relación de la paranoia con las vicisitudes de la libido homosexual.

Freud justificó el estudio de la paranoia en el libro de Schreber por una razón clínica que ya había expuesto en sus cartas: «a los paranoicos no se les puede compeler a que venzan sus resistencias interiores y dicen solo lo que quieren decir», manifestando así la dificultad para llevar a cabo un proceso psicoanalítico en las personas con esta patología. Por otra parte, dijo que los paranoicos tenían «la peculiaridad de traslucir, aunque de forma desfigurada, justamente aquello que los otros neuróticos esconden como secreto», haciendo referencia a la permeabilidad del inconsciente de estas personas. En la misma obra, el autor, propuso una explicación patogénica de los delirios de grandeza, a la vez que los consideraba enteramente infantiles: «La libido liberada (del objeto) se vuelca al yo, se aplica en la

magnificación del yo», para volver al «estadio del narcisismo» en el que el yo era el único objeto sexual. Añadiendo algo fundamental, desde el punto de vista metapsicológico: «el retroceso desde la homosexualidad sublimada hasta el narcisismo indica el momento de regresión característico de la paranoia». Lo que refuerza la importancia de la regresión al narcisismo pero, a mi entender, por una incapacidad de alcanzar estadios o metas más evolucionadas de desarrollo libidinal.

Según Freud, sería específico de la paranoia que «para defenderse de una fantasía de deseo homosexual se reacciona, precisamente, con un delirio de persecución de esa clase» y ponía el ejemplo de la paranoia de celos en las mujeres. Esta patología las hace sospechar «del hombre con todas las mujeres que a ella misma le gustan». No se oculta a la pericia de Freud que, en la paranoia, la etiología sexual no es evidente y lo que aparece en primer plano son «mortificaciones y relegamientos sociales, sobre todo en el varón», con lo que hace una nueva referencia a la importancia del sufrimiento de heridas narcisistas, sobre todo en la infancia, y una posible cristalización libidinal en forma de masoquismo; es decir, un nuevo nexo entre la paranoia y la sexualidad anal.

Freud consideraba que el punto débil del desarrollo de los paranoicos ha de buscarse en el tramo entre autoerotismo, narcisismo y homosexualidad, con la peculiaridad de que «En la fase de narcisismo parece que numerosas personas demoran en ella un tiempo insólitamente largo, y que de ese estado es mucho lo que queda pendiente para ulteriores fases de desarrollo»; es decir, consideraba de capital importancia la posibilidad de dilación en el tiempo de la fase narcisista.

También hay que destacar, en el trabajo, la importancia de la fusión entre aspectos narcisistas y anales, ya que en la psicodinámica de Schreber, primero existiría una fantasía de humillación y, posteriormente, pasaba a una segunda fase de restitución grandiosa. El proceso queda esquematizado en estas frases: «Sufrió la sensación de estar muerto y corrompido, imaginando que en su cuerpo emprendían toda clase de horribles manipulaciones y pasó por las cosas más terribles, en aras de un fin sagrado». Podemos encontrar, en este caso, la fusión entre elementos de agresividad masoquista anal y homosexualidad, como queda de manifiesto en la fantasía de que sería entregado a una figura paterna, su médico, para que cometiera abuso sexual con él.

En el Caso Schreber tenemos múltiples indicaciones de la importancia de la libido anal en la paranoia. De manera manifiesta, como en un pasaje en el que Schreber especifica las vicisitudes de su evacuación, cuya necesidad «es provocada por un milagro»; el viaje de los excrementos por el intestino, a veces, «de nuevo hacia atrás» y que los mínimos restos sean «untados en mi ano»; todo ello por «un milagro del

Dios superior», etc. También de forma desplazada, pero con elementos característicos de la agresividad anal, en la fantasía de Schreber de sepultamiento del mundo que, para Freud, era «la consecuencia del conflicto que había estallado entre él y Flechsig.

1 De los comentarios de Freud podemos obtener valiosa información sobre la génesis de las fantasías y temores acerca de la homosexualidad que, hoy en día, tienen muchos jóvenes: «En general, el ser humano oscila a lo largo de su vida entre un sentir heterosexual y uno homosexual, y una frustración o un desengaño en un lado suele esforzarlo hacia el otro»

En el caso Schreber, Freud también nos aporta importantes claves para poder pensar en el significado intrapsíquico del delirio: «Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción (...) lo cancelado adentro retorna desde fuera». Este concepto de reconstrucción o restitución es fundamental para la comprensión de la paranoia y de las psicosis en general. La restitución en la paranoia se realiza mediante el mecanismo de la proyección, que permite que lo desagradable y abolido dentro del propio psiquismo vuelva al sujeto como si procediera de fuera, desde el mundo externo. Como sabemos, la restitución es un intento de curación de la paranoia: por un lado se reanuda el contacto con el objeto y, por otro, se libra el sujeto del sentimiento de culpa, porque queda proyectado en el objeto.

Fijémonos, de nuevo, en las aportaciones de los discípulos de Freud. En la misma época, Ferenczi (1911) basándose en el estudio de un paciente que, como consecuencia de la intervención quirúrgica de una fístula anal, desarrolló un cuadro paranoico, escribió su trabajo titulado Un caso de paranoia desencadenado por una excitación de la zona anal, y, en el mismo año, también publicó El papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia. En ambos estudios apoyaba la teoría freudiana de la relación entre la paranoia y la homosexualidad, enfatizando la importancia de la regresión de la libido hacia las primeras fases del desarrollo, ante la incapacidad del individuo para responder con la suficiente madurez a los problemas de la genitalidad. Ferenczi, al igual que lo hizo Freud en Schreber, nos facilita, con estas ideas, la comprensión de muchos casos clínicos actuales, especialmente de adolescentes y adultos jóvenes, que presentan cuadros paranoides cuya principal manifestación clínica es el miedo de estas personas a ser homosexuales. El autor húngaro puso de manifiesto que el delirio de persecución corresponde al retorno del afecto rechazado. En este caso, la libido se había apartado del objeto para volver al yo, en forma de autoerotismo anal.

En Tótem y tabú, Freud (1913) profundizó en el estudio del delirio de persecución, tan frecuente en la paranoia, determinando que su origen se encuentra en

los primeros años de la vida: «El arquetipo que el paranoico recrea en el delirio de persecución se sitúa en el vínculo del niño con su padre (...) Cuando el paranoico señala a una persona de su círculo de relaciones como perseguidores la eleva hasta la serie paterna». Como vemos, Freud no solo da importancia a la temprana infancia como origen del delirio sino que recuerda los fundamentos del fenómeno universal, pero especialmente observable en el proceso psicoanalítico, que conocemos como transferencia.

En Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, Freud (1910) ya había hablado del narcisismo como modelo de relación objetal. El 18 de marzo de 1914 le decía, en una carta, a K.Abraham: «Muy difícil ha sido para mí el parto del narcisismo, y es lógico que hayan quedado en él los consiguientes rastros de deformación». En efecto, en ese mismo año se publicó Introducción del narcisismo, un trabajo fundamental en el que, entre otras aportaciones, Freud (1914) reconocía algo que resulta decisivo para la comprensión de los trastornos psicóticos, entre los que se encuentra la paranoia; se trata de la importancia que tiene el narcisismo en la constitución del Yo. Muchos años más tarde, Alice Mi ller (1994) expresa lo mismo de una manera más poética, diciéndonos que la leyenda de Narciso describe la tragedia de la pérdida del yo, que acontece en los trastornos narcisistas.

Cuando escribió Introducción del Narcisismo, Freud (1914) ya había avanzado mucho en los estudios sobre la instancia psíquica que denominamos el yo. En este novedoso trabajo establecía una idea tan fundamental que, por sí sola, justificaría un detallado estudio de las psicosis; atribuyó, al estudio de la paranoia y de la dementia praecox, la capacidad de permitir entender la psicología del yo. En esa misma línea de pensamiento, afirmaba que son causas frecuentes de paranoia un agravio al yo o una frustración en el ámbito del ideal del yo; por tanto, la enfermedad se podía entender como efecto de liberación de libido homosexual producida por la frustración. La consecuencia de estos movimientos psíquicos sería la generación de culpa y angustia, empleándose la proyección para intentar liberarse de esos dolorosos sentimientos.

Las evidencias clínicas registradas por Freud y sus discípulos y las consiguientes elaboraciones teóricas conducían, reiteradamente, a entender el funcionamiento mental de los paranoicos como derivado de una regresión a estadios precoces de desarrollo psicosexual (autoerotismo, elección de objeto homosexual, etc.). Estas primeras concepciones teórico-clínicas se complementaron con el establecimiento, por parte de Freud, de que el estadio del narcisismo era una fase del desarrollo libidinal que se sitúa entre el autoerotismo y el amor de objeto. De esta manera, quedaba establecida la base teórica que pone en estrecha relación la paranoia y el

narcisismo. A partir de ese momento, la teoría psicoanalítica acepta que la paranoia y los trastornos paranoides son trastornos narcisistas, es decir, tienen su origen en la etapa del desarrollo libidinal en el que el Yo es el principal objeto de amor.

Podemos preguntarnos qué amenaza permanentemente, desde su inconsciente, a los seres humanos con patología narcisista, entre los que se encuentran los paranoicos. Creemos que la angustia amenazante puede manifestarse en un amplio espectro de sentimientos, dependiendo de la profundidad de la patología: desde la vivencia de inminente desestructuración a la amenaza de depresión psicótica, agotadora de lapulsión de vida. Entendemos, con Freud, que las manifestaciones sintomatológicas que constituyen la base para el diagnóstico de una paranoia representan los intentos de neutralización de la angustia y las transacciones intrapsíquicas entre diferentes fuerzas que operan en la mente. En realidad, el estudio psicoanalítico de la paranoia, sea cual sea el enfoque teórico desde el que se aborda, nos lleva a un origen en déficits en la estructuración del psiquismo.

Quedaba claro para los psicoanalistas, a partir de 1914, que en el origen de la paranoia hay un déficit narcisista, entendido como una deficiente estructuración del yo ocurrida antes o durante la etapa del desarrollo libidinal que se denomina narcisista, como ya había intuido Federn (1984) para las psicosis, en general. En consecuencia, a partir de 1914, podemos establecer un paralelismo entre una buena configuración del narcisismo y una adecuada estructuración del yo; por el contrario, cuando hay déficit en la constitución del narcisismo, habrá un déficit en la estructura y en las funciones del yo. La hipertrofia del yo, descrita en la paranoia no sería más que un permanente intento de compensación de la fragilidad de unas estructuras yoicas en permanente peligro de desintegración. Con posterioridad al trabajo fundamental de Freud, otros psicoanalistas han aportado interesantes observaciones sobre el tema que nos ocupa. Por ejemplo, Lou Andreas Salomé (1921) pudo reconocer que determinados fallos en la investidura libidinal de objeto, que supone tanto como decir déficits en el grado de maduración, intentaban ser compensados por adaptaciones narcisistas.

Las ideas fundamentales expuestas en Introducción del Narcisismo, las reiteró Freud (1917, b) en la Conferencia 26, diciendo: «La frecuente causa de la paranoia por un agravio al Yo, por una frustración de la satisfacción en el ámbito del ideal del Yo, se vuelve así más comprensible», para continuar defendiendo la tesis de que la paranoia persecutoria es la forma en que el individuo se defiende de una moción homosexual que se ha vuelto hiperintensa: «La mudanza de la ternura en odio que, como es sabido, puede convertirse en una seria amenaza para la vida del objeto amado y odiado, corresponde entonces a la transposición de mociones libidinosas en

angustia, que es el resultado regular del proceso de represión»

Él año siguiente a la publicación de Introducción del narcisismo, aparece Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica (Freud, 1915), un trabajo en el que se mostraba, de forma evidente, quizá el último eslabón de la cadena en la comprensión psicodinámica de la paranoia. Sobre la base de la relación de la misma con el narcisismo, queda la homosexualidad, o mejor la importancia de la libido homosexual, como nexo de unión entre la enfermedad y la herida narcisista que la originó. Freud lo explicaba porque, en la paranoia, se opera una regresión «que remite al origen narcisista de su elección homosexual de objeto». En este mismo trabajo se establece la existencia de una fase preedípica que denomina de ligazón-madre, caracterizada por extrema dependencia, en la que se puede encontrar el germen de la posterior paranoia en la mujer. Recordemos que tanto Freud (1915), como Ruth Mack Brunswick (1928), señalaron algo que debemos tener muy en cuenta en el estudio del caso Aurora. Ambos autores describieron una variante de la relación con la madre como determinante en el origen de la paranoia, la originada en la ligazón preedípica a una hermana.

En Pegan a un niño, Freuct (1919) señaló que la realización del deseo de ser azotado por el padre, podría estar en el origen del delirio querulante paranoico, lo que vuelve a recordar el nexo de la paranoia con lo que el psicoanálisis entiende como agresividad originada en la etapa anal de evolución de la libido; en este caso, agresividad vuelta contra el propio sujeto en forma de masoquismo.

La importante idea de que el origen de la paranoia se encuentra en un agravio al yo, como sabemos, recorre la obra de Freud desde la primera época, queda claramente de manifiesto a partir de Introducción del Narcisismo y se mantendrá también con el establecimientote la segunda Tópica. En El Yo y el Ello, Freud (1923 a) reiteraba el origen psicodinámico del delirio de persecución: «En la paranoia persecutoria, el enfermo se defiende de cierta manera de una ligazón homosexual hiperintensa con determinada persona y el resultado es que esta persona amadísima pasa a ser el perseguidor contra quien se dirige la agresión, a menudo peligrosa para el enfermo».

Tras algunos años de elaboración, Abraham (1921) reconoció la decisiva influencia del erotismo anal en la psicogénesis de la paranoia, como años antes había indicado Ferenczi. Poco después, el propio Abraham (1924), en el curso de un estudio sobre el desarrollo libidinal, haciendo referencia a los trabajos de van Ophuijsen y Stárcke - curiosamente los mismos autores que citaría Lafora en sus artículos periodísticos del verano de 1934-, afirmaba que el paranoico puede asociar las propias heces al pene del perseguidor, que ha sido incorporado mediante una

introyección del objeto parcial. Abraham adelantó la fecunda idea de que en la paranoia existe una regresión de la libido a la primera etapa anal, o anal-expulsiva. Como puse de manifiesto recientemente, la relación de Aurora con su hija Hildegart puede entenderse como una evolución regresiva desde la etapa anal retentiva, predominante durante la vida de la joven, a la anal expulsiva, cuya consecuencia fue la destrucción de Hildegart (Fernández Soriano, 2010).

En este momento debemos recordar que Freud (1913) había establecido el nexo entre la analidad y la predisposición homosexual con estas palabras «La corriente pasiva es alimentada por el erotismo anal, cuya zona erógena corresponde a la antigua cloaca indiferenciada. Un acusado relieve de este erotismo anal en el estadio de la organización pregenital deja en el varón, cuando se alcanza el estadio siguiente de la función sexual, la del primado de los genitales, una sustantiva predisposición a la homosexualidad».

En la Presentación autobiogrdica Freud (1925) escribía: «Muy tempranamente (en 1896) pude comprobar en un caso de demencia paranoide los mismos factores etiológicos y la presencia de idénticos complejos afectivos que en las neurosis»; mostrando, en una época, ya tardía, que seguía fiel a su teoría de la importancia de la sexualidad y sus vicisitudes en la génesis de la enfermedad mental.

La indiscutible capacidad del creador del psicoanálisis para la investigación de los fenómenos psíquicos, a pesar del importante despliegue defensivo con el que sus pacientes, y cualquier ser humano, encubre las motivaciones profundas de los síntomas se pone, una vez más, de manifiesto en Inhibición, síntoma y angustia. En este brillante trabajo Freud (1926) resaltaba la importancia de la satisfacción narcisista que proporcionan al yo, tanto la neurosis obsesiva como la paranoia: «Otras configuraciones de síntoma, los de la neurosis obsesiva y la paranoia, cobran un elevado valor para el yo, más no por ofrecerle una ventaja, sino porque le deparan una satisfacción narcisista de que estaba privado». Reiterando así que las manifestaciones clínicas de la paranoia serían un intento de restitución o reparación de antiguas heridas narcisistas.

Un año más tarde, en El humor (Freud, 1927) podemos leer: «A raíz del estudio de algunos casos de paranoia pude comprobar que las ideas de persecución se forman muy temprano y sub sisten largo tiempo sin exteriorizar un efecto notable, hasta que luego, a partir de determinada ocasión, reciben las magnitudes de investidura que les permiten volverse dominantes», haciendo referencia a su trabajo: Sobre algunos mecanismos neuróticos en la paranoia, los celos y la homosexualidad, de 1922, para volver a señalar dos aspectos fundamentales de la paranoia: el primero es que la enfermedad se origina en la niñez y, el segundo, que el elemento desencadenante de

la sintomatología aguda es posterior en el tiempo, a veces en muchos años, y adquiere su eficacia por reactivación de lo antiguo.

En Sobre la sexualidad femenina (1931) actualizó lo que había descubierto en 1915: que, en la ligazón preedípica con la madre, «se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer», estableciendo que ese germen radicaba en el terror de origen proyectivo, es decir, causado por la fantasía de que la madre sentiría los mismos deseos devoradores hacia el bebé que, al parecer, siente el bebé hacia ella.

También, en la 33a Conferencia, titulada La feminidad, Freud (1933) volvió sobre este importante tema afirmando, a propósito de la relación de la hija con la madre, que: «Por ejemplo, ya en este periodo preedípico se descubre, referida a la madre, la angustia de ser asesinado o envenenado, que más tarde puede constituir el núcleo de una paranoia». En la misma conferencia hizo alusión al caso, que ya conocemos, de Ruth Mack Brunswick (1928) en el que una mujer paranoica había establecido una fijación preedípica a una hermana.

El mismo año del asesinato de Hildegart, Wilhelm Reich (1933) publicó Análisis del carácter. En su descripción del carácter fálico, consideraba este autor que el narcisismo tenía su origen en la fijación a la fase fálica y surgía como compensación de los conflictos relacionados con el complejo de castración; una teoría que complementa la visión que podemos tener sobre la paranoia, en sus aspectos caracteriales. Concretamente, en el caso de Aurora, eran muy evidentes los aspectos fálicos de su carácter, como pudo comprobarse, especialmente, durante su estancia en prisión.

Como hemos podido ir viendo, Freud puso de manifiesto las principales características psicodinámicas de la paranoia. En primer lugar descubrió el amor al delirio, que años más tarde explicaría como tentativa de curación. Conceptuó la paranoia como una neuropsicósis de defensa, ya que los pacientes tenían que defenderse de algo inconciliable para el yo, que tenía el valor de un reproche, empleando el mecanismo de proyección. Pronto descubrió que la paranoia tenía su origen en un incidente sexual traumatizante y precoz en el que es necesario reprimir la sensación de displacer, y que tendrá el efecto de producir un daño permanente en el yo y una actitud generalizada de desconfianza. Desde 1897 (Manuscrito N), Freud registró la importancia de los impulsos hostiles contra los padres en la psicogénesis de la enfermedad y poco tiempo después, descubría la importancia de la regresión al autoerotismo. Las investigaciones de Freud, en los primeros años del siglo xx le llevaron a descubrir la necesidad de los paranoicos de dar significado a los fenómenos cotidianos, eliminando la categoría de lo contingente. También reconoció la importancia del mecanismo de escisión en la paranoia y, en general, en las psicosis

y descubrió cómo estos enfermos reorganizan los recuerdos para darles coherencia, lo que denominó espejismos del recuerdo. Pronto establecería Freud, en colaboración con sus principales discípulos, las características fundamentales de la paranoia:

a)Su origen en un «defecto» en la etapa del desarrollo psicosexual correspondiente al narcisismo, que tiene como consecuencias una estrecha relación con las vicisitudes de la libido homosexual y una necesidad de utilización de defensas cargadas de omnipotencia.

b)La relación, cada vez más evidente de la paranoia con los componentes sadomasoquistas de la pulsión sexual y la crueldad, cobrando progresiva importancia el mecanismo de regresión a la etapa anal de la evolución psicosexual. Este desarrollo ha llegado hasta nuestros días. Actualmente se considera que la hostilidad maligna, en la paranoia, tiene mucha mayor importancia que el amor homosexual reprimido.

Si el sadismo es muy evidente en las manifestaciones de la paranoia, en multitud de ocasiones, no lo es tanto el masoquismo, pero para completar el cuadro de la relación de la paranoia y la analidad, es necesario tenerlo en cuenta. No podemos prescindir, en el estudio de la paranoia, de su estrecha vinculación con una fórmula de manejo pulsional que oculta el verdadero significado intrapsíquico de las manifestaciones de sufrimiento. Se trata de la estrecha vinculación de la paranoia con el masoquismo.

Freud (1908) había descrito la coincidencia entre las fantasías de los histéricos acerca de ser maltratados, las quejas de los que padecen paranoia persecutoria y las escenificaciones que realizan los perversos.

Aportaciones del psicoanálisis II

Los posfreudianos

Creo que contamos con suficientes evidencias que relacionan la paranoia con déficits en la constitución de un narcisismo estructurante y estos fallos con manifestaciones sintomatológicas características de fijaciones; o, más bien regresiones, a la fase anal de la evolución de la psicosexualidad establecidas por Freud y sus discípulos desde las primeras décadas del siglo xx y refrendadas por autores posteriores. Veamos ahora las aportaciones a la comprensión de la enfermedad que realizaron otros psicoanalistas y estudiosos de la paranoia:

Lacan (1931) investigó la paranoia en su tesis doctoral; en ella se refería a las ilusiones de la memoria como causadas por una insuficiencia de la rememoración que

permite que una imagen fantasma se transforme en una imagen recuerdo, mediante un proceso en el que tiene gran importancia el componente afectivo. Lacan también consideraba significativas, en la constitución de una paranoia, las dificultades del desarrollo de los aspectos de la personalidad relativos a la esfera sexual. Hablaba del predominio de los mecanismos de autocastigo en la paranoia que se acompañan de trastornos de la sexualidad, y gran preponderancia de las fijaciones en la etapa sádico-anal. Estos mecanismos de autocastigo sirven para establecer nexos entre la paranoia y el masoquismo, estarían vinculados, según Lacan, a periodos de homosexualidad infantil caracterizados por la erotización de objetos fraternos. De nuevo podemos recordar la extraña pero intensa y perdurable fijación agresiva de Aurora con su hermana Josefina. Además, consideró que podrían resultar determinantes las anomalías de la etapa infantil tales como orfandad, ilegitimidad, educación exclusiva por parte de uno de los progenitores, aislamiento sexual, apego exclusivo a un progenitor y odios familiares. Como buen discípulo, en aquel momento, de sus maestros organicistas Lacan descubría, con frecuencia, un proceso orgánico en la etiología inmediata de la psicosis. Además, lo que para el psiquiatra de París no faltaba casi nunca en el desencadenamiento de la enfermedad era una transformación de la situación vital con significación traumática. Siempre existía, de base, un conflicto vital ligado a las relaciones parentales o fraternales que daría lugar, posteriormente, a una sistematización del delirio con una doble significación: la actualización del conflicto afectivo y el autocastigo. Lacan, en el mismo trabajo, afirmaba que también pueden darse en la paranoia fantasías de adivinación del pensamiento. Recordemos que Aurora, cuando su hija entró a hablar en una habitación contigua, con un interlocutor, creyó adivinar lo que hablaron, porque había adoptado una postura corporal determinada. Lacan, en su tesis doctoral, estudió profusamente el caso de Aimeé, que tipificó como paranoia de autocastigo. Consideraba la paranoia de autocastigo y la paranoia de reivindicación como psicosis caracterizadas por la detención evolutiva en el estadio del superyó. Para Lacan, las curaciones se dan en caso de satisfacción de pulsión autopunitiva; lo que descubriría la necesidad del delirio y diversa sintomatología como sustitutos o preparatorios del autocastigo.

Otros autores posfreudianos profundizaron en algunas ideas que no habían sido completamente desarrolladas, especialmente en lo que concierne a las primeras fases de la evolución libidinal. M. Klein culminó una serie de estudios sobre la agresión y la paranoia, denominando fase persecutoria y luego posición paranoide al primer periodo oral. Su teoría se basa en que la sintomatología de los niños pequeños fue atribuida por la autora a la ansiedad, producida por los sentimientos agresivos del bebé contra las personas significativas. Este tipo de drama arcaico representaba la aparición, ya en el primer año de vida, del conflicto superyoico descrito por Freud

para periodos posteriores del desarrollo. La agresión que, según Klein, el bebé siente y ejerce hacia el objeto frustrante (normalmente la madre), puede ser vivida como peligrosa mediante un mecanismo de proyección, según la ecuación: el odio hacia el objeto se vive como miedo de ser odiado por él. Este mecanismo tiene, lógicamente, la peculiaridad de que cuanta mayor agresividad sintiera el bebé, también sentirá mayor miedo. La agresividad es la fuente de angustia y la angustia aumenta la agresión dando lugar a un círculo fatal dominado, según la psicoanalista, por la pulsión de muerte. Klein consideró que la base de la psicosis podía encontrarse en este periodo tan temprano de la vida.

A partir de 1929 y, especialmente, desde 1935, Melanie Klein denominó a la fase de agresión y miedo a la retaliación posición paranoide. Posteriormente, el término fue completado y sustituido por el de posición esquizo pdrdnoide, porque Klein (1946) incorporó a su teorización sobre la posición paranoide la contribución de Fairbairn (1943) sobre la posición esquizoide, caracterizada por la importancia de los mecanismos defensivos de escisión del yo en el desarrollo de las relaciones de objeto. Fairbairn propuso la existencia de una posición esquizoide anterior a la posición depresiva que había descrito Melanie Klein. La autora húngara recogió las ideas del analista escocés llegando a la conclusión de que un buen ingreso en la posición depresiva dependía de la adecuada elaboración de angustias muy primitivas anteriores a las depresivas; una fase del desarrollo en la que sería fundamental el mecanismo de escisión. Así llegó a enunciar la posición esquizo pdrdnoide, característica de un yo temprano que carece de cohesión y en el que se entremezclan tendencias hacia la integración y hacia la desintegración y sentimientos muy primitivos de persecución y paranoia que podían llevar a la cristalización de unos mecanismos de defensa muy arcaicos que, para reducir las situaciones de tensión, empobrecerían en exceso la vida libidinal.

Klein describió, en el citado trabajo de 1946, que la angustia temprana puede ser vivida como terror a ser aniquilado por un objeto avasallador e incontrolable que amenaza con la muerte desde dentro. Atribuía la autora este fenómeno mental a la acción de la pulsión de muerte sobre el yo incipiente. La posición esquizo-paranoide podría caracterizarse por una lucha titánica para apartar la pulsión de muerte que amenazaría al self con ser despedazado (por la propia agresión proyectada y vuelta contra el sí mismo). Es característica de esta fase la omnipotencia narcisista, que produce una disolución de la frontera entre el yo y el objeto interno que queda incorporado como una parte del self. Además de la escisión, la identificación proyectiva es otro mecanismo de defensa que define esta fase; se caracteriza por una escisión del yo en partes buenas y malas, siendo las malas expulsadas y proyectadas sobre el objeto (la madre) con la intención de dañarle y tomar posesión de él. Cuando

la identificación proyectiva tiene éxito y el objeto contiene las partes malas del self, este objeto no queda separado del self sino que es vivido como el self malo. De esta manera se crea el prototipo de las relaciones agresivas. No todas las causas de la identificación proyectiva son patológicas; este mismo mecanismo, en su vertiente positiva, se ha considerado fundamental, incluso imprescindible, para un buen desarrollo de la capacidad empática.

El pediatra D.W.Winnicott, otro importante psicoanalista de la escuela británica que estudió el periodo temprano de la vida volvió a poner el foco de atención en la fase autoerótica, el periodo del desarrollo psicosexual en el que no hay distinción entre el self y el objeto. Denominó a este periodo de desarrollo, fase de omnipotencia infantil primaria y postuló que cualquier intrusión ambiental durante la misma podría producir una profunda distorsión del self. Winnicott (1945) decía refiriéndose al periodo de lactancia: «Todo fallo de la objetividad, sea cual sea la fecha en que se produzca está relacionado con algún fallo en esta fase de desarrollo emocional primitivo».

Cameron (1963), un autor de diferente escuela, llegó a conclusiones perfectamente compatibles con las ideas del psicoanalista británico al relacionar la personalidad paranoide con la falta de confianza básica; afirmando que, en muchas ocasiones, esas personas habían sido tratadas en la infancia con sadismo. El mal trato infantil recibido quedaría introyectado en la mente del niño y se manifestaría, en lo sucesivo, como una comprensible actitud permanente de hipervigilancia. También Winnicott (1993), fijándose en las pulsiones agresivas atribuyó el origen de la paranoia a la «preocupación por los resultados de la agresión». Para él las experiencias insatisfactorias generan la aparición o el robustecimiento de ideas que se viven como malas y, por tanto, adquieren el status de perseguidores internos. Nos dice el brillante psicoanalista: «Los agrupamientos de perseguidores que son una amenaza demasiado grande y no pueden esperar para su excreción (ligada a la experiencia instintiva) deben ser eliminados por proyección, o sea, mágicamente. Si algo se percibe como malo en el mundo externo se vuelve un perseguidor y el sistema paranoide queda oculto. Si no lo hay se ve obligado a alucinar un elemento persecutorio y el resultado es un delirio de persecución (...) Los individuos aprenden gradualmente a conseguir que el mundo les persiga de modo tal que pueden aliviarse de la persecución interna sin la locura del delirio». Winnicott, en consecuencia, sitúa el origen de la paranoia durante el primer año de vida, en la etapa llamada de sadismo oral, y da gran importancia a una hipersensibilidad excesiva, probablemente de naturaleza constitucional, a la intrusión proveniente de fuerzas externas. Esta hipersensibilidad puede sentar las bases de una disposición paranoide.

Para el psicoanalista inglés la integración psíquica depende, tanto de factores personales que caracterizarán la experiencia interna vital, como del cuidado ambiental.-

> Si hay una hipertrofia de los factores personales, el bebé creará una expectativa de persecución y, en consecuencia, la aglutinación del self constituirá un acto de hostilidad contra lo que es «distinto de mí». El retorno al descanso está dificultado porque no se puede confiar; ya no hay un lugar fiable, todo ha sufrido una alteración y se ha vuelto peligroso.
>
> En el otro extremo, si es el cuidado ambiental la causa fundamental de cohesión del self,• hay ausencia de paranoia y exceso de confiabilidad.

Interesante teoría que conjuga, en la línea más genuinamente freudiana, la predisposición genética y la influencia ambiental en la psicogénesis de la paranoia. Según Winnicott, cuando las regresiones y fijaciones alcanzan la fase narcisista, como es característico en la paranoia, se hace necesario un perseguidor externo, que tiene la función de dar cohesión al self. Así se entiende bien la necesidad del paranoico de tener perseguidores; en ello le va un cierto grado de descanso psíquico. Como he repetido, Freud descubrió muy pronto esa necesidad y lo plasmó en la frase: «Estas personas aman su delirio como se aman a sí mismas».

Otto Kernberg (1975), uno de los psicoanalistas contemporáneos más conocidos, observó que en los enfermos de personalidad paranoide existía una disminución de la actividad del Yo, como cincuenta años antes señalara Freud. También aportó algo más novedoso: en ellos existía, además, una disminución de la actividad del Superyó. En lo que respecta a los mecanismos de defensa, Kernberg consideraba que, al disminuir la capacidad de represión, aparecían en primer plano otros mecanismos más arcaicos, como la escisión, la negación y la identificación proyectiva. Estas personas, en las fases de menor actividad de su psicosis pueden manejar su agresividad, siempre muy acusada, mediante el empleo del mecanismo de defensa denominado formación reactiva, lo que puede dar lugar a un comportamiento excesivamente amable y cortés. La formación reactiva es un sistema defensivo, no muy consistente, que se resquebrajará con mucha facilidad al aumentar la tensión psíquica; entonces aparecerá, en todo su esplendor, la agresividad primaria. Kernberg también llamaba la atención sobre un componente del psiquismo de los paranoicos que puede permanecer oculto, si solo observamos lo aparente. Se trata de la depresión narcisista, algo que implica importantes elementos de frustración y humillación con fantasías de que los adversarios se regocijarían con la derrota del sujeto. Como veremos estas fantasías aparecieron en la mente de Aurora, tanto en su estancia en la cárcel como al ingresar en el psiquiátrico, referidas al «triunfo» de su hermana sobre ella.

Kernberg (1984), en otro trabajo, nos ha aportado datos imprescindibles para entender la paranoia, desde la teoría psicoanalítica. Se trata de nuevas pruebas de la relación entre lo paranoide y lo narcisista, un nexo que empezaron a ver los asistentes a las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en 1908 y quedó sólidamente establecido en el Caso Schreber (Freud, 1911). Para Kernberg, si en la personalidad del enfermo predominan la frialdad y la suspicacia, nos deslizamos hacía lo paranoide y si lo hacen la envidia y arrogancia, el desplazamiento es hacía lo narcisista. Evidentemente, en un paranoico grave coexisten las cuatro características, como podemos observar que ocurrió en el caso de Aurora.

Los niños que establecieron una relación característica con un «objeto inestable» tendrían propensión a la paranoia. Este tipo de relación está marcada por aumento de la ansiedad de separación y un temor constante a la traición y a la pérdida. Siguiendo la evolución de los trastornos de la personalidad de Aurora, resultan evidentes los procesos conducentes al llamado narcisismo maligno, descrito por Kernberg como una patología grave del Superyó, que implica una conducta antisocial, agresión egosintónica dirigida hacia otros en forma de sadismo o dirigida hacia sí mismos en forma de tendencias autolesivas o suicidas, sin depresión y con tendencias paranoides; es decir, un despliegue del los elementos característicos de la agresividad anal (Kernberg, 1988).

A lo largo de los años han ido surgiendo trabajos que consolidan la relación entre la paranoia y el narcisismo. Cooper y Sacks (1991) hablaban de las frecuentes tendencias paranoides en los caracteres narcisistas y entendían que la función de las manifestacionesparanoides sería neutralizar los sentimientos de debilidad. Esto representaría que, cuando hay una descompensación de las defensas narcisistas, tiene lugar un movimiento hacia lo paranoide como intento de solución; sobre todo, cuando hay una viva amenaza de fracaso de las prótesis caracteriales que sirven para mantener una falsa imagen de superioridad y omnipotencia. Según Millon (1969) y Meissner (1979), las personalidades paranoides son a menudo, si no siempre, variantes más graves de la personalidad narcisista que reflejan el deterioro progresivo de las funciones anteriormente adaptativas. Más recientemente, el propio Meissner (2008) entendía la grandiosidad, tan frecuente en la paranoia, como algo inherente a la propia enfermedad al considerar inseparable el par: déficit narcisista-hipertrofia del Yo. En este sentido, son numerosos los autores que encuentran en sus pacientes sentimientos de impotencia y desvalimiento como consecuencia de profundas heridas narcisistas sufridas en la primera infancia y cuyo intento de compensación se manifiesta, en la edad adulta, con los rasgos de una paranoia.

Por mi parte, y siguiendo a Freud desde sus primeros trabajos, entiendo la relación

entre la paranoia y el narcisismo si considero que la paranoia es el deficiente resultado del intento de compensar los fallos de los sistemas de defensas psíquicas. Tales sistemas se habían establecido para tratar de neutralizar las carencias en la estructuración del psiquismo causadas por fallos en la constitución del narcisismo. El fallo en las defensas implicará, en muchas ocasiones, una regresión a la fase anal de evolución de la libido. Un exceso de intromisión de la realidad externa o, también una desbordante intensidadpulsional y, sobre todo, la combinación de ambas, puede romper los diques que, en situaciones de menos tensión, bastarían para contener los ataques que sufre la mente de las personas que no tienen una suficiente estructuración narcisista. Así, la paranoia puede conceptuarse como el intento fallido de protección o reparación de un yo insuficientemente estructurado; un yo caracterizado por la existencia de elementos de pensamiento mágico y cargado de inclusiones protésicas de escasa utilidad que, a su debido tiempo, no ha podido disponer de un adecuado mecanismo de represión, para ir evolucionando hacia estados de mayor madurez.

En los paranoicos, con gran frecuencia, la sexualidad ha sido objeto de una intromisión paradójica en su psiquismo, cuando eran niños. La sexualidad puede existir solo cuando no existe (la sexualización sadomasoquista de la no sexualidad). Este era el ideal paradójico del padre de Schreber y, resultó ser de Aurora Rodríguez, tanto en lo referente a ella misma, como a su hija.

Genéricamente podemos aplicar a la paranoia la conceptuación de Laplanche (1989, 1996) y entenderla, también, como el resultado de los trastornos producidos en un yo que ha sido demasiado permeable a la intromisión de la sexualidad del adulto. Este autor distingue dos tipos de respuesta del yo infantil frente a la sexualidad de los mayores. Cuando solo hay una «implantación» de elementos inconscientes, puede existir una traducción-represión de dichos elementos, lo que permite al niño mantenerse dentro de los límites de la neurosis. Cuando tiene lugar una «intromisión», queda dificultada la respuesta traductora-represora y el resultado, por efecto del mecanismo de escisión, es la aparición en la mente infantil de una especie de cuerpo extraño que obstaculiza el normal desarrollo de las instancias psíquicas.

Tarelho (2004) para tratar de entender explicar el origen de la paranoia y otras psicosis, pone en relación la teoría del «doble vínculo» de la escuela de Palo Alto con el concepto de «fracaso de traducción-represión» de Laplanche, resaltando algo que creo de suma importancia: la diferencia entre los mensajes contradictorios y los mensajes paradójicos, a la hora de ser abordados por el psiquismo.

1 Podemos considerar que la mente humana será tanto más evolucionada cuanta más ambigüedad, contradicción y frustración pueda tolerar sin derrumbarse. Pero, ¿cómo manejar psíquicamente la paradoja? Frente a los mensajes contradictorios hay

posibilidad de elección, mientras que en los mensajes paradójicos, lo que falla es la posibilidad de elección porque los enunciados pertenecen a diferentes niveles de conceptuación y abstracción. Racamier ofreció esta definición de paradoja: «Una formación psíquica que relaciona indisociablemente entre sí, remitiendo la una a la otra, dos proposiciones u órdenes inconciliables y sin embargo no oponibles» (Mijolla, 2008). Valga como ejemplo de paradoja la conocida frase pronunciada por el ateniense: «Todos los atenienses son mentirosos».

La clínica de lo que podemos definir como eficacia psicotizante de la paradoja ha sido desarrollada, entre nosotros, por Crespo Gutiérrez (1999), La eficacia enloquecedora de las paradojas aumenta mucho cuando se dan en un sujeto con un déficit previo de preparación de su psiquismo para enfrentarse a la ambigüedad. Para poder reaccionar adecuadamente a las exigencias vitales es imprescindible un alto grado de tolerancia y capacidad de procesamiento de los mensajes y las percepciones ambiguas; si esto falla, la vulnerabilidad psíquica aumenta. El fallo de tolerancia y capacidad de procesamiento mental de las comunicaciones ambiguas por parte del niño tiene su origen, precisamente, en la intolerancia de los padres a la ambigüedad; una intolerancia de la que ellos, en su día, se defendieron con rigidez, autoritarismo y descalificación de las percepciones y sensaciones del niño. Este es un eficaz mecanismo psicotizante que, con el tiempo, puede consolidarse como un elemento automático de descalificación de la autopercepción, incluso desestimación del propio pensamiento (Tarelho, 2004). En caso de que esto ocurra, sobre todo si de forma reiterada, quedará dañada la constitución de un narcisismo sano y, en consecuencia, también quedará permanentemente deteriorada la configuración del Yo.

Para completar un cuadro que pueda hacernos imaginar las posibles tribulaciones sufridas en la infancia por la mente de Aurora, recurrimos a Rosenfeld (1971), quien acuñó el interesante concepto de narcisismo negativo. Se darían las condiciones para este tipo patológico de estructuración narcisista cuando existe una relación en la que predomina la identificación de un niño deprivado con una madre deprivadora, cerrando un círculo de consecuencias dramáticas.

Sabemos que, en la paranoia, la cohesión del self es frágil por la dificultad que tienen estos enfermos de establecer una clara discriminación yo-no yo, lo que puede derivar en una clínica con manifestaciones de tipo fusional que puede confundirse con la homosexualidad. Si entendemos el desarrollo psicosexual (Freud, 1911) como la sucesión, aunque con solapamientos entre ellas, de las siguientes fases: autoerotismo, narcisismo, homosexualidad y heterosexualidad, podemos ver que, desde el punto de vista de la evolución psicosexual, puede haber una clara dificultad de discriminación yo-no yo, característica de la homosexualidad o fase homosexual.

Podemos observar que en la paranoia existen enormes dificultades para la relación objetal heterosexual, por lo que siempre aparecerán en estos en fermos rasgos de personalidad impregnados de una homosexualidad más o menos racionalizada o sublimada. Una homosexualidad que puede manifestarse directamente como opción sexual o, en forma reactiva, como odio o miedo a la misma y, también, como forma regresiva de una sexualidad que no puede alcanzar el nivel de relación heterosexual, por no sentirse el sujeto con recursos internos suficientes.

Hemos visto también que muchos paranoicos pueden defenderse de la angustia regresando a las formas de relación típicas de la fase anal: controlando extraordinariamente a sus semejantes y, cuando esto falla, desencadenando una agresividad de consecuencias, a veces, fatales. Blum (1981) daba a la hostilidad el papel principal en la psicodinámica del paranoico, en vez de considerarla una defensa contra los impulsos homosexuales. La hostilidad del paranoico, para este autor es una consecuencia de la amenaza a su supervivencia que experimentan estos niños en los primeros años de su vida.

Kernberg (1967), parecería estar pensando en Aurora cuando escribió, refiriéndose a los pacientes con patología narcisista, que, en general, sus relaciones con las otras personas son claramente explotadoras y, en ocasiones, parásitas. También señalaba que estos pacientes parecen sentirse con el derecho de controlar, poseer y explotar a sus semejantes, sin ningún sentimiento de culpa. Más adelante, explicaba Kernberg la causa profunda de esa actitud tiránica: «A menudo son considerados dependientes debido a la acusada necesidad de tributo y adoración; pero a un nivel más profundo son completamente incapaces de depender de nadie, ya que desprecian profundamente a los demás y desconfían de ellos», resaltando la incapacidad narcisista de depender de objetos internalizados buenos. También registraba Kernberg que la experiencia infantil de estos sujetos es de convivencia con figuras parentales frías que exhibieron tanto indiferencia como disimulo; pero siempre de forma rencorosamente agresiva. Como hemos visto en reiteradas ocasiones, la paranoia se sustenta en la fragilidad mental del sujeto.

Meissner (1979), teniendo en cuenta'la necesidad de protección que sienten estos enfermos y el potencial desestructurante para su psiquismo de las situaciones de cambio, registró la importancia de un mecanismo defensivo que consiste en el desplazamiento y la proyección de la responsabilidad, para evitar los dolorosos sentimientos de culpa. También resaltó el papel autoprotector de la sospecha, porque sirve para evitar sorpresas desagradables; además de generalización de la misma para, de esta forma, crear un marco de referencia estable. Fines semejantes a la generalización de la sospecha, tendrían la negación de la debilidad y de los

sentimientos de dependencia, mediante el despliegue de la grandiosidad.

Cooper (1988) Estableció una relación entre el narcisismo y el masoquismo, que puede verse, especialmente, en los paranoicos reivindicativos. Señaló la utilización de defensas narcisistas grandiosas en conjunción con el masoquismo, lo que producía un cuadro de «coleccionista de injusticias». Algo que parece tan necesario para dar sentido a la vida de muchos paranoicos; para ellos, sentirse víctima de todo tipo de injusticias equivale a reconocerse a sí mismo y sentirse vivo.

Tarelho (2004), recogiendo las opiniones de diversos autores, concluye que caracteriza a la paranoia una fuerte fijación masoquista, hasta el punto de afirmar que «lo originario de la paranoia es el masoquismo, y no la homosexualidad, como sostuvo Freud, puesto que esta última es, más bien, una elaboración secundaria a partir de la posición masoquista de base». En apoyo de este argumento cita al propio Freud (1919) en Pegan a un niño: «No me sorprendería tanto que se llegase un día a demostrar que esta misma fantasía está en la base del sospechoso delirio de los paranoicos».

Freud, como sabemos, consideró que la paranoia se establecía, fundamentalmente, como una defensa contra la homosexualidad, una reacción contra el fracaso en la sublimación de libido homosexual. En la clínica puede observarse, con gran frecuencia, la relación entre temores paranoides y angustia ante la aparición de fantasías homosexuales. Parece que la verdadera causa de los trastornos de la sexualidad y de la agresividad en la paranoia es, - como ya descubrieran un buen número de psicoanalistas, además de Freud, M.Klein, D.Fairbairn, K.Abraham, S.Ferenczi y D.Winnicott-, la fijación y regresión a etapas primitivas de la evolución psicosexual en las personas que, años más tarde, serán paranoicos. Estas etapas son, sobre todo, las conocidas como sádico-oral y sádico-anal, es decir, hay una regresión hacia modos de funcionamiento mental característicos de los primeros años de la vida del niño, en los que la sexualidad no esta dirigida hacia la totalidad de la persona sino a partes del sí-mismo o de los objetos. En resumen, el paranoico es un ser que no ha podido estructurar adecuadamente su narcisismo y vive angustiado por sentimientos inconscientes de fragilidad y, muchas veces, de vergüenza; unos sentimientos que compensa con actitudes grandiosas. También sufre grandes dificultades en la evolución de su sexualidad hacia la madurez o genitalidad que, en muchas ocasiones, se manifiesta por una fijación a la fase de homosexualidad de evolución libidinal, con diferentes manifestaciones clínicas, especialmente trastornos de identidad de género. Cuando sus frágiles defensas se quiebran sufre una regresión a etapas primitivas de la evolución psicosexual (fase anal e, incluso, oral), caracterizada por el despliegue de una gran violencia, que puede llegar a tener consecuencias criminales.

XIII

# Paranoia IV

El paranoico y el deseo

Una característica que he podido observar en todos los casos de paranoicos o paranoides que he tratado es la peculiar reacción que experimentan estos enfermos cuando perciben el deseo en el objeto. El permanente déficit en el Yo del paranoico parece manifestarse en un incesante anhelo de descubrir, en el otro, el enigma del deseo. Parecen querer resolver el interrogante fundamental ¿cómo desear sin que la voracidad destruya lo deseado y al deseante?, y pretenden resolverlo mediante la búsqueda permanente, en los otros, de un sentimiento que ellos nunca experimentaron. Tratan ansiosamente de vivir la experiencia de ser objeto del deseo del otro y de poder desear, sin ser destruidos. A este drama del anhelo imposible de satisfacer, por ser paradójico, se suele añadir otra tragedia: durante la infancia del paranoico los incipientes deseos que pudo manifestar fueron, con frecuencia, descalificados cuando no ridiculizados, por los padres. En consecuencia, el paranoico tiene que buscar fuera de sí, en la mente del otro, las claves para adentrarse en el enigma del deseo, para intentar responder a la pregunta ¿Cómo desear y ser deseado sin peligro?

Desde el punto de vista psicoanalítico el deseo es una moción psíquica de origen inconsciente que empuja a obtener una satisfacción que, muchas veces, se considera prohibida. El deseo tiene, por tanto, una fuerte connotación de excitación y un halo de naturaleza sexual, agresiva o de ambos tipos. El paranoico pasa la vida escudriñando las peculiaridades del deseo en el objeto. Cuando descubre que la persona significativa tiene manifiesto interés por algo o vislumbra su deseo, se encienden en él las señales de alerta. El deseo, en el objeto, despierta la envidia y es vivido como amenaza al yo. Las necesidades simbióticas se ven amenazadas si el objeto desea algo o alguien que no es el yo del paranoico y, en consecuencia, para neutralizar la angustia creciente necesita destruir el deseo del otro si siente que no tiene por objeto al yo del paranoico. Es una de las manifestaciones más impresionantes de la envidia primitiva y su potencial destructivo de cualquier vestigio libidinal.

A partir del momento en que es descubierto el deseo en el objeto, se despliega el mecanismo para neutralizar, tanto la moción, como sus potencialmente peligrosos efectos. Con frecuencia se recurrirá al chantaje emocional, muchas veces impregnado de tintes masoquistas. Se intenta culpabilizar al objeto por querer llevar una vida independiente del paranoico; aparecen acusaciones y reproches que no son otra cosa

que la actualización, en la infortunada víctima del enfermo, de los reproches que no se pudieron verbalizar contra una madre cuyo niño - futuro paranoico - no se sentía deseado por ella. La queja permanente del paranoico es, en el fondo, contra una madre cuyo objeto de deseo parecía no existir o estaba en otro lugar diferente al niño. Al menos, así lo sentía él; desde entonces, todo deseo que perciba en el objeto constituirá una amenaza de abandono. Lo paradójico reside en que si el paranoico se percibe como objeto de deseo del otro, también aumenta su angustia porque entonces aparece el terror de ser abandonado, tras el frágil espejismo de haber sido deseado, como le ocurriera en la niñez.

En el caso de nuestro estudio, para poder imaginarnos la angustia y la rabia que sentiría Hildegart, prisionera de su madre, necesitamos intentar ponernos en la piel de una joven mujer sometida de continuo a la enorme agresividad que genera, y necesita manejar, la mente paranoica. Podemos imaginarnos a Aurora percibiendo que el deseo de su hija no tenía como objeto a ella, sino a los que consideraba sus enemigos.

Si no hemos tenido contacto directo con este tipo de enfermos, podemos aproximarnos al sufrimiento de sus víctimas leyendo la magnífica descripción que nos brinda una mujer escritora que tuvo que convivir, durante años, con un marido paranoico. Veamos una pequeña muestra del odio y la envidia que sienten los paranoicos ante cualquier manifestación de deseo o de felicidad de los otros y cómo actúan para que la ilusión de sus víctimas quede calcinada; se trata de un fragmento de la novela, de tono autobiográfico, escrita por Mercedes Pinto y titulada Él, que fue llevada al cine por el genial Luis Buñuel. A lo largo del texto, la autora y víctima, describe magistralmente el sufrimiento que produce vivir con un paranoico. Oigamos las amargas palabras de Mercedes: «Cuidaba con amor a aquellas florecitas perfumadas que nadie descubría ni visitaba más que yo. No las corté jamás ni hice más que hundir la cara entre las hojas húmedas para aspirar su olor. Allí olvidaba yo, allí descansaba, allí parecía que mi alma se refrescaba en un remanso de sosiego y de paz... Pero una tarde «Él» descubrió mi retiro, y con las cejas enarcadas y el rostro reflejando desconfianza, subió los escalones de madera de una pequeña escalerilla que tenía para limpiar las enredaderas y estuvo largo rato observando los miradores vecinos. De pronto, desde la torrecita de un convento cercano sonó el toque del Ángelus y «Él» prorrumpiendo en un - ¡Ah, ya! - mordaz y violentísimo bajó la escalerilla rápidamente. Yo miré y comprobé que desde la escalerilla se veía al fraile campanero como un muñeco lejano.

Y al día siguiente amanecieron arrancadas todas mis violetas...» (Pinto, 1989).

Fijémonos en un detalle que muestra la enorme capacidad de los paranoicos para destruir cualquier expresión de deseo, alegría o ilusión que detecten en sus víctimas.

Observemos que, al encontrarse con Mercedes y detectar que disfrutaba de sus flores, el marido no dijo nada; por el contrario, subió la escalerilla y escudriñó los alrededores hasta que, en un momento determinado exclamó - «Ah, ya»; esto es suficiente para que el veneno psíquico quede inoculado en su víctima. Lo que podríamos llamar identificación proyectiva maligna fue eficacísima para que ella, a partir de ese momento, perdiera el sosiego e intentase descubrir de qué se la acusaba. La dramática conexión con la mente del marido la llevó a darse cuenta de que «Él» necesitaba encontrarla culpable de algo para descargar su odio contra ella y, así, liberarse de su propio sentimiento de culpa. El delito cometido por la mujer que disfrutaba con sus flores era la posibilidad de ver y de ser vista por el lejano fraile campanero, de cuya distante presencia, ni siquiera se había percatado. Crimen que merecía el castigo de que las violetas, que tanto deseaba oler, fueran destruidas. A Hildegart le costó la vida que su deseo se apartara de los objetivos narcisistas de su madre. Así funciona la mente paranoica, buscando siempre la excusa que proporciona el mínimo rastro de felicidad humana, para proyectar la culpa y descargar el odio, en el marco de un funcionamiento mental profundamente perverso.

XIV

# La cárcel, de nuevo

Recordemos que Aurora Rodríguez Carballeira fue condenada a 26 años, 8 meses y un día de reclusión mayor por «parricidio con alevosía y premeditación». Inmediatamente después del juicio volvió a ser ingresada en la cárcel de Quiñones, donde pasó el verano de 1934, que debió ser terrible. El 10 de septiembre del mismo año, nuestra protagonista fue trasladada desde el viejo caserón de Quiñones a la recién inaugurada Prisión Central, la nueva cárcel de Ventas, construida por mandato de Victoria Kent. El director de la prisión era Francisco Machado, que había sustituido al anterior, Luis Guzmán y las Jefas de servicio eran Julia Trigo, Luisa Terán y María Massó.

El 21 de septiembre de 1934, pocos días después del traslado de Aurora al nuevo establecimiento penitenciario, el director de la Prisión de Mujeres de Madrid, a causa de los síntomas de enajenación mental observados en ella, solicitó un médico forense para que evaluase su estado y fuera trasladada a un manicomio. El día 5 de octubre fue designado para esa función José Alberich Fernández. La situación no mejoró ni el forense acudió a visitar a la reclusa. El 12 de enero de 1935, dado que Alberich todavía no había hecho ningún informe, el director de la Prisión reflejó por escrito, de nuevo, la terrible situación desencadenada por la enfermedad de la reclusa, «siendo una perturbación constante la estancia en esta Prisión de la referida penada» y pidiendo al juez que diera las órdenes oportunas para solucionar el grave problema. Por increíble que pueda parecer, el 17 de abril de 1935 el director de la Prisión de Ventas remitía otra petición al juez, semejante a las anteriores, porque, en aquella fecha, todavía no existía el informe forense.

Debieron esperar al día 2 de julio de 1935 para que se cursase un escrito de los doctores Delfín Camporredondo Fernández y José Alberich Fernández en el que, por fin, figuraba que ambos hicieron entrega del dictamen al Director de la Prisión el día 28 del mes anterior. Todo parecía indicar que después de dos años de continuos sufrimientos en la cárcel, tanto por parte de Aurora como de los que la rodeaban, la situación mejoraría. Alentaba la esperanza de los que soportaban la enfermedad de la reclusa que, pocos días después del escrito de los peritos, el 11 de julio de 1935 se dio curso a un oficio de la Dirección General de Prisiones que disponía el traslado de Aurora Rodríguez Carballeira desde la Prisión de Mujeres de Madrid al Manicomio del Puerto de Santa María.

Lo que ocurrió después, si no fuera por su tinte dramático, podría formar parte con gran mérito de la mejor antoloíadel disparate: Aurora no pudo ser trasladada al Manicomio NelPuerto de Santa María porque dicho establecimiento se encontraba en obras; unas reformas que, en aquel momento, estaban paralizadas. El esperpento no terminó con las obras, ni tampoco nuestro asombro. Finalizadas las reformas, Aurora tampoco pudo ser trasladada al manicomio de la bella ciudad andaluza porque dicho establecimiento psiquiátrico ¡era solo para hombres!

La desesperación de todos debía ir en aumento porque, el 23 de octubre de 1935, más de un año después de la primera petición de un forense, el procurador de Aurora suplicaba al juez que fuera trasladada a la «Sala de Observación del Hospital Provincial o al Manicomio de Ciempozuelos» porque la enferma padecía «una sistematización de delirios paranoides agudizados en los últimos meses». El procurador argumentaba que era imposible la permanencia en prisión de la enferma porque producía «hondas perturbaciones a pesar de estar totalmente aislada desde hace dos años y medio y corriendo gran peligro la vida de algunas oficiales de Prisiones a las que la demente tiene gravemente amenazadas». Es decir, parece que dos años y medio después de haber matado a su hija, la enfermedad mental de Aurora estaba en plena efervescencia. Por fin, 3 de diciembre de 1935, la Audiencia instó al subdirector general de Prisiones a que la reclusa fuera trasladada «con carácter provisional» al Manicomio de Ciempozuelos del que no podría salir, dado que la pena se extinguiría el 4 de febrero de 1960.

El 23 de diciembre llegó a la Prisión la orden de traslado de la penada y al día siguiente, la Nochebuena de 1935, el director facultativo, en funciones, del Sanatorio de Ciempozuelos daba parte del ingreso de Aurora Rodríguez Carballeira en dicho establecimiento. Durante la estancia «provisional» la enferma pagaría sus gastos que se estimaron en 350 pesetas al mes. Como es fácil adivinar, el «carácter provisional», lo siguió siendo durante 21 años y solo se extinguió con la muerte de Aurora.

# XV

# El manicomio

Los espectadores cinematográficos de la esperanzada España de 1977, quedaban horrorizados al contemplar Mi hija Hildegart, una película basada en el libro titulado Aurora de sangre, escrito por Eduardo de Guzmán, el periodista amigo de Hildegart y tantas veces citado. La fotografía de Cecilio Paniagua y la música de Luis Eduardo Aute creaban una atmósfera siniestra en la que Aurora (Amparo Soler Leal), en una interpretación magistral, iba cerrando el cerco alrededor de Hildegart (Carmen Roldán), hasta llegar a matarla. La película, dirigida por Fernando Fernán-Gómez, tuvo mucho éxito, aunque resultaba frustrante para los espectadores no poder saber cuál había sido el paradero de Aurora, porque su pista se había perdido en 1936.

En octubre del mismo año 1977 los investigadores Pedro Costa Muste y Gloria García Castiñeiras publicaron en la revista Interviú, dos artículos titulados Así vivió y murió la madre de Hildegart en los que explicaban el desenlace que habría tenido Mi hija Hildegart, si Eduardo de Guzmán hubiera conocido el paradero de Aurora. La madre filicida había ingresado en el sanatorio de Ciempozuelos, el día 24 de diciembre de 1935 y permaneció en esta institución hasta su muerte (Costa y García, 1977). El doctor Guillermo Rendueles Olmedo publicó en 1989 un libro titulado El manuscrito encontrado en Ciempozuelos, basado en la historia clínica número 6.966, donde quedaron registrados los datos de la estancia de nuestra prota gonista en el manicomio de esta localidad madrileña desde su ingreso, hasta su muerte el 28 de diciembre de 1956.

En consecuencia, para la elaboración de este capítulo, me basaré fundamentalmente en el libro del doctor Rendueles.

La estancia de Aurora en Ciempozuelos podríamos entenderla como un lento proceso de evolución de su enfermedad hacía la psicosis melancólica, con una progresiva ineficacia de los mecanismos de defensa característicos de la paranoia. El psiquiatra que se hizo cargo de ella fue el doctor Juan Martínez López quien muchos años más tarde declaró a los periodistas Costa y García (1977): «Seguí el juego de doña Aurora un poco para anarmesu confianza y otro poco porque era una personalidad fascinante...».

## El delirio de reforma y de persecución

Con fecha 30 de diciembre de 1935 encontramos en la historia clínica una prueba

del delirio megalomaníaco de reforma que había caracterizado el pensamiento de Aurora durante toda su vida. El psiquiatra registró que la enferma, nada más ingresar en la cárcel, ya intentó hacer reformas retomando una idea anterior de la que ella había hablado con su hija. En vida de Hildegart, las dos mujeres se habían propuesto pedir un permiso al director de la Cárcel para ingresar como reclusas voluntarias y así, al observar las deficiencias, poder realizar una reforma de las instituciones penitenciarias. Hildegart sería la encargada de llevar a cabo la reestructuración del sistema, que consistiría en convertir los penales en sanatorios al frente de los cuales estarían los psiquiatras de los que dependería el Cuerpo de Prisiones masculino, llevado por gentes «escogidas y religiosas». Los Sanatorios Sociales serían los ideales: los reclusos curables se devolverían a la sociedad y el resto se internaría en colonias penales orientadas por los psiquiatras que estarían al frente de las mismas, según el diseño de Aurora.

También quedan reflejadas en la historia clínica las deficiencias que nuestra protagonista había encontrado en la prisión de Quiñones: las comidas estaban muy condimentadas y saladas, por lo que resultarían excitantes para las reclusas; las camas estaban «llenas de miseria» (entiendo que se referiría a las plagas de piojos, a consecuencia del poco aseo); había manchas de «sangre y flujo» en las sábanas y existían «aparatos para masturbarse», de uso compartido. Aurora creía que existía autorización o, al menos, consentimiento de la homosexualidad, dado que, según ella, casi todas las señoritas eran homosexuales; también detectó, en Quiñones, el desvío del dinero de la enfermería y la existencia de propaganda socialista y comunista. Todo esto hacía que Aurora estuviera protestando continuamente y que, en caso de no estar recluida en el manicomio, «procesaría a la mayoría de las señoritas de dicho Cuerpo de prisiones». El delirio paranoico, referido a etapas anteriores de su vida, persistía en Ciempozuelos: creía que habían querido meterla en un lío cuando le pidieron que cuidara a una vecina que acababa de dar a luz. En una anotación que parece pertenecer a los primeros meses de 1936, fechada 3-3-26 (sic), podemos encontrar una pista sobre el motivo de su odio a los radical-socialistas, que, como recordaremos, expuse en páginas anteriores. Según Aurora, Juan Botella - el abogado al que recurriría después de matar a su hija-, unos días antes del suceso, quiso captarla para que ingresase en el partido pero, después, la trató mal y le hizo alguna insinuación que le sentó muy mal, aproximándose en exceso para ver si ella respondía; a pesar de todo, Aurora le disculpaba pensando que fue enviado por alguien, tal vez por algún psiquiatra. Por último, manifestaba no saber por qué Botella dejó de encargarse de su caso (el abogado Juan Botella Asensi que, como sabemos, había abandonado en 1932 el Partido Radical Socialista, para fundar Izquierda Radical Socialista, fue nombrado, poco después del asesinato de Hildegart, ministro de justicia).

Nuestra protagonista también describió a su psiquiatra las mejoras que se llevaron a cabo en la cárcel, a consecuencia de sus protestas o indicaciones, aunque algunas de esas mejoras se las atribuyera la señorita Trigo, sin que eso le importase a ella porque «Se considera mártir de sus ideales y todo cuanto ha sufrido lo da por bien empleado», añadiendo, «Soy mártir del anarquismo bien entendido». Su necesidad de negar el dolor psíquico, probablemente, llevó a Aurora a focalizar, sobre todo en el cuerpo, el daño que le causó su experiencia carcelaria. El psiquiatra registró que, en el penal, su fisonomía había experimentado «grandes variaciones que nada tienen que ver con la edad. Sus facciones se han enfriado, su voz se desgarró y perdió la melodía». Además, según es característico de la paranoia, seguía atribuyendo lo malo a los de fuera, opinando que «Si mala es la población civil, mala es la población penal». El médico escribió: «siempre ha funcionado en izquierda, ambidextra. En la prisión no funcionaban las izquierdas sino las zurdas (...) Ella no se rebajaba en prisión ante nadie, a lo que Aurora añadía: «Yo conocía bien a cada una y le daba su trato». En enero de 1936 quedaron registrados ejemplos de su odio hacia los políticos de cualquier signo: «hace historia de los políticos socialistas y del socialismo, a los que ataca con dureza y a los que llama socialeros. Ataca duramente a los comunistas y anarquistas, a los que llama anarqueses y comuneros. Ataca de una manera violenta a las derechas, a los que llama derecheros». También quedaron por escrito unas actitudes de la enferma, característicamente paranoicas: «Muy suspicaz, cualquier duda lo considera como algo que se le hace para probarla. Ve doblez en todo lo que se le pregunta». En fechas inmediatamente posteriores se reflejó en la historia: «Una noche dio a luz una vecina, llamaron a su puerta y la entraron en una habitación donde se encontró una señora que terminaba de dar a luz. Le rogaron se encargara de cuidarla. Se negó rotundamente, porque en ello vio una maniobra de sus enemigos para meterla en un lío gordo. Además, ella insistía: «Son varios ya en los que me han querido meter», y el médico seguía anotando: «La paciente ha hablado siempre claro de las sociedades ginecológicas y de las comadronas. Yo estorbaba y tenían que quitarme de en medio. Fue una sociedad del doctor Crespo la que le preparó dicho lío para meterla en la cárcel». El día dos de febrero de 1936, mostró a su médico el famoso artículo «Caín y Abel; Injusticias», firmado por Hildegart y del que ella se decía autora. Confirmó al psiquiatra que ella era Caín y su hija Abel y prometió llevar un comentario hecho por ella en el que explicaría todo, «párrafo por párrafo y palabra por palabra». Añadió que su lema había sido: «Trabaja siempre y noblemente encontrarás tu triunfo», mientras que el de su hija fue: «audacia ayuda a fortuna», lo que parece una proyección en la hija de aspectos suyos no deseados. Por aquellos días contó a su médico que al entrar en el sanatorio psiquiátrico experimentó una sensación muy agradable y sus facciones recuperaron la tranquilidad, que habían perdido en la cárcel. En efecto, el psiquiatra había registrado que, cuando ingresó en el manicomio, Aurora era «muy amable y correcta con todos» y su mente estaba llena

de ideas reformistas, algunas de las cuales tenían un tinte verdaderamente grandioso. Quería obligar a toda la sociedad es pañola a pasar por instituciones penales «en donde experimentarían un proceso de depuración», y de donde «saldría cada uno para el sitio que debe ocupar en la sociedad». Ella pretendía, con su fortuna, hacer una escuela de psiquiatras que serían los directores de las instituciones penales. Tales psiquiatras estarían muy bien seleccionados, y deberían ser solteros, lo que no quiere decir que se abstuvieran sexualmente, pero sí que cohabitaran con mujeres que no fueran viciosas, sino con «sacerdotisas del placer», al modo de los harenes árabes. Si alguno de los psiquiatras quisiera casarse debería ayudársele a escoger compañera y, una vez casado, pasaría a la clase de alienista. Haciendo honor a sus principios, su escuela estaría totalmente cerrada a la mujer «hasta el cargo de Directora honoris causa queda abolido». Como vemos, en el sanatorio permanecían inamovibles, tanto su odio a la mujer, como sus grandiosos deseos de cambiar y controlar la sociedad.

No contenta con planear importantes reformas, también daba lecciones a su médico, con alguna inspiración en el doctor Frankenstein: «El cuerpo humano en vida consta de tres partes: la materia plasmada, estuche o caja. 2a elemento motor que radica en el sistema nervioso (el impulso motor puede también darse en el laboratorio, que consigue en la actualidad dar movimiento a un cadáver o hacer latir un corazón fuera del cuerpo). 3a de soplo, psiquis, mariposas o como se le quiera llamar». En su historia clínica también quedaron registradas referencias a sus pretendidos «poderes paranormales»: «Lo que ha presenciado prueba de una manera terminante cosas que ocurre con la psiquis después de muertas las personas; en su hija lo vio perfectamente, ha sido algo que no ha contado a nadie ni contará». Además podemos leer: «no ha soñado nunca y eso lo atribuye a que es mujer de gran vida interior que no fantasea nunca, piensa siempre sobre realidades, sobre cosas factibles», añadiendo estas palabras de Aurora: «Algunas veces cierro los ojos y veo el final de la obra que voy a realizar». Su actitud - genio y figura.. .- le hizo escribir al psiquiatra «La paciente se expresa siempre en el mismo tono pedantesco y como de ser superior».

No pasaron desapercibidas para el médico las maniobras defensivas de Aurora: «Cuando se le contradice o se le hace alguna observación, rectifica, pero no de una manera terminante, sino divagando y adornándolo todo en forma tal, que parezca que es lo mismo que lo que nosotros pensamos, que estamos completamente de acuerdo sobre ese punto». Permanecía la irreductibilidad del delirio, ante lo que podemos suponer que serían intentos, con fines terapéuticos, de que aceptara lo que le decían: «Si a pesar de ello se insiste, llega hasta rectificar, pero solo en pequeños puntos, no lo hace en lo que ella llama ideas fundamentales, entonces dice: qué buen humor tiene usted hoy, usted sabe que esto es así».

El discurso de la madre filicida sobre la sexualidad permanecía intacto. Podemos leer: «Hacia el sexo masculino no ha sentido nunca una atracción franca de hembra, siente una verdadera atracción pero en otro sentido distinto que en el que lo hacen las hembras, es algo filial y maternal a la vez. A mí no me ha hecho gozar ningún hombre de la cintura para abajo». A lo que añadía «que no ha sido nunca masturbadora de sí misma y que hacia el mismo sexo no solo no sintió atracción, sino más bien repugnancia. La homosexualidad le parece algo repugnante, vicio inexplicable». Aurora, inmersa en un discurso no muy alejado de la medicina naturista de la época (Alfonso, 1924), explicaba a su psiquiatra que tenía el brazo, el antebrazo, el cuello, la clavícula, la cabeza, el cerebro y las piernas de constitución viril, mientras que el corazón, cadera, pechos y nalgas eran femeninos. «Nos dice que miremos su cabeza y nos llama la atención sobre una defección en la parte superior y posterior», para lo que tenía la siguiente explicación: «Ello indica, o un temperamento pervertido, no vicioso, o un temperamento perfectamente conformado», y seguía racionalizando: «Si en mí, en vez de dominar la anatomía descrita fuese a la inversa, si la pierna fuese marcadamente femenina de tobillo redondo indicaría la perversión. Entonces vendrían la inversión y la perversión». También tenía una explicación para lo que ella misma pudiera percibir como virilidad: «Estos chispazos masculinos son chispazos cerebrales, de cerebro viril». En consecuencia, registra el historiador: «No tiene inconveniente alguno en que el día que fallezca se estudie su cerebro y se verá que es cerebro viril que responde en todo o anatómico descrito que marca su temperamento. Si se hubiese examinado el cerebro de su hija, se habría visto que este era totalmente femenino, pero no pervertido». Estas palabras nos proporcionan una prueba más de sus identificaciones masculinas.

Aurora también contó al médico su visión del día a día de la vida en la prisión: «en el penal dormía desde las siete hasta las cuatro de la madrugada, luego estaba en cama hasta las seis, en que se volvía a quedar dormida. La señorita Trigo la despertaba asustándola, ésta y la mayoría de las compañeras penales la tenían tomada con la paciente desde que ingresó, hacían todo lo posible por molestarla. En una ocasión dicha señorita la encerró a hora antirreglamentaria en una celda, empezó a golpear en la puerta hasta que consiguió que la abriesen, fue al patio y al encontrarse con ella le dio una bofetada. Esta salió corriendo e inmediatamente se presento al administrador de la cárcel». Curiosamente, Dolores Ibarruri (1963) habla, en sus memorias, de la oficiala de prisiones Julia Trigo, en estos términos: «La señorita Trigo pasaba por las salas con aire de reina destronada, mirándonos por encima del hombro y hablando, cuando se dirigía a nosotras sin un gesto en su rostro bien trabajado, para que no se le estropease el maquillaje. Apenas se la veía en la reclusión. Llegaba por la mañana. Hacía la visita de rigor para saber novedades; se metía en su despacho a realizar labores de aguja, o hacía tertulia con el director. Y

aquí paz y después gloria. Y ¿las reclusas? De las reclusas solo le interesaba algún caso teratológico que pudiera servir como argumento morboso en las novelas a publicar por sus amigos. Más que odiada era desconocida por la reclusión, que refería de Doña Julia historias no menos escabrosas y escatológicas que las que ella buscaba inquisitiva en el alma atormentada de ciertas reclusas». Así describía Pasionaria a la mujer a la que nuestra protagonista dio una bofetada en el patio de la cárcel.

Como parece evidente, la vida en prisión debió ser terrible, por lo que Aurora, en su interpretación de los hechos dolorosos, utilizaría, defensivamente, los elementos del delirio persecutorio. Así lo registra su médico del psiquiátrico de Ciempozuelos: «Cree que todo estaba preparado y que incluso sabían en la prisión cómo ella iba a reaccionar. Cada día le preparaban por lo menos una escena de violencia con sus correspondientes chispazos». La interpretación que daba la parricida a que se repitieran los incidentes violentos era que «anarquistas y comuneros» habían puesto a los «chivatos de la cárcel» para que fueran espectadores de las escenas de violencia que le preparaban.

La paranoia de Aurora manifestaba, también,, su elemento grandioso: En una de las entrevistas la paciente relataba que, cuando estaba en el penal, fueron los coros gallegos a dar un concierto, por lo que ella creyó que el motivo del acto era su es tancia en la institución, ya que era gallega y consideraba «lógico que unos caballeros gallegos vayan a hacer un homenaje a una paisana que sufre».

Aurora, muy próxima a las corrientes teosóficas, se movía en el mundo mágico y omnipotente de las creencias en los poderes paranormales. Por ejemplo, aseguraba tener la capacidad de leer el pensamiento a distancia. Como prueba de sus poderes, contó a su médico que al recibir la visita de un individuo que iba a hacer proposiciones matrimoniales a su hija, le dijo a Hildegart: «Tú ve al despacho y habla con él, que yo desde aquí sigo tu pensamiento», lo que explicaría mediante este razonamiento: «De todo cuanto se habló en el despacho me enteré porque fui con mi pensamiento siguiendo el de mi hija. Cuando terminaron de hablar, le dije, lo has hecho muy bien, has contestado lo que tenías que contestar. Mi hija quedó completamente extrañada sin comprender que yo, sin oír la conversación de ellos, supiera todo cuanto se habló en el despacho. Así explicó al doctor la técnica empleada para la adivinación del pensamiento: «Para ello tuve que colocar una pierna sobre la otra, la izquierda sobre la derecha (...) Siempre que tengo una polémica esta es mi postura». Esto nos parece delirante y, sin duda lo era, pero hay que tener en cuenta que, en aquella época, al igual que en la actualidad, el pensamiento mágico formaba parte de la vida cotidiana y podían leerse cosas tan sorprendentes como el texto que sigue, salidas de la pluma de sesudos autores: «Los clarividentes cogen, sin

que para ello intervengan los sentidos, los pensamientos de otra persona. Perciben, asimismo, los acontecimientos más o menos alejados en el espacio y en el tiempo. Esta facultad es excepcional. No se desarrolla sino en número muy pequeño de individuos, pero existe en estado rudimentario en muchas personas. Se ejerce sin esfuerzo y de manera espontánea. Resulta muy sencilla para los que la poseen. Les procura, de ciertas cosas, un conocimiento más seguro que el que obtienen por medio de los órganos de los sentidos. Les resulta tan sencillo adivinar los pensamientos de una persona, como analizar la expresión de su rostro. Pero, ver y sentir, son palabras que no expresan exactamente lo que ocurre en su conciencia. No miran ni buscan: saben». Quien escribía esto era Alexis Carrel, el fisiólogo y cirujano francés que recibió el premio Nobel de Medicina en 1913, por sus trabajos sobre suturas e injertos vasculares. Se trata de un fragmento de La incógnita del hombre (1936), una obra que refleja su filosofía de la vida.

Volviendo a la historia clínica de nuestra protagonista, encontramos el dato que nos permitió conocer la época en que se intensificó el delirio de persecución. Contó a su psiquiatra que, en todo momento, tenía el convencimiento de que los marxistas la espiaban desde hacía años aunque ella solo se dio cuenta en 1932, los mismos marxistas que continuaron espiándola en la cárcel. Sabemos que en 1932 tuvo lugar la ruptura de Hildegart con el Partido Socialista, a la que no fue ajena su madre. Un año caracterizado por los cambios en el que, probablemente, la joven también pudo haber ingresado en la masonería (Domingo, 2008).

Aurora dijo a su médico que, mientras estuvo en la cárcel, habían hablado varias veces de la docena de huevos que fueron a venderla a su domicilio, horas antes de la tragedia. Recordaba que en la casa había más huevos, pero solo le hablaban después de esa docena. El día que le comunicaron que iba a ser trasladada al sanatorio de Ciempozuelos, probablemente sufrió un fuerte impacto psíquico, por lo que implicaba de ser reconocida como una enferma. Al parecer le dijeron que debía vestirse para ser trasladada, aunque no era seguro dicho traslado; entonces, surgió en ella una explosión de rabia narcisista que describía así: «Me enfurecí y si en aquel momento no aparecen los señores que habían de acompañarme, hago una que hubiera sido sonada, nadie sabe lo que en aquellos momentos pasó por mi cerebro, ni en el peligro que estuvieron. Fue algo análogo lo que me ocurrió el día que di una bofetada a una empleada.» El impacto de la cárcel se mantuvo y la paranoia también. Recordaba que, al llegar al sanatorio, se apagaron las luces y un empleado de prisiones que la acompañó desde la cárcel, se aproximó mucho a ella como para hablarla, llegando casi a juntar los labios con su mejilla «Conozco el procedimiento psiquiátrico», fue su contestación, porque tenía la seguridad de que la luz, que se apagó misteriosamente en ese momento, era la forma que habían empleado los psiquiatras para probarla:

«Para demostrárselo le diré que al poco tiempo fui al pabellón y la luz estaba encendida en los pasillos, había una vela que la Hermana tenía preparada y que encendió enseguida. Todo lo tenían preparado».

Como no podía ser de otra manera, en Ciempozuelos reapareció su conflicto con la sexualidad; opinaba con desprecio, que «la población manicomial se pasa el día en plena arcada uterina», frase que refleja bastante a las claras la persistencia de su odio a la mujer - a ella misma - y a la sexualidad femenina; un elemento determinante en la decisión de asesinar a su hija.

Aurora tuvo que convivir con las monjas durante toda su estancia en el psiquiátrico; lo que refleja la historia clínica es una sorprendente buena relación con ellas, «las tocas blancas»; probablemente podría soportarlas porque no mostraban una sexualidad manifiesta y tendrían la habilidad y profesionalidad de no rivalizar con ella. Reivindicó que tuvieran vacaciones y, también les escribió poemas; sin embargo, sus sentimientos a veces eran muy agresivos. Por un lado decía que estaba muy satisfecha de las monjas pero, por otro, decía que se le «encendía» la sangre con los cánticos religiosos, el «Tú reinarás..., etc.» Frente a lo que consideraría manifestaciones de confianza y poder en las monjas, a la vez que de sometimiento a Dios, aparecería su envidia, viejas obsesiones sexuales y su rabia narcisista: «viendo toda su gran prostitución en potencia. Entonces me retiro a mi cuarto y blasfemo».

A pesar de haber dado por muerta cuatro años antes a su hermana Josefina, Aurora recibió, en diciembre de 1936, una carta de dicha hermana que ella que se negó a contestar. La relación, de envidia y odio, con su rival persistía. Una prueba del odio que Aurora sentía contra su hermana y, con toda probabilidad, proyectaba en Josefina, la proporciona un supuesto recuerdo, que no sabemos si corresponde a una percepción real o a una fantasía alucinatoria; según ella, cuando ingreso en el sanatorio, allí estaba su hermana que la vio al entrar, entonces, Aurora pensó: «Víbora, estoy en tus manos». Esta frase es, además, una prueba de la capital importancia que tenía la figura de Josefa para nuestra protagonista; demuestra la rabia por una vivencia de sometimiento masoquista. Posteriormente dijo que su hermana había muerto a los sesenta y tres años (que son los que tendría Josefa al entrar Aurora en el sanatorio); es decir, la «mató», cuando ella ingresó como paciente psiquiátrica. El 9 de agosto de 1937 dijo al médico que era masona por haberlo sido su padre, su abuelo y el resto de la familia, sin embargo, se quejaba de no haber recibido ayuda de los «ca... y albañiles de mandil», precisamente cuando lo había necesitado. Ya sabemos que no hay pruebas de la pertenencia de Aurora a la masonería pero de lo que no cabe duda es de su afinidad con algunos de los principios masónicos, especialmente en lo que respecta al amor a la Naturaleza. Su vida en el manicomio

parecía adaptarse, en lo posible, a sus ideales naturistas, a la vez que seguía buscando con sus actividades evitar las, siempre complicadas, relaciones humanas; se levantaba muy temprano para arreglar el jardín y también le gustaba cuidar a los animales.

Durante algunos periodos de tiempo no se relacionaba con ninguna enferma y cuando alguna de las hermanas enfermeras llevaba demasiado tiempo con ella se saturaba, surgían los problemas, y pasaba de tener una sensación de desagrado en su presencia, a no poderla ver. Probablemente, de manera inconsciente, repetía con ellas los elementos principales de la relación que había tenido con su madre, con su hermana y con su hija; por eso, inevitablemente, surgirían los conflictos. Sin embargo, en otras etapas de más calma, parece que se relacionaba mejor con algunas enfermas.

El fantasma de la melancolía

El 27 de julio de 1937 quedaron registradas en la historia clínica unas palabras que indican la aparición de fallos en los sistemas de defensa de Aurora, con el consiguiente afloramiento de los temidos elementos depresivos. Al ser preguntada sobre las esperanzas que tenía respecto a su situación, se le saltaron las lágrimas y dijo: «No tengo ya ninguna ilusión»; «Me gustaría, si pudiera ser, hacer una vida social retraída, en completo incógnito... solo pediría respeto para mí». Lógicamente aparecía en el horizonte la muerte, que la volvería a unir con su hija: «y mi tumba con la de mi hija». Otra prueba del mismo fenómeno de avance progresivo de la realidad - y por lo tanto de la depresión - la encontramos en el cambio en la forma en que Aurora se denominaba a sí misma. Ella había pedido, cuando ingresó en el sanatorio, que solo figurase su nombre en los asuntos oficiales y que para todo lo demás se la llamase Ara-Saiz; (Ara como piedra de altar de sacrificio y Saiz, la verdad, por ser la diosa de la verdad); dos años y medio más tarde, ni ella misma podía mantener su propio mito, en el verano de 1938 ya firmaba sus escritos con el nombre de Aurora Rodríguez.

El resquebrajamiento de las defensas psíquicas puede ser muy peligroso, si el enfermo no encuentra un encuadre que pueda contener las descompensaciones y dar sentido a los emergentes elementos depresivos. Entiendo que el mejor marco para ese pro ceso, que es siempre largo, y puede entrañar riesgo incluso para la vida, lo hubiera proporcionado el psicoanálisis. En la España de la época, inmersa en una guerra civil, era impensable el tratamiento psicoanalítico de la enferma ingresada en Ciempozuelos. No obstante, su médico detectó el proceso depresivo y así lo escribió: «Esta última temporada ligeramente deprimida. Dos o tres días con depresión más acentuada, los pasó completamente retraída en su habitación sin ocuparse ni tener ganas para nada». En noviembre del mismo año, 1938, habían cedido todavía más sus

defensas y Aurora se iba deslizando hacia la melancolía. Diría al psiquiatra: «Estoy rota, completamente rota. No tengo ya ilusiones, de pronto ante mi vida una muralla enorme imposible de franquear, y ya ahora... que mi vida termine cuanto antes (...) Tengo que confesarle que voy perdiendo los recursos... no sé si usted me comprende... ahora estoy ya sin fuerzas... no cansada, sino rota, completamente rota, sin ilusión aluna».

Inexorablemente, iba apareciendo ante la madre filicida la dramática realidad de su vida; un proceso muy doloroso que le llevaba a reconocer: «creía en la posible reforma del medio manicomial..., nunca creí que mi tumba pudiese ser un manicomio». Caía y se levantaba, cada vez con menos recursos; una y otra vez volvía a refugiarse en sus defensas, pero estas se iban haciendo progresivamente más débiles y con menos elementos de omnipotencia; así lo demuestra este fragmento de su historia clínica: «mi vida fue siempre sincera y recta y no me arrepiento de lo que hice, aunque sí, probablemente, de la forma. Si mi hija hubiese hecho lo que yo pensé, otros habrían sido los resultados. Muchas veces pienso en algo superior y digo, si es que existe: ¿Por qué me habéis dado la vida en esta época de engaños y egoísmos? Ahora hay veces que me tiemblan las piernas y tengo miedo».

La mujer que había diseñado el modo de redimir a la Humanidad lloraba, cada vez con más frecuencia, y en ella se manifestaba, de diferentes formas, lo que debió ser un terrible proceso de contacto progresivo con el drama que había sido y era su vida. Su médico intentaba animarla y así lo registró: «Al animarla diciéndole que todo se puede perder menos la esperanza, recobra nuevos bríos. Yo solo quisiera vivir en un rincón del mundo, aislada... y meramente como espectadora... enterrar por completo mi nombre y mi vida anterior... nacer de nuevo... y..., al menos, respeto para mí».

Aurora, una mujer muy inteligente, también mostró su capacidad de introspección cuando, en una ocasión, al marcharse del despacho dijo a su médico: «Sin haberlo sospechado doctor ni figurármelo, salgo de aquí animada y como otra... será como los caramelos que se dan a los niños para engañarles por compasión... en todo caso yo me los trago, pues me hacen bien... y los necesito».

La mujer que había asesinado a su hija desarrolló un mecanismo de restitución, en el sentido freudiano. Atenuaba el creciente dolor por la pérdida de Hildegart cuidando un gato; al parecer, decía que, en el animal, se había reencarnado el espíritu de la joven. También este pequeño descanso para su mente, cada vez más atormentada, quedó frustrado. Un aciago día, su querido gato, el animal en el que había depositado su capacidad de amar, apareció muerto. El 16 de marzo de 1939, en los últimos días de la Guerra Civil, el psiquiatra fue testigo del abatimiento de Aurora, causado por esta nueva pérdida de un ser amado. A las preguntas del médico por el motivo de su

lamentable estado, la enferma respondió llorando que habían matado a su gato: «Perdí mi único compañero y amigo... soy demasiado afectiva (...) Todas me preguntan por su muerte conociéndola ya de antemano... me hacen sufrir... y... yo sin valor nunca para hacer el menor daño premeditadamente a mis enemigos». También describió su propio proceso psíquico: «Aquí muero lentamente». Inmediatamente, la pobre mujer entró en contacto con el motivo más profundo de su pena; asoció la muerte del gato con la de su hija: «La muerte de mi hija fue otra cosa... no fue inopinada... bien pensada... no me sorprendió... había que hacerlo». En medio del dolor era capaz de discriminar: «y lo más importante, entonces tenía una ilusión que ahora no tengo». También era capaz de reconocer su progresivo deterioro psíquico: «cada día bajo más y más y me hundo en mi sufrimiento». Desde el fondo de su mente emergía la gran amenaza: «No quiero morir».

A finales de 1939, nuestra protagonista se encontraba menos deprimida. Sorprendentemente, dada su trayectoria política anterior, parecía identificarse con los vencedores de la guerra civil o, al menos, ideó una fórmula de conveniencia para intentar salir del manicomio. Escribió una carta - que desapareció- dirigida a don Juan Martínez-Ciempozuelos, en estos términos: «Muy señor mío. Ahora que se va a la revalorización de los va lores fijos y verdaderos espero que El Ferrol, mi tierra natal pida la revalorización del mío: De no ser así, espero que los jóvenes países americanos se encarguen de ello. Cruel... cargar con la responsabilidad y la carga de la rehabilitación de doña Aurora. Le saluda su Affma..., etc.»

Naturalmente, la carta no surtió el efecto deseado por Aurora. Ante el nuevo fracaso, las monjas observaron que la pobre mujer se precipitaba en una nueva fase depresiva.

Hay un vacío en su historia clínica hasta el 17 de octubre de 1941; en esta fecha el médico se limitó a indicar que no quería ir al despacho. Más de un año después de que se escribiera este apunte, el día 19 de diciembre de 1942, Aurora pidió, una vez más, que se le hiciera justicia y se la sacase del sanatorio; petición que fue denegada, dando lugar a una nueva frustración.

## El retorno de lo renegado

Por aquellas fechas reaparecieron las peculiares manifestaciones de su sexualidad; una pulsión de la que se había defendido siempre y, especialmente cuando vivía su hija, con un mecanismo conocido como escisión. En pleno deterioro mental, la sexualidad de Aurora reapareció con un estilo delirante próximo al mito del Dr. Frankenstein. Leemos en la historia: «Hace una temporada fabricó un muñeco de gran tamaño al que cuida constantemente metiéndole en la cama y arrullándole

(dentro del pecho tiene un corazón rojo y según nos manifiesta ella, también tiene genitales masculinos, con erección y todo como puedo demostrarles)». Más adelante, quedaron escritas las siguientes frases: «Entra en el despacho con una muñequita fabricada por ella para regalársela el día de Reyes a la hija del jardinero, a la que también puso genitales y vello en el pubis. Esto es tan natural como la cara y no hay para qué ocultarlo y hacer de ello malicia». Nosotros podemos plantearnos: ¿qué significaba el muñeco de trapo? Probablemente tenía las características de un nuevo hijo. En esta ocasión, se había asegurado de que sería engendrado solo por ella. ¿Por qué de sexo masculino? No es de extrañar, dada la inquina que tenía contra las mujeres; además, el hecho de que el muñeco fuera de sexo masculino nos ilustra sobre uno de los motivos del odio que Aurora sentía por Hildegart: su sexo. Por otra parte, una criatura suya, no podía ser otra cosa que una pro longación de sí misma, un nuevo objeto-self. Evidentemente, ella se consideraba psicológicamente masculina y, por tanto, también su muñeco debía serlo. Por último, hubiera sido interesante poder explorar la función del muñeco como compañero-amante, de naturaleza narcisista, en la mente delirante de Aurora. Creo que sus mecanismos de defensa: la escisión y la renegación eran, todavía en aquel momento, suficientemente potentes para impedir cualquier manifestación directa de su sexualidad. No creo que pudiera fantasear abiertamente con mantener relaciones sexuales con el muñeco pero, en todo caso, hubiera sido necesario explorarlo. La institución dejó perder este magnífico material que habría servido para acercarse a la comprensión psicoanalítica de la mente de Aurora. No entendieron lo que pasaba o lo consideraron molesto. En aquellas circunstancias, hay que reconocer que, todos los que rodeaban a la enferma, tuvieron la paciencia necesaria para tolerar, durante más de un año, la relación de Aurora con sus muñecos. Sin embargo, en vez abordar el delirio de una manera científica, al final se defendieron de la delirante rompiéndole sus criaturas de trapo. Al parecer, fueron las monjas quienes los destruyeron. Con ello, le provocaron una nueva herida narcisista, la nueva pérdida de un objeto-self, sin que hubiera lugar para la elaboración de lo que ocurría. En efecto, el 14 de diciembre de 1943 reconoció ante su médico que sus criaturas de trapo eran ilusiones que tenían para ella un valor simbólico y al destrozárselas, le habían«dado en el corazón».

## La derrota final

El golpe sufrido por Aurora, cuando destruyeron sus muñecos, parecía ser definitivo. A partir de aquel momento predominan en su historia clínica las anotaciones que indican el rechazo de la enferma a colaborar con los médicos; seguramente, porque ya no les consideraba dignos de confianza. Un año más tarde, el 19 de diciembre de 1944, refugiada en sí misma y en sus libros, pidió una lectora porque ya veía muy poco. Los médicos aprovecharon su petición para intentar

reanudar el contacto con ella; consta en la historia que, al ser preguntada por sus ilusiones, dijo llorando que deseaba morir en América dedicada al cuidado de los animales. El llanto de la pobre enferma debió ser tan intenso que el psiquiatra tuvo que interrumpir la exploración.

Después de este triste episodio, hay varios años de silencio en la historia clínica de esta singular mujer por la negativa de Aurora a seguir hablando con el doctor Martínez López. La causa del silencio la explicaba el psiquiatra a los periodistas Costa y García (1977): «En mil novecientos cuarenta y cinco se enteró de que mi esposa estaba embarazada por cuarta vez y desde entonces no volvió a dirigirme la palabra; yo no había sido un buen discípulo. Jamás, en los diez años que mediaron hasta su muerte, volvió a dirigirse a mí. Me ignoraba».

Aurora todavía hizo un último intento de salir del manicomio en 1948, aprovechando la celebración del Año Santo. Estas escuetas palabras reflejan el intento y la nueva frustración: «Acudí a la madre general y a la Madre Priora, sin resultado».

Las escasas anotaciones, a partir de abril de 1950, indican tanto las negativas de la enferma a hablar con el psiquiatra, como el rechazo a ser atendida de su patología orgánica. Las frases registradas al final del historial clínico, correspondientes al 4 de mayo de 1955, son patéticas: «No hay modificación. Salvo en su tendencia a la demencia».

Los últimos años de la vida de Aurora debieron ser terribles. Aislada voluntariamente del mundo manicomial, al que no había podido someter, su mente paranoica iría siendo invadida, progresivamente, por la psicosis melancólica. En el Archivo General de la Administración, de Alcalá de Henares existe un informe facultativo de los doctores Juan Martínez López, Médico del Sanatorio y Tomás Alberdi Benciondo, Médico Titular de la localidad, efectuado a instancias del juez y fechado el 24 de septiembre de 1955, donde puede leerse que la enferma padecía: «una esquizofrenia paranoide con delirio no sistematizado», además de «una ceguera», «uremia bastante acentuada» (0,80) y «frecuentes diarreas». El fin estaba próximo, pero Aurora se negaba a arrodillarse ante la Parca, e iba prolongando su trágica agonía.

1 La amenaza de desintegración que había marcado la vida de la protagonista de esta historia se cumplió cuando los fríos del invierno y las tardes sin luz encogían el alma de los pobres enfermos del manicomio. La muerte tuvo lugar en Ciempozuelos, una localidad situada al sur de Madrid y próxima a Titulcia, la ciudad en la que 2000 años atrás el Imperio Romano había situado el centro de la península Ibérica.

Aurora Jesualda Josefina Georgina Rodríguez Carballeira pudo sobrevivir, durante 77 años, en un mundo al que siempre consideró hostil. Para conseguirlo había necesitado asesinar a su única hija, 23 años antes. La madre de la que fue Hildegart falleció, el día de los Santos Inocentes del año 1956, a causa de un cáncer del que no había querido ser tratada.

XVI

# Una fantasía psicoanalítica

Apuntes

Aurora Rodríguez Carballeira se presenta, ante la pequeña historia, como una mujer a quien nada ni nadie pudo doblegar. Así podemos deducirlo del título de uno de los libros más importantes que se han escrito sobre ella (Cal, 1991). Aparentemente, fue una mujer de convicciones tan firmes que no dudó en matar a su única hija cuando creyó que se apartaba del proyecto para el que ella la había creado: la salvación de la Humanidad. Era una madre que se sacrificó sin límites por la educación de su hija, para hacer de ella un ser excepcional. Aurora se presentaba ante los que la conocían como una mujer dotada de gran capacidad de reflexión. Estaba tan orgullosa del poder de su mente, llegó a jactarse de no haber soñado nunca, porque tenía mucha vida interior. Eduardo de Guzmán, el periodista amigo de su hija Hildegart nos cuenta en el libro que escribió sobre las dos mujeres, cómo una doctora en medicina consultada por él acerca de nuestra protagonista se mostró fascinada por la personalidad de la filicida. Aurora, según la doctora, no padecía ningún «complejo de superioridad» porque, con toda probabilidad, era auténticamente superior a los demás. Como vemos, la imagen que proyectaba nuestra protagonista debía ser tan enigmática como fascinante.

Esta singular mujer había logrado que su hija fuera una muchacha absolutamente excepcional, en el medio el que le tocó vivir. Por eso nadie podía creer lo que había sucedido cuando, según su propia versión, tuvo que matar a su hija. Para colmo de «heroísmo», Aurora confesó que mató a Hildegart porque la joven, al darse cuenta de que podía traicionar los ideales de su madre y sentirse sin fuerzas para rectificar el rumbo que había tomado, decidió suicidarse. Como se mostraba incapaz de quitarse la vida pidió a su madre que acabara con ella. Por esa convincente razón Aurora tuvo que matarla.

Cuando fueron conocidas por el gran público su aparente capacidad de sacrificio, su abnegación y su elevada presencia de ánimo, inmediatamente surgieron muchos admiradores de ella y de su obra; es bien conocida la capacidad de los paranoicos para seducir a las masas. Entre otros seguidores, una joven zaragozana fascinada por la madre filicida se atrevió elogiar, en las páginas del periódico La Tierra, la determinación de Aurora a la hora de matar a su hija.

Los seres humanos, frágiles como somos, tenemos una gran necesidad de idealizar

a otros humanos - a los que dotamos de virtudes que quisiéramos poseer nosotros - y de identificarnos luego con aquellos a los que hemos elevado a una categoría superior; necesitamos emplear estos mecanismos para poder participar de las teóricas capacidades que a ellos les otorgamos. Aurora Rodríguez, como tantos otros paranoicos, se consideraba un ser excepcional y sus admiradores la creyeron superior al común de los mortales.

Freud nos ha demostrado que nadie que se tenga, o sea considerado, un ser superior, podrá seguir ignorando sus múltiples debilidades después de un proceso psicoanalítico llevado a cabo con éxito. Paniagua (2010) nos recuerda: «Una persona puede considerarse abnegada o indisciplinada cuando, inconscientemente, es masoquista; justa o ejemplarizante cuando, en realidad, es sádica; complaciente cuando es dependiente; organizada o perseverante cuando es obsesiva; amante de la humanidad cuando persigue fines eminentemente narcisistas, etc.»; como vemos, la última frase del ilustre psicoanalista podría, perfectamente, referirse a Aurora.

Sabemos que el doctor Lafora lamentaba, en sus artículos publicados en Luz durante el verano de 1934, que la situación de doña Aurora impidiera un estudio psicoanalítico de la misma. También sabemos que, aunque su situación hubiera sido diferente, ella, que estaba convencida de su salud mental, nunca habría pedido psicoanalizarse. La única posibilidad de que hubiera aceptado vivir un proceso psicoanalítico, la habría proporcionado el convencimiento de que su psicoanálisis pudiera servir de guía y orientación de los psiquiatras o, incluso, de referencia a toda la Humanidad; algo parecido debía estar pensando cuando pidió a su médico de Ciempozuelos que tomara notas detalladas de su vida, porque quería que se publicase y tradujese a varios idiomas.

En caso de aceptar algún tipo de relación psicoanalítica, solamente toleraría que un hombre fuese su terapeuta; alguien que para ella representase, esencialmente, una nueva versión de la figura de su padre. Aurora, voluntariamente, nunca habría consultado a una mujer y si, por alguna razón, se hubiera visto frente a una psicoanalista, los sentimientos transferenciales habrían resultado tempestuosos. La rivalidad con su madre, con su hermana y con su hija, habría aflorado al primer plano de la relación analítica, y Aurora dedicaría el tiempo y su trabajo mental a intentar vencer y someter a la analista a sus dictados y hacer de ella una esclava, como lo fue su hija.

## La fantasía

Siendo consciente de que solo en circunstancias muy especiales hubiera podido producirse algún tipo de aproximación psicoanalítica a la mente de Aurora, intentaré

trasladarme, con la fantasía, al manicomio de Ciempozuelos e imaginar como hubiera podido tener lugar un proceso psicoanalítico de Aurora. Para que no todo sea fruto de la imaginación, pondré en boca de la paciente las palabras que ella misma pronunció, tanto en las entrevistas realizadas en la cárcel por Ezequiel Endériz y Eduardo de Guzmán, como las dirigidas a su psiquiatra de Ciempozuelos, y las emplearé como teórico contenido de algunas sesiones. Estas palabras pueden ser fácilmente reconocidas en capítulos anteriores del libro. Naturalmente, las intervenciones del analista son imaginarias, aunque podrían corresponder, aproximadamente, a lo que yo creo que diría a una paciente como Aurora en circunstancias semejantes. Resulta inevitable completar esta fantasía psicoanalítica poniendo en boca de Aurora frases que nunca pudo llegar a pronunciar pero que, en caso de haberse analizado, habría sido imprescindible que su mente llegara a transformarse lo suficiente como para permitirle pronunciar palabras semejantes. De no ser así, la eficacia del proceso habría resultado más que dudosa.

Si Aurora se hubiera presentado ante un psicoanalista, la impresión que le produciría sería equivalente a la que tuvo la doctora de la que habla Eduardo de Guzmán: la madre asesina aparecería como una especie de reencarnación femenina del superhombre de Nietzsche; una mujer altiva que despreciaba al resto de los mortales, especialmente a las propias mujeres.

Imaginemos a la hierática Aurora en una estancia del sanatorio de Ciempozuelos; quizá el analista le hubiera ofrecido tumbarse en el diván, pero ella lo habría rechazado porque le parecería una posición de inferioridad. Accedería a tener las sesiones cara a cara y así iría viviendo, durante mucho tiempo y cuatro veces por semana, su experiencia psicoanalítica.

Ya desde las primeras sesiones, el psicoanalista debería tener muy en cuenta su deseo de que se la llamase Ara-Saiz y deberían explorar qué significaban para Aurora tanto la omnipotencia (Saiz, diosa de la verdad) como el masoquismo (Ara, piedra de sacrificios), pues estos elementos caracteriales marcarían una gran parte del proceso. Además, para que pudiera establecerse una adecuada alianza terapéutica, Aurora necesitaría idealizar, en algún modo, a su médico. Ella estaría convencida de que los analistas normales no tendrían capacidad suficiente para entender la mente excepcional de la «madre de la estatua humana».

El análisis tendría que discurrir durante años teniendo como sostén fundamental el encuadre. Es decir, la presencia constante del psicoanalista en el despacho a las horas establecidas, su resistencia al potencial destructivo de Aurora y su abstinencia. En la medida de lo posible debería desarrollarse, entre analista y paciente, la capacidad de ir contrastando las vivencias angustiosas y delirantes de la paciente con una

observación compartida de la realidad en las sesiones. Solo después de un tiempo prudencial, el analista podría comenzar a ofrecer interpretaciones y a intentar profundizar en ellas. La transferencia, ese desplazamiento hacia la figura del analista de las vivencias, fundamentalmente infantiles, con personas significativas (padres, hermanos, etc.), sería predominantemente agresiva y se manifestaría, preferentemente, como el intento de controlar sádicamente al médico. Cualquier pequeño error o debilidad del mismo sería aprovechado por Aurora para criticarlo y quejarse de su escasa capacidad o profesionalidad. En otros momentos, la transferencia, especialmente la paterna, estaría cargada de idealización. El terapeuta tendría que entender que la idealización sería de tipo narcisista; él sería el mejor analista del mundo, exclusivamente, porque tenía el honor de analizarla a ella.

Aurora, al cabo de muy pocas sesiones, pretendería reformar el psicoanálisis introduciendo las mejoras, en la técnica y en la teoría, que a ella se le habrían ocurrido; también es posible que propusiera la reforma de las asociaciones psicoanalíticas. Si la experiencia analítica le resultase suficientemente interesante propondría hacer obligatorio el psicoanálisis para toda la población, en la línea de sus ambiciones de reforma de la sociedad. Al igual que hiciera con su psiquiatra de Ciempozuelos, se empeñaría durante muchos meses, en explicar a su analista siempre en el mismo tono pedantesco y como de ser superior, la necesidad de conseguir múltiples mejoras.

Una mañanalentraría en la sala erguida y con aire displicente. Después de saludar con corrección, tomaría la palabra.

> -Estoy convencida de que las tres cosas que significan triunfar en la vida son crear, luchar y matar... Estas palabras las escribí en el artículo Caín y Abel. Yo le traeré el artículo y mis comentarios..., al firmarlo, Hildegart estaba firmando su sentencia de muerte.
>
> -Caín y Abel...
>
> -Sí, Caín es el progreso, Abel el retardatarismo. Caín es el pastor, Abel el número en el rebaño.

Tras una larga pausa continuaría hablando como ensimismada.

> -La víctima es siempre el pobre cuerpo muerto... Entre la muerte del asesinado y la del asesino hay toda la diferencia de la muerte victimaria de una oveja ignorada y la muerte, rodeada de pasión y de grandeza del hombre que una vez se igualó a Dios al quitar la vida...

El analista pretendería recoger el mensaje de omnipotencia que había en las palabras de Aurora.

-Igualarse a Dios al quitar la vida..., tal vez quiere decir que al matar a Hildegart...

Ella, haciendo caso omiso de estas palabras, continuaría por otro camino; el de la idea que la obsesionaba.

-Hildegart enamorada, rendida y entregada a un macho sería una hembra más...

-Una hembra más... - diría el analista - ¿Quiere ampliar esa idea...?

-Doctor, no se haga de nuevas... Nadie precisaba y precisa con mayor urgencia ser redimida que la mujer en general. En el eje de sus preocupaciones está siempre el sexo. Pero no son mujeres ni madres, sino simples paridoras, vientres que vomitan niños.

Aurora se extendería sobre estas consideraciones acerca de la mujer para terminar repitiendo:

-Triunfar en la vida es crear, luchar y matar.

En la siguiente sesión en la que Aurora hiciera referencia al artículo Caín y Abel, el analista podría tomarlo como punto de partida para adentrarse en el tipo de relación que existía entre las dos mujeres, con alguna frase de este estilo:

-Usted me dijo que fue la autora del artículo...

-¡Qué más da! En vida de Hildegart las dos estábamos tan identificadas cerebralmente que éramos una misma y sola persona.

-Identificadas?, ¿a qué se refiere, concretamente?...

Como en tantas otras ocasiones, Aurora podría hacer caso omiso a las palabras del psicoanalista y, en el fondo, seguir hablando en voz alta consigo misma.

-La maldad del hombre tiene muchas veces un fondo de grandeza y de posterior arrepentimiento; la de la mujer no. Se mueve por impulsos mezquinos y únicamente se arrepiente de sus fracasos.

Evidentemente, Aurora estaba repitiendo, excluyendo al analista, la marginación

de la que había sido objeto por parte de su madre. En las primeras sesiones sería prematuro señalarlo, porque solo serviría para que aumentasen las defensas; por eso, tendrían más sentido frases como ésta:

-Le pedía que me hablara de la unión con su hija.

-A eso voy, pero para que lo comprenda necesito decirle antes que mujeres y madres en el sentido más amplio y excelso de la palabra, existen muy pocas. De ahí se deriva que el ideal soñado por mí necesitase un agente hembra para poder realizarse. Una mujer que fuera ejemplo y lección de mujeres, porque la Humanidad no se redimirá mientras no se redima la mujer...

El analista entendería, quizá demasiado tarde, que había interrumpido el flujo discursivo de Aurora sobre las razones para matar a su hija; por esa razón, ante una nueva pausa de la paciente, se mantendría en silencio para permitir sus asociaciones.

-Para hacer de ella la redentora de la humanidad tenía que transmitirle todo lo bueno que había en mi espíritu, igual que había hecho años atrás con mi sobrino Pepito Arriola. Yo la enseñaba, la vigilaba a todas horas, seguía con cuidadosa atención su desarrollo físico y mental...

En días sucesivos Aurora explicaría lo heroico y altruista de su proceder al quedarse embarazada de Hildegart para redimir a la Humanidad, mediante la redención de la mujer. Pasaría sesiones y más sesiones intentando hacer de su psicoanalista un seguidor de sus doctrinas, un objeto-selfsemejante a lo que había sido su hija para ella. Éste debería ser muy prudente para no provocar con sus interpretaciones - que aunque fueran acertadas, podrían resultar prematuras - algún tipo de reacción defensiva por parte de Aurora que daría al traste con el difícil proceso.

Sabemos que uno de los rasgos más importantes de la personalidad psicótica es la intolerancia a la frustración; precisamente, para evitar tales sentimientos, estas personas despliegan sus defensas más sofisticadas. Es frecuente oír hablar a los psicoanalistas de que el origen de la intolerancia a la frustración de los psicóticos, especialmente la provocada por la ausencia del objeto, radica en las conflictivas relaciones que tuvieron con una madre incapaz de contener y elaborar las ansiedades de la criatura. Por estas razones y otras semejantes, el psicoa nalista tendría que preparar, con suficiente tiempo, los periodos de vacaciones, para que los mecanismos de defensa más evolucionados, incluida la racionalización, fueran capaces de evitar la descompensación provocada por la ausencia del objeto analista. Estas pérdidas

temporales de objeto serían peligrosas porque conectarían, en su inconsciente, con el drama fundamental que constituía la vida de Aurora; una tragedia, a la que, durante años, el analista tendría que proporcionar una adecuada contención y soporte. Ese drama estaría fundamentado en el dolor de no haberse sentido suficientemente querida, de no haber podido ser una mujer normal y de haber sido engañada por un hombre, al que había idealizado. Un drama que se vio reforzado al no conseguir integrarse en los círculos del poder; sobre todo, por el dolor de su fracaso como creadora de la estatua humana, y por no haber podido resistir la rivalidad con su hija ni su sexualidad; una hija a quien por querer ser mujer la consideraba, internamente, una prostituta.

Aunque el psicoanalista fuera hombre, se multiplicarían las situaciones en las que predominara la transferencia materna; es decir, la vivencia inconsciente por parte de la paciente de una relación con el analista según el modelo de lo vivido, en la infancia, con su propia madre. Serían sesiones especialmente conflictivas en las que el odio y la violencia alcanzarían el primer plano de la relación.

El médico, después de haber soportado numerosos ataques al vínculo analítico, sin enfadarse, sin agredir, ni quedar psicológicamente destruido - para sorpresa de Aurora-, entendería que habría llegado el momento de señalar una de las causas de la actitud agresiva de la enferma.

-Seguramente, como cuando era niña, usted también está ocultando aquí su sensibilidad, con un disfraz de distancia y altivez.

-Es que usted, a veces se comporta como mi madre, que me trataba como sin darme importancia, como si nada significase.

-Quizá por eso no tiene usted una buena opinión de la mujer... y, cuando me parezco a su madre, tampoco de mí...

-La mujer es, por doloroso que resulte confesarlo, lo peor de la especie humana. Veinte veces más egoísta, astuta y malintencionada que el hombre.

-¡Usted es mujer!, tendría que señalar, con firmeza, el analista, a lo que Aurora, acostumbrada a sus racionalizaciones defensivas, respondería:

-Bueno, soy un poco más celeste de lo corriente; el brazo, el antebrazo, el cuello, la clavícula, la cabeza, el cerebro y las piernas son de constitución viril, mientras que el corazón, cadera, pechos y nalgas sí son femeninos.

El analista, al percibir la defensa confusional, intentaría buscar con sus palabras la

discriminación entre los sexos, en la mente de Aurora.

-Usted habla de partes masculinas y femeninas, pero ha sido la madre de Hildegart... ¿tal vez hubiera preferido ser hombre?

-La mujer se pierde por el sexo, pero no hay que confundir madres con simples paridoras...

Tras una pausa en la que su mirada quedaría suspendida en el vacío, la paciente parecería atravesar, con la vista, la cabeza del médico; luego diría:

-Por otra parte, nunca he sentido atracción franca de hembra por los hombres sino, a la vez, una atracción filial y maternal... Es verdad que de joven tuve algún pretendiente, pero... la vida...

-¿La vida...?

-Sí, la vida..., de joven tuve que cuidar de mi padre y...

Tras una pausa, Aurora continuaría recordando:

-Desde luego, no he querido a nadie como a mi padre..., recuerdo que, cuando era muy pequeña, le pedí a mi padre una muñeca de carne y el me dijo que la tendría cuando me casara. Yo le respondí enseguida: Yo no me casaré porque no quiero compartir con nadie la muñeca de carne.

-Rechazaba casarse, ya desde niña...

Inmediatamente aparecería la relación de su repulsa a casarse con la escena vivida en el despacho paterno, al que había acudido un matrimonio que deseaba separarse. La mujer a pesar de que aborrecía al marido, tuvo que seguir soportándolo, por no perder a su hija.

En 'sesiones posteriores, Aurora hablaría de su juventud. A decir de un marino ferrolano, que la había conocido en aquellos años, había sido una mujer hermosa e interesante, pero demasiado seria. Al parecer, mostraba permanentemente un gesto de desprecio por los hombres, lo que le había granjeado fama de esquiva e inabordable. Recordaría, casi como si no le hubiera ocurrido a ella, que estuvo interesada por un capitán de artillería, el apuesto joven por el que llegó a pensar en abandonar sus ideales. Sin embargo, contaría orgullosa que, al final, tuvo que decirle:

-Vamos a cortar esto: Empiezo a tenerte miedo. Si continuamos viéndonos acabaría cayendo contigo en una vulgaridad y una animalidad que

haría que luego tuviera que despreciarme el resto de mi vida.

El analista pensaría en el miedo a la sexualidad y en un posible componente histérico en la mente de Aurora pero, prudentemente, dejaría para más adelante esa línea de interpretación y seguiría escuchando el relato de la peculiar mujer.

-Muerto mi padre, me presentaron a un marino-sacerdote, que parecía cumplir todos los requisitos para ser el padre de mi hija. Le hablé de mis ideas y él me dijo que estaba de acuerdo en la necesidad de redención de la Humanidad; tenía las mismas ideas que yo. Le expuse que deseaba ser madre de una criatura excepcional y el sacerdote se ofreció a unirse a mí sin amor ni pasión sexual de ninguna clase. «Yo le daré la vida y usted pondrá su alma», me dijo.

Como sabemos, parece que la astucia del marino y sus generosas palabras fueron suficientes para que ella se prestara a sufrir, por tres veces, la dolorosa afrenta carnal, imprescindible para ser madre.

Recordaría Aurora que los encuentros tuvieron lugar en una casita preparada por su colaborador fisiológico y todavía se reía de la vanidad del cura, que se esforzaba por romper la frialdad de hielo de su amante.

-Sus intentos solo sirvieron para acentuar mi frialdad; sentí desprecio y asco. A mí ningún hombre me ha hecho gozar de cintura para abajo.

El analista pensaría que el relato parecía cargado de elementos defensivos, consecuencia de una enorme rivalidad con el hombre. Si abordaba prematuramente dicha rivalidad, podría caer en la trampa fálica - aliándose con la paciente en esa línea defensiva-, en detrimento del análisis de los sentimientos profundos de la mujer que, en un momento de su vida, deseó, o, al menos, admitió ser madre. Preferiría seguir la línea de exploración del sentimiento de orgullo que dejaba traslucir Aurora por haber conseguido quedar embarazada.

-Recuerda cómo se sintió al saber que estaba embarazada?

-Bueno, la verdad es que me notaba rara. Intenté hacerme la interesante con mi hermano y logré que me preguntara ¿Qué te pasa? Yo le dije: nada, tan solo que hoy ha cambiado el rumbo de mi vida; pero él no continuó preguntando y me callé...

-Le hablaba de sus sentimientos al saber que iba a ser madre y usted me cuenta lo de su hermano...

Es posible que Aurora, llorando y llena de rabia dijera de su hermano:

-El muy canalla..., el muy canalla... Además de no mostrar el más mínimo interés por lo que me pasara entonces, algún tiempo después, me reprochó que tuviera a Hildegart, diciendo que había oído que el padre era el amante de mi hermana.

-Debió ser muy dolorosa para usted esa falta de interés de su hermano.

-No, no podía esperar nada de él; era un abúlico, malo y cobarde.

La mujer negaría, durante mucho tiempo, el dolor que le habían producido las faltas de interés de su hermano, incluso la traición del padre de su hija. Sustituiría defensivamente el sentimiento de dolor por el de rabia. Aurora habría necesitado idealizar, durante algún tiempo, al padre de su hija, sobre todo en lo relativo a los valores morales; sin embargo, parece que el sacerdote-marino no era, precisamente, un santo. En una sesión posterior diría:

-Espero que usted sepa estar a la altura de lo que voy a decirle..., hoy quiero contarle un suceso muy desagradable que ocurrió cuando la niña tenía cuatro años... Me enteré por una antigua vecina de Ferrol, a la que me encontré en la calle, de que el padre de Hildegart había tenido que venir a Madrid para defenderse en una causa contra él... Yo no sabía nada... Como aquí vivía un hermano suyo, le ofreció su casa para que se alojara en ella, durante el tiempo que fuera necesario... ¿Qué cree usted que hizo el muy taimado?... Aprovechó la confianza que le dieron para pervertir a una sobrina de poco más de catorce años... El maldito traidor huyó de España y su hermano, que quería matarle por lo que le había hecho, poco después, murió del disgusto.

-Sería una experiencia muy dura para usted...

-El maldito fue capaz de traicionar a su hermano...

Sería indispensable que, llegado el momento, el analista no tuviera miedo de afrontar abiertamente algo muy doloroso para los pacientes con patología narcisista: el sentimiento de fragilidad y de haber sido objeto de burla y engaño por parte del más fuerte. Por el momento, tendría que ir preparando el terreno con frases como esta:

-Parece que fue capaz de traicionar a su hermano y, también de traicionarla a usted...

Aurora quedaría en un elocuente silencio que debería ser entendido como defensivo frente a la idea vergonzante de que ella había ocupado el lugar de la víctima, de que había sido la débil y traicionada. Tendrían que pasar años hasta que se pudiera analizar, adecuadamente, la debilidad de Aurora. Años hasta que pudiera hablar de sí misma como el objeto de la traición o de la burla por parte del único hombre con el que aceptó tener relaciones íntimas; del único al que, en algún grado, permitió ser el padre de su hija. Difícil le resultaría reconocerse como víctima de aquel hombre físicamente perfecto, en plenitud viril, inteli gente, tirando a astuto, al que ella se insinuaría. Por el momento solo se permitiría insultarlo.

-El padre de Hilde era un vago, mal amigo, incapaz de tender una mano, egoísta, dominante y con astucia hipócrita. Intenté, durante tres lustros neutralizar la mala semilla aportada por el padre en el alma de mi hija.

Poco a poco, podría ir siendo capaz de reconocer algún error, siempre desde el papel de protagonista.

-Me engañé a mí misma, y cerré los ojos a la realidad. Creí posible vencer a la propia naturaleza. Solo comprendí mi error cuando ya no tenía remedio.

-Qué quiere decir que comprendió, cuando ya no tenía remedio?

-Quiero decir que, quizás... Quiero decir que pude sentir, como tantas hembras, la atracción del macho y no fui capaz de razonar en el momento crítico con toda la frialdad necesaria.

El analista volvería a intentar que funcionase la necesaria alianza terapéutica y que ambos contemplasen lo ocurrido desde un plano lo más cercano a la realidad.

-Como cualquier mujer...

Aurora volvería a emplear la racionalización como mecanismo de defensa:

-Ya le dije que el brazo, el antebrazo, el cuello, la clavícula, la cabeza, el cerebro y las piernas son de constitución viril, mientras que el corazón, cadera, pechos y nalgas sí son femeninos.

La sexualidad reaparecería transformada en su contrario, el rechazo a la misma o en forma de crítica de los «vientres paridores» y, en la transferencia, se movería entre un deseo de «seducción» mediante la exhibición de sus dotes intelectuales, seguido de movimientos tendentes a la «castración» del analista, intentando hacerle sentir

impotente, al ser incapaz de hacer in terpretaciones o decir algo que le resultase interesante. Como, sin duda, Aurora volvería a repetir su desprecio por los hombres y su desafío, expresado en la frase «A mí ningún hombre me ha hecho gozar de cintura para abajo», cuando el análisis estuviera suficientemente avanzado, el analista tendría que intervenir con palabras que indicasen el desafío transferencial evitando una sexualización excesiva de la sesión. Diría algo así:

-Esa frase de desprecio por los hombres quiere decir, también, que tampoco puede esperar nada bueno de mí trabajo.

A lo que, muy probablemente, Aurora respondería, defensivamente, con palabras como:

-No se equivoque, usted para mí no es un hombre, es mi médico.

Si el análisis hubiera avanzado suficientemente, el analista podría decir:

-Es inevitable que, además de un médico, vea en mí a un hombre y que, a veces, sienta la necesidad de rebajarme, si cree que me pongo un poco prepotente.

-Pues sí, a veces se pone un poco prepotente y me dan ganas de...

-~De...?

-Conozco el psicoanálisis y no le voy a dar el gustazo de decir que me dan ganas de castrarlo.

Aurora continuaría durante bastante tiempo empleando la racionalización y la escisión como defensas para evitar sentirse como ella había visto a las mujeres de la familia. El psicoanalista podría abordar el tema desde la superficie; permitiendo a la paciente ir profundizando en su realidad psíquica e intentar observar, conjuntamente, las actitudes defensivas. Cuando la paciente hablase de las mujeres como vientres parido res, el analista podría decir:

-Me habla de los vientres paridores, ¿cuál cree que sería la razón de que usted pudiera sentir la atracción del macho y no ser capaz de razonar con frialdad?

-La mujer se pierde por el sexo. Nada más peligroso para ella que su tiranía, fuente de todas las debilidades y de todos los males que padece. Era imprescindible que Hildegart no cayera en esa trampa que esteriliza el

talento de muchas mujeres y pudiese librar a otras de caer en el mismo cepo.

En algún momento tendría que responder a frases como la anterior con otras de este estilo:

-Quiere decir que necesitaba, por todos los medios, evitar que le ocurriera a Hildegart algo parecido a lo que le ocurrió a usted.

La reacción de alerta indicaría que se había tocado un punto sensible, a la vez que advertiría al analista de la dificultad de tratarlo.

-Qué pretende?

-Me refiero a evitar que Hildegart fuera traicionada por un hombre..., parece que su padre fue un traidor, y eso le haría a usted sufrir mucho...

-Usted parece no querer enterarse, ya le he dicho que Hildegart rendida y entregada a un macho sería una hembra más...

Probablemente habría que esperar a que Aurora relatase un episodio que le hubiera causado tristeza. Sería más fácil abordar el tema cuando la paciente se refiriera a alguna vivencia en relación con los animales, para ir planteando su vulnerabilidad a los abusos de poder y su odio hacia los poderosos. Esta línea de trabajo llevaría al contacto con sentimientos depresivos y, en definitiva, al reconocimiento de su vulnerabilidad ante la injusticia. En algún momento diría...

-Nunca he podido tolerar la injusticia, tendría unos 6 ó 7 años cuando vi golpear a un caballo, me solté de las manos de mi padre, me cogí a los pantalones del hombre y grité pidiendo que el alcalde le devolviese los palos a él. El otro día, aquí un bestia de labrador estaba pegando a la mula con la que araba. Me fui hacia él y si no me separan le hubiera dado su merecido.

Sería una buena oportunidad para abordar la indefensión ante el abuso, tomando como referencia a los animales.

-Seguramente usted ha debido sentirse muchas veces maltratada como estos animales. Tal vez al defenderlos esta haciendo con ellos lo que hubiera querido que hicieran con usted. Que alguien la hubiera defendido de la injusticia.

-Tal vez..., tal vez... Mi madre me baldaba a golpes, me trataba como sin darme importancia, como si nada significase para ella. La muy... sentía

adoración y un cariño exagerado por mi hermana... Ella era como un quiste de mi madre.

-Parece que usted se sentía rechazada por su madre y excluida de la buena relación que había entre ellas.

-Eran odiosas, se servían de tapadillo la una a la otra.

Sus vivencias de la sexualidad como consecuencia de la imposibilidad de una buena identificación femenina, estaban escindidas: por una parte odiaba la sexualidad de las mujeres (su propia sexualidad) y, por otra, había querido liberarlas sexualmente (liberarse), a través de sus escritos, por mano de su hija. Instruyó a Hildegart, desde que era muy niña, en los misterios de la reproducción y le hizo escribir libros muy avanzados, para la época, sobre la liberación sexual; sin embargo, no pudo soportar que la joven quisiera ser libre y empezara a fijarse en un hombre.

Pasados muchos meses, el analista podría volver a plantear la relación entre el odio a las mujeres y sus vivencias con la madre y la hermana, para introducir de una manera más franca la relación de ambivalencia con Hildegart.

-Es posible que su desprecio por las mujeres, por las simples paridoras, tenga que ver con los recuerdos de su madre y de su hermana.

-Eran odiosas, se servían de tapadillo una de la otra. Llegaron hasta enamorarse las dos del mismo hombre. Cuando se convenció de que este individuo tenía relaciones con su hija sufrió un desequilibrio grandísimo como madre y como hembra que le produjo la muerte... A los tres años de enterarse de esto, sorprendió a su hija con ese hombre y en el momento le dio una hemorragia cerebral... Estuvo paralítica del lado derecho... Estuvo así unos dos años antes de morir.

-Tal vez por eso, usted no quiso relacionarse con los hombres más allá de lo necesario para quedar embarazada de Hildegart y tampoco quiso que ella tuviera novio.

-Me contrariaba que Hilde perdiera el tiempo con bromas y conversaciones insustanciales. Era tanto lo que tenía que hacer que necesitaba aprovechar todos los minutos de su vida.

Avanzado el análisis, se podría insistir, como modo de aproximación a la actitud defensiva de Aurora para, a continuación, señalar la defensa.

-Me refería al problema que veía usted en que Hildegart tuviera novio. Parece que usted prefiere llevar la sesión por un camino menos duro.

-Ya sé donde quiere ir..., le he dicho muchas veces que Hildegart enamorada y entregada a un macho sería una hembra más que olvidaría su misión para solazarse en el simple y animal placer de la carne.

-Cómo quizá se sintió usted, en algún momento, con el padre de su hija?

-Ya le he dicho que pude sentir, como tantas hembras, la atracción del macho y no fui capaz de razonar con la frialdad necesaria, pero eso poco importa ahora... Un sabio extranjero, un biólogo escandinavo pretendía casarse con mi hija. Hildegart no podía soportar que me admirase a mí más que a ella y, por eso, tuvimos una discusión terrible y, aunque acabamos haciendo las paces, se abrió entre nosotras un abismo que solo se podía cerrar con la muerte de una de una de las dos.

El médico, aun pensando en la posibilidad de que el biólogo escandinavo fuera producto del sistema delirante de Aurora, tendría ocasión de plantear el problema de la rivalidad entre las dos mujeres.

-~Me dice que Hildegart tenía celos de usted?

Aurora, una vez más, intentaría desplazar el conflicto con la hija hacia el conflicto con el padre, pero, inmediatamente, volvería a surgir la rivalidad con Hildegart

-El primero que sembró la semilla en contra mía fue su propio padre... La hija por ley biológica se parece más al padre que a la madre..., mi hija no era buena, tenía el alma mala. Ya de niña era dominante para mí y quiso tenerme dominada.

La desgraciada madre quedaría pensativa mientras, sin cambiar de expresión, apenas percibiría que unas lágrimas se desbordaban mientras continuaba recordando...

-Desde que tuve a mi hija ya no pensé en mí. Lo que me interesaba era la creación de aquel ser humano, dinamizando gota a gota mi creencia en él. Así es que conseguiría por eso la «Homo estatua humana». Esa labor animosa fue desconocida. Los hombres distraídos no vieron que yo era un planeta con luz propia...

-Sacrificó todo por su hija pero no pudo obtener el reconocimiento de los

que la rodeaban; eso le debió producir bastante frustración y rabia.

-Las mujeres deberían recibir una educación superior, no para convertirse en médicos, abogados o profesores, sino para poder educar a su prole como a valiosos seres humanos.

En las reiteradas aproximaciones a la relación con su hija, tendría que aparecer el odio, sus acusaciones de falta de cariño, su menor inteligencia, compensada con el reflejo de la propia. Progresivamente debería poder reconocer que, a poco de nacer Hildegart, ella llegó al convencimiento de haber engendrado todo lo contrario de lo que pretendía. También recordaría que, cuando estaba embarazada, al enterarse de una mala acción del padre quiso cambiar el sexo del feto, por autosugestión; algo que puede parecer delirante, pero con mucho apoyo en algunas creencias naturistas de la época. En otro momento diría...

-La única diferencia entre nosotras es que yo resultaba un poco más avanzada y mis soluciones eran siempre más tajantes y definitivas. Ahora, sin ella me considero exhausta, vacía por dentro como la cáscara de una fruta a la que faltan el jugo y la pulpa.

El analista tendría la oportunidad de abordar el tema de la función de Hildegart como objeto-self de su madre.

-Se siente vacía porque, al perder a Hildegart, ha podido perder una parte de usted misma.

-De niña no fue dócil nunca, era rebelde, pero yo siempre conseguía captarla..., era reservada. Era hermética y gozaba con hacer sufrir, hubo un cierto odio hacia mí, nunca me quiso. Yo fui muy dócil para mi hija, hacía lo que ella quería. Transigía por no darle una desazón... En esa época es cuando yo creo que estaba loca... Hilde no era cariñosa para nadie..., rencorosa. Al poco de nacer llegué al convencimiento de que engendré todo lo contrario de lo que pretendía... Cuando tenía meses vi que era completamente refractaria a mí.

Pudiera ser una ocasión propicia para empezar a hablar de los verdaderos logros de Aurora, de su auténtica valía y seguir un camino de discriminación entre lo que eran sus propios méritos y los de su hija.

-Parece que la relación entre ustedes no siempre era buena...

-No fui escultora de carne, lo fui de piedra, por eso no la llegué a

cincelar...

-~A qué se refiere?

-En lo que no transigí nunca fue en las cosas de trabajo... Luego, mi hija no ha hecho más que firmar artículos y recoger los aplausos y recoger los laureles... De haber sabido como iban a desarrollarse los acontecimientos, Hildegart no habría llegado a nacer.

Quizá fuera un buen momento para hablar del asesinato de su hija, pero sería prudente emplear, al principio, el mismo discurso que ella; en vez de decir ¿por eso la matóW, sería preferible decir...

-Por eso tuvo que matarla?

-No niego que en determinados momentos pasó por mi mente la idea de destruir violentamente mi obra pero una y otra vez el instinto maternal se impuso.

Todo el drama de la relación con su hija estaría defendido con racionalizaciones delirantes, como sus presuntos intentos de llevarla a América que, según ella, se frustraron porque Hil degart no quiso ir, dado que Aurora era muy conocida y la joven no quería estar a su sombra. Diría en alguna sesión:

-Intenté evitar el fatal desenlace, quise llevarla a Mallorca, o hacer un viaje por el extranjero. Todo era inútil.

-Por qué me dice que todo era inútil?

-No acepto ese tono de interrogatorio, como si usted fuera el fiscal. ¡Escúcheme! Yo aproveché un paseo por la Malvarrosa, frente a la casa de Blasco Ibáñez para recordarle el fin de Freya... Creo que su fortaleza se estaba derrumbando ante las adulaciones y halagos de quienes la cercaban. Cada día era menor mi influencia sobre ella y eran otros los que ganaban terreno hasta conseguir enfrentarla violentamente conmigo.

De especial virulencia sería la evocación del fatídico abril de 1933, una fecha en la que según ella, en una votación secreta de la que su hija fue la secretaria, se juramentaron contra ella. Sabemos que el 14 de abril, segundo aniversario de la proclamación de la República, apareció en La Libertad una encuesta realizada a mujeres relevantes, en la que se les preguntaba su opinión sobre el voto femenino. También en abril comenzaron las Primeras Jornadas Eugénicas Españolas que, a

diferencia de las que se intentaron celebrar durante la dictadura de Primo de Rivera, disfrutaron del máximo apoyo institucional. Las jornadas se desarrollaron desde el 21 de abril al 10 de mayo de 1933. Es probable que Hildegart quisiera acudir sola a alguna reunión de preparación de estas jornadas, o a alguna reunión de carácter político, que sirviera de punto de apoyo al delirio de Aurora.

-Podría hablarme de esos otros que ganaban terreno para enfrentar a su hija con usted?

-Eran muchos los hilos que tenían tendidos, que estaban dispuestos para eliminarme. Hasta 1932 no me había dado cuenta de que los marxistas me espiaban; habían comprado a la criada y mi hija estaba entre ellos.

En el momento adecuado, el psicoanalista y su paciente tendrían que relacionar el odio sentido por los socialeros, comuneros, anarqueses y derecheros, con el dolor por no haber podido situar a su hija (situarse) en la primera línea sociopolítica del Madrid republicano. También deberían abordar el resentimiento por haber sido traicionada por los socialistas, y ante la amenaza de ser marginada y abandonada por Hildegart.

En alguna sesión aparecería la demostración más significativa de su dolor por no significar para su hija lo que ella creía ser. Diría algo así:

-Después del disgusto que tuvimos, porque quería marcharse, yo, para presionarla, me negué a comer, pero ella comió tranquilamente; aquella noche, por primera vez en la vida, no quise dormir en la misma habitación que mi hija, pero ella se acostó tan tranquila. Todo estaba muy claro, la huida de mi hija estaba preparada para que yo, no pudiendo soportarlo, me suicidara...

El analista la invitaría a seguir hablando, al repetir sus últimos palabras en tono de interrogación:

-~Se suicidara....?

-Si yo me hubiera suicidado, habría triunfado la maldad paterna y Hilde se hubiese convertido en un nuevo eslabón de la cadena que esclaviza alas mujeres desde hace milenios. Usted comprenderá perfectamente que la situación erainsostenible... A los pocos días escribí Caín y Abel; ella, al firmarlo, se dio cuenta del significado y me replicó: El único derecho que tienen los débiles, los vencidos y los fracasados es el suicidio. Yo pensé en suicidarme pero vi que era darles la razón a ellos.

En aquellos momentos el analista podría intentar hacer más profundo el nivel de discurso.

-Escribió el artículo para retar a Hildegart?

Aurora continuaría con su estilo defensivo, pero las palabras el analista, cada vez más directas irían abriendo un camino de expresión que podría dar frutos más tarde.

-Usted parece que no entiende lo que no quiere entender, sé que lo hace para probarme. Todo el mundo sabe que Havelock Ellis y Wells aconsejaran a Hilde estudiar en Inglaterra.

-Qué pensó usted de esa posibilidad?

-Lo que pensaría cualquiera un poco inteligente... Parece normal que Havelock Ellis y Wells aconsejaran a Hilde estudiar en Inglaterra, lo que ya no parece tan normal es que ambos perteneciesen al Intelligence Service. Yo sabía que el Intelligence Service estaba captando jóvenes en el occidente europeo, América del Sur y, sobre todo, Asia.

Después de una larga pausa en la que, como en tantas ocasiones, el analista habría permitido las asociaciones de Aurora, si ella continuaba en silencio, podría decir:

-Y su hija...

-Ella me decía ¡Estoy harta de ti, de tu megalomanía y de tu sed de control y de dominio! Los hijos no son propiedad de los padres. Quieres que triunfe pero no con mi propia personalidad, sino como una prolongación de la tuya. Cada palabra me dolía como un mazazo. Pero yo le respondí ¿olvidas que naciste por voluntad mía para cumplir una misión determinada?... Para poder hacerlo, fue ella la que tuvo que pedírmelo.

El analista intuiría que estaba hablando, defensivamente, del asesinato; por tanto, creería oportuno concretar el discurso.

-~A qué se refiere?

-Conozco los trucos del psicoanálisis. Usted sabe a lo que me refiero pero me pregunta para probarme. Yo le dije: Serás una vulgar ramera que se vende por honores que satisfagan una vanidad pueril y rastrera; una hembra más entre las muchas que cruzaron por la Historia cubiertas por todos los estigmas, odiadas por el pueblo, execradas por quienes pueden penetrar en la

cloaca de su conciencia... Ella reconoció que yo tenía razón pero creyó que era demasiado tarde, no estaba segura de poder ser fuerte, por eso me pidió que la liberara.

-Quiere decir que fue su hija quien pidió que la matara?

Tras una pausa, en la que parecía estar viendo a través del fondo de la sala, diría:

-En el fondo, al implorar un merecido castigo, mi hija no hacía otra cosa que expresar mi pensamiento. Es decir, en aquella noche decisiva volvía a ser Hildegart; la mujer que yo había concebido en mi cerebro antes que en mis entrañas, para que fuese enteramente mía, sin más voluntad ni más pensamiento que mi pensamiento y mi voluntad.

En este punto el psicoanalista reconocería un aspecto nuclear del delirio de Aurora, la necesidad de aliviar el sentimiento de culpa poniendo en las palabras de su hija sus propios deseos. El deseo inconsciente aparece en la frase «al implorar un merecido castigo, mi hija no hacía otra cosa que expresar mi pensamiento». Por ello, el analista señalaría.

-Expresaba su pensamiento... ¿su pensamiento de matarla?

-Esto me consolaba porque demostraba que, por encima de sus debilidades humanas, del ansia de vivir lógico y natural a sus dieciocho años, se daba perfecta cuenta de que debía morir por haberse desviado del camino trazado.

El analista señalaría la proyección.

-Eso lo pensaba ella... ¿o lo pensaba usted?

Después de titubear y meditar un momento, Aurora continuaría el relato como si no tuviera que ver con ella; el analista recordaría la extrema dificultad que tienen los paranoicos para aceptar interpretaciones o señalamientos que puedan herir su frágil narcisismo.

-Después de salir, el día antes de su muerte, Hilde, que hasta ese momento quería irse, volvió cambiada y dijo: Empiezo a temer que estés en lo cierto y yo pueda caer en las redes de una conjura en la que está complicado hasta Havelock Ellis.

-Quiere decir que su hija reconoció que usted tenía razón. Pero... llegar a

pedirle que la matara...

El psicoanalista tendría que tener en cuenta, permanentemente, que ante la aparición de cualquier sentimiento de culpa inconsciente, Aurora tendría la necesidad de expulsarlo proyectivamente; esto haría que intentase provocar la culpa en él. La agresividad tomaría tintes violentos, y las acusaciones de la paciente se harían más graves cuanto más intensa fuera la amenaza de sentirse culpable.

-Veo que usted tampoco está a la altura... Hilde me pidió que la matara porque, al final, comprendió que yo tenía razón. No estaba a la altura de su misión, había defraudado mis esperanzas; se sentía débil y temió que, de seguir viviendo, se hundiría inevitablemente en el abismo que le anunciaba.

La transferencia paranoica presidiría el proceso y, en momentos de amenaza manifestaría que el psicoanalista quería probarla y le tendería trampas y, continuamente, el analista sentiría la misma amenaza que su psiquiatra, «el temor a contrariarla y que se niegue a continuar». Si, después de dejar pasar el tiempo necesario y de entender la necesidad defensiva de Aurora, el analista siguiera con esos temores, lo único que haría sería una identificación con las defensas de la paciente y un falso análisis. Por esta razón, a pesar del riesgo de huída defensiva, serían necesarias las intervenciones de este estilo:

-Usted la mató de cuatro disparos... ¿No le parecen demasiados? No le parece mucha agresividad..., contra una chica que estaba durmiendo.

-No quería que sufriera..., me habría vuelto loca... Fue un instante terrible y grandioso, siniestro y alucinante en el que conjuntamente sentía la alegría salvaje del triunfo y la tristeza del gran fracaso...

-Habla de alegría salvaje del triunfo...; quiere decir que también fue un triunfo matar a Hildegart.

-Qué puede saber usted?... Nada de cuanto pueda ocurrirme en adelante, por sobrecogedor que sea, podrá igualar en emoción al instante en que Hilde desaparecía de la vida y tornaba a unirse conmigo tan estrechamente como lo estuviese antes de ver la luz del primer día.

El analista estaría cada vez más convencido de que Hildegart había sido meramente un objeto-self de Aurora; de que nunca hubiera podido permitirle una vida independiente y mucho menos triunfar en Europa sin que ella pudiera sentirse la protagonista del triunfo. También estaría convencido de la necesidad que tuvo Aurora de organizar un sistema delirante que le permitiera matarla y, mágicamente, volver a

incorporar la energía que había puesto en ella; es decir, conseguir una especie de anulación psicótica de lo que había sido su vida desde el nacimiento o, quizá, la concepción de Hildegart.

> -Su hija había vivido como si fuera una parte suya, unida a usted, cuando intentó separarse, usted la volvió a unir..., matándola.
>
> -Me recobraba a mí misma; tras muchos lustros me volvía a encontrar al sentir que el espíritu de Hilde se unía de nuevo con el mío, formando un todo estrechamente enlazado, indisolublemente unido... Yo sentía que el espíritu abandonaba el cuerpo ya muerto e incluso que retornaba a mí, que había sabido crearlo.

El trabajo fundamental consistiría en acompañar a la pacien te en la difícil singladura mental que debería ir desde la omnipotencia acrítica y negadora de la realidad hasta una posición más depresiva, acorde con su inmenso drama. Para llevar a cabo este proceso sería indispensable para Aurora llegar al reconocimiento del odio sentido contra su hija, seguramente desde muy pronto. Si recordamos sus propias palabras: «De haber sabido como iban a desarrollarse los acontecimientos, Hildegart no habría llegado a nacer», se nos pueden aclarar posibles dudas. También nosotros, a través de esta fantasía psicoanalítica, podemos ir acercándonos al drama de Aurora. A su enorme esfuerzo por convertir el sentimiento de haber sido traicionada, en el triunfo sobre la Humanidad. La mujer traicionada por su propia naturaleza y por el hombre a quien había idealizado, había intentado transformar este sentimiento de debilidad en el logro de un gran triunfo sobre los demás mortales; para ello necesitaba la sumisión del fruto de la traición: Hildegart. Cuando vio que no podía contar con ella, decidió regresar, mágicamente, al tiempo anterior a su «afrenta carnal». Decidió hacer desaparecer la prueba de su fracaso.

A pesar de los monumentales mecanismos de defensa que Aurora había desarrollado, Hildegart, con toda probabilidad, no fue una hija deseada. Las declaraciones de la madre, en rela ción con las frustraciones sufridas durante el embarazo, el deseo de cambiar el sexo, y la repetida frase: «De haber sabido como iban a desarrollarse los acontecimientos, Hildegart no habría llegado a nacer», nos permiten inferir que no fue deseada, al menos como ser independiente de la propia madre. En consecuencia, Aurora permitió que su hija viviera solo como brazo ejecutor de sus propias ideas. La creadora de la estatua humana habría canalizando su rechazo y aún su odio con la exigencia a la joven de un trabajo extenuante y la obligación de mantenerse virgen; de ser una vestal consagrada a su diosa madre. Son especialmente significativas las palabras que describen las sensaciones de Aurora al cometer el crimen. Recordemos su descripción del momento orgiástico del asesinato:

«Fue un instante terrible y grandioso, siniestro y alucinante en el que conjuntamente sentía la alegría salvaje del triunfo y la tristeza del gran fracaso...». También la fantasía delirante de fusión: «Nada de cuanto pueda ocurrirme en adelante, por sobrecogedor que sea, podrá igualar en emoción al instante en que Hilde desaparecía de la vida y tornaba a unirse conmigo tan estrechamente como lo estuviese antes de ver la luz del primer día». O la expresión de una restitución delirante: «Me recobraba a mí misma; tras muchos lustros me volvía a encontrar al sentir que el espíritu de Hilde se unía de nuevo con el mío, formando un todo estrechamente enlazado, indisolublemente unido... Yo sentía que el espíritu abandonaba el cuerpo ya muerto e incluso que retornaba a mí, que había sabido crearlo».

Requeriría un gran trabajo analítico conseguir que Aurora se familiarizase, no solo intelectualmente, con la herida narcisista que debió suponer la existencia de Hildegart, cómo fue incrementándose la rivalidad y el odio a la joven y cómo necesitó matarla para, en su delirio psicótico, volver a ser ella misma. Naturalmente, el analista tendría que ser muy prudente e ir acompañando a la enferma durante el largo proceso, siendo para ella un objeto en quien confiar. También necesitaría la suficiente decisión para no eludir el núcleo del problema: la rabia y agresividad de Aurora que la habían convertido en asesina de su propia hija.

A lo largo de los años, y en repetidas ocasiones, el analista tendría que haber oído decir a Aurora que no soñaba nunca, porque tenía una gran vida interior. Durante mucho tiempo no podría poner en palabras algo que sabía de antiguo: según la escuela bioniana, el paciente psicótico no puede soñar porque carece de función alfa; algo que le impide formar elementos alfa, que son imprescindibles para organizar los sueños. Según Bion (1963), el paciente psicótico se mueve no en un mundo de sueños, sino en un mundo de objetos bizarros, semejante a los utilizados por los no psicóticos como amueblado de los sueños. También tendría que oír que ella nunca fantaseaba, sino que siempre pensaba sobre realidades, sobre cosas factibles, aunque pensara que lo hacía para que, ni siquiera las fantasías pudieran escapar de su control omnipotente y se convirtieran en elementos persecutorios. Sin embargo, como consecuencia del proceso analítico, en especial cuando Aurora se fuera aproximando a lo que algunos autores denominan posición depresiva, es decir, el reconocimiento del dolor sufrido y causado a las personas significativas y el deseo de reparación, podría aparecer en una sesión diciendo que, por primera vez en su vida, había tenido un sueño. Al ser invitada a contarlo diría:

> -No sé, algo muy extraño, sé que era en Ferrol, estaba Hilde, pero no la veía la cara.

Cuando le preguntase por lo que creía que significaba, racionalizaría diciendo que

sería normal que soñara con su hija, pero que no sabía nada. A pesar de lo escueto del sueño, el analista podría invitarla a trabajar con él; podría preguntarla qué le parecía que el sueño tuviera lugar en Ferrol, dando pie a Aurora a hablar de su infancia; también podría preguntarse cuál sería la causa de que ella creyera que era Hildegart, aunque no se veía la cara, abriendo un camino a las asociaciones entre la figura de su hija y las de su madre o su hermana. Este es un pequeño modelo del tipo de trabajo que habría que realizar con Aurora; ir abriendo camino a la expresión y reconocimiento de las relaciones inconscientes entre sus personas significativas y, sobre todo, de los mecanismos de defensa que había necesitado emplear para no derrumbarse.

Los momentos más duros que tendrían que soportar el analista y la paciente serían los correspondientes al progresivo desmoronamiento del montaje defensivo, con la emergencia de terrores psicóticos. Solo lo podrían lograr mediante la puesta en evidencia, por parte del analista y la observación en común, entre analista y paciente de los mecanismos inconscientes de defensa. Tendrían que analizar las proyecciones, por las que Aurora pretendería atribuir al analista los propios impulsos; las identificaciones proyectivas, por las que la desdichada madre querría hacer que el analista actuase dirigido por ella; la renegación, una defensa psicótica que elimina las percepciones, y la escisión, la defensa más difícil de mostrar a los pacientes porque, a mi juicio, solo se puede evidenciar cuando los analizados expresan la sensación de ser como dos personas, o de sentir dentro como otra persona diferente.

Idealmente, aunque fuera después de mucho tiempo, tendría que surgir en Aurora una cierta autocrítica por el daño que ella le hubiera causado a su propia madre, especialmente en la última etapa de su vida, que concluyó con su muerte en soledad y lejos de todos los miembros de la familia. También tendría que pasar de la idealización de la figura paterna al reconocimiento de que Ilusión había tenido que pagar un altísimo precio por seguir ocupando el lugar de su madre, hasta la muerte de don Francisco. En algún momento tendría que hacerse evidente que la necesidad-placer de refugiarse en el despacho de su padre, donde vio que las mujeres casadas tenían que resignarse ante el poder del marido, tuvo también un alto precio. Aurora no pudo hacer una suficiente identificación con las figuras femeninas; tan solo se pudo identificar con hombres maduros, reivindicativos y simpatizantes de los héroes que habían caído víctimas de sus ideales; todo ello en un clima que, si para los adultos no parecía pasar de meras revoluciones de salón, penetraba profundamente en la mente sensible de la niña.

El analista tendría que interpretar, en Aurora, los llantos de una joven que no pudo aceptar el amor de los chicos, a pesar de haberse sentido atractiva y atraída por ellos.

El llanto incontenible por el reconocimiento de que no había podido entregarse libremente a la maternidad, compartiendo sus desvelos con un hombre, porque no podía ser una mujer, como las de la época, en desigualdad con sus maridos. También tendría que interpretar la rabia que sentiría la paciente por no haber podido entregarse al goce sexual, porque el odio a ser como su madre o su hermana se lo impedían. Aurora debería hacerse cargo del dolor por no haber podido permitirse recibir placer de un hombre y mucho menos dárselo. Debería poder reconocer que ni ella supo lo que ocurría en su mente cuando concibió a Hildegart; lo único que sabía es que no que no podía permitirse ser consciente de nada que tuviera relación con el disfrute de la sexualidad.

Aunque resultase doloroso, se haría necesario reconocer que, en el origen de la concepción de Hildegart estaba la recuperación, en la fantasía, de la figura paterna; más concretamente, la recuperación de la relación dual y excluyente que había vivido ella con su padre. Aurora, al crear a Hildegart, cumpliría la función de madre-padre omnipotente y la hija sería su brazo armado para conseguir ser aún más importante que Mazeo, Rizal o sus héroes revolucionarios. Por mano de su hija, lograría ascender al olimpo de los redentores de la Humanidad.

Aurora, una y otra vez a lo largo del proceso, repetiría que había hecho bien en matar a su hija y que si volvieran a darse las mismas circunstancias lo volvería a hacer. El médico tendría así la oportunidad de esclarecer con ella cuales fueron realmente esas circunstancias, siempre teñidas por la sensación amenazante de debilidad y rabia. El analista, avanzado el proceso, tendría la oportunidad de acercarse a su sentimiento inconsciente de culpa, de nuevo, por mediación de un animal; su infortunado gato, que apareció muerto en marzo de 1939. La pobre mujer, muy abatida por el triste suceso, diría entre sollozos:

> -Perdí mi único compañero y amigo..., soy demasiado afectiva... Todas me preguntan por su muerte conociéndola ya de antemano..., me hacen sufrir... y... yo sin valor nunca para hacer el menor daño premeditadamente a mis enemigos.
>
> -De nuevo la muerte de un ser querido, su querido gato. Usted decía que Hildegart se había reencarnado en su gato...
>
> -La muerte de mi hija fue otra cosa... no fue inopinada... bien pensada..., no me sorprendió, había que hacerlo.
>
> -Había que hacerlo porque usted no podría vivir separada de su hija?

-Entonces tenía una ilusión que ahora no tengo...

-Tenía ilusión porque vivía su hija y ella hacía siempre lo que usted le ordenaba; era como una parte suya?

-Cada día bajo más y más y me hundo en mi sufrimiento.

El analista, progresivamente, tendría que ayudar a la paciente a familiarizarse con la realidad de su crimen, sin demasiado miedo a reacciones inevitables.

-Posiblemente ha pensado alguna vez en lo que hubiera ocurrido si Hildegart viviera...

La respuesta de la paciente estaría más centrada en ella misma que en las palabras provenientes del exterior.

-No quiero morir.

-No quiere que le ocurra lo que a su hija.

-¡No sea perro! ¡Malditos psicoanaleros! Son como los otros..., lo de Hilde fue diferente, era necesario...

En este caso, parece que el analista se habría acercado, prematuramente a pesar de los años, al núcleo del delirio y, como consecuencia de su error de cálculo y de las necesidades defensivas de la paciente, pudo haber dado al traste con el análisis. No obstante, serían necesarias reiteradas aproximaciones al mencionado núcleo para que el proceso no se convirtiera en un pseudoanálisis. Podría haber alguna crisis de la alianza terapéutica, pero Aurora, en algún registro percibiría, en su terapeuta, el deseo sincero de acercarse a la verdad; eso le permitiría continuar el análisis. El analista, por su parte, dejaría el suficiente espacio sin invadir para que se desplegase el psiquismo de la paciente y pudiera expresar sus pensamientos. Procuraría no adoptar una actitud de juez ni de detective, solamente de médico que acompaña al paciente en su proceso y quiere ayudarle a mejorar de su enfermedad. Aurora, al no sentirse juzgada ni humillada, podría continuar enfrentándose a su consciencia creciente de culpa por el asesinato de su hija, a la vez que iría reconociendo su debilidad. A pesar de las dificultades, sería esperable que la rabia narcisista fuera dando paso, progresivamente, a una actitud más tolerante con la propia culpa y más considerada con la víctima; a una actitud reparadora.

De haber continuado el proceso analítico, manteniendo el adecuado encuadre, sería esperable una mayor integración de los diferentes aspectos de la sexualidad de

Aurora. Una sexualidad que durante muchos años había estado escindida: por un lado aparecía ostensiblemente - como en los libros de Hildegart, o representada en el vello pubiano de las muñequitas que fabricó en el manicomio - pero desligada de cualquier tipo de afecto. Por otro lado los sentimientos y afectos relacionados con lo sexual, quedaban aislados en su inconsciente por un mecanismo de renegación. Si el proceso hubiera ido por el camino adecuado, seguramente habría fabricado muñequitas, como la que le regaló a la hija del jardinero pero, como consecuencia de la elaboración y la sustitución progresiva de la escisión por la represión, no habría tenido la necesidad de ponerle genitales y vello en el pubis, como ocurrió en la realidad, precisamente porque su sexualidad estaba escindida. En consecuencia, tampoco es probable que Aurora hubiera llegado a fabricar el gran muñeco de trapo con el corazón rojo y los genitales masculinos «con erección y todo». Sin embargo, sería deseable que, antes de actuar, hubiera hablado en el análisis de su deseo de fabricarlo, más o menos en estos términos:

-A veces pienso que... me gustaría hacer un muñeco de trapo de tamaño natural..., con un corazón rojo en el pecho...

-Dígame... ¿por qué querría hacer ese muñeco?

-No sé, para darle calor..., que durmiera conmigo, animarle.

-¿Darle vida?

-Si pudiera... - tras una pausa-, también con genitales masculinos.

-Aurora - diría el analista - parece que, de alguna manera, al hacer el muñeco quisiera repetir la historia de Hildegart pero, ahora, de otra forma.

-Hilde es irrepetible... pero..., sí, algo parecido...

-En este caso sería hombre, dice usted que tendría genitales masculinos.

-Sí, eso he pensado, que sea lo más natural posible..., con erección y todo.

-Lo más parecido a Hilde, pero en hombre...

-No puede haber nadie como Hilde...

-Usted me había dicho, en una ocasión, que, estando embarazada de Hilde, se enteró de una mala acción del padre, quiso, por autosugestión, cambiar el sexo de su hija.

-Sí, ¡hace tanto de eso!

-Tal vez, con la fantasía, al hacer el muñeco, quisiera probar como hubiera sido tener un hijo...

-No lo sé..., ya sabe que yo no soy de fantasías...

-0... ¿quizá dormir con un hombre?

-No creo, ya le he dicho que nunca he sentido atracción franca de hembra por los hombres sino, a la vez, una atracción filial y materna. Debe ser algo así... Estoy muy cansada.

La escasa conexión de Aurora con las proposiciones del analista en cuanto al significado del muñeco, le llevarían a éste a plantear a la enferma la posibilidad de que el ser de trapo fuera, en realidad una expresión de sus propios aspectos masculinos, unos aspectos que, en su enfermedad quería rescatar y dar vida. Sería una forma vicariante de encontrarse a sí misma, en forma de objeto-self masculino, dado que con Hildegart, el objeto-self femenino, el mecanismo había fracasado. El trabajo analítico sobre la idea de hacer un muñeco debería ser suficiente para que no tuviera la necesidad física de hacerlo y pudiera sustituir el muñeco por otras acciones creativas que fueran de su interés.

El análisis, llegado a un punto, debería centrarse en el deseo de reparar la figura de Hildegart, y en el acercamiento a la elaboración del duelo por las pérdidas sufridas. Debería aceptar la renuncia a realizar las fantasías grandiosas de reforma de la Humanidad, y, también, lo que para ella supuso la pérdida cruel de su propia hija. Sería el proceso más largo y doloroso, con necesidad ineludible de la función del analista, con el objetivo de ir llevando a cabo una cuidadosa elaboración mental de lo irreparable para evitar, en la medida de lo posible, las desorganizaciones, tanto psíquicas, como somáticas.

Solo así podría crearse un espacio mental donde quedasen contenidos los momentos depresivos como el que reflejan estas frases, recogidas por su psiquiatra de Ciempozuelos:

-Yo solo quisiera vivir en un rincón del mundo, aislada... y meramente como espectadora..., enterrar por completo mi nombre y vida anterior..., nacer de nuevo y, al menos, respeto para mí.

Unas frases que deberían haber sido transformadas, por el analista, en otras que implicaran un mayor contacto con la realidad:

-Bien sabe usted que lo que pide no es posible; en su vida anterior, hemos visto que ha habido luces y sombras pero luces y sombras de una misma vida que no se puede enterrar. Ahora, podríamos pensar, para el futuro, en algo verdaderamente posible.

Un futuro que, en todo caso, se presentaba con muchas dificultades para la madre que había asesinado a su hija.

A pesar de las dificultades, si se hubiera dado un proceso psicoanalítico suficientemente bueno, algunas frases de Aurora, como ésta, que quedó registrada el 22 de diciembre de 1939:

-Mi único delito es haber reconocido que fui la causante de la muerte de mi hija: Únicamente causante material, moral no.

Podrían haber sido sustituidas por otras de este estilo:

-Mi único delito fue mi gran tragedia, haber causado la muerte de mi hija; haber matado a la única persona a quien quería en este mundo y que me quería, a pesar de su carácter. No podía resistir el dolor de perderla, creía que sin mí se perdería, pero era mi vida la que no tenía sentido sin ella. Al matarla, me maté yo misma... Usted tenía razón, ella era yo misma...

En caso de haber podido elaborar mentalmente un auténtico duelo por todo lo que había perdido en su vida, especialmente a su hija, habría tenido una esperanza de reparación. Es posible que el proceso canceroso que acabó con su vida no se hubiera expresado o, al menos lo hubiera hecho más tarde. Es muy probable que, si Aurora hubiera podido psicoanalizarse, en caso de aparecer la enfermedad, ella hubiera podido aceptar la ayuda de los médicos y, al menos, el sufrimiento de sus últimos meses habría sido menos intenso.

Desgraciadamente, esta fantasía psicoanalítica, referida a unos años de ignorancia y rechazo del psicoanálisis en España es, solo eso, una fantasía.

Lamentablemente hoy, a pesar de haber pasado muchos años, lo más probable es que, en semejantes circunstancias, se repitiera la misma historia. La madre paranoica, asesina de su propia hija, nunca hubiera pedido ayuda a un psicoanalista. Tampoco las instituciones tendrían posibilidad de proporcionar un tratamiento que, aún con sus limitaciones, y con el complemento de la adecuada medicación, sería el más indicado para este tipo de enfermos. La sociedad, antes que procurar la atención de la enferma, se contentaría con saber que se había castigado a la madre asesina.

Panem et circenses, el artículo que escribiera Ángel Garma, en 1934, seguiría vigente en el siglo xxi.

# Bibliografía

ABRA, K. (1908), Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la dementia praecox, en Psicopatología y Sexualidad, Buenos Aires, Hormé (1973).

(1921), Contribuciones a la teoría del carácter anal. En Psicoanálisis clínico, Buenos Aires, Hormé (1980).

(1924), Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales, en Psicoanálisis clínico, Buenos Aires, Hormé (1980).

ADLER, A. (1931), Las diferencias entre psicología Individual y psicoanálisis. En Superioridad e interés social, Ansbacher, H. L., Ansbacher, R.R.Mexico, Fondo de Cultura Económica (1967).

ALFONSO, E. (1924), La Religión de la Naturaleza, Buenos Aieres, Kier (1976).

ALVAREZ PELÁEZ, R. (1988) Origen y desarrollo de la eugenesia en España, en Ciencia y sociedad en España. Sánchez Ron, J. M. ed. Madrid, El Arquero, CSIC.

ÁLVAREZ, R. y HUERTAS, R. (1987), ¿Criminales o locos? Madrid, CSIC.

ANDREAS-SALOMÉ, L. (1921), El narcisismo como doble dirección. En Obras psicoanalíticas. Barcelona: Tusquets (1982).

ARNONE, D.; PATEL, A. Y TAN, G. (2006), The nosological significance of Folie á Deux: a review of the literature, Annals of General Psychiatry, 5: 11 Pub, Online Aug, 8. doi: 10.118611744-859X-5-11.

BAROJA, C. (1998), Recuerdos de una mujer de la generación del 98, Barcelona, Tusquets.

BiON, W. R. (1963), Aprendiendo de la experiencia, Buenos Aires, Paidós, 1980.

BLEULER, E. (1906), Afectividad, sugestibilidady paranoia, Madrid, Ediciones Morata (1962).

BLUM, H. (1981), Object inconstancy and paranoid conspiracy, Journal ofthe American Psychoanalytic Association, 29, 789-813.

Biznvo, C. (2006), Historia de un encuentro: Carmen de Burgos y Hildegart, Cuadernos Hispanoamericanos, Mayo, núm. 671: 21-26.

CAL, R. (1991), A mí no me doblega nadie. Sada, Do Castro.

CAMERON, N. (1943), The paranoid pseudo-community. American Journal of Sociology, 49, 32-38.

(1963), Personality development and psychopathology, Boston, Houghton Mifflin.

CAPARRós, N. (1997), Correspondencia de Sigmund Freud, Vol. III, Madrid, Biblioteca Nueva.

CAPDEVILA-ARGÜELLES, N. (2008), Autoras inciertas. Voces olvidadas de nuestro feminismo, Madrid, Horas y horas.

CARABIAS, J (1997), Crónicas de la República, Madrid, Temas de Hoy.

- (1999), Como yo los he visto, Madrid, El País.

CARREL, A. (1936, La incógnita del hombre, Barcelona, Editorial Ibérica (1979).

COOPER, A. M. (1988), The narcissistic-masochistic character, en, Masochism: Current psychoanalytic perspectives, Glick, R. A. y D.Meyers, D. (eds.), Hillsdale, N.J.Analytic Press.

y SACxs, M. (1991), Sadism and masochism in caracter disorders and resistance: Panel report, Journal of the American Psychoanalytic Association, 39: 215-226

COSTA, P. y GARCÍA, G. (1977), Así vivió y murió la madre de Hildegart. Interviu, 74: 60-63. 75: 86-88.

CRESno GUTIÉRREZ, L. F. (1999), La identificación proyectiva en las psicosis, Madrid, APM Biblioteca Nueva.

CRESPO, L. E y ONRUBIA, G. (1983), Delirios paranoides compartidos. Revista de Psicoterapia y Psicosomática. 6: 15-37.

DARWIN, C. H. (1859), El origen de las especies, Madrid, Espasa Calpe, 2001.

(1868), La variación de los animales y las plantas bajo domesticación. Madrid, CSIC (2008).

(1871), La ascendencia del hombre y la selección en relación al sexo. Madrid, Edaf (1989).

DE GUZMÁN, E. (1977), Mi hija Hildegart. Esplugas de Llobregat, Plaza & Janés.

DoMiNGO, C. (2008), Mi querida hija Hildegart, Barcelona, Destino.

ELLIS, H. (1934), My Con essional, cuestiones de nuestro tiempo, Londres, John Lane the Bodley Head Ltd.

(1976), Mi vida, II, Madrid, Felmar.

FAiRBAMRN, W R. D. (1943), Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto, en Estudio psicoanalítico de la personalidad, Buenos Aires, Lumen-Hormé (2001)

FEIERN, P. (1984), La psicología del yo y la psicosis, Buenos Aires, Amorrortu.

FERZENCZR, S. (1911 a), Un caso de paranoia desencadenado por una excitación de la zona anal, O. C. 1, Madrid, Espasa Calpe (1981).

(1911b), El papel de la homosexualidad en la patogenia de la paranoia, O. C. 1, Madrid, Espasa Calpe (1981).

FERNÁNDEZ SORIANO, J. (2005), La vergüenza en los libros y el diván. Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 45: 103-117.

(2007), La exclusión del padre, ¿una regresión a lo pregenital?, Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 51: 167-187.

(2010), Analidad en la paranoia: la madre asesina de Hildegart, Revista de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 60: 159-180.

FREUD, S. (1895), Manuscrito H., O. C., 1., Buenos Aires, Amorrortu.

(1896a), Manuscrito K. O. C., 1., Buenos Aires, Amorrortu.

(1896b), Carta 52. O. C, 1., Buenos Aires, Amorrortu.

(1896c), Nuevas puntualizaciones sobre las- neuropsicósis de defensa. O. C, 3., Buenos Aires, Amorrortu.

(1897a), Carta 61. O. C., 1., Buenos Aires, Amorrortu.

(1897b), Manuscrito N. O. C., 1., Buenos Aires, Amorrortu.

(1900), La interpretación de los sueños, 0.C,_ . C., 4-5, Buenos Aires, Amorrortu.

(1901), Psicopatología de la vida cotidiana, O. C, 6, Buenos Aires: Amorrortu.

(1905), Fragmento de análisis de un caso de histeria, O. C, 7, Buenos Aires, Amorrortu.

(1907), El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W Jensen, O. C., 9, Buenos Aires, Amorrortu.

(1908), Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, O. C., 9, Buenos Aires, Amorrortu.

(1910), Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre, O. C, 11, Buenos Aires, Amorrortu.

(1911), Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente, O. C., 11, Buenos Aires, Amorrortu.

(1913), Tótem y Tabú, O. C., 13, Buenos Aires, Amorrortu.

(1914), Introducción del narcisismo, O.C., 14, Buenos Aires, Amorrortu.

(1915), Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica, O. C, 14, Buenos Aires, Amorrortu.

(1917a), Conferencia 22. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión, O. C, 16, Buenos Aires, Amorrortu.

(1917b), Conferencia 26. La teoría de la libido y el narcisismo, O. C., 16, Buenos Aires, Amorrortu.

-(1918), El tabú de la virginidad, O.C., 11, Buenos Aires, Amorrortu.

-(1919), Pegan a un niño, O. C. 17, Buenos Aires, Amorrortu.

FREUD, S. (1921), Psicología de masas y análisis del yo, O. C. 18, Buenos Aires, Amorrortu.

(1923a), El yo y el ello, O. C. 19, Buenos Aires, Amorrortu.

(1923b), La organización genital infantil. O.C., 19, Buenos Aires,Amorrortu.

-(1925), Presentación autobiográfica, O. C. 20, Buenos Aires, Amorrortu.

(1926), Inhibición, síntoma y angustia, O. C. 20, Buenos Aires, Amorrortu.

(1927), El humor, O. C. 21, Buenos Aires, Amorrortu.

(1931), Sobre la sexualidad femenina, O.C., 21, Buenos Aires, Amorrortu.

(1933), Conferencia 33a. La feminidad, O. C, 22, Buenos Aires, Amorrortu.

GABBARD, O. G. (1994), Psychodynamic psychiatry in clinical practice. Washington D. C., American Psychiatric Press.

HARTMANN, H. (1964), Essays on Ego Psychology, Nueva York, International Universities Press.

HILDEGART (1930a), Tres Amores Históricos. Estudio comparativo de los Amores de Romeo y Julieta, Abelardo y Heloisa y los Amantes de Teruel, Teruel,

Ediciones de la Diputación.

(1930b), El problema eugénico. Punto de vista de una mujer moderna, Madrid, Gráfica Socialista.

(1930c), La limitación de la prole, Madrid, Gráfica Socialista

(1931aa, Sexo y amor, Valencia, Cuadernos de Cultura.

1931b), La Revolución sexual, Valencia, Cuadernos de Cultura.

(1931c), El problema sexual tratado por una mujer española, Madrid, Ediciones Morata.

(1931d), La rebeldía sexual de la juventud, Madrid, Javier Morata. Reedición, Barcelona, Anagrama (1977).

(1931 e), Paternidad voluntaria, Profilaxis Anticoncepcional, Valencia, Orto.

(1932a), ¿Quo Vadis, burguesía? Madrid, Novela Proletaria, Reedición, Madrid: Ayuso (1979).

(1932b), Cómo se curan y se evitan las enfermedades venéreas, Valencia, Orto.

(1932c), ¿Se e,uivocó Marx? Madrid, Novela Proletaria.

(1932d), Matthusismo y NeoMalthusismo. El control de la natalidad. Madrid, Javier Morata.

(1933a), Mediospara evitar el embarazo (Maternidad voluntaria), Zaragoza, Guara.

(1933b), Venus ante el derecho, Madrid, Castro.

HUERTAS, R. (2008), Las heridas de la ciencia. A propósito del caso Hildegart. En La mujer de letras o la letra herida, Fernández, P. y Ortega, M. L. ed., Madrid, CSIC.

IBARRURI, D. (1963), El único camino, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranj eras.

JASPEAS, K. (1913), Psicopatología General, Mexico, Fondo de Cultura Económica (2004).

KERNBERG, O. F. (1967), Borderline personality organization. Journal of the American Psychoanalytic Association, 15: 641-685.

(1975), Borderline conditions andpathological narcissism, Nueva York, Aronson.

(1984), Severe personality disorders, New Haven, Yale University Press.

(1988), Diagnóstico diferencial de la conducta antisocial, Revista de Psiquiatría, 5: 101-111.

(1989), Narcissistic personality disorder in childhood, The Psychiatric Clinics ofNordAmerica, 12/3: 671-694.

KLEIN, M. (1935), Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos, O. C. 1, Barcelona, Paidós (1988).

(194), Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. O. C., 3. Barcelona: Paidós (1988).

KOHUT, H. (1971), Análisis del Self. Buenos Aires: Amorrortu (1977).

- (1982), Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental. En, Los dos análisis del Sr. Z., Barcelona, Herder.

KRAFFT-EBING, R (1897), Traité clinique de psychiatrie. Paris: Maloine.

KRETSCHMER, E. (1918), Delirios sensitivos de referencia. Madrid: Triacastella (1966).

LACAN, J. (Í931), De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad, Mexico, Siglo XXI (2005).

(1949), El estadio del espejo como formador de la función del Je tal como nos es revelada en la experiencia psicoanalítica, Comunicación al XVI Congreso Internacional de Psicoanálisis, Zurich, Escritos 1. México, Siglo XXI (1971).

LAPLANCHE, J. (1989), Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria, Buenos Aires, Amorrortu.

(1996), La revolución copernicana inacabada, Buenos Aires, Amorrortu.

LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J. B. (1983), Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona, Labor.

LAS GUE, C. Y FALRET, J. (1877), La folie á deux ou folie communiquée, AnnalesMédico-Psychologiques, 18: 321-355.

LEGRAND DU SAULLE, H. (1871), Délire des persécutions. París, Plon (1989).

LLARCH, J. (1979), Hildegart, la virgen roja. Barcelona, Producciones Editoriales.

MADRAZO, E. (1904), Cultivo de la Especie Humana. Herencia y Eugenesia. Santander, Imprenta Literaria de Blanchard y Arce.

MAHLER, M. (1990), Separación-Individuación. Estudios 2. Buenos Aires, Paidós.

MANGINI, S. (2001), Las modernas de Madrid, Barcelona, Península.

MACK BRUNSWICK, R (1928), Análisis de un caso de paranoia. Delirio de celos, Revista de Psicoanálisis, 1: 599-651 (1943-44).

MARINA, J. A. y RODRÍGUEZ DE CASTRO, M. T. (2009), La conspiración de las lectoras, Barcelona, Anagrama.

MEISSNER, W W (1979), The paranoid process, Nueva York, Jason Aronson.

-(2008), Narcissism as motive, The Psychoanalytic Quarterly, 67/3, 755-798.

MIJOLLA, A. (2008), Diccionario internacional de Psicoanálisis., Madrid, Akal.

MILLER, A. (1994), El drama del niño dotado, Barcelona, Tusquets (2009).

MILLON, T. (1969), Modern psychopathology: a biosocial approach to maladaptative learning and functioning, Philadelphia, Saunders.

MoNOD, J. (1971), Chance and Necessity, Nueva York, Alfred A.Knopf.

MoottE, B. E. y FINE, B. D. (1997), Términos y conceptos psicoanalíticos. Madrid, APM Biblioteca Nueva.

MONTSENY, E (1933), Dos luces que se han apagado. Hildegart y Virgilia d' Andrea. La Revista Blanca, 243: 70-73.

NU BERG, H. y FEDERN, E. (Comp.) (1979), Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, 1. Buenos Aires, Nueva Visión.

PANIAGUA, C. (2004), La homofobia, en Visiones de España. Reflexiones de un psicoanalista, Madrid, Biblioteca Nueva.

-(201 Ó), Apunte sobre la obra de Freud, Revista Filo Sophia, Ecuador, 6: 231-238.

PINTO, M. (1989), «El». La Laguna: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.

RABATÉ, C. y RABATÉ, J. C. (2009), Miguel de Unamuno, Madrid, Taurus.

RAMÓN Y CAJAL, S. (1922), Recuerdos de mi vida, Barcelona, Crítica (2006).

-(1944), La mujer. Psicología del quijote y el quijotismo, Madrid, García Perona.

"scovSKY, A (1973), El filicidio. Buenos Aires, Orión.

REICH, W. (1933), Análisis del carácter. Buenos Aires, Paidós (1972)

RENDUELES, G. (1989), El manuscrito encontrado en Ciempozuelos. Madrid, Endymión.

RocAMORA, P. (2009), Comunicación personal.

ROSENFELD, H. (1971), A clinical approach to the theory of the life and death instincts. International Journal of Psycho-analysis, 52, págs. 169-178.

Ross, J. M. (2007), Trauma and Abuse in the case of little Hans. Journal oftheAmerican PsychoanalyticalAssociation, 55/3 779-797.

SCHAEFFER, J. (2000), El rechazo de lo femenino. Madrid, APM Biblioteca Nueva.

SENECA, L. A. (2008), Medea, Traducción de Miguel de Unamuno. Mérida, Consorcio del Patronato del Festival de Teatro Clásico de Mérida.

SHAW, B. (1930), Volviendo a Matusalén. Madrid, Aguilar.

SINCLAIR, A. (2003), The World League for Sexual Reform the World League for Sexual Reform in Spain: Founding, Infighting, and the Role of Hildegart Rodríguez. Journal of the Story of Sexuality, 12/1. 98-109.

SWANSON, D. W, BOHNERT, P. J., SMITH, J. A. (1970), Paranoid. Boston, Little, Brown and Co.

SCHWARTZ, T. Z. (1963), A re-view of the paranoid concept. Citado en: Swanson, D.W.; Bohnert, P J. y Smith, J. A. (1970).

TARELHO, L. C. (2004), Paranoia y teoría de la seducción generalizada. Madrid: Síntesis.

URBANO, P. (2008), El Hombre de Villa Tevere. Barcelona, Planeta.

VALENZUELA, J. (1934), Un informe forense. El asesinato de la Hildegart visto por el fiscal de la Causa. Madrid, Maricel.

VALÍN FERNÁNDEZ, A. (1991), Galicia y la masonería en el siglo XIX. Sada, Do Castro.

VALLEJO, J. (2002), Introducción a la psicopatología y la psiquiatría. Barcelona, Masson.

VÁZQUEZ GARCÍA, E (2006), El nacimiento de la biopolítica en España. Programa de doctorado «España y Europa: historia de un diálogo», Universidad de Murcia.

WELLS, H. G. (1934), Experimento en autobiografía. Córdoba, Berenice (2009).

WINNICOTT, D. W. (1945), Desarrollo emocional primitivo. En Escritos de

pediatría y psicoanálisis. Barcelona, Laia (1979)

(1993), La Naturaleza hunana. Buenos Aires, Paidós

WOLF, S. (1983), Childhoods origins of hysterical personality disorder and of hysterical conversion syndromes: Hysterical conversion symptoms in childhood. In Handbook of Psychiatry, 4. 230-232. Nueva York, Cambridge University Press.

# Índice


CAPÍTULO I.-La noticia 8
CAPÍTULO 11.-Aurora 15
Ambiente problemático 16
Recuerdo traumático 19
En el despacho paterno 20
Identificación masónica 21
Los santos laicos 23
Difícil identificación femenina 24
La reformadora y su muñeco de carne 26
Muere la madre 28
CAPÍTULO 111.-La eugenesia 29
CAPÍTULO IV.-Personalidad de Aurora 34
CAPÍTULO V.-Doble biografía 44
El instituto y las primeras publicaciones 50
La universidad y los peligros 55
El ambiente intelectual de Madrid 58
CAPÍTULO VI.-¿Locura compartida? 61
La vida pública de Hildegart 67
El cambio de estilo 75
La República y la frustración de Aurora 79
Deriva sexológica 81
La Reina de la Noche 96
La Liga Mundial para la Reforma Sexual 99
Annus horribilis 102
CAPÍTULO VIL-La primavera trágica 118
Caín y Abel 133
CAPÍTULO VIII.-La cárcel 147
CAPÍTULO IX.-El juicio 154
CAPÍTULO X.-Paranoia 1 161
CAPÍTULO XI.-Paranoia 11 170
CAPÍTULO XI I.-Paranoia 111 178

Aportaciones del psicoanálisis II 198
CAPÍTULO XIII.-Paranoia IV 207
CAPÍTULO XIV.-La cárcel, de nuevo 211
CAPÍTULO XV.-El manicomio 213
El delirio de reforma y de persecución 214
El fantasma de la melancolía 222
El retorno de lo renegado -- - -- - - ----- ---------- 224
---
La derrota final 225
CAPÍTULO XVI.-Una fantasía psicoanalítica 227
La fantasía 229
BIBLIOGRAFÍA 257